
Todos los atardeceres en los que me enamoré de ti
ANDREA CANELLE

Todos los atardeceres en los que me enamoré de ti

ANDREA CANNELLE

A Gia y Luca, por cada atardecer compartido
y por elegirme para escribir su historia.
A todos los que aprendieron que empezar de nuevo
no significa huir del pasado, sino mirarlo de frente,
respirar hondo y abrazar, por fin, a la persona
en la que nos hemos convertido.

A mí, por no rendirme y convertir ese
no es suficiente en una nueva oportunidad.

‘’EL ATARDECER ES LA PRUEBA DE QUE LOS FINALES

también pueden ser hermosos’’**.**

—Beau Taplin

NOTA DE LA AUTORA

Este libro es el primero de una serie y la historia está pensada para leerse en orden, ya que los acontecimientos de este primer libro continúan directamente en el segundo.

Puede que, al llegar al final, encuentres más preguntas que respuestas… pero recuerda que el viaje de los protagonistas no acaba aquí. Algunas historias necesitan más de un libro para contarse por completo, y esta es una de ellas.

A lo largo de la novela encontrarás algunas palabras y expresiones en italiano y en turco. Para facilitar la lectura, al pie de página encontrarás su significado.

Espero que disfrutes de esta historia tanto como yo disfruté escribiéndola.

Gracias por leerme <3

Playlist



farfalle - sangiovanni
se mi auti - sangiovanni
Arrogante - Irama
Otra como tú - Eros Ramazzotti
Solcito - Miguel Bueno, Juan Duque
I Wanna Be Yours - Arctic Monkeys
OBSSESIONE - Samurai Jay
Porfa no te vayas - Beret, Morat
Te Confieso - DePol
Do I Wanna Know? - Arctic Monkeys
The First Time - Damiano David
Next Summer - Damiano David
Born With a Broken Heart - Damiano David
Todo Contigo - Álvaro de Luna
I Choose You - Forest Blakk
Ordinary - Alex Warren
belissimissima <3 - Alfa
La fine del mondo - Mr. Rain, sangiovanni
Será perché ti amo - Ricchi e Poveri
DfMF - Bad Bunny
Ti Amo - Umberto Tozzi
Always Remember Us This Way - Lady Gaga
I don't Want to Miss a Thing - Aerosmith

PRÓLOGO

Gia

Pum.

Veo la bala volar hasta hundirse en el pecho del hombre que tengo frente a mí, que no tarda demasiados segundos en desplomarse sobre el suelo. Se lleva la mano al pecho, ahora completamente ensangrentado, mientras yo cierro los ojos con fuerza, en un intento por reprimir las lágrimas que amenazan con salir cuando veo cómo sus ojos se abren con sorpresa y empieza a agonizar en el suelo. Bajo la pistola con las manos temblorosas y obligo a mis piernas a reaccionar. Necesito salir de aquí cuanto antes.

Siento mi corazón latir con fuerza y la ansiedad me oprime el pecho. Las rodillas me flaquean, y apenas puedo moverme sin notar una fuerte presión en las costillas al respirar, donde horas antes me golpearon con brutalidad.

Una vez que llego a la puerta del garaje, enciendo el mechero que llevo guardado en mi bolsillo. A pesar de tener los ojos aguados y la visión nublada por las lágrimas rebeldes que comienzan a correr por mis mejillas, diviso durante unos segundos, que se me hacen eternos, la pequeña llama que sale de la abertura. Antes de que me dé tiempo de arrepentirme, lanzo el mechero al suelo, que se encuentra lleno del combustible con el que pensaban calcinar mi

cuerpo y, de un instante a otro, las llamas empiezan a extenderse por todo el local.

Salgo huyendo a trompicones hasta llegar a la furgoneta en la que me esperan, y lo hago sin mirar atrás, con los ojos llenos de lágrimas y consciente de que, a partir de ahora, mi vida jamás volverá a ser la misma. Porque ni siquiera yo podré serlo. No después de haber matado a este hombre a sangre fría.

1 | COMO EL AVE FÉNIX

Gia

Cierro los ojos durante algunos segundos, disfrutando del silencio que anticipa el bullicio de un nuevo día en la ciudad. Cuando los abro, observo el cielo de un azul intenso, pese a que ya se puede vislumbrar cómo las suaves notas rosadas y los destellos anaranjados comienzan a extenderse por el horizonte, ocultando el brillo del sol que amenaza con salir en cualquier momento a alumbrar el paisaje.

Doy media vuelta y vuelvo a entrar en mi habitación, aunque dejo abiertas las puertas que dan paso al balcón para que el aire fresco entre y pueda disfrutar por última vez de la suave brisa de la mañana en Estambul.

—Señorita, ¿se encuentra usted bien? —La voz de Azra me saca de mis pensamientos, en los que llevo sumergida demasiados días, más de los que me gustaría admitir en voz alta.

—Sí. —Aseguro—. Todo bien.

Sonrío, y espero que eso le sea suficiente para no volver a preguntarme: necesito que ambas finjamos que no pasa nada, que mi vida no está a punto de dar un giro de ciento ochenta grados, y que olvidemos que podría morir en cualquier momento por mi atrevimiento. Al menos, durante las pocas horas que me quedan aquí.

—Le he traído el desayuno.

—No tengo hambre.

—Eso es lo mismo que me ha estado diciendo durante los dos últimos días. Vamos, coma algo. Su padre se entristecerá aún más si la ve marchar sumida en tanta tristeza.

—¿Y qué puedo hacer? —Me giro hacia ella—. ¿Fingir que no ha pasado nada?

Doy un largo suspiro y me tumbo de espaldas sobre el colchón.

—No. —Niega con la cabeza—. Ya está hecho y, tristemente, no se puede volver atrás. Acepte que ha pasado. Lo hizo por su padre, y verlo vivir debería ser motivo suficiente para seguir adelante.

—Lo sé. —Suspiro de forma cansada—. Y solo por él…, volvería a hacerlo de nuevo. Lo que me convierte en una mala persona.

—Que se sienta mal demuestra que no es una mala persona. Tuvo sus motivos, y fueron más que suficientes para actuar como una auténtica Sahin. —La simple mención a mi apellido hace que se me ponga la piel de gallina; porque es cierto, me he convertido en lo que más miedo siempre me ha dado ser—. Ahora toca salir adelante y, por su bien y el de su familia, tendrá que hacer como si nada de esto hubiera ocurrido.

—Lo sé —contesto en un suspiro.

—Avíseme cuando termine de desayunar. —Sonríe con debilidad —. El equipo de Aydin vendrá para entregarle todo lo que necesita antes de marcharse.

Me levanto de la cama y camino hasta la persona que me ha acompañado desde mi niñez, quien ha limpiado mis lágrimas y ha sacado muchas de mis mejores sonrisas.

—Gracias por todo, Azra —susurro, envolviéndola entre mis brazos y fundiéndonos así en un abrazo que transmite mucho más de lo que mis palabras pudieran decir ahora mismo.

Me da un beso en la cabeza antes de salir de mi habitación.

Cuando se marcha, me acerco a la bandeja y prácticamente devoro los huevos revueltos, el queso y el pan bañado en mermelada. Llevo dos días sin apenas comer nada, en los que solo he estado lamentándome por lo que hice, por lo que podría haber hecho y por la incertidumbre de no saber qué será de mí y de mi familia a partir de ahora.

Por no hablar de la presión que siento sobre mis hombros al saber que la vida de todos ellos ahora mismo depende de mí y de lo bien que me esconda de nuestros enemigos.

Me bebo el té casi de un trago. Después de tantos minutos sobre la bandeja, el vaso está lo suficientemente tibio como para tomarlo sin quemarme la garganta.

Me levanto de la silla y doy algunos pasos hasta llegar a la habitación conjunta que tengo como vestidor.

Una lágrima cae lentamente por mi mejilla y la limpio con frustración, porque a pesar de sentirme completamente destruida, anoche me prometí que no volvería a llorar más. Pero hay algunas promesas que son demasiado difíciles de cumplir. Así que me dejo caer hasta quedar sentada en el suelo, y rompo a llorar con las mismas fuerzas con las que he estado reprimiendo cada lágrima en las últimas horas.

Frente a mí, en la otra punta de la enorme habitación, hay varias maletas abiertas llenas de ropa, zapatos y recuerdos que no me

pertenecen a mí, sino a la persona que está a punto de huir de este país.

Atrás quedan las prendas de marca, los zapatos de diseño, los vestidos hechos a medida, las tardes de compras infinitas con mis amigas, o las noches observando la luna con mi persona favorita: mi padre. También mis sueños, aspiraciones y metas; lo que podría haber sido de mí de no ser por mi apellido.

Aquí también se queda la chica reprimida, la que no es capaz de decir que no a nada, la que vive al límite y tiene más obligaciones al cabo del día de las que una chica de su edad podría ser capaz de soportar. La chica soñadora que un día pensó que el amor que le tiene su padre sería más que suficiente para dejar atrás un linaje en el que quedamos atrapados sin ni siquiera pedirlo, que nos envuelve en sombras, traiciones, peligro y sangre. Mucha sangre.

Me levanto del suelo y camino hasta llegar a una de las cómodas de ropa, donde anoche dejé mi bolso. Con las manos temblorosas, busco en el interior de este hasta dar con mi nuevo pasaporte. Acaricio la cubierta con las yemas de mis dedos e intento calmarme un poco y controlar mi respiración.

Hoy muere una parte de mí que ni siquiera sé si echaré de menos.

Hoy muere Jade, la hija de Burak Sahin.

Hoy renace como el ave fénix y resurge de sus propias cenizas, la mujer que seré a partir de ahora, esa que llevo intentando interiorizar en las últimas cuarenta y ocho horas.

Debo hacerlo.

El dolor que siento no podrá conmigo, sino que me ayudará a hacerme más fuerte y salir adelante.

Me limpio las lágrimas con brusquedad y tomo aire mientras leo una y otra vez mi nuevo nombre, memorizando mi nueva identidad.

Ya no soy Jade.

Ya no pertenezco a una familia de delincuentes. Ya no soy hija de uno de los mayores capos de Turquía. Ya no tengo que vivir con miedo. Ya no tengo que ser la persona que todos quieren que sea.

Ya no soy una asesina.

Ahora soy Gia.

Y la vida me ha dado una nueva oportunidad, esta vez, para vivirla de verdad.

2 | UNA AMARGA DESPEDIDA

Gia

He intentado posponer este momento lo máximo posible: abrazar a mi padre por última vez.

Siempre hemos tenido una relación especial, sobre todo desde que murió mi madre. Él siempre hizo de nosotras su mundo y, cuando ella se fue, no volvió a ser el mismo. Aun así, siempre se ha esforzado muchísimo por estar conmigo en cada etapa de mi vida; por llenarme de cariño y amor, inculcarme los valores que hoy doy gracias por tener, e intentar llenar el vacío que provocó la ausencia de su esposa durante toda mi niñez y adolescencia.

—Papá, ven conmigo, por favor —sollozo contra su pecho. Me abraza con fuerza; sabe que es la última vez que podremos sentir al otro en mucho tiempo. Quizás nunca más podamos hacerlo.

Las lágrimas corren por mis mejillas, pero no me molesto en limpiarlas. Entre sollozos y gritos ahogados, me aferro a su jersey e inhalo su característico aroma amaderado, el mismo que sería capaz de reconocer en cualquier lugar del mundo.

Él es un hombre serio, pero también muy sentimental. No le gusta llorar en público y rara vez le he visto hacerlo en privado. Es por eso que me sorprendo al escuchar su llanto, notar la vibración entrecortada de su pecho contra el mío y sentir la fuerza con la que me sujeta, como si eso pudiera alargar este momento.

—No puedo…, sabes que no puedo —suelta entre jadeos.

Deposita varios besos en mi cabeza antes de abrazarme de nuevo. Levanto la mirada y me encuentro con unos ojos negro azabache, esta noche aún más oscuros, enrojecidos y llenos de lágrimas.

—Solo tienes que dejar atrás todo esto… —susurro casi en una súplica. Llevo mi mano hasta su mejilla y limpio algunas de las lágrimas que corren sin cesar por su rostro. La acaricio con suavidad y cierro con fuerza mis ojos un par de segundos, visualizando sus facciones en mi mente y prometiéndome no olvidarlas jamás. Quiero memorizar cada detalle de su rostro y llevarlo siempre conmigo.

No me hace falta decir más para que mi padre sepa a qué me refiero, y como tantas otras veces ha hecho a lo largo de los años, niega con la cabeza.

—No puedo hacerlo, cariño. —Ahora es él quien acaricia mis mejillas—. Algún día lo entenderás —promete, mirándome enternecido—. Pero quiero que recuerdes que todo lo que he hecho a lo largo de estos años, ha sido para protegerte e intentar que fueras feliz.

—Lo sé, papá. —Sorbo mi nariz—. Pero voy a echarte mucho de menos. No sé si podré aguantar sin estar a tu lado.

—Claro que podrás hacerlo —dice con decisión—. Eres una mujer fuerte y valiente, capaz de conseguir cualquier cosa que te propongas.

—Siempre has estado ahí para ayudarme a conseguirlo —musito, entristecida—. Pero ahora, ¿qué voy a hacer sin ti?

—Luchar y hacer que me sienta aún más orgulloso.

—Voy a sentirme tan sola… —sollozo de nuevo, limpiando con el dorso de mi mano las lágrimas rebeldes que acarician mis mejillas.

—No estarás sola —murmura con firmeza—. Siempre estaré contigo, a pesar de la distancia. —Con un gesto de cabeza, señala hacia arriba—. Mira el cielo.

—¿Qué pasa?

Levanto la cabeza y observo el azul oscuro que nos envuelve, las motas brillantes que lo adornan y, como cada noche, la brillante figura redonda que nos deslumbra con su intensa luz.

—No estaremos tan lejos. —Niega con lentitud—. Al fin y al cabo, los dos veremos cada noche la misma luna.

Asiento con la cabeza, sonriendo por primera vez en días. Solo mi padre es capaz de sacarme una sonrisa en situaciones así, y hacer del momento más duro de mi vida algo único y especial.

Nos despedimos entre más lágrimas, sollozos y lamentos. Nos abrazamos de nuevo y, por última vez antes de subir al avión que me llevará hasta mi nueva vida, me da un beso en la frente, como acostumbraba a hacer cada noche cuando era pequeña y me arropaba antes de dormir.

Una vez dentro del avión, voy hasta mi asiento de primera clase. Mi padre se ha encargado de que no viajen apenas pasajeros esta noche, así que disfrutaré de puro silencio y tranquilidad durante las próximas horas.

Me pongo el cinturón, reclino mi sillón hacia atrás y acomodo la almohada que me han dejado antes de colocarme en posición fetal. Me estiro y corro la cortina que separa mi asiento del resto.

Poco a poco, la luz se vuelve más tenue cuando el avión despega, y en el momento en el que comienza a volar, me derrumbo en silencio.

***

Después de pasar un par de horas recuperando el sueño perdido, por fin estamos a tan solo unos minutos de aterrizar, por lo que ordeno un poco mi bolso y aprovecho para ir al baño.

Observo mi reflejo en el espejo. Tengo peor aspecto de lo que pensaba, y es hora de cambiar eso. He estado practicando mentalmente la chica que debo ser a partir de ahora y, sin duda, no es la que estoy viendo ahora mismo reflejada en el cristal.

No puedo permitir que nadie me vea así. Tengo que dejar todo el dolor en este avión y salir de aquí con una sonrisa, aunque en mi interior solo tenga ganas de llorar. Pero debo ser fuerte. Por mi padre. Por mi familia. Por mí. Porque me merezco una segunda oportunidad para vivir y porque tampoco quiero arrebatarle la suya a las personas que más quiero.

Me lavo un poco la cara y la seco a toquecitos con una toalla. Busco el neceser en mi bolso; una vez que lo localizo, empiezo a sacar los productos de maquillaje: primero aplico un poco de corrector para cubrir mis ojeras por la falta de sueño de estos últimos días. Luego, un toque de rubor que le da un poco de color y vida a mi cara. Por último, paso a mi zona preferida: los ojos. Me hago un delineado fino y aplico una buena capa de máscara de pestañas, realzando mis ojos grandes y oscuros como el azabache.

Con cada toque, siento que estoy empezando a construir una nueva versión de mí que, sin duda, va menos maquillada y mucho más natural. También mi forma de vestir es diferente, y lo cierto es que no me desagrada nada ir con este vestido fresco, a pesar de ser un estilo diferente a lo que solía usar. Llevo el pelo suelto, al natural, luciendo los rizos que tanto me encantan y que hasta ahora había ocultado al mundo la mayor parte del tiempo. Me pongo un

pequeño pañuelo en la cabeza, anudado en la parte de atrás y tapando el principio de mi frente, dejando el resto de cabello caer por mis hombros y parte de mi espalda.

Practico mi sonrisa varias veces antes de salir del cubículo. Me echo un último vistazo y no puedo evitar pensar que parezco otra persona. Es increíble lo que se puede conseguir con solo cambiar tu forma de vestir y maquillarte diferente. Aún me queda mucho trabajo, porque el mayor cambio debe ser algo interno, y no simplemente en apariencia, como he conseguido hasta ahora.

Una vez que aterrizamos, espero recibir indicaciones y entonces, salgo del avión.

Lo primero que veo nada más bajar los primeros escalones, es a un señor que está parado frente a mí, observándome con atención. Se me eriza cada vello de la piel. No pueden haberme encontrado tan pronto. Es imposible.

Me tiemblan las piernas cuando bajo el último escalón. Trago saliva y sigo caminando hasta colocarme frente a él, que sigue sin apartar sus ojos grises de los míos. Tiene el pelo negro oscuro y los ojos algo rasgados. Algunas de las arrugas de su rostro me indican que ha vivido bastantes más años que yo.

—¿Gia Laurent? —pregunta de forma neutral.

—¿Y usted es…? —pregunto mordiendo mi labio inferior, desconfiada.

—Micaelo Rossi, pero todos me llaman *Nonno*.

Sonríe ampliamente y abre los brazos de par en par.

—*Benvenuta nella mia amata Italia, piccola Sahín.*

3 | NO ME GUSTAN LAS FLORES

Gia

Me estremezco al oír mi apellido. Nadie aquí debería siquiera mencionarlo. No puede ser que el plan se haya estropeado antes de empezar.

—¿Quién es usted? —titubeo, empezando a mostrarme nerviosa.

Está claro que este hombre me conoce.

—Como te he dicho, me llamo Micaelo. Pero puedes llamarme *Nonno*. Aquí todos me conocen por ese apodo —me cuenta con total tranquilidad—. Vamos, llegaremos tarde si no nos damos prisa.

—¿Perdón? —Me cruzo de brazos, a la defensiva—. ¿Quién narices es usted?

—Soy un amigo de tu padre —murmura, provocándome un escalofrío que me sube por la espalda—. Me ha dejado a tu cargo durante el tiempo que estés aquí, ¿contenta? —Finge una sonrisa exagerada, mostrándome todos sus dientes—. Ahora, vamos, me gusta ser el primero en coger las maletas. Odio tener que esperar.

¿Un amigo de mi padre? Dudo un instante, puesto que nunca he oído hablar de él. Si fuera verdad, él me hubiera avisado. Y que yo recuerde, no lo ha hecho.

—No tengo padre —consigo decir sin que me tiemble demasiado la voz—. No sé quién es usted y no voy a seguirle a ninguna parte.

—Vaya, qué rápido te has olvidado de Burak. —Mi corazón se salta un latido, o puede que dos—. Se lo comentaré esta noche cuando me llame para pedir el informe de tu primer día. ¿Vienes conmigo o prefieres ir a pie? —Alza una ceja, mirándome con una tranquilidad y una diversión que me desconciertan—. Hay unos cuantos kilómetros de distancia hasta Cortona.

Sin duda este hombre sabe quién soy y quién es mi padre. Pero ¿cómo voy a confiar en él? Nadie me ha avisado de esto. Pensaba que una vez que llegara a Pisa, tendría que coger un autobús hasta Cortona y, una vez allí, recibiría indicaciones sobre cómo seguir.

Así que, ¿cómo sé que puedo confiar en su palabra? Sus ojos color gris oscuro me observan con atención y parece bastante despreocupado. No tiene pinta de ser un asesino en serie, pero muchas personas que he conocido a lo largo de mi vida tampoco tenían pinta de serlo y, al final, fueron mucho peores.

—Está bien, me voy —dice con voz firme—. Avísame cuando llegues y, si aún estoy de buen humor, te llevaré hasta la villa. —Se gira y, cuando tan solo lleva un par de pasos, vuelve a voltearse en mi dirección y me mira con una ceja alzada—. Ah, se me olvidaba que tu nuevo móvil lo tengo yo, así que no sé cómo podrás avisarme.

Echo un vistazo a mi alrededor: no hay nada fuera de lo normal, ni siento ninguna mirada sospechosa. Sé que debo estar alerta, pero también que mi padre se ha encargado de que aquí esté a salvo, para que pueda vivir tranquila a partir de ahora, siempre y cuando haga bien la parte que me toca.

—¿Cómo sé que lo que dice es verdad? —Alzo mi barbilla, intentando infundir una falsa seguridad en mí misma y en mis palabras.

—Tendrás que comprobarlo por el camino —contesta sonriente—. Ahora, vamos a por tus maletas, *piccola*.

***

—Tu padre y yo nos conocemos desde que éramos unos niños. —Por fin empieza a hablar, después de llevar prácticamente todo el trayecto en silencio—. Nuestras familias eran amigas, además de aliadas. Hicimos varios trabajos juntos cuando éramos jóvenes. Formábamos un buen equipo. —Sonríe con añoranza—. Yo conseguí salir de ese mundo cuando conocí a mi mujer, Marietta. —Me echa un vistazo rápido antes de volver a concentrarse en la carretera—. Pero él no pudo.

—¿Por qué? —me atrevo a preguntar.

Es algo que siempre ha rondado por mi cabeza, y mi padre nunca ha querido responder. «*Algún día lo entenderás*», es lo que siempre me decía.

—Eso es algo que debería contarte él, no yo —responde el hombre.

Resoplo y vuelvo a mirar al frente. El sol se filtra a través del cristal del coche, cubriendo el interior de una preciosa luz dorada. Hace casi una hora que dejamos el bullicio de Pisa atrás, y ahora nos

adentramos en pleno campo, cosa a la que no estoy nada acostumbrada.

Los altos cipreses nos guían en el camino y en cuestión de minutos, el paisaje se ha transformado, cubriéndose de viñedos y olivares a ambos lados de la carretera. Diviso a lo lejos algunas casas de piedra que adornan el paisaje y me pregunto quién podría vivir en un sitio así, alejado de la civilización y rodeado de hierba.

—Le debía un favor a tu padre —murmura después de algunos minutos de silencio, esta vez con la voz más apagada. Carraspea antes de continuar hablando—: Así que, a partir de ahora, estaré contigo y no permitiré que te ocurra nada malo. Estás bajo mi vigilancia y mi cuidado. Tengo algunos hombres en la ciudad que siguen trabajando para mí, así que te mantendré protegida en todo momento, incluso cuando yo no pueda verte directamente.

La seriedad de sus palabras me pone la piel de gallina. La situación es seria y debería estar preocupada. Pero, por raro que parezca, desde que me he subido al coche, me siento tranquila. Y conforme nos adentramos en la pequeña ciudad, me invade una sensación de paz y serenidad que hacía mucho tiempo que no lograba sentir.

—En cuanto salgamos de aquí, fingiremos que esta conversación no ha ocurrido y que no nos conocemos —advierte, mirándome de reojo antes de volver su vista hacia la carretera—. Vivirás en mi casa como una huésped más. Recuerda pasar desapercibida y actúa con la mayor normalidad posible. No olvides que hay vidas en juego —me recuerda, como si fuera capaz de olvidarme de ello.

Micaelo traga saliva y noto cómo aumenta la fuerza con la que agarra el volante cuando los nudillos de sus manos se vuelven más blancos que hace tan solo unos segundos.

—Lo sé —contesto, mirando el paisaje a través de mi ventana.

—Trabajarás en la floristería de Adela, la hermana de mi mujer. Busca a alguien para que le ayude con la tienda —me informa de forma tranquila. Aun así, parpadeo y tengo que tomarme unos segundos para analizar el significado de sus palabras—. Pero esperarás unos días antes de incorporarte, debe parecer que estás en busca de trabajo.

—No me gustan las flores. —Le fulmino con la mirada.

—Puede que a Jade no, pero a Gia le encantan. —Suelta una pequeña carcajada que retumba por todo el interior del coche y me pone los pelos de punta.

—No tengo ni idea de flores, ni de plantas, tampoco de ningún tipo de hierba, ni nada sobre estas cosas… verdes —me quejo, señalando con las manos a nuestro alrededor, aunque él siga con la vista fija en la carretera.

De reojo veo cómo las comisuras de sus labios se suben en lo que aprecio como una ligera sonrisa. Resoplo y me muevo sobre mi asiento, inquieta.

—Pues tendrás que aprender —sentencia.

—Nunca he trabajado en una tienda —sigo replicando, en un intento por sacarle de quicio y que se olvide de todo esto, pero muy a mi pesar, la situación parece hacerle mucha gracia.

—Ya decía yo que no tenías pinta de haberlo hecho. —Suelta otra risita.

Parece que se lo está tomando con humor, y no deja de sonreír. Pero, lo cierto es que a mí no me hace ninguna gracia. Sé que probablemente le esté pareciendo ahora mismo arrogante, inmadura y desagradecida, teniendo en cuenta la situación en la que estoy y que él, sin tener por qué hacerlo realmente, me está ayudando.

—No quiero estropearlo todo —admito.

—Pues no lo hagas —dice como respuesta.

Comienza a dar algunos toquecitos con sus dedos en el volante, siguiendo el ritmo de sus propios silbidos. Acompañados de su melodía, dejamos atrás el bullicio de Cortona y nos adentramos en la parte más rústica de la pequeña ciudad. Me quedo prendada al ver todo mi alrededor cubierto de girasoles: no me gustan las flores, pero si tuviera que elegir unas, sin duda serían los girasoles. Son mis favoritas.

Abro la ventana y dejo que el aire fresco acaricie mi rostro y revuelva mi pelo con la suave brisa que acompaña esta tarde de mayo. El olor a tierra, flores y hierbas silvestres inunda mis fosas nasales y, aunque no estoy acostumbrada a este aroma tan campestre, lo cierto es que no me desagrada tanto como pensaba. De hecho, creo que podría acostumbrarme.

Finalmente, al pasar entre algunos baches que hacen que el coche tiemble hacia los lados, llegamos hasta la entrada de una villa. Está rodeada de campo, y cerca se encuentra un camino que te lleva directo a la ciudad.

La villa es enorme y el camino empedrado hasta la entrada está repleto de árboles y flores a su alrededor. Su fachada de piedras es de un color algo desgastado por el paso del tiempo; tiene muchas ventanas, adornadas con marcos de madera pintados de un tono marfil oscuro, mientras que la puerta principal parece de madera maciza y el tejado está compuesto de tejas rojizas que sin duda llaman mi atención.

Desde aquí se puede apreciar que, desde la villa, hay unas vistas panorámicas increíbles de toda la ciudad, por lo que pienso tomarme más tarde una foto de recuerdo, aunque ya no tenga ninguna red social a la que subirla.

Al bajar del coche, respiro hondo y lleno mis pulmones de aire puro. El ambiente es muy tranquilo y creo que me servirá para relajarme un poco, aunque no me entusiasme tener que vivir en medio de la nada. Por lo menos, tengo bastante cerca la ciudad.

—*Piccola* —me llama mi acompañante cuando se baja también. Rodea el coche hasta quedar a mi lado, en la entrada del enorme edificio que tenemos frente a nosotros. Ni siquiera me extraño al oír la forma en la que se refiere a mí, ya que lleva todo el camino llamándome así—. Bienvenida a la Villa *Giardino al tramonto,* tu nuevo hogar.

Sonrío como respuesta, y Micaelo, o *Nonno*, como insiste en que lo llame, me acompaña al maletero y me ayuda a sacar todas mis maletas, que por cierto son bastante más pesadas de lo que recordaba cuando las llené en mi antiguo hogar.

—Vamos —me anima a seguirlo, pero frunzo el ceño en cuanto intento tirar de una de las maletas y me doy cuenta de la poca

fuerza que tengo.

—¿Y el mozo de equipaje? No puedo llevar todas las maletas, pesan demasiado.

—En esta casa no hay ningún *facchino* para que te lleve las maletas, ni ningún criado para que te sirva —contesta de forma seca —. Puedes hacer dos viajes si lo necesitas, querida.

—¿También te lo ha pedido mi padre? —le recrimino, mientras intento arrastrar una de mis maletas y seguirle el paso.

—Sí, me ha dicho que tenga mano dura contigo y no me ablande ni un poquito —me suelta con sorna.

Sigue silbando por el camino —cosa que me empieza a poner bastante nerviosa—, hasta que nos cruzamos en la puerta con un hombre alto. Ni siquiera me da tiempo a observarlo demasiado, porque sigo batallando con el equipaje.

—Oh, Luca, *mio figlio*, ¿podrías ayudar a esta damisela en apuros? —Suelta una carcajada ronca que me hace poner los ojos en blanco.

Escucho un gruñido como respuesta.

Levanto la cabeza y me cruzo con una mirada penetrante, oscura como el ébano y tan fría como el hielo. Esos ojos marrón chocolate parecen atravesarme como si pudieran ver a través de mí y escudriñar cada uno de mis secretos, consiguiendo acelerar mis pulsaciones.

—¿Es que le pasa algo en las manos? —Es lo único que dice con voz ronca antes de alejarse por el mismo camino que nosotros hemos cruzado hace tan solo unos segundos.

Me quedo aquí plantada, todavía intentando tirar de mi maleta y observando con cara de tonta cómo se aleja sin mirar atrás.

4 | NO PIENSO HACER DE NIÑERO

Luca

—*Arrivederci, nonna* —murmuro con cariño. Le doy un beso en la mejilla y me deleito con su sonrisa durante algunos segundos.

—Hasta luego, cariño. —Me dedica una de sus miradas dulces—. ¿Llegarás a tiempo para cenar?

—Lo intentaré, pero no prometo nada —respondo, jugueteando con las llaves que tengo guardadas en el bolsillo—. Tengo una cirugía a última hora de la tarde, espero que no se complique.

—Trabajas demasiado —afirma, acariciando mi mejilla con sus manos secas y arrugadas.

—Tú también —contesto, antes de darle un beso en la frente, lo que hace que sonría de nuevo.

—Hoy llega una nueva huésped a la villa —me informa, como siempre le gusta hacer—. Se quedará una larga temporada.

—Genial.

—Pasa luego a darle la bienvenida, ¿vale? —Vuelve a acariciar mi mejilla y cierro los ojos durante un par de segundos al sentir su tacto rugoso sobre mi piel—. Sabes que me gusta que mis huéspedes se sientan como en casa y nos vean como una familia.

—Lo sé, *nonna.* —Pongo los ojos en blanco—. Intentaré no llegar tarde.

Me despido de ella y me dirijo a la puerta de la entrada.

Marietta es como una abuela para mí. Ella y su marido Micaelo, me acogieron cuando llegué a Italia. Dirigen una villa que está situada en medio del campo, cerca de la ciudad. Es antigua, pero en ella se han vivido cientos de historias a lo largo de los años. A pesar de que cada vez son más mayores, y por lo tanto necesitan más ayuda, este sitio es toda su vida y les llena de alegría e ilusión trabajar en él.

Me apoyo en el marco de la puerta cuando veo al *nonno* aparcar su coche. Va acompañado de una chica, seguramente la nueva huésped de la que me ha hablado la *nonna*. Es un hombre muy servicial y, siempre que puede, acerca a algunos huéspedes hasta aquí cuando no tienen vehículo propio.

La chica sale del coche y Micaelo va tras ella. Se para a su lado e intercambian algunas palabras antes de descargar las maletas. Parece algo desorientada y, por la forma en la que le cuesta hasta tirar de su propio equipaje, creo que está bastante acostumbrada a otro tipo de vida. Veo en sus propias acciones al Luca que llegó a Cortona dispuesto a descubrir nuevas experiencias y con intención de comerse el mundo, aunque tampoco estaba acostumbrado a hacer nada por sí mismo.

Solo la he visto durante unos segundos y ni siquiera la conozco, pero ya me cae mal. Me recuerda al antiguo chico que un día fui.

—Oh, Luca, *mio figlio*, ¿podrías ayudar a esta damisela en apuros? —Suelta una carcajada, algo muy típico de Micaelo, que siempre parece estar rebosante de alegría.

Suelto un gruñido como respuesta.

Analizo a la chica, echándole un buen vistazo de arriba a abajo. Su rostro es la definición perfecta de elegancia y sus ojos oscuros, de puro magnetismo. Sus cejas definidas marcan su intensa mirada en una mezcla de lo que interpreto como inseguridad, miedo y, a la vez, confianza en sí misma. Tiene los pómulos bien marcados, lo que resalta su fino y delicado rostro. Sus labios son carnosos y ahora, al tenerlos entreabiertos, puedo apreciar mejor el arco de su labio superior, que le da un toque bastante sensual a su belleza natural.

—¿Es que le pasa algo en las manos? —Es lo único que digo antes de esquivarlos y alejarme de ellos.

Voy hasta mi Vespa y me pongo el casco. Arranco el motor, acelero, y cruzo el camino rústico que me dirige a las estrechas calles empedradas de la ciudad.

Una vez que llego a la clínica, aparco la moto en el lugar de siempre y entro dispuesto a afrontar otro turno de tarde.

—*Ciao*, Giuls —saludo a mi compañera y, justo después, me pongo de cuclillas y recibo a los dos perros que siempre nos acompañan en nuestra jornada. Son las mascotas y compañeros de Giulia y, mientras nosotros trabajamos, ellos se dedican a pasear por aquí, además de saludar y demandar cariño a cada persona que entra en la clínica veterinaria acompañando a su mascota.

—¿Cómo estás? —me saluda sonriente desde el mostrador, repasando las citas apuntadas en la agenda para esta tarde.

—Algo cansado —respondo, moviendo el cuello hacia los lados en un intento fallido de destensarlo un poco—. Creo que voy a por un café antes de empezar el turno. ¿Quieres uno?

—Tranquilo, aquí está tu chica favorita. —La voz de Bianca, otra de mis compañeras de trabajo, y además una de mis mejores amigas, se expande por toda la sala. Se acerca a mí, sonriente, y me ofrece uno de los dos cafés que lleva en las manos—. Bien cargado, con leche y sin azúcar: justo como te gusta tomarlo por las tardes.

—Gracias, preciosa. —Agarro el vaso y le doy un sorbo, degustando el amargo sabor del líquido caliente que baja por mi garganta.

—Y para mí, ¿qué? —se queja Giulia.

—Solo tengo dos manos. —Bianca se encoge de hombros y le da un sorbo a su café.

—En diez minutos tienes una consulta con el perro de la señora Isabel —me advierte la otra.

—¿Otra vez? —pregunto, con el ceño fruncido—. Va a acabar aprendiéndose de memoria cada esquina de la clínica.

—Dice que sigue sin comer. —Se encoge de hombros.

—El pobre animal está perfecto. —Chasqueo la lengua y hago un ademán con la mano, restándole importancia a la situación—. Lo que le pasa es que no le gusta la comida que le obliga a tomar esa mujer.

—Si quieres, puedo atenderla yo —se ofrece Bianca, tan servicial como siempre—. He visto en la agenda que tienes unas cuantas citas programadas, y además una cirugía.

—Si sigues aprendiéndote mi horario de memoria, voy a empezar a pensar seriamente que quieres ser mi secretaria —bromeo, sonriente—. O que eres una admiradora obsesionada con mi trabajo.

—Lo es —advierte Giuls, ajustándose su coleta pelirroja.

—Solo hago bien mi trabajo e intento ayudar a mis compañeros —se queja, prácticamente fulminando con la mirada a nuestra compañera.

—Y lo haces de maravilla —aseguro.

Le doy un beso rápido en la frente antes de dejar a las dos chicas discutiendo sobre quién es más eficiente, y me adentro en mi

consulta para disfrutar del café.

Entre estas cuatro paredes, la tarde transcurre con normalidad entre diferentes tipos de animales: perros, conejos, gatos… Hasta le he puesto una vacuna a un cerdo.

Tuve que hacer una pequeña pausa después de atender al gato del señor Mateo, porque esta mañana se me olvidó tomar mi pastilla de la alergia y empecé a encontrarme bastante mal, hasta el punto de tener que utilizar mi inhalador de rescate al notar algunas sibilancias en mis respiraciones.

Tengo alergia al pelo de los gatos, y cuando me da alguna crisis, suele empeorar bastante mi asma. A la gente le suele hacer gracia que un veterinario sea alérgico a uno de sus principales pacientes, pero qué le voy a hacer, no podía dejar atrás la profesión de mis sueños solo por ese pequeño problema de salud.

Cuando me doy cuenta, son más de las siete de la tarde, por lo que me preparo para entrar al quirófano. Es bastante amplio y luminoso, además, tenemos todo lo necesario para realizar nuestras operaciones. Hoy me toca atender a un perro que ha sufrido una fractura en una pata debido a una caída.

Mientras Luigi se encarga de anestesiar al animal y Leo —que es auxiliar veterinario— está esterilizando todo el material que vamos a utilizar, yo me dedico a revisar las radiografías que le hicimos a

Lionel —el perro— y repasar mentalmente todos los pasos que tengo que llevar a cabo para reparar el hueso del animal.

Con todo preparado y Lionel ya colocado sobre la mesa de operaciones, mis compañeros y yo nos dirigimos unas miradas de ánimo. Aunque no sea una cirugía difícil, siempre estamos en tensión por lo que pueda salir mal.

Para evitar esto último, me concentro en el animal y con un movimiento rápido de cabeza, les indico a mis compañeros que estoy listo para empezar con la operación.

***

Completamente agotado y desprendiendo un olor bastante desagradable, dejo aparcada la Vespa y me dirijo por fin a casa.

Vivo con los *nonnos* en su villa, por lo que, siempre que me necesitan, intento ayudarles con el mantenimiento y, algunos fines de semana, con la zona de hostelería y el establo. La villa es tan grande y bonita que desde lejos podría parecer un antiguo castillo. Cuenta con muchísimas habitaciones, todas con un tamaño bastante amplio y con todo lo necesario para poder disfrutar de la estancia en la ciudad de forma independiente.

En la parte trasera, en medio del jardín, hay un restaurante con mesas al aire libre, conectado con un pequeño comedor y con la

cocina, donde la *nonna* se encarga de preparar los mejores platos a cada turista que pasa por aquí.

—¿Otra vez trabajando hasta tarde? —pregunta Micaelo, recibiéndome en la entrada con una pequeña sonrisa ladeada.

—Mucho trabajo —me limito a responder, y me encojo de hombros.

—La *nonna* te ha dejado la cena en tu habitación —me cuenta—. Procura no dejar nada, ya sabes que no le gusta que te vayas a la cama sin comer.

—Tranquilo, tengo demasiada hambre como para irme a dormir directamente —aseguro—. Eso sí, debo darme una ducha con urgencia.

—Sí —afirma con un asentimiento de cabeza—. Estás apestando mi casa.

—¡Pero si tú no hueles! —me quejo entre risas. Hace años que el *nonno* perdió su sentido del olfato.

—Pero puedo percibir el hedor de todas formas —replica, arrugando la nariz.

Niego con la cabeza y comienzo a caminar hasta mi habitación, que está en la parte de abajo, no demasiado lejos de la suya.

—¿Por qué me estás siguiendo? —pregunto al ver que en lugar de despedirse y alejarse como hace cada noche, me está siguiendo

hasta mi dormitorio.

—Tengo que hablar contigo —dice con firmeza.

—¿Ha pasado algo? —Abro la puerta de mi habitación y entro seguido por él, que parece algo preocupado.

—¿Te acuerdas de la chica de esta mañana?

Alzo una ceja.

—¿La que andaba como un cervatillo perdido mientras sujetaba una maleta más grande que su propio cuerpo?

—Sí, justo esa.

Asiento con la cabeza para hacerle saber que la recuerdo.

—Me acuerdo —añado cuando veo que no dice nada más—. ¿Qué pasa?

—Se quedará una temporada aquí —dice con cierta inquietud que no me pasa desapercibida—. La veo un poco perdida y parece una buena muchacha. Sabes que me gusta hacer que mis huéspedes se sientan como en casa y siempre trato de ayudarlos a integrarse en la ciudad. Necesito que me ayudes y le eches un vistazo, parece un poco desorientada…

—Pues que contrate a un guía turístico o a un guardaespaldas —respondo de forma cortante—. No pienso hacer de niñero.

—Luca, te lo estoy pidiendo como favor. —Su semblante ha cambiado, y ahora está mucho más serio que hace tan solo unos segundos.

—Nunca me pides que ayude a ningún huésped —sigo quejándome—. ¿Quién es la chica?

—Eso no importa. —Niega con firmeza—. Tú solo haz lo que te pido. Preséntale a tus amigos, intégrala en el pueblo y vigila que no se meta en problemas.

—¿Crees que no tengo suficiente trabajo y responsabilidades? —le recrimino, a la defensiva.

—Haz lo que te pido —responde, mirándome con los párpados entrecerrados y tensando la mandíbula.

—¿Por qué? —insisto.

—¡Luca! —Alza levemente la voz—. No cuestiones mis decisiones, solo obedéceme. No necesitas saber el por qué, *maledizione*.

—Vale —mascullo.

—Mañana bajarás a desayunar antes de marcharte al trabajo y te presentarás con la chica como es debido —dice, en tono autoritario, mirándome a los ojos.

—Genial, vuelves a darme órdenes como si fuera un niño —mascullo, apartando la vista.

—Siempre serás mi pequeño —responde con tono fraternal.

Me da un par de palmaditas en el cuello, sonriente, y sale de mi habitación. Resoplo y le doy una patada a la pata de la mesa que hay en el centro. Odio que Micaelo me dé órdenes, pero lo respeto lo suficiente como para acatarlas; le estoy tan agradecido y lo quiero tanto, que me es imposible decirle que no a algo.

5 | QUIERO ADOPTARLA

Gia

Me despierto poco a poco, dejando que mis ojos se acostumbren a la claridad y al brillo de los rayos del sol que entran por la ventana de mi habitación. Estiro mi cuerpo, destensando todas mis articulaciones, preparándolo para levantarme de la cama y afrontar un nuevo día.

Todo está en silencio, salvo por el canto de los pájaros y el susurro que hacen las hojas de los árboles al moverse con la brisa de la mañana. Me quedo quieta y callada, con el ceño fruncido, al volver a escuchar el mismo ronroneo que llevo notando desde hace unos minutos.

Me levanto y doy algunos pasos, siguiendo el murmullo, hasta llegar a las puertas que dan al balcón. Las abro con cuidado y no solo me encuentro con unas vistas maravillosas, sino con un gato. Enseguida se acerca a mí y, después de observarme de forma cautelosa con sus ojos azules, me olfatea durante algunos segundos y se restriega contra mis piernas, haciéndome cosquillas con su abundante pelaje.

Por la forma ancha y plana de su cara, los ojos tan grandes y redondos que me observan desde abajo, y el hocico corto que le hace parecer enfadado, creo que se trata de un gato persa.

—¿Qué haces en mi habitación? —pregunto con el tono de voz más dulce posible.

Me pongo de cuclillas y extiendo mis dedos hasta llevarlos al lomo del animal para acariciarlo con suavidad. Sonrío cuando se acurruca y empieza a ronronear más fuerte.

Con cuidado, deslizo un mano bajo el pecho del gato y la otra bajo sus patas traseras; lo levanto del suelo y lo acerco a mi pecho antes de salir de mi habitación con el animal entre mis brazos, en dirección a la zona de recepción, donde me encuentro con Micaelo y Marietta, que hablan entre ellos con un acento italiano bastante marcado mientras parecen revisar algunos papeles.

—Buenos días —les saludo cuando por fin estoy frente a ellos, captando por completo su atención—. ¿Hay alguna razón para que este gato estuviera en mi habitación?

—Oh, *piccola* —dice Micaelo—. Buenos días. ¡Has encontrado al *gatto cattivo*!

—Buenos días, cielo. —Ahora es Marietta la que me dedica una de sus mejores sonrisas—. ¿Cómo has dormido? ¿Te ha despertado el gato? —Se acerca a mí e intenta apartarlo de mis brazos, pero doy un pequeño paso hacia atrás y niego con la cabeza.

—¿De quién es? —insisto.

—No lo sabemos. Lleva aquí unas cuantas semanas —me cuenta la mujer—. No tiene collar, ni tampoco chip. No sabemos cómo ha llegado hasta aquí, pero tampoco parece querer irse. Y a nosotros no nos gusta la idea de tener que llevarlo a una protectora de animales, así que a veces suele quedarse en nuestra habitación, ya

que hay muchos huéspedes a los que no les gusta que esté rondando cerca de ellos.

—¿Entonces no tiene dueño? —Llevo mi mirada hasta los ojos azules que me observan desde mis brazos y, por un segundo, siento al pobre animal tan perdido e indefenso como lo estoy yo.

Ambos niegan con la cabeza.

—¿Puedo quedármelo? —pregunto sin ni siquiera pensar en lo que estoy diciendo.

Me encantan los animales y tristemente, hace unos años, mi gato Pamuk murió, dejando un vacío y un dolor en mi interior que me costó mucho tiempo superar. Siempre lo llevaré en mi corazón, pues el amor y la compañía que me regaló durante algunos de los años más difíciles de mi vida no se olvidan con facilidad.

Me dije a mí misma que no volvería a tener una mascota de nuevo después de haber quedado devastada con su pérdida, pero quizás me vendría bien tener algo de cariño y compañía, ya que no sé cuánto tiempo voy a quedarme en este lugar. Además, no interferirá con mi rutina, ya que los gatos suelen ser bastante independientes y no necesitan tantas atenciones como otro tipo de mascotas. Así que creo que es una oportunidad perfecta para los dos.

—Es una gata —me informa Micaelo. Ni siquiera me he parado a comprobar el sexo del animal—. Y claro que puedes quedártela, siempre y cuando te comprometas a cuidar bien de ella.

—¿Tiene nombre? —pregunto, ignorando el hecho de que este hombre piensa que soy una completa irresponsable e incapaz de

cuidar a un gato.

—No —niega Marietta—. Micaelo suele llamarla gata traviesa, porque es bastante revoltosa —me cuenta su mujer.

Miro de nuevo a la gata y me cuesta creer que sea inquieta, ya que parece bastante tranquila entre mis brazos y creo que, si me sigo moviendo hacia los lados un poco más, hasta podría quedarse dormida.

—Quiero adoptarla.

—¿Estás segura? —cuestiona Micaelo—. Acabas de llegar al pueblo y ni siquiera te has integrado todavía.

—Sí, estoy segura. —Vuelvo a mirarla y le doy un beso en su cabecita peluda.

—Está bien —dice finalmente el hombre, mientras su mujer me dedica una enorme sonrisa—. Te ayudaré a agilizar el proceso de adopción.

—¡Genial! Por fin le hemos encontrado una dueña a esta pequeña bola de pelo. —Una Marietta sonriente se acerca a nosotras y acaricia la cabeza de mi gata, haciendo que ronronee como respuesta—. Tendrás que ponerle un nombre.

—Chanel. —digo, sin necesidad de pensarlo demasiado, y vuelvo a besar su cabeza.

He elegido ese nombre porque siempre ha sido una de mis marcas favoritas, y creo que será una forma bonita de recordar mis orígenes, sin olvidarme de quién debo ser ahora mismo.

—Un nombre precioso. —Una voz ronca y varonil retumba por toda la sala, capturando nuestra atención.

Me giro, atraída por ese tono rasgado que parece llenar cada rincón de este lugar, y me encuentro con un hombre alto, grande y de hombros anchos que se acerca a pasos lentos y firmes. Sus ojos oscuros me observan con atención de arriba a abajo y, aunque tiene un semblante serio, aprecio un atisbo de sonrisa durante un par de segundos, antes de que vuelva a fruncir el ceño.

Son los mismos ojos marrones con los que me crucé ayer, y la misma voz varonil que ha vuelto a provocar que un pequeño escalofrío recorra mi espalda.

Chanel decide que es un buen momento para saltar y escapar hasta mi habitación, que rápidamente ha adoptado como suya.

—Luca, cariño —lo saluda la mujer. El chico se para frente a nosotros y le da un beso en la cabeza, antes de volver a clavar su mirada en mí. Trago con algo de dificultad., pues su presencia me pone nerviosa. Pero alzo el mentón y le sostengo la mirada, en un intento por fingir una seguridad que ahora mismo no siento. Veo que una pequeña sonrisa ladeada asoma por su rostro, aunque no tarda demasiado en desaparecer.

—Bonito pijama —murmura con un movimiento de cabeza.

En estos momentos, me doy cuenta de que he salido de mi habitación tal cual me he levantado de la cama, y seguro que tengo unas pintas horribles.

No dudo en fulminarlo con la mirada.

—Sé amable con la chica —le regaña la *nonna*, como insiste en que la llame, antes de darle un manotazo en el brazo que provoca en él una pequeña carcajada. Bien, por lo menos sé que no estoy hablando con un robot—. Este es mi nieto, Luca. —Los ojos de la mujer observan el rostro del chico como si fuera lo más bonito que ha visto en mucho tiempo—. Y ella es Gia —le dice ahora a él—, nuestra nueva huésped.

—Lo sé, *nonna*. — Luca asiente con calma—. Nos conocimos ayer.

—¿Te refieres a cuando fuiste un arrogante y un maleducado conmigo? —arremeto.

Alza una ceja y siento que sus ojos me analizan constantemente, lo que me pone aún más nerviosa.

—Tenía cosas más importantes que hacer. Además, veo que tienes dos manos y dos buenas piernas. —Vuelve a echarme una mirada de arriba a abajo—. Así que no creo que te resultara difícil llevar un par de maletas.

—¿La gente aquí es así de antipática o eres la excepción? —replico a la defensiva.

—No sabría decirte. —Se encoge de hombros—. No suelo prestar atención a lo que hacen o dicen los demás.

—Veo que os habéis caído bien —interviene Micaelo—. *Meraviglioso,* porque hoy pasaréis la mañana juntos.

—Perdona, ¿qué? —Dirijo mi mirada hacia el *nonno* y luego a Luca, que parece inexpresivo.

—Luca se ha ofrecido a enseñarte la ciudad y a ayudarte con los trámites de tu llegada.

—Sí, eso es justo lo que ha pasado —murmura el chico, mirando fijamente al *nonno*.

Ambos parecen batirse en un duelo de miradas que dura lo suficiente como para que el ambiente se vuelva incómodo. Carraspeo, sintiéndome algo incómoda.

—Puedo hacerlo yo sola —digo por fin—. No necesito ningún niñero, Micaelo.

—*Nonno* —me corrige—. Ya te he dicho que no hacen falta tantos formalismos.

—No necesito que nadie me acompañe, *nonno* —digo esta última palabra a regañadientes—. Puedo valerme por mí misma.

—Te vendrá bien algo de ayuda —insiste, ignorando por completo lo que acabo de decirle—. Ah, Luca, búscale un vehículo a esta *ragazza*. Lo necesitará para moverse por la ciudad.

La mirada de Micaelo me advierte que no puedo negarme y aguanto las ganas de gritar de impotencia. Odio que siempre tengan que decidir por mí. Odio no saber decir que no. Y odio aún más, no poder hacerlo ahora mismo. Porque no me queda otra que acatar sus órdenes —o como él las llama, sugerencias—, del *nonno* si quiero que mi estancia aquí sea lo más efectiva posible. Él es el único que puede ayudarme.

—El desayuno se sirve en el restaurante dentro de media hora —me informa Marietta antes de dar media vuelta y marcharse.

Para cuando me doy cuenta, el *nonno* también se ha ido y en la sala solo quedamos Luca y yo. Nos fulminamos con la mirada el uno al otro.

—A las nueve en la entrada. —Su acento italiano me genera un cosquilleo en el estómago, y su voz me parece demasiado sexy y varonil. Mi mirada se desvía a sus labios entreabiertos, y observo la forma en la que se los humedece en un rápido movimiento que mis ojos parecen captar a cámara lenta. Trago saliva y entorno los párpados—. No pienso esperarte ni un minuto más.

—Qué amable —mascullo.

Finjo una sonrisa, con la intención de que se note bien falsa, y le dejo ahí plantado antes de irme a mi habitación.

6 | BIENVENIDA A CORTONA

Luca

Todo a mi alrededor está en silencio. Si cierro los ojos, tan solo sería capaz de oír el gorjeo de los pájaros y el susurro delicado de los árboles que hay a mi alrededor cuando el viento remueve sus hojas. Es una de las cosas que me encantan de este sitio: la paz que me transmite y la tranquilidad en la que se puede vivir.

El campo que me rodea dejó de ser hace meses de un simple color verde para llenarse del amarillo intenso de los girasoles, que se mueven con suavidad cuando la brisa los agita.

El aire todavía conserva el frescor de la noche, pese a que ya ha salido el sol. El cielo está despejado y parece que hoy será un buen día. O al menos, lo estaba siendo hasta que veo aparecer frente a mí a la pelinegra. Camina meciendo sus caderas con cada paso que da por el camino empedrado, con esa mirada tan intensa que parece advertirme de que me meterá en problemas.

De repente, toda la paz que sentía hasta hace unos segundos desaparece en cuanto observo la forma en la que el vestido que lleva se amolda a su bonita figura, marcando cada curva de su cuerpo. Vuelve a llevar un pañuelo anudado en la parte de atrás de la cabeza, y el resto del pelo le cae por los hombros y parte de la espalda.

—Hola. —Me dedica una sonrisa, que esta vez parece sincera, y yo echo un vistazo completo a su atuendo.

«Sé amable con ella. Puedes hacerlo, solo tienes que sonreír y decir algo agradable».

—Pareces una pirata. —Es lo único que se me ocurre decir.

—¿Perdona? —Pone los brazos en jarra y alza una ceja.

—El pañuelo… —sigo estropeándolo—. Hace que parezcas una pirata.

—Y tú un señor jubilado con ese *outfit* —replica—. Y ahora que nos hemos piropeado lo suficiente, ¿podemos irnos?

Abro el compartimento bajo el asiento de mi Vespa y saco los dos cascos. Le ofrezco uno de ellos y veo que mira atónita la pequeña moto.

—¿Vamos a ir montados en esto? —dice con cierta incredulidad, haciendo hincapié en la última palabra.

—¿Prefieres que traiga una carroza con caballos? —sugiero, arrugando la nariz en una mueca.

Me arrebata el casco de las manos y se lo pone con cuidado de no despeinarse. Cuando se acerca a la moto, baja la mirada hasta sus piernas y resopla.

—No puedo subir. —Niega lentamente—. Llevo vestido.

—Ese no es mi problema —digo tajante.

Con el casco ya puesto, me subo en un rápido movimiento y la miro por encima del hombro.

—¿Subes o vas a pie? —insisto.

—¿Sueles tratar así de mal a todo el mundo? —protesta, frunciendo ligeramente el ceño.

Esbozo una pequeña sonrisa y niego con diversión.

—No. Solo a la gente que me cae mal —contesto, y eso hace que ponga los ojos en blanco.

—Ni se te ocurra mirarme las piernas —refunfuña, y me tengo que morder el interior de la mejilla para mantenerme serio y no soltar una carcajada.

—Tranquila, no tenía intención de hacerlo —miento.

Sujeto con fuerza el manillar e intento no fijarme en cómo la tela del vestido se le ha subido ligeramente hasta los muslos al sentarse detrás de mí, dejando más piel expuesta de la que me gustaría ver ahora mismo.

—¿Ahora es cuando me dices que me agarre fuerte para que no me caiga?

—No, me da igual si te caes —respondo tajante, sin molestarme en mirarla siquiera—. Así quizás dejes de hablar.

—Pues yo no quiero caerme.

Se abraza a mi cuerpo con tanta fuerza que sus manos hacen presión sobre mi estómago, provocándome cierta molestia. Aprieta con más fuerza cuando ve que no me quejo, y vuelvo a mirarla por encima del hombro.

—¿Estás aprovechando para tocar mis abdominales?

—Si al menos tuvieras… —Suspira de forma exagerada.

Claro que tengo abdominales. Me machaco todas las semanas en el gimnasio porque, aparte de que hacer ejercicio me sirve para calmar la ansiedad, me gusta mantener mi cuerpo en forma.

—Si lo que quieres es provocarme para que me quite la camiseta, no lo vas a conseguir.

—Tranquilo, no tenía intención de hacerlo —responde, imitando tanto mis palabras como el tono de voz que he usado hace tan solo un momento.

Arranco la moto y acelero, dejando atrás la villa y desplazándonos hacia la carretera que nos lleva directos a la ciudad. Poco después, nos adentramos entre callejones estrechos y empedrados, donde nos reciben diferentes casas con los balcones adornados con macetas, llenas de flores y vida. Las tiendas conservan sus fachadas rústicas y en la plaza se mezclan diferentes voces con alguna que otra risa infantil.

Nos bajamos de la moto en cuanto la aparco en el primer sitio que encuentro libre. Vuelvo a guardar los cascos y observo a Gia.

—Pues bienvenida a Cortona. —Le dedico una pequeña sonrisa, en un intento de ser amable al menos por esta vez.

—Gracias. Es lo más bonito que me has dicho hasta ahora.

—No te acostumbres. —mascullo.

Las comisuras de sus labios se elevan hasta mostrarme una pequeña sonrisa que intenta borrar rápidamente de su rostro.

—Quiero ir a comprar algunas cosas para Chanel.

—Así que al final te quedas a la gata… —murmuro cuando comenzamos a caminar.

—Sí —contesta y, por primera vez, creo que sonríe de verdad. La verdad es que tiene una sonrisa preciosa—. Creo que a las dos nos vendrá bien algo de compañía.

—¿Planeas quedarte mucho tiempo?

—Sí, al menos durante una larga temporada.

—Guay.

—¿Y tú? —Siento sus ojos clavados en mí—. ¿Naciste aquí?

—No.

—Vale… —Se queda callada durante algunos segundos; parece pensativa—. ¿Y cuánto tiempo llevas aquí? ¿Te gusta el sitio? ¿Es un buen lugar para vivir?

—Demasiadas preguntas.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí? —repite.

—Algunos años —respondo sin entrar en detalles. Ha sonado más cortante de lo que pretendía, pero es que no me gusta hablar de mi vida personal, y mucho menos con desconocidos.

—Y… —Se muerde el labio inferior, dubitativa antes de continuar con su interrogatorio—: ¿Qué puedes contarme de la ciudad? ¿Vas a hacerme un *tour* o algo así?

—No, tengo cosas mejores que hacer. —Su mirada cabizbaja hace que me arrepienta un poco de haber sido tan brusco, así que resoplo y sigo diciendo—: Si quieres, puedo presentarte a un amigo que es guía turístico.

—De todas formas, no se te daría bien, no hablas demasiado.

—Hablo lo justo y necesario.

Llegamos al veterinario y se queda parada, mirando a la puerta y a mí respectivamente; creo que sé lo que me está pidiendo con esa mirada de niña buena que me pone de los nervios.

Abro la puerta y le cedo el paso, dejándola entrar con una sonrisa triunfante, sabiendo que ha logrado su objetivo.

En cuanto me ve, Giuls abre la boca para saludarme, pero niego con la cabeza y señalo con los ojos a mi acompañante. La pelirroja parece entender lo que le quiero decirle, porque asiente de forma muy sutil y me dedica una pequeña sonrisa.

—Nunca había estado en un veterinario. —Parece fascinada observando todo lo que nos rodea. Uno de los perros de mi compañera trota animado hacia nosotros y enseguida Gia se agacha y empieza a acariciarlo—. ¡Pero qué mono eres!

—Buenos días —la saluda mi compañera, desde el otro lado del mostrador—. ¿Puedo ayudarles en algo? —Giuls aprovecha que la chica sigue distraída con el perro y me guiña un ojo, esta vez de forma mucho más exagerada.

—Pues... —empieza a decir la pelinegra—. He decidido adoptar una gata y necesito todo lo necesario para que se sienta lo más cómoda posible.

Mi compañera suelta una risita y empieza a enseñarle diferentes areneros y marcas de comida, rascadores… y un sinfín de cosas que Gia quiere comprar de una vez, sin ni siquiera haber adoptado formalmente al animal todavía.

—Teniendo en cuenta el tamaño de la gata, es mejor este comedero —intervengo después de un buen rato, y le señalo con la mirada uno de los dos recipientes que le está mostrando Giuls.

—No hables como si entendieras algo de animales —se atreve a decir, y de nuevo fija su atención en los diferentes recipientes. Acaba

eligiendo uno mucho más pequeño y de color rosa, como casi todo lo que ha escogido hasta ahora.

—Es verdad —suelto en tono irónico—. No tengo ni idea de animales.

Giuls suelta una risita y yo niego con lentitud, empezando a sentirme algo desesperado; no sé por qué, pero tengo la sensación de que pasar tiempo con esta chica me va a dar más de un dolor de cabeza.

7 | COMO UNA CEBOLLA

Luca

—Y ahora, ¿cómo vamos a llevar todo esto en la moto? —pregunta una vez que Giuls se ausenta de la zona de recepción.

—Te dije que no compraras tantas cosas —me limito a contestar, tamborileando con mis dedos sobre la mesa.

—Todo son cosas que necesita Chanel.

—Has comprado tres tipos de cepillos diferentes —le recuerdo.

—Porque no sé cuál de todos se adaptará mejor a su pelaje. —Se encoge de hombros.

—Anda, ve saliendo. —Hago un gesto con la cabeza en dirección a la puerta—. Voy a hablar con la veterinaria y cuando salga de mi trabajo, lo llevo todo a la villa.

—Vale —accede sin rechistar.

Sale de la clínica a la vez que entra un chico que carga un trasportín; se queda mirándola embelesado, y no es para menos, es una chica preciosa y luce una sonrisa arrebatadora.

—¿Y este numerito que acabas de montar? —La voz dulce de Giulia logra devolverme a la realidad y sacarme de mis pensamientos.

Mi amiga vuelve a ocupar su puesto tras el mostrador y me observa con curiosidad.

—Ni se te ocurra decirle una palabra a los demás. —La señalo con un dedo.

—¿Quién es? —pregunta, refiriéndose a Gia, con una ceja alzada.

—Es nueva aquí —digo con desgana—. Se queda en la villa de los *nonnos* una temporada.

—Interesante. —Sonríe, y no puedo evitar soltar un resoplido al ver su reacción; la conozco desde hace muchos años y sé que ahora mismo se está haciendo una idea equivocada de la situación.

—Déjate de tonterías. Y no le digas nada a Bianca, ya sabes lo pesada que se pone.

—Si con pesada quieres decir que se vuelve loca cuando te ve respirar cerca de otra chica…, sí, se pone un poquito pesada —murmura en tono burlón, dedicándome una sonrisa.

—Volveré esta tarde —respondo, ignorando la pulla que acaba de soltar contra nuestra compañera; siempre están igual, así que ya estoy más que acostumbrado—. Ahora, si me disculpas, tengo que hacer de niñero durante un par de horas más.

—Qué suplicio, ¿verdad? —Noto cierta ironía en sus palabras, lo que me hace tensar la mandíbula.

—No sé qué estás pensando, pero quítatelo de la cabeza ya.

—Vale, vale. —Alza las manos en señal de rendición.

—Guarda todo lo que ha comprado en mi despacho —le pido, señalando con el dedo las cosas. Doy un par de pasos hacia atrás que me acaban separando de ella.

—Entendido, jefe.

—Nos vemos luego —digo antes de salir.

Veo los rayos de sol reflejados en la piel bronceada de Gia, quien me observa sonriente y con los ojos achinados cuando la luz cegadora los ilumina.

—Qué a gusto se está al sol —murmura de forma alegre. La verdad es que tenemos una temperatura perfecta. Hace algo de viento, pero se contrarresta con la calidez del ambiente.

Nos ponemos en marcha para seguir con nuestra ruta, ambos sumidos en un silencio que no me resulta para nada incómodo; es más, lo prefiero. Nuestra primera parada es en la *Piazza della Repubblica,* que acoge alguno de los monumentos más importantes de la ciudad, como el *Palazzo Comunale*. Es un edificio medieval donde se encuentra el ayuntamiento. Seguimos caminando un poco más, hasta llegar a la escalera que delimita la *Piazza Signorelli*, una pequeña plaza rodeada de edificios históricos y casas de piedra, con unos toques de color en sus balcones que decoran las fachadas, haciéndolas únicas.

—El nombre de esta plaza es en honor a Luca Signorelli —le empiezo a contar, y veo que me mira con atención mientras asiente con la cabeza—. También le dio nombre al teatro de la ciudad. —Señalo con la cabeza el edificio que hay a unos metros de distancia

—. Fue construido a mediados del siglo XIX. Aparte de celebrarse obras de teatro, también se realizan diferentes eventos culturales.

—Es un sitio precioso. —Da una vuelta sobre sí misma, con los brazos abiertos e inspirando el aire fresco, admirando nuestro alrededor.

Parece maravillada ante la atmósfera medieval que nos rodea. La gente sigue paseando y conversando entre ellos, de forma tranquila y amigable. Algunos turistas hacen fotografías, mientras que muchos vecinos compran en establecimientos y pequeñas tiendas que hay en esta zona. Vuelvo a mirarla y me fijo durante algunos segundos en la ilusión y el brillo que irradia su mirada, y en cómo se ensancha su sonrisa conforme admira cada detalle. Frunzo el ceño cuando me doy cuenta de que me ha contagiado su sonrisa y carraspeo antes de acercarme a ella.

—Ven, te voy a presentar a alguien. —Le hago un gesto con la cabeza para que me siga.

En la terraza de una de las cafeterías, se encuentra mi amigo Milán, disfrutando de su descanso, como cada mañana a esta misma hora. Siempre va al mismo sitio y pide el mismo refresco.

—*Ciao, amico* —lo saludo cuando estamos frente a él.

Se quita las gafas de sol y me dedica una sonrisa antes de levantarse de su silla para darme un pequeño abrazo.

—¿Qué haces por aquí? —pregunta, sorprendido.

—Ya te contaré —le susurro antes de continuar hablando en voz alta—: Te presento a Gia. —La chica levanta la mano y lo saluda con

una sonrisa radiante—. Es nueva en la ciudad. Va a quedarse una temporada.

—*Benvenuta a casa tua, bellissima*. —Toma la mano de Gia y le da un beso. La chica suelta una risita—. Soy Milán —se presenta—, encantado de conocerte. ¿Qué hace una chica como tú en un sitio como este?

—Alejarme de la rutina. —Se encoge de hombros—. Y empezar de cero en esta preciosa ciudad.

—Lo es aún más desde que estás aquí —sigue diciendo, el muy bribón—. Ahora entiendo por qué hoy el sol ha salido con más fuerza, es porque estás tú para reforzar su brillo.

—Ya vale, la vas a incomodar. —Le doy un golpe en el hombro—. No le hagas caso —me dirijo en esta ocasión a la pelinegra, que parece estar bastante conforme con la situación.

—No pasa nada. Él no me incomoda, tranquilo. —Le dedica una sonrisa a Milán, que ha sucumbido a los encantos de la chica y se derrite por completo frente a ella.

—¿Tienes un hueco para Gia alguno de estos días? —le pregunto a mi amigo—. Le vendrá bien conocer la ciudad.

—¡Claro que sí! —responde, más emocionado de lo normal—. Vas a conocer hasta el último rincón de Cortona, *bella.* Soy el mejor guía turístico de toda Italia.

—Y también el más modesto —bromeo, y no sé por qué siento que mi pecho se hincha de orgullo cuando la veo sonreír por algo que he dicho.

—Muchas gracias, me vendrá bien algo de ayuda —dice la misma chica que hace unas horas dijo que no le hacía falta que nadie la ayudara a nada porque podía hacerlo sola.

—Podríamos hacer algo este fin de semana para presentarle a los chicos —propone Milán alzando las cejas.

Dudo durante algunos segundos. No sé si es una buena idea. Demasiado he hecho ya esta mañana al cuidar de ella, y organizarle un pequeño *tour* por la ciudad. Es una extraña y, además, creo que me cae mal. Estoy seguro de que les caerá bien a todos mis amigos y eso me molesta, porque no quiero tener que volver a cruzarme con ella fuera de la villa.

—No creo que Gia quiera salir con unos extraños —murmuro—. Además, seguro que estará ocupada deshaciendo sus ochocientas maletas y guardando todo en su nueva habitación.

—En realidad, me encantaría —interviene la susodicha, y tenso mi mandíbula—. No conozco a nadie aquí, y me vendría bien hacer amigos.

—Aquí ya tienes un amigo, *bella.* —Milán, como siempre, se ofrece voluntario.

—Gracias. Da gusto conocer a personas amables y educadas como tú —le dice a mi amigo mientras me mira de reojo, y sé que sus palabras están llenas de ironía.

—No te estará molestando, ¿no? —dice Milán mientras menea la cabeza en mi dirección y me mira de reojo—. Porque puedo pegarle una paliza en cualquier momento.

—Más quisieras. —Le doy una colleja.

Milán y yo somos más o menos de la misma estatura y complexión física; ambos altos, grandes y fuertes. Somos bastante parecidos, salvo por sus rizos castaños, siempre engominados, y los ojos azules que siempre quise tener.

Sé que lo tendría complicado en una pelea con él, ya que no me dejaría ganar tan fácilmente. Aunque de momento, tras tantos años siendo amigos, solo hemos llegado a las manos en una ocasión, y desearía que jamás tuviéramos que volver a vernos en una situación similar.

—Bueno, nos vamos —anuncio sin más rodeos—. Tenemos que volver antes de que la *nonna* se ponga histérica por llegar tarde a la comida.

—Espera —nos interrumpe Milán—. Gia, anota mi número de teléfono por si necesitas algo.

«Claro, justo por eso».

Se intercambian los números de teléfono y alguna que otra sonrisa coqueta y, por fin, nos podemos ir. Empiezo a sentirme agobiado rodeado de tanta gente, y necesito un rato a solas. Así que camino lo más rápido que puedo, seguido por los pasos firmes de ella, hasta que llegamos a mi moto.

***

—¿Cómo está la mujer más guapa de todo el universo?

Le doy un beso en la mejilla a la *nonna*, que enseguida suelta una carcajada.

—Cada día más vieja —contesta, acariciándome la mejilla con una de sus manos, haciéndome sonreír.

—*Nonna*, tú eres como un buen vino —murmuro, antes de inclinarme hacia ella y darle otro beso, esta vez en la frente.

—Estoy de acuerdo —comenta Gia, que ha entrado detrás de mí a la cocina, algo más tímida de lo habitual.

—¡Hola, cielo! —la saluda Marietta, entusiasmada; no puede evitarlo, ella y el *nonno* son como dos mariposas sociables que siempre están revoloteando entre la multitud, tratando de ser amables y caerles bien a todo el mundo—. ¿Cómo ha ido la mañana? ¿Se ha portado bien mi *ragazzone*?

—Sí —contesta con un asentimiento de cabeza—. Ha gruñido menos de lo que esperaba.

—Es un poco gruñón a veces —afirma Marietta—, pero es el chico más bueno y amoroso que podrías conocer jamás.

—*Nonna*…

—Es la verdad. —Asiente con seguridad—. Eres el hombre más bueno que existe, después de mi Micaelo, claro está. Ojalá dejaras que los demás vieran cómo eres realmente.

—Bueno, ya basta —me quejo, intentando mostrar mi frustración y que dejen de hablar de mí en mis propias narices.

—Es como una cebolla; se esconde bajo cientos de capas, creando una coraza. —La *nonna* suspira—. Pero es tan bueno como

un trozo de pan.

—Pues lo tiene bien escondido, sí —ironiza Gia, cruzando las piernas, haciendo que la tela de su vestido se le levante ligeramente, mostrando bastante más piel de la que me gustaría estar observando con atención ahora mismo.

—Me voy a mi habitación —musito, un poco hastiado con la situación—. Avísame cuando esté la comida.

—¿Ves? En cuanto muestra algo de amabilidad, se esconde en sí mismo —escucho decir desde lejos a la *nonna* mientras salgo de la cocina.

8 | SOLA DE VERDAD

Gia

Aunque intenta negarse en varias ocasiones, acabo convenciendo a Marietta para que me deje ayudarla en la cocina. A ella parece que le encanta encargarse de la comida y cocinar para todo el mundo. Rebosa una gran sonrisa al indicarme todo lo que tengo que hacer; mientras tanto, a mí se me forma un pequeño nudo en la garganta al recordar los momentos cocinando con Azra.

Intento no pensar en la sensación tan molesta que se me forma en la garganta y trato de concentrarme en ser una ayuda útil, así que, después de lavarme las manos, me recojo el pelo y me pongo un delantal.

Marietta me cuenta que hay muchísimos huéspedes en esta época del año y que a algunos vecinos y turistas les gusta venir aquí a comer, así que hay mucho por hacer. Mientras me habla de la popularidad de la villa, me dedico a cortar algunas verduras, intentando no estorbar demasiado a las otras cocineras que, aparte de Marietta, dan vueltas por la cocina.

—¿Necesitas que te ayude con tus maletas? —me pregunta la mujer, clavándome sus ojos azules, mientras remueve un sofrito que huele de maravilla.

—No, no te preocupes —me apresuro a responder—. Esta tarde terminaré de organizar todo. Gracias. —Sonrío.

—Los nuevos comienzos no suelen ser fáciles, aunque en ocasiones, son necesarios.

No sé si son sus palabras o la manera tan dulce de decirlas, pero siento mis ojos aguarse y, antes de romper a llorar frente a una desconocida, decido irme a mi habitación y esconder mi dolor, como he hecho siempre.

—Lo siento —me disculpo, mientras me quito el delantal y lo dejo sobre la encimera—. Tengo que ir a mi habitación un momento.

Salgo a toda prisa de la cocina y deambulo por toda la estancia, hasta que por fin llego a mi dormitorio. Cierro la puerta y también los ojos, dejando que todas las lágrimas que he estado reprimiendo comiencen a deslizarse lentamente por mis mejillas. Apoyo mi espalda en la puerta y me dejo caer hasta quedar sentada en el suelo, con las piernas flexionadas, y dejando caer mi cabeza sobre las rodillas.

Echo de menos a mi padre. Echo de menos mi casa. Echo de menos mi vida. Y echo de menos la chica que era y la que podría haber sido de no ser por mi maldito apellido.

Ojalá mi padre estuviera aquí; sin duda me abrazaría y limpiaría cada una de mis lágrimas. Detestaba verme llorar, por eso nunca lo hacía frente a él. Una de las razones es porque odio sentirme vulnerable delante de los demás y, la otra, porque detestaba ver el sufrimiento en su rostro. Así que siempre intentaba reprimir mis emociones negativas y guardarlas para mí. Aun así, él siempre estuvo a mi lado en los momentos difíciles, y sé que ahora sabría exactamente qué hacer y decir para calmar mis sollozos.

Mi respiración se entrecorta y noto un nudo en la garganta presionar con fuerza, impidiéndome tragar con normalidad, sintiendo que me ahogo, lo cual solo hace que mi pecho se agite más, e incremente mi nerviosismo. Las lágrimas se encargan de nublar mi visión, haciendo que todo a mi alrededor se vea borroso. Me da un pinchazo en el pecho, pues sobre mis hombros cargo un peso difícil de llevar por mucho más tiempo, uno que tortura mi mente y destroza mi corazón cada día un poco más, y no es otro que el de la culpa.

No merezco el perdón de nadie, ni siquiera el mío. No me merezco una nueva oportunidad, porque simplemente no merezco vivir. *Yo* debería haber muerto aquel día, así no tendría que cargar toda la vida con la culpa de ser una asesina.

Me levanto del suelo con algo de dificultad, ya que me tiembla todo el cuerpo, y mis piernas se mueven como si estuvieran hechas de gelatina. Voy hasta el cuarto de baño y observo mi reflejo en el espejo. No sé quién soy; siempre he sabido quién debía ser, pero no quién soy realmente.

Al ver mi rostro, no me reconozco.

No veo nada más allá del dolor que refleja mi mirada.

No hay nada.

Estoy vacía.

Y no sé si algún día podré ser capaz de llenar los huecos que hay en mi corazón.

No sé si soy tan fuerte como todos piensan.

No sé quién soy.

***

Marietta se acerca a la mesa que he escogido para comer y, con una de sus dulces sonrisas, me pregunta:

—Cariño, ¿por qué no vienes y te sientas con nosotros?

—No hace falta, no quiero molestar. Estoy bien aquí —le contesto, intentando no parecer desagradable. La verdad es que no me apetece compartir mesa con nadie. Solo he bajado a comer porque, por lo poco que he visto de esta mujer, creo que sería capaz de subir a por mí a la habitación y arrastrarme hasta el jardín. Así que aquí estoy, fingiendo una tranquilidad que no siento, y forzando una sonrisa que no es mía.

—Si no vienes tú a nuestra mesa, vendremos nosotros a la tuya. —insiste.

—De verdad, no hace falta…

—*Piccola*, ¿vienes? —me llama Micaelo desde su mesa, que se encuentra a escasos metros de distancia de la mía.

Siento algunas miradas sobre mí, y como lo que menos me apetece ahora mismo es ser el centro de atención, me levanto y me acerco a él y a su nieto —con el que no me apetece nada compartir oxígeno ahora mismo—, acompañada de una Marietta que parece bastante orgullosa de haber conseguido su objetivo.

La *nonna* se sienta al lado de su marido, así que no me queda otra que tomar el lugar libre junto a Luca, que me mira como si quisiera exterminarme de la faz de la tierra.

—No quería molestar…—me apresuro a decir.

—No molestas —responder Micaelo—. Además, nos gustaría conocerte mejor, ¿verdad? —pregunta el *nonno,* mirando a nuestros dos acompañantes.

—Claro —afirma su mujer—. Eres bienvenida no solo en nuestra casa, sino también en nuestra familia. —Su voz es suave, y sus palabras, ahora mismo se sienten como un abrazo.

—Muchas gracias —murmuro, a pesar del nudo que me oprime la garganta.

—¿Le has hecho un pequeño *tour* esta mañana? —le pregunta Micaelo a su nieto.

—No —se limita a contestar, moviendo su copa de vino en pequeños círculos sobre la mesa antes de llevarla hasta sus labios y dar un sorbo.

Me fijo en la forma en la que se marcan los músculos tonificados de su brazo bajo su camisa de cuadros al hacer ese movimiento, y también cómo mueve su garganta cuando traga el líquido amargo.

Creo que se siente observado, porque enseguida me mira y frunce el ceño.

—Me ha enseñado un par de cosas básicas y hemos ido a la clínica veterinaria —comienzo a explicar, rompiendo el silencio—. He aprovechado para comprar algunas cosas que necesita Chanel.

—Todo han sido cosas útiles y necesarias para la gata —le informa a su abuelo, escupiendo bastante ironía en sus palabras.

—Acuérdate de traer todo lo que he comprado cuando salgas del trabajo —le recuerdo.

—Veré lo que puedo hacer.

—Dijiste que lo traerías tú —insisto.

—Ah, ¿sí? ¿Eso dije? —Destensa las facciones del rostro por un momento, y veo que sonríe; es una sonrisa pequeña y ni siquiera me deja ver sus bonitos dientes, pero es una sonrisa muy bonita y, además, se le marca un hoyuelo en el lado derecho.

Me encantan los hoyuelos.

—Está bromeando —interviene Micaelo, supongo que intentando evitar que comencemos a discutir y estropeemos su comida.

—¿Eso ha sido un intento de mostrar sentido del humor? —Abro mucho los ojos—. Increíble.

—Le he presentado a Milán. —Luca vuelve a beber de su copa de vino.

—Es un chico maravilloso, todo un galán —murmura Marietta, llevándose la copa a los labios.

—Sí —afirma su marido—. Es un gran hombre y muy bueno en su trabajo. —Asiente, satisfecho—. Seguro que estará encantado de ayudarte a descubrir la ciudad.

—Me encantaría. —Fuerzo una sonrisa.

—Quiere que este fin de semana le presentemos al resto del grupo —le cuenta el pelinegro a su abuelo. Intento descifrar lo que

hay detrás de las miradas que están intercambiando, pero se me hace imposible.

—Me parece una idea estupenda —afirma el *nonno*.

—No quiero molestar —intervengo, a pesar de que le dije a Milán que iría.

—¡Deja de decir que molestas! —me regaña Marietta, dándome un pequeño manotazo en el brazo que me sobresalta—. Vives en nuestra casa y es nuestro deber cuidarte. Además… —Toma una pequeña pausa y me escruta sin reparo alguno—. Eres una chica joven y muy atractiva. Te vendrá bien salir y conocer gente de tu edad. ¿O es que planeas quedarte encerrada en tu habitación?

—Tengo a Chanel… Ya no estoy sola. —Intento sonar convencida, pero mi voz se quiebra en cuanto pronuncio estas últimas palabras.

—Los primeros días son los más emocionantes. —Marietta hace caso omiso a mis palabras y sigue enfocada en su discurso motivacional—. Necesitas salir y relacionarte con otras personas, sentir la magia que esconde cada rincón de esta hermosa ciudad. Aunque te advierto una cosa: una vez que descubras la belleza real de esta ciudad y de su gente, no querrás irte jamás.

Eso espero, porque no tengo la opción de ir a ninguna otra parte ahora mismo.

Un camarero empieza a traernos el primer plato del menú del día, que en mi caso es una ensalada griega.

Acepto una copa de vino que me ofrece Luca —aunque lo hace sin ni siquiera mirarme y con la mandíbula tensa—, y empiezo a

comer, escuchando las anécdotas de Micaelo y Marietta, que me cuentan cómo se conocieron y todos los detalles de su historia de amor, que está a punto de cumplir cincuenta años.

—Estoy deseando que pruebes mi carrillada. ¡A los clientes les encanta! —comenta Marietta.

—Oh. —Me llevo la copa a los labios—. No tomo cerdo, no me gusta.

—Anda, ¡igual que Luca! —Chasquea la lengua—. Es una de las pocas cosas de mi recetario que no he conseguido que pruebe —dice algo decepcionada.

Miro al hombre que está sentado a mi lado, aunque parece que soy completamente invisible para él, porque ni intenta intervenir en la conversación, ni me dirige la mirada. Solo se dedica a comer su primer plato con calma, y a mí me empieza a poner nerviosa su tranquilidad.

—En realidad, nunca he probado ese tipo de carne, pero tampoco pretendo hacerlo —habla por fin, después de un par de minutos de silencio que me empezaban a incomodar.

—Ah, no lo sabía —respondo.

—Pues claro que no lo sabías, no nos conocemos. —Esta vez sí que levanta la cabeza en mi dirección; su mirada es más fría y cortante de lo que recordaba.

Me estremezco levemente, pero no corto el contacto visual.

—Tampoco es que te estés molestando en conocerme —le recrimino.

—¿Y por qué debería hacerlo? —Me mira con una ceja alzada—. No eres más que una huésped. Ni siquiera sé por qué mi abuelo tiene interés en que te ayude, ni le veo ningún sentido a todo este espectáculo. —Nos señala a todos con las manos—. No entiendo qué haces en nuestra mesa, ni por qué tenemos que ser tan amables contigo. Así que no, no me molesto en conocerte porque no me interesa hacerlo.

Siento pinchazos en los ojos; los noto cargados y parecen exigirme que deje salir las lágrimas que estoy conteniendo ahora mismo. Pero no lo hago. Levanto el mentón y lo miro con toda la seguridad que realmente no tengo.

—¿Ese discurso lo has estado practicando todo este rato mientras nosotros tres hablábamos y tú nos observabas en silencio? —Se mantiene callado, bastante serio—. No necesito que seas amable conmigo. Realmente… —Hago una pausa y tomo aire—. No necesito que ninguno de vosotros lo seáis. Gracias por vuestra amabilidad —les digo en esta ocasión a los *nonnos*, a la vez que me levanto de mi silla—. Y gracias a ti también—me dirijo a Luca, quien parece sorprendido ante mi respuesta—. Por ser el ejemplo perfecto del tipo de personas de las que debo huir aquí en Italia, siempre que sean todas igual de desagradables que tú.

—*Piccola*, siéntate. —Micaelo me señala mi sitio con un movimiento de cabeza—. Luca no quería incomodarte.

—Pues lo ha hecho —sentencio—. Y no tengo por qué permitir que me hable así, ni que me haga sentir mal. No voy a estar en un sitio donde no aprecian ni quieren mi compañía. —Hago pausa para

tomar aire antes de continuar—: Gracias por la comida y por vuestra hospitalidad y cariño, pero me voy a mi habitación.

No les doy la oportunidad de rebatir mis palabras. Doy media vuelta y camino todo lo rápido que me permiten mis pies, hasta que llego a mi habitación y me encierro. Rompo a llorar de nuevo, esta vez ante la atenta mirada de Chanel.

Siempre he estado sola, aun estando rodeada de personas. Nunca he sabido si ha sido por no saber apreciar la compañía de los demás, pero siempre me he sentido así.

Pero esta vez es diferente… esta vez estoy sola de verdad.

9 | SÉ CÓMO SE SIENTE

Gia

Abro los ojos poco a poco y me doy un susto de muerte al encontrar unos grandes ojos azules con las pupilas algo dilatadas, brillando con demasiada intensidad.

—¡Qué susto, Chanel!

Me reincorporo hasta quedar sentada en la cama, con la gata todavía sobre mi pecho. Ahogo un pequeño grito al ver el estado en el que se encuentra mi habitación: las cortinas desgarradas y los trozos de tela están esparcidos por el suelo, las sábanas de mi cama y algunas prendas de ropa que todavía me quedaban por guardar, llenas de arañazos.

—Pero ¿qué es todo esto? —le pregunto a mi gata, como si pudiera contestarme, horrorizada con la escena. Salta de mi regazo hasta el suelo, pero tarda pocos segundos en empezar a dar brincos por toda la habitación, destrozando todo lo que pilla por el camino—. ¡Chanel! ¿Qué te pasa?

Me levanto de la cama e intento atraparla. Su pelaje —normalmente largo y suave— está erizado, lo que hace que parezca todavía más grande de lo que realmente es.

No queda rastro de la gata tranquila que conocí hasta ahora; en su lugar, una enorme bola de pelo corre a toda velocidad y salta entre los muebles, haciendo imposible que pueda atraparla.

—¡Ven aquí ahora mismo! —le ordeno, como si fuera a hacerme caso.

Me tropiezo con mi propio pie en un intento de correr tras ella y caigo al suelo torpemente. Por suerte, freno con las manos justo a tiempo. Levanto la mirada cuando escucho un maullido, y me arrepiento de haber dejado la puerta del balcón entreabierta cuando veo a Chanel completamente fuera de sí, dar un salto hacia el jardín.

El eco de un maullido de dolor y un golpe seco retumba en mis oídos. Me levanto con rapidez del suelo y corro hasta el balcón. Me asomo y me encuentro a la gata luchando por liberar una de sus patas de entre las ramas del árbol que tengo justo al lado de mi habitación.

—¡Chanel! —grito cuando la veo caer al suelo.

Me pongo rápidamente una sudadera y salgo pitando de mi habitación. Corro todo lo rápido que puedo hasta el jardín y una vez allí, me dejo caer al suelo y coloco a la gata, con mucho cuidado, sobre mi regazo.

—¿Qué ha pasado? —me pregunta Marietta quien, al oírme gritar, me ha seguido hasta el jardín.

—Me desperté de la siesta y estaba como loca… Ha destrozado toda mi habitación y cuando intenté atraparla… —reprimo un sollozo —, saltó.

Me siento aún más culpable cuando Chanel suelta un gemido de dolor; parece muy asustada y esconde su cabeza en mi pecho.

—Todo es por mi culpa —sollozo, abrazándola con cuidado.

—Te avisé de que es muy revoltosa —interviene su marido, que se acerca a nosotras—. Ahora, deja de llorar y levántate, nos vamos al veterinario.

No me doy cuenta de que estoy llorando hasta que es el propio Micaelo quien me lo dice. Parece como si el tiempo se hubiera parado cuando Chanel decidió saltar como una desquiciada, y todavía no corriesen los segundos con normalidad. Siento una presión en la cabeza, lo que me hace sentir un poco aturdida.

Me levanto del suelo —con mi gata todavía en brazos— con cuidado de no hacerle daño al rozar su patita delantera izquierda, que parece molestarle bastante. Y está cubierta de sangre. Mucha sangre.

Sigo los pasos de Micaelo y, sin importarme llevar el pantalón de pijama y una sudadera, entro en su coche e intento ponerme el cinturón de seguridad con una sola mano; me tiembla tanto que me resulta imposible, así que acaba haciéndolo él.

—Ya está, tranquila —sollozo contra su cabecita cuando la escucho soltar otro quejido.

—Relájate —murmura Micaelo—. Te dije que la gata era muy revoltosa. No es la primera vez que monta algún que otro numerito desde que se metió de *okupa* en nuestra villa.

No escucho nada más de lo que me dice a continuación. Me retumban los oídos y veo las calles, a través del cristal, borrosas. Cierro los ojos con fuerza y noto caer mis lágrimas.

Lo veo todo negro y rojo.

Negro como las oscuras sombras que me persiguen, y rojo escarlata como la sangre con la que están manchadas mis manos.

—Deberías pasar desapercibida y dedicarte a descansar todo el tiempo que estés aquí —consigo escuchar decir a Micaelo, pero el sonido no tarda en mezclarse con el agudo, fuerte y repentino estampido de una bala.

—¡No! —Me tapo los oídos con las manos, y empiezo a negar con la cabeza.

—¡Gia! —Escucho una voz, pero no soy capaz de reaccionar. No puedo abrir los ojos y deshacerme de esta oscuridad—. Vamos, Gia. Tranquila. —Su mano se posa en mi brazo, en un intento de acariciarlo, y doy un brinco sobre mi asiento, abriendo los ojos y volviendo por fin a la realidad.

Micaelo me observa atónito mientras intento recuperar el ritmo normal de mi respiración. Echo un vistazo a mi alrededor y compruebo que seguimos en el coche, solo que ahora ya estamos aparcados frente al veterinario.

—Lo… lo siento, yo… —balbuceo.

—Tranquila, *piccola* —me interrumpe—. Hablaremos de esto más tarde. Ahora, vamos.

Salimos del coche y me acompaña hasta la puerta de la clínica. Soy todo un manojo de nervios y lágrimas ahora mismo. Solo espero que no le pase nada a Chanel. No sé si podría soportarlo y, mucho menos, si sería capaz de perdonarme también por esto.

Luca

—Tranquilo, pequeñín —murmuro—. Seré rápido.

Al cachorro que tengo tumbado sobre la mesa de exploración parece que le da igual mi rapidez, puesto que sigue temblando e intentando zafarse de los brazos de su dueño.

Con un movimiento rápido, a la vez que preciso, pincho la piel del cuello del perro. Suelta un quejido y le acaricio el lomo con mi mano libre, mientras que con la otra termino de administrarle todo el contenido de la vacuna. Retiro la aguja y presiono, durante algunos segundos, con un algodón en la zona del pinchazo.

—Te has portado genial. —Acaricio su cabeza y recibo varios lametones que me tomo como muestra de su agradecimiento—. Os espero dentro de un año —le indico al dueño antes de entregarle el certificado de vacunación, en el que ya he dejado apuntada la que acabo de suministrarle.

—Muchísimas gracias, Luca —dice el hombre con cariño.

—Un placer. —Le dedico una cálida sonrisa.

Acaricio por última vez al cachorro antes de verlos salir de la consulta.

Muevo el cuello en un intento de destensar los músculos que siento doloridos y frunzo el ceño al escuchar algunos gritos y llantos que provienen de la sala de espera.

—¡Emergencia! Gato con traumatismo por caída —empieza a recitar Bianca, acercándose hasta mi consulta con el animal entre sus brazos—. Posible factura.

***

Me quito los guantes desechables y los lanzo a la papelera. Salgo de la consulta y lo primero que veo al pasar por la sala de espera es la silueta curvilínea de una mujer que está de espaldas a la puerta de cristal. Su larga melena oscura refleja algunos rayos de luz dorados. Su postura es erguida, pero está cabizbaja y parece tener la mirada perdida en sus propios zapatos.

Abro la puerta y al salir, siento el aire fresco de la tarde en mi propio rostro. A esta hora suelen bajar las temperaturas, por lo que vuelve a hacer algo de frío, aunque no demasiado.

El cielo se va transformando, cambiando poco a poco de color: desde el azul a un naranja intenso que se funde con el amarillo vibrante donde el sol lucha por ocultarse. Las nubes se tiñen con estos colores y se dispersan por todas partes, logrando que los destellos dorados del sol poniente se ven reflejados en los edificios y las casas empedradas que nos rodean; la verdad es que las vistas son dignas de una postal.

El cuerpo de Gia se tensa al notar mi presencia, pero no se mueve, sino que permanece inmóvil a mi lado. Nuestros brazos se rozan durante unos segundos, cuando su pecho vibra al ritmo de cada uno de sus sollozos.

Clavo la mirada en las personas que cruzan la calle frente a nosotros; no quiero enfrentarla ni ver sus lágrimas, así que simplemente permanezco junto a ella en silencio.

No creo ser de mucha ayuda cuando alguien está mal emocionalmente, como es ahora su caso; nunca sé qué decir ni qué

hacer, y algunas veces acabo haciendo llorar aún más a la otra persona. Así que, en este momento, prefiero quedarme callado.

—¿Se va a poner bien? —pregunta, rompiendo el silencio que nos envuelve en el ocaso. Me atrevo a mirarla y me arrepiento justo después, cuando siento un pellizco en el estómago al ver sus ojos rojos y llenos de lágrimas que recorren sus mejillas.

—Sí. Va a estar bien —respondo, intentando tranquilizarla, aunque me doy cuenta de que he sonado más cortante de lo que pretendía—. Los gatos están acostumbrados a las alturas y rara vez sufren daños graves por una caída. —Noto un destello de esperanza en su mirada, y me invade una oleada de satisfacción.

—Me he asustado tanto —solloza de nuevo, limpiándose las lágrimas con el dorso de la mano—. Pensaba que… que… —Ni siquiera puede terminar de hablar, porque arranca a llorar con más fuerza.

Vuelvo a apartar la mirada.

No puedo evitarlo, no soy capaz de ver llorar a alguien a mi lado. No después de lo que pasó.

En este tipo de situaciones, suelo huir y esconderme en mí mismo, sin importarme dejar hundida a la persona que tenga al lado. Pero, por alguna razón, no soy capaz de moverme para volver a mi puesto de trabajo. Así que me quedo a su lado un poco más y, cuando siento que las temperaturas han decaído, hago una tontería más de la que sé que me arrepentiré: me quito la chaqueta y se la paso por los hombros.

Me mira perpleja y me limito a asentir con la cabeza, esperando que sea suficiente para que no haga ningún tipo de pregunta estúpida.

—Gracias —musita, aferrándose a la tela que ahora la arropa—. ¿Cuándo podré llevarme a Chanel?

—En un rato. —Hago el amago de girar y volver a entrar, pero mis pies permanecen inmóviles, impidiéndome dar más de un paso antes de hacer la tercera tontería de la tarde. Pongo los ojos en blanco y maldigo en mi interior cuando no puedo evitar decir—: Entra, aquí fuera hace frío. Y vas en pijama. —Su mirada, marrón y dulce como el chocolate, se cruza con la mía—. Puedes esperar en mi despacho si quieres —digo antes de dar media vuelta y huir de una de las situaciones más vergonzosas y patéticas que he vivido en mucho tiempo.

Me frena, agarrándome por la muñeca, y trago saliva. No esperaba su contacto, y mucho menos que mi pecho se agitara con su roce, aunque estoy seguro de que es la forma en la que mi cuerpo reacciona ante el contacto físico de una persona extraña.

—Gracias por salvar a Chanel —susurra.

Pongo los ojos en blanco.

Ya le he dicho que la situación no es grave, pero se ve que es de esas chicas dramáticas.

—Es mi trabajo.

—Lo sé —responde con un hilo de voz—. Pero quiero darte las gracias. Yo… —Se muerde el labio inferior y la veo dudar de sus

palabras—. No sé si podría soportar perder a alguien más. No sé si mi corazón o mi cabeza me dejarían vivir en paz.

No digo nada, tan solo asiento.

Porque sé perfectamente cómo se siente, y porque yo me siento igual.

10 | DE REPENTE, ME ENCANTAN LAS FLORES

Luca

Aprovechando que por fin es sábado, he quedado con mi grupo de amigos. Una noche cada dos semanas, solemos reunirnos para pasar un buen rato. Nuestro ritmo de vida es muy ajetreado últimamente, así que decidimos dedicarnos dos días fijos al mes para estar juntos.

Normalmente, vuelvo a casa con la energía recargada para afrontar los siguientes quince días, pero tengo la sensación de que esta noche, por primera vez en mucho tiempo, será diferente.

Prácticamente, Micaelo me ha obligado a llevar a Gia, y no me ha quedado otra que aceptar. No sé por qué tiene tanto interés en que ayude a la chica a integrarse y la trate como si fuera nuestra invitada —cuando es una simple huésped más—, o eso quiero creer.

No ha querido darme más detalles, y como soy incapaz de contradecirlo… aquí estoy, esperando a que a la chica le apetezca aparecer por la puerta, donde llevo más de cuarenta segundos esperándola.

Odio la impuntualidad, y ya van cincuenta segundos de retraso.

—Si no aparece por la puerta en un minuto, me voy —le informo a Micaelo, que pasa sonriente por mi lado, sujetando un montón de papeles—. Y da gracias, le he dado sesenta segundos de margen.

—No empieces —me advierte con una ceja alzada—. Sé amable con ella.

—No entiendo por qué tengo que hacerlo —refunfuño.

—Porque te lo he ordenado yo —sentencia—. ¿No es razón suficiente?

Abro la boca y la cierro un par de veces. Quiero contradecirle, pero no soy capaz de hacerlo. Confieso que Micaelo tiene un poder sobre mí que pocas personas han conseguido tener en mis treinta años de vida.

—Déjalo, cariño, *oggi è di malumore* —interviene la que hasta ahora era como una abuela para mí.

—¿Hoy? —Suelta el *nonno*, con una carcajada bastante irónica—. Este chico siempre está de mal humor.

—Es cierto. —Su mujer asiente con la cabeza—. Pero tiene un corazón tan grande que no le cabe en el pecho. Ojalá más personas pudieran descubrir eso.

—¿Y cómo lo van a hacer? —replica su marido—. Si espanta a todo el mundo con sus gruñidos.

—Sigo aquí —los interrumpo, pero no sirve de nada; Marietta suelta una risita y acuna mis mejillas con sus manos.

—Sonríe un poco, cariño. ¡Estás guapísimo esta noche!

Pellizca mi mejilla y no puedo evitar sonreír. La *nonna* siempre tiene ese efecto en las personas; es imposible estar a su lado y no contagiarte de su alegría y dulzura, aunque esto último me cueste un poco más.

El sonido seco de unas pisadas resuena a nuestro alrededor, sacándome de mis pensamientos. Sus pasos, firmes y decididos, se aproximan a nosotros con más velocidad de la que se podría esperar en una mujer calzando unos tacones de semejante altura.

Mi mirada pasea por su atuendo con descaro, y no me importa reconocerlo. Lleva unos vaqueros de pierna ancha que resaltan sus curvas de una forma peligrosa, y una blusa de punto con los hombros al descubierto, que deja ver su piel bronceada y unas clavículas marcadas que le dan un toque seductor.

Se ha planchado el pelo, por lo que hoy sus rizos están ocultos, y tampoco lleva el típico pañuelo atado en la cabeza que hasta ahora estaba acostumbrado a ver sobre su melena. Parece que se ha esforzado en dar una buena impresión con su apariencia, aunque no le hace falta arreglarse demasiado para hacerlo. Estoy seguro de que no es consciente de la forma en la que llama la atención de todo el mundo cuando camina o cuando se aparta el pelo de los hombros y deja algo de piel al descubierto. O cuando sonríe. Sí, cuando sonríe, ilumina hasta la habitación más oscura.

No es mi tipo de chica, pero he de reconocer que esta noche está deslumbrante. No le hace falta maquillarse en exceso, porque tiene una belleza natural que te cautiva desde el primer cruce de miradas. Tampoco necesita arreglarse demasiado para hacerse notar, tan solo con ponerse ese pañuelo que hace que parezca un maldito pirata…, es suficiente para deslumbrar a todo el mundo. Por no hablar de que tampoco le hace falta llevar ropa ceñida que marque su figura para seducir a nadie; ya es capaz de provocarte una taquicardia con cualquier vestido holgado.

Y lo detesto.

—Buenas noches. —Se pasa un mechón de pelo por detrás de la oreja y nos dedica una pequeña sonrisa.

—¡Estás preciosa, cariño! —la saluda Marietta, entusiasmada—. Qué bien te queda el pelo así.

—Gracias. —Parece sonrojarse—. Me lo suelen decir mucho. Ya sabes… El pelo de leona no suele gustar demasiado y da un aspecto más desaliñado, así que he optado por arreglarlo un poco esta noche —nos explica, pronunciando cada palabra con demasiada rapidez—. Quería causar una buena impresión a tus amigos —termina diciéndome a mí.

—No hacía falta que te arreglaras tanto.

—No seas grosero, Luca —me regaña Marietta, dándome un manotazo en el brazo.

—Estás bellísima. —Micaelo le sonríe con aprobación. Necesito saber qué le ha dado con esta chica y por qué le cae tan bien—. Compórtate —me advierte, señalándome con su dedo índice, antes de marcharse junto a su mujer.

Pongo los ojos en blanco y salgo de la villa seguido por la pelinegra con unos tacones que se pelean con el camino empedrado, hasta que llegamos a mi pequeña moto. Cuando llegamos hasta mi pequeña moto, me mira con el ceño levemente fruncido.

—¿Otra vez tenemos que subir en esto? —replica.

—Yo sí —contesto de forma seca—. Tú, si quieres, puedes ir andando. —Señalo con un gesto de cabeza sus zapatos de tacón y suelta un resoplido.

—No tendrás esa suerte —masculla entre dientes cuando le entrego su casco. Me echa un vistazo de arriba a abajo mientras me pongo el mío y reprime una pequeña sonrisa—. Hoy te has quitado el uniforme de jubilado.

—Y tú el disfraz de pirata.

Suelta una carcajada, y no puedo evitar fijarme en cómo echa hacia atrás su cabeza, tanto, que el pelo le llega al trasero. Su garganta se mueve con la vibración que provoca su risa.

—Espera —vuelve a decir cuando estoy a punto de subirme en la moto—. No quiero que se me estropee el pelo. —Se ata la melena en una coleta baja y se coloca el casco con una destreza que no recordaba haber visto la última vez que fuimos juntos.

—Claro, tómate tu tiempo, solo llegamos veinte minutos tarde —protesto.

—¿Los has contado uno a uno? —dice con sorna.

—Casi. —Me pongo el casco y vuelvo a mirarla antes de subirme al sillín—. Por las noches suele refrescar. Vas a pasar frío —la advierto.

—¡Qué atento! —exclama con ironía, y me da un pequeño toque en el brazo.

—Lo digo en serio —prácticamente gruño, apretando las manos con fuerza sobre el manillar.

—No pasa nada. —Pasa sus brazos por mi cintura y se aferra a mí con fuerza—. Siempre puedes volver a dejarme tu chaqueta.

Tenso la mandíbula.

—No.

—Eres demasiado bueno como para dejarme pasar frío, ¿a que sí?

—No, no lo soy —replico.

—Sí que lo eres. —La miro por encima del hombro y veo que está sonriendo—. Marietta dice que eres un encanto. Y ahora, arranca, que llegamos tarde.

***

El camino hasta el restaurante en el que vamos a cenar se me hace eterno; cada segundo que paso con sus brazos alrededor de mi cintura y su mejilla sobre mi espalda, es una tortura. No me gusta el contacto físico con personas que no conozco, y menos si me caen tan mal como la chica que tengo tarareando sentada detrás de mí.

—¿Es que no te callas nunca? —reprocho—. Me estás provocando dolor de cabeza.

—¡Ay! Qué pena no haberme dado cuenta antes de lo mucho que te estaba molestando, hubiera cantado mucho más fuerte.

Suelto un gruñido como respuesta y aumento la velocidad cuando diviso a lo lejos el edificio donde se encuentra el restaurante en el que cenaremos esta noche, con la esperanza de encontrar un buen sitio donde aparcar la moto, poder cenar pronto y volver lo antes posible a la villa.

Gia observa con curiosidad la fachada del restaurante, que tiene un aspecto bastante antiguo. De la pared cuelga la silueta de una bicicleta roja de metal junto a varios maceteros repletos de flores del mismo color. El letrero parece rotulado a mano, con una tipografía clásica, y en cada una de las esquinas hay un girasol tallado, rodeando el nombre del lugar: *La Loggetta*.

La puerta de madera tiene un cristal incorporado que también tiene grabado el nombre del restaurante, dejando entrever parte del interior del local, lleno de mesas y sillas de madera clara dispersas sobre el suelo color terracota.

Una vez dentro, nos recibe un ambiente cálido y acogedor. El techo empedrado con forma de arco conserva los recuerdos del pasado, y la iluminación es ligeramente tenue gracias a la luz de las velas y los farolillos que hay repartidos en la sala, dando una sensación de intimidad.

Seguimos en silencio cuando terminamos de cruzar el interior del local y salimos a la terraza, donde las mesas están decoradas de la misma forma sencilla que las del interior: cubiertas por un mantel blanco, copas de cristal y jarrones con flores frescas.

El aire huele a vino, pan recién horneado y romero.

Desde aquí, Cortona parece aún más especial y bonita de lo que ya es. Se pueden observar perfectamente las fachadas de piedras antiguas, los balcones de las casas, La Torre del Reloj que marca las ocho y media, que se encuentra ligeramente iluminada, y los callejones que envuelven la *Piazza della Repubblica,* donde mucha gente pasea y disfruta del ambiente tranquilo y acogedor que emana cada esquina de la ciudad.

El sol ya se ha escondido, provocando que el cielo quede teñido de un azul intenso que se funde con unas delicadas pinceladas de color morado y destellos dorados que acarician las nubes.

La luz tenue de los farolillos se entremezcla con la iluminación de la plaza y, desde el cielo, algunos rayos de luz se cuelan entre los tejados de las casas, envolviendo el paisaje. Gia observa nuestro

alrededor con sus expresivos ojos marrones bien abiertos, y parece bastante embelesada. Oculta la sonrisa que se ha formado en su rostro y, sujetando el asa del bolso entre sus manos, se pone recta y carraspea antes de mirarme.

—Un sitio precioso, doy por hecho que no lo has elegido tú —se atreve a decir.

—¿Y eso por qué? —No puedo evitar alzar una ceja ante su impertinencia.

—Porque estoy segura de que no tienes tan buen gusto —arremete.

Su afirmación me hace soltar una pequeña carcajada.

—Madre mía, ¿te acabas de reír? —Parpadea de forma exagerada —. ¿Los sábados tienes permitido sonreír y quitar la cara de acelga que llevas el resto de la semana?

—El sentido del humor no es tu punto fuerte.

—La amabilidad tampoco es el tuyo.

—¿Habéis terminado ya? —nos interrumpe mi amigo Milán, que hasta ahora nos había estado esperando en la mesa del final, junto a los demás, que nos observan sonrientes —algunos más que otros, he de admitir—, desde su sitio. La mirada que le dedico es suficiente para que entienda que es mejor que no diga nada más, por lo que acaba alzando las manos en señal de rendición con una sonrisa ladeada en el rostro.

—Hola, Milán —lo saluda Gia con voz dulce.

Giro mi cabeza hacia ella de forma brusca cuando la escucho, completamente incrédulo. La chica se coloca un mechón de pelo

detrás de la oreja y le dedica una sonrisa. No doy crédito a lo que veo: le sonríe como si fuera una chica dulce y apacible, como una sirena que intenta atrapar a un pirata con su delicada voz. Lo peor es que mi amigo parece haber caído en sus redes desde que la ha visto aparecer.

La situación me está poniendo de los nervios y la noche ni siquiera ha empezado todavía.

—Buenas noches, *dolcezza.* —La mira de arriba a abajo con descaro. Ella sigue sonriendo como si tuviera quince años y acabara de ver al chico que le gusta—. Deberías llevar un cartelito para advertir de que tienes una sonrisa que puede causar palpitaciones en el corazón. —Se lleva una mano de forma exagerada al pecho—. Porque a mí creo que está a punto de darme un infarto.

Pongo los ojos en blanco, mientras que ella suelta una carcajada.

—Qué simpático —murmura, mirándome a los ojos fijamente, como si me estuviera desafiando con esas dos perlas oscuras que brillan casi tanto como los farolillos que nos alumbran.

—Ven, te presentaré a los chicos —murmura Milán, ignorando por completo mi presencia y guiando a Gia hasta la mesa, con la mano apoyada en la zona baja de su espalda.

Todos la observan con atención, supongo que sin entender muy bien el motivo de su presencia. No suelo presentarles a los huéspedes de la villa —a menos que entable algún tipo de relación con ellos— y, mucho menos, traigo a ninguno a nuestras reuniones de los sábados. Pero aquí estoy, obligado por Micaelo, al que es imposible desobedecer.

—Ella es Gia —la presenta Milán, como si fuesen amigos de toda la vida y no dos completos desconocidos a los que presenté yo mismo—. Y ellos son Rodrigo —señala con la mirada al rubio de ojos grisáceos—, Bianca —la chica dulce de ojos verdes y cabello rizado, que además de una de mis mejores amigas también es mi compañera de trabajo— y Alessandro. —el chico de pelo negro azabache y sonrisa torcida la saluda desde su asiento—. Ella es su mujer, Sienna. —La castaña le dedica una sonrisa ladeada y la saluda moviendo su mano izquierda—. Y, por último —carraspea antes de continuar—, Nicole. —La rubia de rizos rebeldes lo fulmina con la mirada desde su sitio antes de apartarla y sonreír a nuestra querida invitada—. Nuestra mami —añade Milán.

—No soy tu mami. —Resopla y le da un sorbo a su copa de vino, que ya casi está vacía.

—Pero podrías serlo si quisieras. —Le guiña un ojo y la rubia tose cuando se atraganta con la bebida.

—Encantada de conoceros a todos —murmura Gia. Vuelve a pasarse un mechón de pelo por detrás de la oreja; ya lo ha hecho varias veces esta noche. Una de ellas, hace un momento cuando intentaba coquetear con mi mejor amigo.

—Ven, siéntate con nosotras —la anima Sienna, que ha dejado un asiento libre entre ella y Nicole, supongo que para que pueda integrarse mejor en las conversaciones de esta noche y sentirse más cómoda.

Bianca me sonríe y da un par de palmaditas en la silla que hay a su lado, la misma que, como cada sábado, me ha reservado para que me siente junto a ella.

—*Buonasera*. —Me acomodo en la silla y saludo a mis amigos. Enseguida se centran en Gia y en hacerla sentir lo más cómoda posible, cosa que sabía que pasaría desde el primer momento. Aunque no entiendan el motivo por el que está aquí —no los culpo, porque yo tampoco lo hago—, no dejarían que se sintiera excluida solo por no ser parte de nuestro grupo.

—¿Y qué te trae por Cortona, Gia? —pregunta Bianca, con curiosidad, mientras se lleva un trozo de comida a la boca.

La pelinegra coge su copa de vino y le da un sorbo largo antes de contestar.

—Pasé por una mala racha y quería tomarme un tiempo de desconexión en un lugar bonito como este. —Sonríe mostrando todos los dientes y desde mi sitio veo perfectamente cómo juguetea con sus dedos sobre su regazo; parece estar algo nerviosa.

—Mmm. —Asiente la otra—. Qué bien que puedas permitirte estar un tiempo sin hacer nada —contesta en tono cortante.

Alessandro se lleva la copa a los labios y me señala a las chicas con un movimiento de cabeza, pero no pienso intervenir.

—Oh, no, voy a estar bastante ocupada aquí. —Vuelve a sonreír, aunque esta vez, parece un gesto mucho más forzado y calculado.

—¿Paseando y haciendo fotos? —Bianca alza una ceja—. Qué bien.

Le doy un rodillazo por debajo de la mesa para que se calle y me mira con recelo.

—Trabajando —responde con tranquilidad—. Empiezo el lunes.

La miro. No sabía nada, aunque tampoco tengo por qué saberlo.

—¿Ya has encontrado trabajo? ¡Qué rápido! —murmura Nicole.

—En una floristería —sigue diciendo.

—Espera —la interrumpe Sienna—. No será en la floristería de Adela, ¿verdad?

—Sí, creo que sí. —Vuelve a beber de su copa de vino—. El lunes empieza mi periodo de prueba. Es genial, me encantan las flores… ¡Y toda la naturaleza! —exclama, simulando fatal un entusiasmo que es inexistente, a la vez que mueve las manos en el aire de forma exagerada.

—Yo trabajé ahí hace unos años —le cuenta Sienna—. Y Nicole —la señala girando el pulgar hacia ella—, suele ir cuando tienen alguna boda o evento importante.

—Qué bien. —Gia sonríe de nuevo—. Espero poder adaptarme pronto.

—Claro que sí. —La rubia hace un movimiento despreocupado con la mano, restándole importancia al asunto.

—De repente me encantan las flores —afirma Milán, con una sonrisa coqueta en el rostro.

Nicole responde con un bufido y mis amigos se ríen. Yo, mientras tanto, me quedo embelesado con la brillante sonrisa que Gia le dedica a mi amigo.

11 | TEN UNA CITA CONMIGO

Luca

Terminamos de cenar entre risas y anécdotas que mis amigos le cuentan a Gia, y alargamos la noche un poco más pidiendo otra botella de vino.

—¿Estás bien? —susurra Bianca cerca de mi oído—. Estás muy callado esta noche.

—Solo estoy cansado —miento, y sé que se da cuenta enseguida, porque me conoce bastante bien y porque frunce los labios antes de acomodarse de nuevo en su silla, aunque es demasiado prudente como para insistir.

Estoy incómodo y enfadado. No soporto escuchar las risas escandalosas de Gia, ni que a mis amigos parezca caerles tan bien. No quiero que este encuentro vuelva a ocurrir. No quiero tener que llevarla de vuelta a la villa y que vuelva a agarrarme por la cintura durante el camino. Ni que tararee canciones cerca de mi oído y me embriague con el olor a vainilla que desprende su cabello. No me gusta esta chica, y no me engaña con esa fachada de chica dulce e inocente.

Aparto la mirada de la mesa y observo el cielo, coloreado de un azul intenso en el que algunas estrellas se asoman discretas entre las nubes. A esta hora, empieza a refrescar, y la brisa nos golpea con suavidad. En la plaza, que hace horas estaba llena de vida, ya no

hay tanto bullicio, aunque aún quedan algunas personas paseando, y otras muchas que salen de las cafeterías y restaurantes de la zona.

Pese a la mezcla de voces y ruidos que hay alrededor de nuestra mesa, distingo a lo lejos la melodía de una canción italiana desde el interior del restaurante.

Miro a Gia.

Está abrazándose a sí misma, frotándose los brazos con suavidad, mientras parece interesada en lo que Nicole está contando sobre sus pequeños y revoltosos mellizos, Alonzo y Chiara. Está muy orgullosa de ellos y, cada vez que tiene oportunidad, presume de lo guapos y listos que son, enseñando algunas de las infinitas fotos y vídeos que guarda en el móvil. Es madre soltera, y aunque no lo tiene fácil y a veces se le complica lidiar con ellos, lo hace genial. Esos pequeños terremotos pueden estar muy orgullosos de la madre tan increíble que les ha tocado.

Suelto un pequeño gruñido cuando veo a Gia castañear los dientes; le dije que iba a refrescar y no me hizo caso. No quiero tener problemas con Micaelo, así que arrastro la silla hacia atrás, dispuesto a levantarme y acercarme a ella, pero cuando estoy a punto de hacerlo, Milán le pasa su chaqueta por los hombros.

—Muchas gracias —responde con una sonrisa—. Pero vas a pasar frío tú.

—No te preocupes, *dolcezza* —dice él, negando con la cabeza.

—Va a pensar que eres una buena persona y todo —gruñe por lo bajo Nicole, que como siempre, tiene que aportar un poco de sarcasmo cuando se trata de algo relacionado con nuestro amigo.

—No te pongas celosa. —Milán envuelve uno de los rizos de la rubia alrededor de su dedo índice y lo acaricia con suavidad. Ella entreabre los labios y lo observa con cautela mientras él le dedica una sonrisa seductora—. A ti puedo abrazarte, si quieres.

—Antes preferiría morir de hipotermia —replica la rubia.

—Vais a asustar a Gia —los interrumpe Rodrigo, que hasta ahora había estado muy pendiente de su teléfono, seguramente contestando mensajes y correos del trabajo. No sabe parar y dejar las obligaciones a un lado y disfrutar.

—No creo que sea una chica que se asuste con facilidad —murmura Sienna, antes de soltar una carcajada.

Nos levantamos dispuestos a marcharnos cuando ya no queda ningún otro cliente en el local, tan solo los trabajadores recogiendo antes del cierre. De momento no nos han dicho que nos vayamos, ya que somos clientes habituales y están acostumbrados a que prácticamente cerremos nosotros, pero decidimos que es hora de irnos.

Nos despedimos en la puerta con un par de besos y abrazos. No me gusta demasiado el contacto físico, pero con mis amigos es diferente: entiendo que para ellos significa mucho y que es una forma de expresar su cariño hacia mí y, aunque principalmente lo hago por eso, la verdad es que lo disfruto.

—Vamos —le indico a Gia, que sigue parloteando con mis amigas. Parecen haber congeniado bastante bien.

—Un momento —me pide cuando estoy a punto de emprender el camino hacia el vehículo—. Toma tu chaqueta, Milán.

—Oh, de eso nada, preciosa. —Mueve la mano en un gesto despreocupado—. Vas a pasar frío, y más subida en la moto. Quédatela, ya me la darás la próxima vez que nos veamos.

—¿Estás seguro? —insiste ella, dubitativa.

—Claro. Además, a ti te queda mucho mejor que a mí. —Guiña un ojo. Yo resoplo con pesadez. Qué manera más cutre tiene mi amigo de ligar, y lo peor es que le funciona la mayoría de las veces.

—Diez segundos —susurro para que solo ella pueda oírme, cerca del lóbulo de su oreja. Abre los labios ligeramente al sentir mi contacto—. Si cuando termine de contar sigues intentando ligar con mi amigo, me piro y te buscas un taxi.

Me mira casi sin pestañear, siguiendo un recorrido imaginario por mi rostro, y me tenso cuando creo que está estudiando mis facciones. Se humedece el labio inferior, y no puedo evitar seguir con la mirada el movimiento rápido que hace su lengua.

—Diez… —comienzo a enumerar.

La voz me sale más ronca de lo normal. Y no sé por qué, pero sigo con la mirada clavada en su boca. Pese a que estamos todavía rodeados de mis amigos, que están inmersos en sus propias conversaciones, alargando como siempre la despedida, parece como si solo estuviéramos ella y yo, como si el resto hubiese pasado a un segundo plano

—Nueve, ocho —sigo contando. Subo la mirada poco a poco, hasta clavarla en sus ojos, que me escrutan con descaro—. Siete, seis —digo, alargando un poco cada sílaba, o este momento, no lo sé—. Cinco, cuatro… —Esta vez soy yo el que toma una pequeña pausa para humedecerme los labios—. Tres, dos…

—Uno —me interrumpe, acortando la distancia y acercándose a mí, hasta que siento su aliento en mi oído. Mi cuerpo reacciona solo, de manera involuntaria, y se estremece ligeramente.

—¿Luca? —La voz de Bianca me saca del trance en el que estaba ahora mismo, perdido en unos labios carnosos que me desafiaban con cada movimiento—. Te estoy hablando.

—Perdona, no te había oído —me disculpo.

—Ya veo. —Mira a Gia fijamente, como si intentara encontrar respuesta a alguna pregunta en su mirada.

—¿Qué estabas diciéndome?

—Te preguntaba si mañana podría ayudarte en el establo —repite —. Me gustaría ir a montar un rato.

—Claro, ven a la hora que quieras. —Asiento un par de veces.

—Genial. —Sonríe—. Te envío un mensaje por la mañana.

Me rodea el cuello en un gesto cariñoso y, en un suave y rápido movimiento, me atrae hacia ella hasta que sus labios rozan mi mejilla.

—Ten cuidado en el camino. Y avísame cuando llegues a tu casa.

—Lo haré.

Sonríe antes de marcharse por el mismo camino por donde se han ido el resto de mis amigos.

—¿Vamos? —le pregunto a la pelinegra cuando estamos solos.

Me responde con un asentimiento de cabeza y ambos emprendemos el camino hacia mi moto.

Gia

—¿No se te agota nunca la energía? —pregunta Luca de forma tranquila, mientras guarda los cascos—. No has parado de cantar en todo el trayecto.

—Es que tu compañía es muy aburrida, y tengo que entretenerme conmigo misma.

—Pues parece que te lo has pasado bastante bien esta noche.

—Sí —respondo—. Pero no contigo, si no con tus amigos.

—¿Insinúas que no soy capaz de hacer que te lo pases bien? —Se acerca a mí.

Trago saliva y me separo ligeramente, dando un pequeño paso hacia atrás.

—Sí.

—Estás muy equivocada conmigo, Gia. —Algo en mi interior se estremece al oír mi nombre con esa voz ronca y ese acento que le hace parecer mucho más atractivo de lo que me gustaría admitir—. Puedo hacer que te lo pases muy pero que muy bien.

Doy un paso adelante, acortando unos centímetros de distancia, tanto, que nuestros cuerpos casi se rozan. Puedo sentir su respiración, mucho más acelerada que de costumbre, ya que siempre suele estar bastante tranquilo.

—Demuéstralo.

Me quedo boquiabierta cuando echa la cabeza hacia atrás y suelta una carcajada.

Acaba de reírse. Y por algo que he dicho yo. Tendría que haberlo grabado para usarlo en su contra en el futuro.

—No empieces algo que no puedas acabar —me dice, picándome.

Sus ojos oscuros, del mismo color que el ébano, se clavan en mí, cargados con un brillo que no consigo descifrar del todo.

—No me subestimes —digo casi en un susurro.

Alzo el mentón y le sostengo la mirada, intentando ver más allá de la oscuridad de sus ojos, tratando de entender qué esconde ese frío abrasador.

—Ten una cita conmigo —propone de repente.

Alzo las cejas, sorprendida.

—¿Una cita? —pregunto incrédula—. ¿Contigo?

—Sí.

Lo observo con la cabeza ladeada.

—¿Pero tú sabes lo que se hace en una cita? —suelto con sorna —. Lo principal: hablar. Algo que, visto lo visto, no es tu punto fuerte.

Una sombra de diversión se cruza en su rostro.

—Prefiero escuchar antes que hablar sin parar como haces tú.

—Y yo prefiero ser una persona normal y no un bloque de hielo —replico, poniendo los ojos en blanco. De verdad, qué persona más desagradable—. ¿Has terminado de vacilarme? Porque tengo frío y quiero irme a dormir.

—Te dije que pasarías frío —me recuerda.

Pongo los ojos en blanco otra vez.

—No sabía que controlabas el clima. —ironizo—. Lo tendré en cuenta para preguntarte la próxima vez que salga contigo a alguna parte. Es decir, nunca.

Doy media vuelta y comienzo a caminar hasta la entrada de la villa. Pero unas manos grandes y ásperas me detienen en seco, sujetándome la muñeca con una sorprendente delicadeza.

—Tienes miedo —dice sin dejar de mirarme con esos ojos oscuros y esa voz ronca que me hace sentir tensa.

—¿De que estés diciendo más de dos palabras seguidas? —cuestiono, vacilante—. Sí.

—De tener una cita conmigo, y que no sea suficiente.

—No me hace falta una cita contigo para saber que no querría tener ninguna más —replico casi con rabia—. No me gusta la idea de pasar por ningún tipo de tortura y, definitivamente, estar contigo lo es.

—A mí tampoco me hace falta una cita contigo para saber que te aborrecería incluso más de lo que ya lo hago.

—Genial, porque el sentimiento es mutuo. —Me giro de nuevo cuando ya estoy a punto de entrar—. Ah, y una cosa más.

Enarca una ceja, mirándome con cierta curiosidad.

—El día que realmente quieras tener una cita conmigo, tendrás que ganártela.

12 | FLORES Y MÁS FLORES

Gia

El sol baña las calles empedradas de Cortona, coloreando los muros de piedra de un color dorado que la hace parecer sacada de una película. La brisa, que cada día que pasa es más cálida que el anterior, mueve con suavidad los toldos de las terrazas y las flores que hay en los maceteros de cada balcón.

Me detengo cuando llego a mi destino: la floristería de Adela, el lugar donde, a partir de ahora, pasaré la mayor parte de mis días.

Miro la fachada colorida que tengo frente a mí y por fin suelto todo el aire contenido. Tengo los nervios clavados en el estómago y ni siquiera he podido desayunar. Necesito hacerlo bien y mantener este trabajo. Me da miedo no ser lo suficientemente rápida para aprender todo sin que tengan que volver a repetírmelo, o no ser lo suficientemente buena y que mi presencia les resulte necesaria. O no ser lo suficientemente dulce y amable como para caer bien a los clientes.

El cartel de madera desgastada que hay sobre la puerta indica el nombre del local: *Fiori di Adela*, en letras cursivas y un color buganvilla bastante llamativo. Tan solo el escaparate está lleno de diferentes tipos de flores, inundando el espacio de color y una fusión de aromas frescos.

Al entrar, una mezcla embriagadora de olores me da la bienvenida. Huele a tierra húmeda; a la fragancia dulce, fresca e

intensa que emana de cada planta. Apenas hay espacio más allá del mostrador, ya que todo está a rebosar de diferentes tipos de plantas y macetas. Las paredes están llenas de estantes repletos de cubos con flores de todo tipo, aunque solo soy capaz de distinguir girasoles, margaritas y rosas de muchos más colores de los que pudiera haber imaginado. En otra balda, hay muchas cestas de mimbre con material guardado en su interior.

—Tú debes ser la nueva *ragazza* —me saluda una mujer de mediana edad con una sonrisa en el rostro.

Tiene los ojos de un azul tan intenso como los de Marietta, y lleva el pelo canoso recogido en un moño bajo. Me extiende la mano, pero antes de que pueda estrecharla en un saludo cordial, se da cuenta de que está manchada de tierra y polen y la limpia suavemente contra la tela de su delantal antes de repetir el gesto.

—Gia, ¿verdad?

—Sí —afirmo—. Y usted debe ser Adela, ¿no?

—Sí —responde sonriente—. Pero ni se te ocurra tratarme de usted, ¡no soy tan mayor! —Suelta una pequeña carcajada—. Bueno, cielo, Micaelo no me ha dado demasiados detalles sobre ti, pero me dijo que eres nueva en la ciudad y que te hacía falta un trabajo con urgencia.

—Así es —me limito a contestar, sintiéndome bastante incómoda al tener que mentir cada vez a más gente.

—Veo que tú tampoco estás por la labor de darme más detalles. —Asiente con la cabeza y se ríe—. No pasa nada. Al final, acabarás sintiéndote tan cómoda conmigo, que me contarás hasta el último de tus secretos.

Pues espero que no.

—¿Algo importante que deba saber antes de que empecemos a trabajar juntas? —inquiere, mirándome con curiosidad.

Soy una asesina.

—Nunca he trabajado con flores —admito, omitiendo que tampoco me gustan las plantas ni la naturaleza en general.

—Tranquila, no tienes cara de haberlo hecho.

No sé cómo tomarme sus palabras, pero tampoco me da tiempo de asimilarlas, porque me agarra de la mano y me arrastra por toda la floristería para mostrarme cada rincón.

—Ahora puede que todo te parezca un poco lioso y que creas que no serás capaz de memorizar cada flor, pero te aseguro que es más fácil de lo que parece, y que enseguida te acostumbrarás —murmura sin soltarme la mano—. Y no te preocupes si haces algo mal. Los primeros días son para aprender y jamás esperaría de ti, ni de ningún otro empleado, la perfección. Tan solo que seas amable con los clientes, comprometida con cada trabajo que se te asigne, puntual y, muy importante, honrada. Lo demás llega solo, querida.

Asiento un par de veces, intentando memorizar todos los nombres que me ha citado hasta ahora de diferentes flores, y recordando el color de cada una de ellas para poder identificarlas mejor después.

—Tendrás que atender a los clientes y preparar pedidos, cuidar las plantas, retirar las que estén marchitas, ayudarme a mantener la tienda limpia y también preparar los arreglos florales de cada evento.

Abro la boca y la cierro antes de soltar alguna tontería. Micaelo no me dijo que tendría que hacer tantas cosas, aunque tampoco estoy

en posición de quejarme.

—Casi toda la ciudad acude a este lugar cuando necesita flores o consejos para cuidar sus plantas, así que siempre estamos a rebosar de trabajo —sigue diciendo, sin cambiar la expresión alegre de su rostro—. Hay más empleados, pero en tu turno solo coincidirás con Penélope y conmigo. A veces, también con Nicole, una chica que viene siempre a ayudarnos con los eventos y bodas que tenemos que llenar de flores.

—A Nicole ya la conozco.

—Genial, una persona menos a la que presentarte, entonces. —Me guiña un ojo—. Este fin de semana, tenemos un evento muy importante en la ciudad, ¡el aniversario de los *nonnos*!

—Oh, no lo sabía. —Alzo las cejas.

—Cumplen cincuenta años de casados…, ¡Toda una vida! —exclama entusiasmada—. Yo nunca llegué a casarme, aunque me hubiera gustado hacerlo. ¿Y tú? ¿Tienes pareja, querida?

Niego rápidamente con la cabeza.

—No, qué va.

—Mejor, los hombres solo te hacen perder el tiempo. Es muy difícil encontrar a uno que valga la pena —añade con un suspiro—. Aunque para qué mentir, yo no pierdo la esperanza de hacerlo.

Vuelve a soltar una risita. Su entusiasmo me pone algo nerviosa, pero intento convencerme de que ya me acostumbraré.

Las siguientes horas pasan más rápido de lo que esperaba entre intentos fallidos de memorizar los nombres de las plantas, como *Dianthus caryophyllu*s —que se supone que es como se llama el clavel—, y los infinitos cuidados que parece tener cada flor; Adela

insiste en atenderlas como si pudieran sentir cada estímulo y caricia.

Me agradezco mentalmente a mí misma haberme puesto ropa cómoda: un pantalón vaquero y una camiseta holgada, ya que he acabado llena de tierra y trocitos diminutos de hojas verdes; también de agua, pues he regado algunas plantas y he atendido a dos clientes que pidieron unos ramos de flores tan bonitos que me dio pena haberlos estropeado al prepararlos yo misma. Pero con solo dedicarles una sonrisa, parecieron irse bastante satisfechos a pesar del pésimo resultado de mi trabajo.

Comí con Penélope y Adela en el descanso, y me resultó bastante sencillo seguirles la conversación y mantenerme integrada; son bastante simpáticas y muy atentas.

—Lo has hecho bastante bien para ser tu primer día —me anima Penélope, o Nely, como lleva toda la tarde insistiendo en que la llame, cuando salimos de la floristería.

Siento los brazos y las piernas cansados, y me duele la espalda. Estoy deseando llegar a mi habitación, darme una ducha y descansar.

—¿Tú crees? —La miro de reojo—. He estropeado algunos de los arreglos florales que ya tenía preparados Adela… y me he pinchado el dedo con la espina de una rosa. —Levanto el dedo índice, ahora cubierto por una tirita, y ella suelta una pequeña carcajada.

—Gajes del oficio. —Hace un ademán con la mano, restándole importancia, y se encoje de hombros—. ¿Necesitas que te lleve a casa?

—Oh, vivo en la villa de los *nonnos* —explico.

—Genial, me pilla de camino. —Me dedica una sonrisa—. ¿Te llevo?

—No quiero molestar —me apresuro a decir.

—¡No es ninguna molestia! —insiste—. De paso, me cuentas por el camino otra anécdota divertida de cuando vivías en España. Por cierto, tienes que enseñarme a hablar español. Me encanta el acento español, ¿te lo he dicho ya?

—Como unas doscientas veces a lo largo del día —bromeo.

—Es que todo lo que tenga que ver con España, me encanta. Tienes que darme clases, y presentarme a algún amigo tuyo. Es increíble que sepas hablar tantos idiomas.

—No es para tanto —contesto cuando nos subimos al coche.

—Claro que lo es —me contradice, frunciendo el ceño—. ¿Quién sabe hoy día hablar cinco idiomas? ¡Solo tú!

—Qué exagerada eres. —Suelto una carcajada—. Hay mucha gente que sabe hablar varios idiomas.

Al menos, algo de lo que he dicho en todo el día es verdad. Sé hablar cinco idiomas: turco, español, italiano, inglés y cosas básicas del árabe. Mi padre me apuntó a distintas escuelas de idiomas desde muy pequeña, preparándome desde niña para ser una buena sucesora en el futuro con el objetivo de poder ampliar horizontes con la empresa familiar.

Obviamente, esto Penélope no lo sabe. Ella piensa que mis padres eran árabes, pero que nos mudamos a España en cuanto nací, y que allí estudié y trabajé algunos años en una escuela de idiomas. De momento, no me han hecho demasiadas preguntas sobre mi vida personal o la de mi familia, cosa que agradezco bastante.

El camino desde la floristería hasta la villa no es demasiado largo, así que no tardamos mucho en llegar. Me despido de mi compañera —y al parecer nueva amiga— con dos besos y salgo del coche sonriente, sorprendida por encontrarme tan satisfecha después de mi primer día de trabajo.

El aire es más fresco a esta hora de la tarde, cosa que se agradece después del calor que hemos tenido que soportar durante el resto del día. El cielo es una mezcla explosiva de colores morados y naranjas que mantienen las nubes escondidas, y las hojas de los árboles que rodean la villa parecen bailar al ritmo de la brisa, que las mueve suavemente, produciendo un crujido suave y delicado en medio del silencio.

Cuando llego a mi habitación, saludo a Chanel llenándola de besos, cosa que no parece entusiasmarla demasiado, y enseguida salta de mi regazo y vuelve a tumbarse en su cama. La acaricio una última vez antes de entrar al baño para darme una ducha, y después me visto de forma cómoda mientras dejo secar mi pelo al aire.

Decido dar una vuelta por los alrededores antes de ir al restaurante a cenar. Me pongo una sudadera —porque es cierto que a estas horas empieza a refrescar bastante— y cojo prestada una de las bicicletas que hay en la entrada. Micaelo me dijo que podía coger lo que quisiera sin problema, así que espero que no le importe mi atrevimiento.

Tiene una cesta de mimbre que me parece bastante mona, en la que tengo pensado colocar un libro la próxima vez que decida dar una vuelta, así podré sentarme en alguna parte del campo a leer con tranquilidad. Aunque nunca me hubiera entusiasmado la idea, ahora me empieza a resultar un poco más atractiva, así que no descarto

hacerlo pronto. El sillín es bastante duro e incómodo, pero me esfuerzo en pedalear y no pensar en que los músculos de los glúteos se me están entumeciendo; más bien trato de concentrarme en el paisaje tan bonito que hay a mi alrededor.

Me abro paso por un camino que está rodeado de campo y colinas redondeadas cubiertas por viñedos, árboles cipreses que van formando un conjunto de sombras por el camino, y girasoles que todavía brillan gracias a los escasos rayos de sol que iluminan la zona. El viento me golpea en la cara y me revuelve el pelo, todavía húmedo y con los rizos alborotados.

Y entonces lo veo.

A pesar de la distancia, distingo su figura, que avanza pedaleando en otra bicicleta en dirección contraria a la que yo me estoy dirigiendo sin rumbo alguno. Ambos disminuimos la velocidad cuando nos cruzamos, pero es él quien frena de golpe y me veo obligada a hacer lo mismo en un acto reflejo; apoya el pie en el suelo y me mira en silencio con una ceja alzada.

—¿Hay algún rincón en esta ciudad en el que no me vea obligada a compartir oxígeno contigo? —pregunto cuando el estudio que me están haciendo sus ojos empieza a ponerme nerviosa.

—Deja de perseguirme y no tendrás que hacerlo —replica Luca.

—No te estoy persiguiendo, solo intentaba pasar un rato agradable y tranquilo —me defiendo—. Y lo estaba consiguiendo hasta que has aparecido.

—Me alegro entonces de que nos hayamos encontrado.

Sonríe. Y yo no puedo evitar fijarme más de lo necesario en la forma en la que su camiseta se le pega al cuerpo sudado, resaltando

los cuadraditos que marcan su abdomen.

—¿Qué pasa? Te gusta mi camiseta, ¿o qué?

Por primera vez, me quedo sin palabras. No tarda demasiado en soltar una pequeña carcajada al notarlo y niega con la cabeza antes de subir de nuevo los pies a los pedales.

—Ven conmigo, te voy a enseñar un sitio que te va a gustar.

No me da opción a negarme ni a responderle que no pienso ir con él a ninguna parte. Sin saber por qué, cuando gira y comienza a pedalear cuesta abajo, mis piernas se ven obligadas a seguirlo, aunque mi cabeza me grite que no debería hacerlo.

13 | ESPINAS Y ROSAS

Gia

Al final del camino nos recibe un enorme árbol con el tronco grueso y unas firmes ramas de las que cuelga un columpio de madera de dos plazas, sujeto por unas cuerdas finas, que parecen bastante resistentes. Me quedo prendada. Desde este lugar, hay una vista panorámica espectacular de toda la ciudad bañada por unos rayos de luz que provienen del sol que empieza a ocultarse. Poco a poco se pierde entre franjas anchas de un tono naranja y otras mucho más finas de color morado, las cuales se entrelazan creando una mezcla explosiva de colores que pintan el cielo con su intensidad.

—Te dije que te gustaría —murmura antes de apoyar su bicicleta sobre el tronco.

—Bueno, no está mal —respondo, tratando de disimular mi asombro.

Las vistas son espectaculares y el ambiente tranquilo, en el que solo se respira aire puro y se oye el sonido de las hojas al moverse. La verdad es que parece sacado de un cuento.

—Me gusta venir aquí cuando necesito despejarme y pensar, o cuando me siento demasiado abrumado —me cuenta, como si me importara lo más mínimo, cuando se sienta en el columpio, que cruje levemente al sentir el peso.

Resoplo y me acerco a él, me siento a su lado y mis pies quedan en el aire. Sonrío de forma inconsciente al admirar el escenario que tengo frente a mí cuando comenzamos a mecernos suavemente hacia delante.

—¿Y por qué me has traído?

—Porque tú también pareces necesitar despejarte y pensar.

Nos quedamos en silencio. Y aunque me cueste admitirlo, no es un silencio incómodo, sino uno de esos que te envuelven y llenan cada espacio vacío.

—¿Cuánto tiempo llevas viviendo en Cortona? —me atrevo a preguntar después de algunos minutos observando ensimismada el horizonte.

—Unos cuantos años ya.

—¿Y de dónde eres? —insisto, intentando encontrar un tema del que hablar.

—De alguna parte del mundo.

Pongo los ojos en blanco.

—No sé para qué lo intento —resoplo, frustrada—, es imposible hablar contigo.

—¿Has visto qué bonito está el cielo? —pregunta, cambiando por completo de tema e ignorando lo que le acabo de decir.

—Sí —contesto casi en un suspiro.

—Cuando era pequeño —comienza a decir, captando mi atención, con una voz mucho más suave de la que estoy acostumbrada a oír —, me encantaba observar el cielo y perderme durante horas

buscando mensajes ocultos entre las nubes. Conforme fui creciendo, empecé a fijarme en otros detalles, como los colores. Cómo el cielo es capaz de cambiar por sí mismo de color… de un celeste intenso a un azul profundo. Cómo cada tarde, a la misma hora, se funde entre tonos naranjas y rosados, a veces formando una mezcla de colores increíbles. —Toma una pequeña pausa sin desviar la mirada del horizonte anaranjado—. Y al día siguiente, todo vuelve a empezar. Es increíble las lecciones que la naturaleza puede enseñarnos, todo lo que nos puede hacer reflexionar si nos tomamos el tiempo necesario cada día para apreciar los pequeños detalles que damos por sentado, como que cada mañana salga el sol y cada tarde se oculte.

—Nunca me había parado a pensar en todo esto —musito.

—A veces estamos tan inmersos en la rutina, tan perdidos en el día a día, que se nos olvida hacer una pausa y simplemente respirar; apreciar las pequeñas cosas de la vida, esas que parecen insignificantes, pero que le dan sentido a todo. —Se encoge de hombros sin mirarme si quiera—. O lo afortunados que somos por poder disfrutarlas.

Suspiro y lo miro con detenimiento, observando su perfil de cerca. Tiene la línea de la mandíbula marcada, una nariz completamente recta sin ningún tipo de curvatura o irregularidad, perfectamente proporcionada al resto de las facciones de su rostro. De entre los muchos lunares que parece tener repartidos por el cuerpo, me resulta curioso el que tiene en el lóbulo de la oreja, que parece un pequeño pendiente. Su pelo oscuro está peinado hacia atrás, aunque con algunos mechones revueltos por el viento, y lleva una barba corta y bien cuidada que no solo le aporta madurez al rostro, sino también un atractivo que odio que me resulte tan irresistible.

Tiene un toque misterioso que llama mi atención, aunque sé que no debería hacerlo.

Parece observar algo que va más allá del paisaje, y me da la sensación de que está en medio de una lucha interna entre lo que ve y lo que piensa, como si recordara algo del pasado que le hace daño.

—A mí siempre me ha gustado admirar la luna —murmuro, y enseguida me mira con los labios fruncidos y los ojos bien abiertos. Intento no prestar demasiada atención al nudo que está formándose en mi garganta al recordar a mi padre—. No sé si lo que más me atrae es su brillo, o lo impresionante que es en todas sus versiones y formas. Distinta según avanza en el ciclo lunar, aunque en el fondo, siempre sea la misma. Me recuerda un poco a nosotros… —añado, divagando un poco en el tema—. La forma en la que cambiamos y evolucionamos todo el tiempo. Y como incluso, en nuestra etapa más oscura y por muchos cambios que hagamos, al final nuestra esencia es la misma. No podemos ocultar quiénes somos en realidad. ¿Pero sabes qué es lo más bonito de la luna? —Me mira fijamente, esperando una respuesta por mi parte—. Que pase lo que pase, nunca deja de brillar.

Asiente levemente con la cabeza.

—Tú me recuerdas un poco a la luna —murmura, con sus ojos clavados en mis labios. Yo alzo ambas cejas y con la mirada, lo animo a continuar hablando—. Siempre brillas, incluso cuando no te das cuenta o no pretendes hacerlo.

No soy una chica que se derrita con cualquier palabra dulce, pero la forma en la que me mira, mientras pronuncia cada palabra, hace

que algo se encienda en mi interior, un calor que recorre todo mi cuerpo hasta posarse en mis mejillas.

—Creo que es una de las cosas más bonitas que me han dicho nunca —admito, cada vez más sofocada y avergonzada por su cercanía—. Me sorprende que sepas hacer cumplidos.

—Es una de las muchas cosas que se me dan bien hacer —asegura.

—¿Y qué más cosas sabes hacer bien?

Me pierdo en sus labios sin darme cuenta. Parecen suaves y carnosos, especialmente el inferior. El arco de cupido, un pequeño pico que forma su labio superior, realza su boca de una forma irresistible.

—Tendrás que descubrirlo por ti misma.

—¿Es una invitación?

Echa la cabeza hacia atrás y suelta una pequeña carcajada.

—Tómalo como quieras.

Me estremezco cuando sus dedos me rozan la piel al colocar un mechón de pelo rebelde detrás de mi oreja. Me doy cuenta de que he salido de la villa hecha un desastre; ni siquiera me he arreglado el pelo, ya que no pensaba encontrarme con nadie por el camino. Mi intención era desconectar un rato y disfrutar de lo bonito que estaba el cielo.

—Ni siquiera me he peinado —murmuro, intentando domar un poco los rizos salvajes con los dedos y aplastar un poco con las manos la electricidad que se ha formado en la zona de la raíz—. Seguro que parezco un león.

—Un poco. —Suelta una risita y lo miro con los ojos entrecerrados —. Pero me gustan los leones.

Me coge un mechón de cabello y le da vueltas alrededor de su dedo. Mi cuerpo responde solo a su cercanía, haciendo que mi pecho se agite levemente.

—Estoy más guapa con el pelo liso —consigo decir, intentando que no se note que me tiembla un poco la voz, como prácticamente el resto del cuerpo.

—Estás más guapa cuando eres tú misma —afirma sin dudar.

Mis ojos y mi boca se entreabren en sorpresa y, como si se acabara de dar cuenta de lo que acaba de decir, frunce el entrecejo y se separa de mí, echando su cuerpo hacia atrás.

—No hace falta que te arregles tanto o cambiar tu apariencia como hiciste el sábado —añade—. No necesitas intentar destacar, porque lo haces todo el tiempo, aunque no seas consciente de ello.

Me quedo pasmada, sin saber qué decir. Se levanta del columpio y, sin dirigirme una palabra más, como si ya le hubiese supuesto demasiado esfuerzo haber hablado tanto conmigo, se monta en su bicicleta y me anima con la mirada a hacer lo mismo. Me acerco para coger la mía, me subo en ella y comienzo a pedalear para seguirlo en el camino de vuelta a la villa. No entiendo muy bien qué es lo que acaba de pasar, pero estoy deseando que vuelva a repetirse.

Cuando llegamos, me llevo la cena en una bandeja a mi habitación y cuando entro la dejo sobre la mesa.

Me sorprendo al ver que hay una pequeña caja negra —que hasta ahora no había visto— en el suelo.

La abro y encuentro dentro un montón de papel de seda del mismo color. Frunzo el ceño mientras lo saco todo, metiendo bien la mano en el interior. La aparto rápidamente cuando siento algo punzante pincharme la yema del dedo, que enseguida se cubre de sangre.

Ahogo un pequeño grito y lanzo la caja al suelo cuando veo que está llena de espinas y una rosa marchita justo en el centro.

14 | UNA CONFESIÓN INESPERADA

Luca

El resto de la semana transcurre con bastante rapidez y, casi sin darme cuenta, ya estamos metidos en el fin de semana. Hoy sábado es el aniversario de boda de los *nonnos*, que cumplen cincuenta años casados.

Me parece algo increíble, a la vez que mágico y especial, amar tanto a una persona como para estar dispuesto a unir tu vida a ella, y a pesar de las dificultades ser capaz de ver a la misma persona de una forma igual o más intensa que cuando la viste por primera vez.

Paso la mañana en el establo, que está a unos pocos pasos de la villa, rodeado de campo y olivos. Suelo revisar que los caballos no tengan ninguna herida y que se encuentren en el mejor estado posible; a veces también monto un rato a algunos de ellos para ejercitarlos un poco, sobre todo a los más inquietos. También ayudo a los chicos a mantener limpio el equipo que utilizamos para montar y, otras muchas veces, disfruto viendo cómo Rodrigo entrena a algunos aprendices.

Estoy paseando junto a Gala —la yegua negra que más compañía me hace en los ratos libres que paso aquí— cuando escucho una risa escandalosa que llena todo el espacio que hasta ahora estaba sumido en silencio, sin contar con las instrucciones que va gritando Rodrigo y el relincho de los caballos. Sus carcajadas van

acompañadas de un olor a vainilla mezclado con jazmín, y no me hace falta siquiera darme la vuelta para saber que Gia está aquí.

Lleva el pelo recogido en una trenza junto a su característico pañuelo de pirata, esta vez en un tono teja. Viste una camiseta sin mangas de color marrón, y unos pantalones vaqueros bastante cortos que dejan al descubierto sus largas y bronceadas piernas. Lo acompaña con unas botas del mismo color que su camiseta. Cualquiera diría que ha estado rebuscando en su armario hasta dar con lo más rústico que ha encontrado.

Sigue sonriendo por algo que le ha dicho Rodrigo y, mientras tanto, busco la forma de pasar desapercibido y no tener que saludarla, aunque sé que hoy va a resultarme imposible evitarla todo el día —como he intentado hacer durante esta semana—, ya que ella también está invitada a la cena de esta noche.

He estado intentando ignorar lo que pasó el otro día. No sé qué fue lo que se me cruzó por la cabeza para llevarla a mi sitio especial y compartir un pedazo de mí con ella. Cada vez que la veo, algo en mí se revuelve por dentro y, cuando vi sus ojos, casi tan perdidos como los míos, no pude evitar llevarla conmigo al único lugar en el que mi cabeza deja de pensar durante un rato y puedo ser yo mismo, respirando de verdad.

Tampoco sé por qué mi cuerpo reacciona solo a su cercanía, por qué se enciende cada vez que la siente cerca, por qué ansía su contacto —cuando a mí no me gusta tener contacto físico con las personas que no conozco— y a esta chica no la conozco de nada. Acaba de llegar a la ciudad y en tan poco tiempo se ha integrado tan bien que parece una más, como si llevara aquí toda la vida, como si

lo suyo fuera realmente vivir en el campo, perdida en medio de la nada y rodeada de naturaleza, animales y una pequeña ciudad llena de magia en cada rincón.

Gia no es mi tipo de chica. No me gusta, pero sí es cierto que me atrae un poco. Solo un poco. Sería un imbécil si quisiera negar que tiene un cuerpo curvilíneo que volvería loco a cualquiera, que su sonrisa alumbra cada rincón de la ciudad y que su rostro, con unas facciones perfectamente esculpidas, es toda una obra de arte. Pero lo que más llama la atención de Gia es la luz que desprende sin ella ser consciente de ello. Tiene un atractivo único y cautivador, que te atrae como la fuerza invisible de un imán, sin que puedas evitarlo.

Pero no me gusta; creo que me cae mal. Y aunque intento ser más amable con ella por petición de Micaelo, a quien no quiero disgustar —ni mucho menos tener que volver a oír una de sus muchas reprimendas—, hay algo en ella y en el rollo misterioso que tiene, que no me transmite confianza.

Rodrigo se acerca a mí, seguido por Gia, sujetando la cuerda con la que guía los pasos del caballo que está a su lado.

—¿Puedes ayudar a Gia a montar? —me pregunta—. Tengo que cepillar a Rayo y cambiarle el agua del abrevadero.

—Claro, sin problema —le contesto, aunque sí que tengo problema en hacerlo.

—No te preocupes, voy a volver ya a la villa. Solo estoy aquí porque le he contado a Micaelo que me encantan los caballos y me ha obligado a venir —se apresura a decir, cruzándose de brazos.

—¿Sí? —Enarco una ceja, mirándola de arriba a abajo con curiosidad.

—Sí. —Asiente con firmeza—. Aprendí a montar cuando era pequeña, aunque nunca de forma profesional ni nada por el estilo.

—Sabes hablar cinco idiomas, montas a caballo… —Ladeo la cabeza, observándola con curiosidad—. Eres toda una caja de sorpresas. ¿Hay algo que no sepas hacer?

—Memorizar los nombres de las flores, montar ramos de novia y centros de mesa —comienza a enumerar con los dedos, hablando bastante rápido—, aunque bueno, siendo sincera… Debería decir que cualquier cosa que tenga que ver con las flores se me da mal. Ah, y sacar tema de conversación a ogros como tú.

No puedo evitar soltar una carcajada.

—¿Ahora resulta que soy un ogro? —inquiero, fingiendo estar ofendido.

—Es la primera palabra que se me ha venido a la cabeza al pensar en ti.

—Piensas en mí, ¿eh?

—No te flipes. —Pone los ojos en blanco—. ¿Vas a ayudarme a subir o no?

—¿No decías que sabías montar? —Alzo las cejas—. Pues sube tú sola.

—Lo siento, por un momento me había olvidado de que careces de caballerosidad.

Se acerca a Gala, a quien todavía mantengo sujeta a mi lado. La yegua gira la cabeza y la observa con cautela, como si estuviera decidiendo si aprobar su presencia o no.

—Es preciosa —murmura con una sonrisa mientras acaricia el cuello del animal con suavidad. Apoya el pie en el estribo y se impulsa con decisión, pasando la pierna por encima del lomo hasta acomodarse en la montura.

Me mira con los ojos entrecerrados y en un gesto decidido, alza el mentón cuando vuelve su mirada al frente. Se pone recta y pega las rodillas al caballo. Le toca con suavidad el costado y Gala responde a su contacto dando algunos pasos hacia adelante.

—¿Cómo se llama? —pregunta cuando ambas empiezan a moverse, de forma lenta, pero decidida.

—Gala.

—Es un nombre precioso.

Se inclina hacia delante y le acaricia el cuello con la mano.

—Espalda recta —le indico, sujetando aún la cuerda larga que sujeta a la yegua.

Me mira por encima del hombro y pone los ojos en blanco.

—¿Puedes soltarla? —me pide—. Queremos cabalgar juntas un rato sin que nadie, es decir tú, nos moleste.

—Una pena, porque es mi yegua.

Detengo a Gala y le retiro la cuerda larga; me acerco a ellas, le saco con cuidado a Gia el pie del estribo, y apoyo el mío en él. Ante su mirada sorprendida, paso la pierna derecha por encima del lomo y me coloco justo detrás de ella, en la grupa. Mi pecho roza su espalda, que sube y baja ligeramente con cada respiración.

—¿Qué haces? —pregunta.

Noto cómo se tensa.

—Enseñarte a montar.

—¡Ya sé montar! —protesta al instante—. No necesito que me enseñes.

Mantengo las piernas flexionadas, intentando mantener el equilibrio sin hacer daño a Gala, que está soportando más peso del que está acostumbrada. Rodeo a Gia con mis brazos y coloco mis manos sobre las suyas, que son mucho más pequeñas y sujetan con firmeza las riendas. Quedamos completamente pegados el uno al otro.

Doy un par de toques con la pierna en el costado del animal y Gala comienza a moverse por el campo, a un paso lento pero seguro.

—Ponte recta —susurro cerca de su oído—. Y no dejes que Gala note que estás tensa.

—No estoy tensa.

—Enséñame lo que sabes hacer.

Sonrío cuando noto que la piel descubierta de sus hombros se eriza al sentir mi aliento cálido sobre ella.

—No te agarres tanto. —Intenta apartar un poco mis brazos de su cuerpo, pero solo consigue que me aferre más a ella—. Suéltame un poco.

—Si lo hago, nos caeremos.

—No puedo hacerlo bien si estás todo el rato hablándome al oído —se queja de nuevo—. Me pones nerviosa —resopla.

—No pensaba que lo admitirías tan pronto —vuelvo a susurrar.

Se pone rígida y tensa los hombros otra vez.

—Venga, vamos a dar una vuelta.

***

Me remango ligeramente la camisa, dejando parte de los brazos al descubierto, y después me aplico un poco de perfume. Me echo un último vistazo en el espejo y salgo de la habitación justo cuando los chicos llegan.

Nos saludamos con la complicidad de siempre, soltando alguna que otra broma de camino al exterior de la villa. Bianca, bastante sonriente, entrelaza su brazo con el mío mientras avanzamos.

El evento se celebra al aire libre, aprovechando el buen tiempo que hace en esta época del año y el enorme jardín que se extiende en la parte de atrás de la villa. Sobre el césped hay varias mesas largas de madera cubiertas por manteles de lino, y en el centro de cada una, delicados caminos de encaje blanco decorados con arreglos florales en tonos pastel y hojas de un verde fresco.

La vajilla de cerámica y las copas de cristal fino reflejan algunos destellos de sol. Los cubiertos son de color dorado, como muchos otros detalles de la decoración. Hay velas y farolillos repartidos por las mesas y también por el resto del jardín, aportándole un toque romántico a la decoración rústica predominante, al igual que las guirnaldas de luces cálidas que cuelgan de las ramas de los árboles.

Gia parece estar concentrada en arreglar el centro de una de las mesas, cuyas flores rebeldes parecen haberse separado un poco. La

ayuda Nicole, que también ha tenido que estar aquí desde temprano para ayudar con la decoración y colocar todas las flores. Sus hijos corretean por el jardín y acaban de mano en mano, ya que todos quieren cogerlos y pasar un rato con ellos. Son muy nerviosos, pero también cariñosos y carismáticos, y por eso son capaces de ganarse a cualquier persona con sus lenguas trabadas y sus miradas de angelitos, aunque en realidad sean todo lo contrario.

—Está todo precioso —señala Bianca, apretando un poco su agarre en mi brazo—. Las chicas han hecho muy buen trabajo.

—La verdad es que sí. —Asiento—. Seguro que los *nonnos* están muy contentos.

—Míralos —me insta, señalando con la mirada a la pareja feliz que recibe a los invitados que siguen llegando—. Rebosan amor y felicidad.

—Se dice pronto… Pero estamos hablando de cincuenta años. —Alzo las cejas, pensativo—. ¿Crees que serías capaz de aguantar tanto tiempo con una persona y seguir igual de enamorada que al principio?

—Sí —responde sin pensar, mirándome fijamente a los ojos.

—Yo creo que también —acabo admitiendo en voz alta.

—No me extraña. Tú y yo siempre hemos buscado cosas parecidas.

—¿Cómo está el nieto de los enamorados del momento? —pregunta Milán, interrumpiendo nuestra conversación con una copa de vino ya en la mano y una sonrisa en el rostro.

—Ya estabas tardando en venir a molestar —suelta mi amiga, y lo único que consigue es arrancarle una carcajada.

—Oye —me llama en esta ocasión a mí—. ¿Puedo hablar contigo un momento?

—Claro.

Saludamos a todas las personas conocidas que nos encontramos por el camino, hasta que llegamos a una zona en la que no hay tanta gente y podemos hablar con más tranquilidad.

—¿Todo bien? —pregunto cuando por fin estamos solos. Asiente con la cabeza—. ¿Ha pasado algo con Nicole? La noto un poco distante y apenas contesta los mensajes del grupo.

Resopla y niega con lentitud.

—No quiero hablar de Nicole esta noche.

—Entonces ha pasado algo.

—Con Nicole siempre pasa algo —admite con un suspiro—. Pero no quiero hablar de ella. He pasado página.

—Por fin, querido amigo —bromeo, dando algunos toquecitos en su hombro derecho bajo su mirada fulminante—. Solo te ha costado unos… ¿quince años?

—En realidad, veinte —me corrige.

—Vuestra historia es bastante peculiar.

—Sabes que no quiero saber nada de ella —insisto—. Al menos, no de ese modo.

—Y tú sabes que siempre acabas haciendo todo lo que ella quiere, porque siempre ha sido y será tu debilidad —le recuerdo.

Suelta un gruñido.

—Ya no —dice, y sé que lo hace en un intento de autoconvencerse así mismo de lo que está diciendo—. He decidido pasar página, y esta vez de verdad. Es inútil intentar arreglar nuestras diferencias y dejar el pasado atrás. Es demasiado testaruda.

—Tú tampoco te quedas atrás.

—Lo que tú digas. —Chasquea la lengua—. Quería preguntarte una cosa.

—Soy todo oídos.

—¿Hay algo entre Gia y tú?

Tenso la mandíbula. De nuevo, mi cuerpo responde solo y mi corazón comienza a latir desbocado.

—Claro que no —afirmo de forma tajante.

—¿No? —Entrecierra los ojos—. He visto cómo os miráis.

—No hay nada entre nosotros. No la conozco, ni tampoco me interesa hacerlo. Ya te dije que no me cae bien.

—¿Estás seguro de que no te gusta? —insiste, con curiosidad.

—Lo estoy.

—Genial, porque a mí sí que me gusta —admite, ahora un poco más entusiasmado—. Y creo que voy a pedirle una cita para conocerla mejor.

Observo cómo se aparta de mi lado y se pierde entre la multitud, sintiéndome confundido al no entender por qué de repente siento una presión extraña en el pecho.

15 | RECUERDOS QUE DUELEN

Gia

Me pesaba cada músculo y sentía dolorida cada parte de mi cuerpo. Intenté mover un poco las muñecas, que sentía completamente entumecidas, pero se me hacía imposible; el nudo de la cuerda que las mantenía unidas y sujetas era demasiado fuerte. Estiré las piernas en un intento de conseguir que la sangre me circulara con normalidad. Llevaba tanto tiempo sentada en esta misma silla, que sentía clavadas cada una de las piezas de madera que la componían.

Tenía la garganta tan seca, que tragar saliva era como deglutir miles de pedazos de cristal. Las gotas de sudor que caían desde mi frente se mezclaban con las lágrimas que recorrían mis mejillas.

Una luz tenue alumbraba el local abandonado en el que estaba encerrada. Escuché algunas voces y pasos que provenían del otro lado de la puerta antes de que se abriese por completo, permitiéndome vislumbrar entre la molesta claridad una figura alta y esbelta que cojeó hasta llegar a mí, acompañado de otros dos hombres vestidos por completo de negro.

El hombre me miró con una sonrisa burlona en el rostro y aguanté las ganas que tenía de escupirle en la cara.

—¿Cómo está mi querida invitada? —preguntó, claramente con sorna.

Fruncí los labios y lo miré con los párpados entrecerrados, decidida a no decir ni una sola palabra.

—¿No dices nada hoy tampoco? —Ladeó la cabeza—. ¡Y eso que te hemos quitado la cinta de los labios! ¿Quieres que te la vuelva a poner y así te aseguras tu silencio?

Soltó una carcajada mientras que mis ojos comenzaron a aguarse de nuevo. Me negaba a llorar delante de esta persona, así que los abrí y cerré varias veces tratando de controlar las lágrimas que amenazaban con escaparse.

—Bueno, vamos a lo importante —siguió diciendo, dando vueltas a mi alrededor—. ¿Recuerdas ya dónde guardó tu padre los documentos, o tenemos que jugar un poco más para que esa cabecita tuya reaccione?

Me mantuve en silencio, y esto lo único que hizo fue enfurecerlo aún más.

Su mandíbula se tensó cuando volvió a plantarse frente a mí.

—Tengo un regalo para ti. —Apoyó el peso de su cuerpo en una mesa y, con un movimiento de cabeza, ordenó a uno de sus hombres sacar una caja fina y alargada que enseguida colocaron delante de mí—. ¿Quieres abrirla? ¡Ah, no puedes! —Soltó una carcajada forzada que resonó por todo el local—. Lo haré yo.

Tragué saliva con dificultad. Mi pecho se agitaba con fuerza, con el corazón completamente desbocado y una presión constante que me llenaba de miedo. Las heridas que tenía en la espalda todavía quemaban, y sentía la camiseta pegada a mi piel; seguramente no estuviera solo llena de sudor, sino también de la sangre que este hombre se encargó de que derramara.

Sabía que mi padre iba a rescatarme en cualquier momento, pero cada vez se me hacía más difícil mantenerme callada y aguantar tanto dolor.

En un rápido movimiento de manos y sin siquiera titubear, abrió la caja y me mostró lo que escondía su interior: una rosa llena de espinas.

—Esto es lo que eres y lo que siempre serás —escupió con voz tranquila, sacando la flor con cuidado, tomándola por la zona del tallo sin pinchos—. Una chica bonita y encantadora, aparentemente intocable, que proviene de una de las familias más importantes de la ciudad. Todo en tu vida parece ser de color de rosa. —Acarició sus pétalos con una delicadeza que me puso la piel de gallina—. Pero nada lo es en esta vida. ¿Sabes el significado que le doy yo a esta flor? —preguntó, alzándola a la altura de mis ojos.

Se formó un silencio que me pesaba al tragar.

—Belleza —siguió diciendo. Comenzó a arrancar los pétalos uno a uno. En ese momento, ya no fui capaz de contener las lágrimas—. Éxito. Poder. —Arrancó otros dos que acabaron cayendo al suelo—. Amor. Pasión. —La rosa casi había perdido su forma original con todos sus pétalos esparcidos por el suelo—. Palabras que podrían definir tu vida, definirte a ti, tan bella, pura y delicada.

Su mirada fría me atravesó.

—Pero esa no es la realidad de tu vida, ¿verdad? Eso no es lo que eres en realidad. Porque tú y todo tu alrededor está lleno de espinas. —Me muestra el tallo de la que antes era una delicada rosa, repleto de espinas—. Esta eres tú. Esta es tu vida. Siempre cargarás con el dolor de tu apellido a tus espaldas. El sufrimiento y la traición

siempre serán parte de ti. Recuerda estas palabras, algún día las entenderás: donde hay amor, también hay dolor.

Es lo último que dijo antes de empezar a clavar una a una las espinas contra la piel de mi estómago, como si quisiera grabar sus palabras en mí para asegurarse de que nunca las olvidara.

Y, de repente, todo se volvió de un color rojo oscuro hasta quedar en completa oscuridad.

Grito con todas mis fuerzas y me incorporo de golpe hasta quedar sentada. Siento el corazón latir en mi garganta con demasiada rapidez; tanta, que parece que se me va a salir del pecho en cualquier momento.

Las lágrimas siguen recorriendo mis mejillas, como si mi cuerpo todavía no fuera consciente de que simplemente ha sido una pesadilla.

Todavía siento cada uno de los recuerdos nítidos, como si todo hubiese ocurrido ayer. Todavía tengo el dolor clavado en mi piel.

Con los ojos cerrados, me llevo las manos temblorosas al estómago. Bajo la cabeza poco a poco y me atrevo a abrir los ojos, deseando no encontrar ningún rastro de toda la sangre que derramé.

***

Intento tapar las oscuras ojeras que cubren mis ojos con un poco de corrector. Llevo unas cuantas noches sin apenas dormir, pendiente de cualquier ruido que se oye fuera, comprobando una y otra vez que la puerta y las ventanas de mi habitación están cerradas, entrando al cuarto de baño para asegurarme de que no

haya nadie escondido… Se puede decir que haber recibido una caja misteriosa hace tan solo una semana me está empezando a pasar factura.

No he querido darle demasiadas vueltas, pero se me ha hecho imposible no hacerlo. Alguien entró en mi habitación. Alguien que sabe lo que pasó y quién soy.

Creo que es hora de hablar con Micaelo, aunque no tenga ni idea de cómo hacerlo, ni qué decir. Ya no me siento segura en este sitio. Alguien ha intentado enviarme un recordatorio de lo que puede llegar a pasarme, y tan solo con pensarlo mi cuerpo se estremece.

Ya vestida y con los rizos lo más arreglados posible, cojo mi bolso, me despido de Chanel y salgo de mi habitación. Cierro la puerta con llave y subo las escaleras hasta llegar a la primera planta, donde el *nonno* me espera en su despacho.

Hace un par de horas le envié un mensaje en el que le dije que tenía algo importante que hablar con él, así que ya está sentado en uno de los sofás que hay junto a su escritorio cuando entro y cierro la puerta detrás de mí.

—Buenos días, *piccola* —me saluda sonriente—. ¿A qué se debe tu visita? ¿Ha pasado algo en la floristería? —Mira el reloj plateado que siempre lleva en la muñeca—. Deberías estar ya de camino.

—Hoy solo hago turno de tarde, me avisó Adela ayer. Pero va todo bien. Bueno, todo lo relacionado con la floristería, claro —comienzo a hablar rápido, como siempre acostumbro a hacer cuando estoy nerviosa—. Sin contar que estropeé un par de pedidos el miércoles, y que un cliente se quejó porque supuestamente soy muy lenta haciendo los ramos. ¡¿Te lo puedes creer?! ¿Qué espera? ¡Si

acabo de empezar a trabajar! Intento ser lo más rápida que puedo, pero no quiero pincharme más dedos. ¡Mira! —Le enseño algunas yemas que aún tengo enrojecidas—. ¿Sabes todas las veces que me he pinchado? ¿Por qué últimamente todo el mundo compra rosas? ¡Con todas las flores que hay!

Micaelo suelta una carcajada.

Tomo algo de aire, intentando controlar mi respiración agitada y recomponerme antes de soltar la verdadera bomba.

—Tu padre estará muy orgulloso cuando le cuente lo bien que lo estás haciendo —asegura, y yo no puedo evitar soltar un suspiro.

—¿Hablas con mi padre? —Me siento a su lado y lo miro con atención.

—De vez en cuando, sí —admite.

—¿Y cómo haces para que nadie sepa que has hablado con él? —inquiero, algo insegura—. ¿Y si alguien tiene pinchado tu teléfono y descubre dónde estoy?

—*Ma che follia*. —Niega con la cabeza—. Eso no puede pasar, *piccola*. No te preocupes.

—¿Y cómo estás tan seguro? —insisto.

—Porque yo controlo todo lo que pasa —afirma con total seguridad—. Nada ocurre sin que yo lo sepa, y nadie puede localizarme si yo no quiero que sepan dónde estoy. Tampoco pueden hacerle daño a ninguno de mis protegidos, ¿lo entiendes?

Trago saliva con dificultad. Tengo los nervios atravesados en mi interior, y el miedo recorre cada parte de mi cuerpo.

—¿Y cómo explicas esto? —replico.

Saco la caja misteriosa que hace unos días alguien dejó en mi habitación y prácticamente se la tiro a su regazo. Entrecierra los párpados ante mi atrevimiento y toma la caja entre sus manos, observándola con detenimiento antes de abrirla.

—¿Qué es esto? —Tensa la mandíbula y la expresión de sus ojos me deja ver que no entiende nada.

—Lo encontré en mi habitación hace unos días —explico—. Obviamente, alguien tuvo que dejarlo ahí mientras estaba en el trabajo, y ese alguien sabe quién soy y por eso me ha dejado una amenaza, Micaelo.

Sigue observando el interior de la caja: una rosa marchita y bastantes espinas esparcidas a su alrededor. Su expresión es seria y mantiene los ojos bien abiertos, los labios apretados y la mandíbula tensa.

Toma aire antes de volver a hablar.

—¿Tienes idea de lo que puede significar la rosa y las espinas? —cuestiona—. ¿Tiene algo que ver con el motivo por el que huiste de Turquía?

—Sí —respondo en un hilo de voz—. Está relacionado. Alguien me enseñó una rosa y me marcó con cada una de sus espinas cuando me tuvieron encerrada —admito, a pesar de sentir el pulso acelerado. No sé qué parte de la historia sabe Micaelo y qué no, así que, por el momento, prefiero contarle solo los detalles principales e importantes, ya que él es quien me está cuidando aquí.

—¿Y no se te ha ocurrido contarme esto hasta ahora? —Sus ojos se han llenado de furia, provocando que mi cuerpo se tambalee

hacia atrás. Cuando lanza la caja al suelo, me sobresalto por el impacto y él se pasa las manos por la cara, exasperado.

—Lo siento… Yo… —balbuceo—. Intentaba autoconvencerme de que simplemente se trataba de una broma y que no estaba en peligro...

—¡Pues lo estás! —me interrumpe—. Alguien sabe que estás aquí y, probablemente, esa persona también sepa que estoy ayudándote, lo cual puede meterme en muchos problemas.

—Lo siento —vuelvo a decir, cabizbaja y con la respiración entrecortada.

—Pondré enseguida a mis hombres a trabajar —masculla—. Necesito encontrar a la persona que dejó esta caja en tu habitación, y descubrir su objetivo.

—¿No está claro? —inquiero, extendiendo los brazos—. Me han encontrado. Van a matarme, Micaelo.

—Si quisieran matarte, ya estarías muerta, *piccola* —dice con una tranquilidad que incrementa mi agonía—. Esto ha sido un aviso. Alguien sabe quién eres y el significado que esta rosa tiene para ti. Esa persona busca algo, por eso se mantiene en silencio. No quiere matarte, solo asustarte —concluye, pensativo—. Al menos, de momento.

Creo que intenta que me quede más tranquila, pero sus palabras tienen el efecto contrario. Niego lentamente y mi labio inferior tiembla.

—¿Y si me llevan de vuelta a mi país? ¡Entonces sí que me matarían! Quizás la persona quiere asustarme, sí. Pero ¿qué pasará

cuando no consiga lo que busca? Matarán a mi padre, te matarán a ti por haberme ayudado y justo después, me matarán a mí también —le digo, asustada.

—*Sciocchezze* —sisea—. No te preocupes. Encontraré a la persona que está detrás de todo esto —asegura con convicción—. Mientras estés bajo mi cuidado, no te pasará nada malo. Ahora eres una de mis protegidas, Gia.

Asiento con la cabeza, aún con los ojos aguados.

—Ni se te ocurra derramar más lágrimas —me advierte, levantándose del sofá para acercarse a mí—. No soy capaz de ver llorar a nadie, así que no me hagas sufrir y confía en mí. —Limpia la humedad que se ha acumulado en las comisuras de mis ojos con las yemas de sus dedos, con una delicadeza que me reconforta—. No te preocupes, estás a salvo.

—Vale —respondo, aunque no puedo evitar tener miedo y pensar que estoy en peligro.

—Me aseguraré de que estés vigilada las veinticuatro horas por mis mejores hombres. También reforzaré la vigilancia de la villa. —Abro los ojos de par en par al escucharlo. Sabía que este hombre, al igual que mi padre, tiene poder, pero no me imaginaba que tanto. No parece estar metido en lo mismo que mi familia. Y, ¿la villa está vigilada? Eso sí que no me la esperaba—. Todo está bajo control —añade, aunque parece que intenta convencerse más bien así mismo de ello, dado que sus ojos grises no me transmiten la misma confianza que sus palabras—. Intenta seguir con este personaje que has creado, haz sentir a la gente que eres una más. Y, por encima

de todo, obedece cada una de mis órdenes y confía en mí. Tengo todo controlado.

Quiero creerle, de verdad que sí. Desearía tener una actitud positiva y no ponerme en lo peor, pero me resulta imposible. Esa caja no solo escondía una rosa y sus espinas, sino una amenaza que va mucho más allá de la muerte.

Tengo la sensación de que acabo de abrir la caja de Pandora y que, a partir de ahora, las cosas solo irán a peor.

16 | OBLIGADO A OBEDECER

Luca

—¡¿Te has vuelto loco?! —exclamo en cuanto Micaelo termina de decir la mayor estupidez que he oído hasta el momento. Tiene que ser una broma. Espero que lo sea—. No pienso hacer lo que me pides, es una locura. ¿Pero de dónde se supone que ha salido esa chica? ¿Acaso es una fugitiva o algo así?

Doy algunas zancadas, recorriendo su despacho de una esquina a otra, mientras él me observa con una tranquilidad perturbadora.

—¿Has terminado con tu espectáculo? —pregunta con una ceja alzada—. Tengo cosas que hacer. —Se levanta del sofá y camina decidido hacia la puerta, dispuesto a marcharse y dejarme, como tantas otras veces ha hecho, con la palabra en la boca y miles de preguntas sin resolver.

—¿Y ya está? —inquiero—. ¿Te vas?

—Sí. —Me clava sus ojos grises, que parecen observarme desafiantes—. Ya he dicho todo lo que tenía que decir. A partir de ahora, Gia está bajo tu cuidado. La vigilarás durante todo el día, y también toda la noche si hace falta. Nuestros hombres ya están avisados. Su habitación ahora mismo es una zona peligrosa, así que se instalará esta misma noche en la tuya que, además, es más grande.

—No pienso cederle mi habitación a esa chica —mascullo.

—Es que no vas a cederla, vas a compartirla. —Me da un par de toquecitos en el hombro.

Parece que la situación le divierte bastante, y detesto que sea así. No soporto saber que estoy obligado a obedecer y que no tengo otra opción.

—No quiero hacerlo, Micaelo —le digo con firmeza.

—No te he preguntado si quieres o no. Te he ordenado que lo hagas.

—Dame una buena razón para hacerlo —insisto.

—¿Que te lo haya ordenado yo no es una buena razón? —Eleva ambas cejas.

—No, no lo es —respondo ante su atenta mirada, la cual no me intimida en absoluto—. Necesito que me des una explicación, que me digas algo. ¿Quién es la chica? ¿De qué la conoces y por qué la estás ayudando? ¿Por qué alguien querría hacerle daño?

—Demasiadas preguntas, *mio figlio* —Me da una palmadita en la mejilla antes de acariciarla—. Soy demasiado viejo como para contestar a todo eso sin cansarme.

—Sabes que haré todo lo que me pidas —le digo a regañadientes —. Pero necesito saber lo que ocurre.

Intento ceder un poco para intentar ablandarlo y que me cuente algo más, aunque la forma en la que me escrutan sus ojos parece indicar que no lo he conseguido.

—Gia ahora es de los nuestros. Es mi protegida —musita, con su característica tranquilidad. Da igual lo que sea que esté pasando,

Micaelo siempre mantiene la calma y busca una solución de forma casi instantánea—. Que sepas eso es más que suficiente.

—Vale, lo haré.

No me queda otra. No puedo negarme a obedecer a Micaelo. No puedo arriesgarme a perder su confianza, su protección y su poder. Él me ayudó cuando más lo necesité. Él guarda el secreto que cargo a mis espaldas, haciéndolo menos pesado. Me comprendió desde el primer momento y vio en mí algo que ni siquiera mi propia familia consiguió ver durante años. Micaelo ahora es mi abuelo, y necesito que siga sintiéndose orgulloso de mí.

***

—¿Qué te pasa, amigo? —pregunto, acariciando el lomo del perro que tiembla entre mis brazos.

—Lleva desde ayer sin apenas comer, y el pobre ha estado retorciéndose de dolor toda la noche —me explica la dueña de Pisto, el caniche al que comienzo a examinar con el estetoscopio.

—No parece nada grave. —Me aparto el aparato de los oídos y vuelvo a dejarlo colgado en mi cuello—. Voy a mandarle una ecografía y una radiografía para descartar posibles lesiones.

—Vale. —Asiente con la cabeza—. Muchísimas gracias.

—Te has portado muy bien, Pisto. —Le acaricio la cabeza y me despido de la señora, que sale mucho más tranquila de lo que ha entrado a la consulta.

—¿Ecografía y radiografía? —pregunta Giuls, asomándose por la puerta entreabierta.

—Sí. Y que compre un nuevo pienso.

—Genial —responde, alejándose por el pasillo.

Me quito con cuidado los guantes desechables y los tiro a la papelera. Después de lavare bien las manos, me bajo la mascarilla y libero una serie de estornudos que llevaba un rato intentando controlar para, justo después, sonarme la nariz.

Hoy he tenido que atender a dos gatos y, con la cantidad de polen que hay en el aire, ni siquiera el antihistamínico que tomé por la mañana me ha servido de ayuda. He tenido que recurrir al inhalador de rescate para el asma, y eso que no me gusta demasiado abusar de él, pero por lo menos me ha ayudado a sentir alivio en los pulmones al respirar. Aunque el picor de nariz me sigue resultando insoportable; por no hablar de los ojos, que hasta los tengo hinchados y algo llorosos.

—¿Puedo entrar? —La voz de Bianca se cuela en la sala de consulta. Termino de sonarme y lanzo a la basura el trozo de papel hecho una bola.

—Ya estás dentro —bromeo, lo que hace que suelte una risita mientras me aplico un poco de gel hidroalcohólico en las manos para desinfectarlas bien—. ¿Qué pasa?

—¿Por qué no te vas ya a la villa? —propone—. Mira lo mal que estás con la alergia… Además, ya has terminado con las citas que tenías para hoy.

—Solo son mocos y un poco de picor, no es nada del otro mundo. —Niego al instante—. Quiero cerrar hoy.

—No tienes por qué, estamos cubiertos. ¿Por qué no aprovechas que eres el jefe y abusas un poco de tu poder? —me anima,

sonriente—. Vete a casa y descansa. Mañana nos espera un día largo.

¿Cómo le explico que no quiero volver para no tener que enfrentarme a lo que me espera en la villa? No quiero enfrentarme a Gia ni tener que compartir habitación con ella. Y, mucho menos, tener que seguirla a todas partes a partir de ahora.

No me gusta su compañía y no me gusta ella. Y menos aún que Micaelo no me cuente qué es lo que pasa en realidad.

Necesito saber a quién estoy protegiendo realmente y lo voy a descubrir, cueste lo que cueste.

—Está bien —termino cediendo. Me mira sorprendida, sin dejar de sonreír—. Me iré ya. ¿Contenta?

—Mucho —responde con orgullo—. Me gusta cuando no eres un gruñón y accedes a las cosas que te digo. Si me dejaras —se acerca a mí, vacilante—, te cuidaría mucho más.

—Ya haces demasiado, Bianca.

—Nunca es demasiado.

—No sé qué haría sin ti. —Le revuelvo un poco la coleta despeinándola con la mano. La sonrisa que hasta ahora me estaba dedicando se borra de su rostro, y noto que frunce el entrecejo—. Eres la mejor.

—Puedes compensarme siempre que quieras.

—Ah, ¿sí? —Enarco una ceja—. ¿Y cómo podría hacerlo?

—Salgamos a cenar —propone de repente.

—Ya vamos a salir a cenar este sábado —le recuerdo.

—No me refiero a las reuniones con los chicos, sino a salir tú y yo. Solos.

—Ah.

—Siempre lo pasamos bien cuando estamos juntos, pero hace mucho tiempo que no vamos a ninguna parte los dos. —Suelta un suspiro—. Estaría bien ir a tomar un helado, por ejemplo.

—Claro. —Asiento un par de veces—. Podemos salir cuando quieras.

—¡Genial! —Su sonrisa se ensancha y su rostro se ilumina de nuevo—. ¿Qué te parece mañana después del trabajo?

Mi mandíbula se tensa cuando recuerdo que mañana tengo que hacer de niñero con Gia, ya que Cloti no podrá vigilarla porque tiene otros asuntos que atender, así que Micaelo me ha pedido expresamente que lo haga yo.

—Mañana no puedo.

—¿Y eso? —Me mira con la cabeza ladeada—. ¿Vas a salir a dar una vuelta con la bicicleta?

—He quedado con Gia —miento, aunque bueno, lo hago a medias, porque tengo que vigilarla, aunque supongo que eso ella todavía no lo sabe.

Aprieta la mandíbula y chasquea la lengua.

—¿Por qué sales con esa chica? —Me mira confundida y con los brazos en jarra—. ¿Y por qué tiene que venir a nuestras reuniones? No es parte del grupo.

—Parece que ahora sí. —Le doy un toquecito en la punta de la nariz con el dedo—. A los chicos les ha caído bastante bien. Ya has

leído los mensajes en el grupo, no paran de requerir su presencia. —Entrecierra los ojos al mirarme, como si intentara ver más allá de mis palabras—. No me mires así, yo tampoco lo entiendo.

—No tiene nada de especial —murmura—. Y no pinta nada en esta ciudad.

—Estoy de acuerdo.

—¿Has visto cómo se comporta? —Sacude la cabeza—. ¡Se piensa que es superior a los demás! No me cae bien.

—A mí tampoco —confieso, con los brazos cruzados contra el pecho.

—Entonces, ¿por qué la trajiste el otro día? ¡No deberías haberla presentado a los chicos! Ya sabes cómo son, siempre con esas ansias de ampliar el grupo y de ser amables con todo el mundo.

—Va a pasar una larga temporada aquí —comienzo a decir, mientras pienso en cuáles serán mis próximas palabras y qué parte de la verdad debo compartir—. Ha conectado muy rápido con los *nonnos*. —*Bueno, esto tampoco es mentira*—. Micaelo me ha pedido que la ayude a integrarse. Además, no es mi culpa, sino de Milán. Él fue quien propuso primero que viniera cuando la conoció.

—¿Se la presentaste a Milán? —Abre los ojos de par en par—. ¿Qué hacíais juntos?

—Le estaba enseñando Cortona.

—¿Desde cuándo eres guía turístico?

Observo como me fulmina con la mirada.

—¿Desde cuándo tengo que darte explicaciones de lo que hago o dejo de hacer? —mascullo. Bastante que tengo ya con el *nonno*.

—Tienes razón, perdona. —Aparta la mirada y veo que se sonroja al instante—. Es que… no me cae bien —repite—. Hay algo en ella que no me transmite confianza. Ten cuidado, ¿vale?

—Tranquila.

—Eres muy importante para mí, Luca.

—Y tú también para mí —le recuerdo—. No sé qué haría si no os tuviera a vosotros como amigos.

Su expresión se ensombrece durante un segundo, pero al final acaba dedicándome una de sus brillantes y blanquecinas sonrisas antes de dar media vuelta y salir de la consulta.

***

Cierro la puerta con el pie al entrar en mi habitación. Es mucho más grande que el resto, ya que se trata de la unión de dos habitaciones que hace años el *nonno* decidió unir, así que cuento con una especie de estudio o miniapartamento, depende de a quién le preguntes.

Me doy una ducha rápida y me pongo unos pantalones grises deportivos. Todavía tengo el pelo mojado y algunas gotas caen incesantes por mi abdomen, que también sigue húmedo.

Salgo del cuarto de baño mientras me seco un poco el pelo con una toalla y freno en cuanto me encuentro una figura curvilínea frente a mí. Alzo la mirada y me cruzo con unos oscuros ojos marrones que parecen sorprendidos al verme, cosa que no comprendo, ya que estoy en mi habitación.

—Perdona —titubea. Sonrío cuando me doy cuenta de que su mirada está clavada en mi pecho, que sigue al descubierto—. El

nonno me dio las llaves de tu habitación. Supongo que ya sabes que tenemos que compartir el mismo espacio y oxígeno estos días —comienza a decir a toda velocidad. He estado observándola mucho estos últimos días, y me he dado cuenta de que lo hace cuando está nerviosa—. ¡Solo serán unos días! A mí tampoco me hace especial ilusión tener que pasar tiempo contigo, así que quita esa cara de acelga —añade para rematar.

—¿Has terminado de hablar sin parar? —Me froto el puente de la nariz con los dedos y reprimo un estornudo que amenaza con salir; el picor es insoportable—. ¿Qué es eso que tienes ahí? —Señalo con la mirada una pequeña maleta rosa que tiene entre sus manos. Dudo mucho que *eso* sean todas sus cosas.

—La maleta con las cosas de Chanel.

—Lo que me faltaba. —Resoplo—. Chanel no va a dormir aquí.

—Claro que sí.

—Soy alérgico a los gatos, Gia.

—¡Eres alérgico a la vida en general! —Extiende los brazos de forma exagerada—. No pienso dejar a Chanel sola en mi dormitorio.

—¿Y qué pretendes? ¿Matarme?

—No te vas a morir por pasar unas cuantas horas con Chanel —replica—. Y si no quieres arriesgarte, ponte una mascarilla.

—Veo que lo que quieres es que muera asfixiado, da igual el motivo. —Pone los brazos en jarra y yo cruzo los míos contra mi pecho. La miro con la cabeza ligeramente ladeada—. No pienso dormir con una mascarilla puesta.

—¡Y yo no pienso dormir contigo! —dice, alzando la voz—. ¡Me vuelvo a mi habitación!

Se gira y da un par de pasos hacia la puerta, pero justo cuando está a punto de salir, le agarro la muñeca y hago que se voltee para que vuelva a mirarme.

Su piel arde bajo mis dedos. O quizás es mi mano la que arde con su contacto.

Sus ojos me observan con una intensidad que me pone de los nervios. Me desestabiliza. Hace que quiera más, porque siempre me acabo perdiendo en ellos. Y me enerva que sea así, pues la idea me saca de quicio. Quiero mirarla a los ojos y ser capaz de actuar con normalidad, de bloquear las emociones que despierta en mi interior con una coraza que me impida volver a sentir algo por alguien, aunque sea una simple atracción.

Gia lleva tatuada en la frente el peligro, aunque intente crear una fachada dulce e inocente. A los ojos de los demás parece una chica inofensiva, pero para mí, es todo lo contrario. Tiene el poder de revolverme por dentro, de despertar en mí emociones que creía que estaban más que enterradas, de desmoronarme por completo con una simple mirada, de enfurecerme por no tener la fuerza de voluntad suficiente para no sucumbir a sus falsos encantos.

—No puedes irte —musito con la voz más ronca de lo normal. Su pecho se mueve con rapidez y sus labios entreabiertos se convierten en una auténtica tentación para mí. Creo que soy capaz de oír su corazón latir con más rapidez de lo normal y supongo que ella también percibe el ritmo acelerado del mío—. Hablaré con Micaelo y buscaré una solución.

—No quiero que Chanel duerma en mi habitación —murmura. Puedo sentir el miedo en su mirada.

No sé qué es lo que ha pasado exactamente en su habitación —aunque pienso averiguarlo pronto—, pero la forma en la que me mira, con esos grandes ojos que parecen suplicarme, hace que sea imposible dejar que se atormente pensando toda la noche en su gata.

Está sola aquí, así que entiendo que haya creado un vínculo especial con ella.

—No dormirá en tu habitación, puedes estar tranquila, pero tampoco puede quedarse aquí —le explico con un tono mucho más calmado. Discutir no nos está llevando a ninguna parte y necesito que lleguemos a un acuerdo pronto, porque su cercanía empieza a desesperarme—. Le pediré a Micaelo que duerma con ellos, ¿te parece bien?

—Vale —masculla—. Por las noches pasa calor, por lo que le dejo un poco abierta por su lado la ventana para que así duerma lo más cómoda posible.

—¿Algo más? —pregunto intentando no perder la poca paciencia que me queda.

—Mhm…, sí. Tampoco le gusta escuchar ruido mientras duerme, sino se enfada y si no encuentra la postura en la cama empieza a maullar.

Ahora todo tiene sentido. Chanel y ella son tal para cual.

Las dos están locas.

—Me encargaré personalmente de que su alteza, Lady Chanel, duerma en las mejores condiciones posibles —suelto con ironía.

Se queda mirándome fijamente durante unos segundos y, de repente, estalla en una carcajada tan sonora que estoy seguro de que la han oído el resto de los huéspedes.

—¿Acabas de bromear, Luca? —dice mientras me mira con una sonrisa que parece sincera y que llega a sus ojos. *Es preciosa*.

Y aunque odie admitirlo…, no es desagradable saber que ha sido gracias a mí.

17 | UNA SOLA CAMA

Gia

Después de dejar todas las cosas de Chanel en el dormitorio de los *nonnos* y despedirme de ella con un montón de besos —a los que ha respondido con gruñidos y algún que otro arañazo cariñoso— vuelvo a entrar en la habitación de Luca, esta vez seguida por él.

Su habitación es mucho más grande que la mía y, al entrar, lo primero que se ve es el baño, que está frente a la puerta. Hay una sala de estar bastante espaciosa con dos sofás —uno de ellos tipo *chaise long*— y dos mesas: una central entre los dos sofás y otra junto al ventanal que lleva al balcón, ideal para comer con algo de fresco y, al mismo tiempo, disfrutar de unas buenas vistas. En el mismo salón hay una cocina compacta integrada en una especie de armario y si sigues caminando un poco más, encuentras la zona de la habitación, compuesta por una cama enorme, con dos pequeñas mesitas de noche y un armario.

Las paredes son de un color claro, como el resto de las habitaciones de la villa, y de ellas cuelgan algunos cuadros con paisajes toscanos pintados a mano, que aportan color a la paleta predominante: tonos tierra salpicados por algunos toques de verde.

—¿Necesitas que saque mi ropa del armario para que puedas meter la tuya?

—Oh, no te preocupes. —Niego rápidamente—. Solo he traído algo de ropa cómoda para estos días, los pijamas, mis cremas y algunos productos de aseo —explico —. Micaelo me ha dicho que lo mejor es que deje mis cosas en la habitación, para que parezca que todavía duermo allí.

—Vale, como quieras. —Tiene los brazos cruzados y el hombro apoyado en la puerta del armario—. Ponte cómoda, tenemos que hablar.

Mi pecho se agita levemente.

—¿De qué? —inquiero algo nerviosa.

—Me vas a decir qué es lo que está pasando y por qué tengo que vigilarte como si fueras una fugitiva —dice sin ningún tipo de rodeos —. ¿O es que acaso es lo que eres?

Entrecierra los ojos.

Trago saliva y decido sentarme en la cama con las piernas cruzadas; quizás así no se aprecie lo mucho que mi cuerpo está temblando en este momento.

No puedo evitar seguir el movimiento de la nuez de su garganta cuando traga saliva. Tiene algunos lunares dispersos por el cuello, pequeños puntos que mis ojos conectan como si trazaran de forma imaginaria una constelación en su piel.

—Si vamos a pasar tiempo juntos y quieres que te ayude, tendrás que contarme qué es lo que está pasando —sigue diciendo después de unos segundos con su mirada clavada en la mía—. Micaelo no me ha dado detalles, pero tú si vas a hacerlo.

Supongo que tiene razón. Siendo objetiva, no tiene sentido lo que está haciendo por mí sin ni siquiera saber el motivo por el que tiene que hacerlo. Así que, si quiero hacer las cosas bien y que Micaelo esté contento conmigo, encuentre a la persona que sabe quién soy y, además, mantenerme a salvo, tengo que dejarme ayudar, aunque sea por la persona que más detesto de toda la ciudad.

Voy a ser sincera, pero a mi manera. Micaelo confía ciegamente en Luca, pero yo no puedo confiar de esa forma en nadie, y mucho menos en él.

—Alguien entró en mi habitación hace unos días —comienzo a decir, sin atreverme a alzar la vista—. Se lo conté a Micaelo muerta de miedo y me dijo que durante una pequeña temporada durmiera en tu habitación, que tú me protegerías y todo ese rollo.

Intento sonar convincente, aunque por la forma tan inexpresiva con la que me está observando ahora mismo, creo que no se me da demasiado bien.

—¿Cómo sabes que alguien entró en tu habitación? —pregunta, con los ojos entrecerrados.

Se me forma un nudo en la garganta que me impide tragar con normalidad.

Sé que la situación es delicada, que debo tener mucho cuidado y estar preparada para cualquier cosa, pero mi cabeza ha decidido formar un muro imaginario, alejándome así de la realidad y haciendo como si nada hubiera pasado. Creo que es una forma de protegerme a mí misma y evitar vivir con ansiedad todo el tiempo.

—Porque me dejaron algo para que lo supiera —respondo cabizbaja.

—¿Qué te dejaron? —Frunce el entrecejo.

—Una caja con una rosa marchita.

—¿Y eso es motivo para montar este drama? —Alza una ceja—. Se le pudo haber caído a alguna limpiadora.

—No, no es así de sencillo —respondo en un hilo de voz.

Se queda mirándome durante segundos, o quizás minutos, lo único que sé es que se me hace eterno. Siento que es capaz de ver más allá de mis ojos, y eso me pone muy nerviosa. Mi corazón se acelera y el nerviosismo hace que me suden las manos, las cuales tengo que acabar limpiando en la tela de mi pantalón de pijama.

Da unos cuantos pasos hasta quedar frente a mí y siento que me falta el aire cuando sus piernas rozan las mías, que enseguida descruzo. Se coloca entre ellas y se inclina ligeramente hacia mí, mirándome como un león miraría a su presa, acercándose peligrosamente, provocando que mi respiración se entrecorte y mi corazón bombee de forma irregular, completamente desbocado.

Apoya las manos en la cama, a ambos lados de mi cuerpo. Está tan cerca que siento que me mareo. Lucho por mantener el contacto visual, por permanecer con la barbilla alzada para que mi cabeza no decaiga cabizbaja, pero su mirada es como una ráfaga de aire helado que me atraviesa; un frío tan intenso, que al igual que el hielo, acaba quemando.

—¿De qué estás huyendo, Gia? —inquiere con voz ronca.

—De mi ex —termino diciendo. Si quiero que me deje tranquila y no meta las narices en mis asuntos y tan solo se limite a vigilarme, tengo que contarle la verdad. O al menos, parte de ella.

Frunce el ceño y vuelve a separarse de mí con una expresión de sorpresa en el rostro que me dice que esperaba otra respuesta.

—Salimos juntos durante un tiempo… —Intento sonar convincente y no hablar demasiado rápido, como siempre hago cuando estoy nerviosa, o no sé qué decir—. Sus padres se hicieron cargo de mí cuando los míos murieron, y estaban empeñados en casarnos. Yo no estaba enamorada de él y… decidí huir. —Trago saliva—. No saben dónde estoy, ¡y no pueden saberlo! No quiero casarme con él, Luca.

Me sostiene la mirada durante unos segundos que se me hacen eternos.

—Así que al final sí que eres una fugitiva… Una novia a la fuga. —Asiente con la cabeza lentamente—. Doy por sentado que ese novio tuyo es un tipo peligroso, ¿no? Por eso está ayudándote Micaelo. Él tiene muchos contactos en la ciudad —me explica, como si no me hubiese dado cuenta de ese detalle todavía.

—Sí —contesto de forma apresurada—. Es un hombre muy peligroso, por eso no quiero volver, y… —balbuceo, nerviosa—. Creo que… Uno de sus hombres sabe dónde estoy. La rosa tenía un significado para nosotros y seguro que por eso la dejó en mi habitación, ¡para que supiera que viene de su parte! Tenemos que encontrar a esa persona antes de que dé el chivatazo y ellos me encuentren a mí.

No me he dado cuenta de lo rápido que he estado hablando hasta que hago una pausa para recuperar algo de aire y veo que me está mirando con una ceja alzada.

—¿Ellos? ¿Con cuántos hombres se supone que te ibas a casar? —noto cierto interés en su voz.

—¡Con uno solo! —me apresuro a especificar—. Me refiero a… ¡A sus hombres! ¡Son muchos!

—Vale.

¿Vale? ¿Y ya está? ¿Se lo ha creído?

¿Y se supone que me tengo que fiar de la astucia de esta persona?

—Si vuelves a recibir algún mensaje extraño, tendrás que decírmelo —murmura con firmeza—. Si te sientes observada, tendrás que decírmelo. Si notas que alguien te está siguiendo, tendrás que…

—Decírtelo —lo interrumpo—. Lo pillo, tengo que contarte todo a partir de ahora.

—Estoy hablando en serio —insiste—. Si ese hombre es tan peligroso como dices, tendrás que confiar en mí y dejar que te proteja.

—No necesito que me protejas —musito—, puedo cuidarme sola.

—Pues Micaelo no opina lo mismo —dice con sorna.

Suelto un suspiro.

—Venga, vamos a dormir —dice, cortando la conversación de golpe—. Mañana será otro día.

—¿Y tú dónde vas a dormir? —pregunto, mirando a nuestro alrededor en busca de una segunda cama inexistente.

—En mi cama.

—¿Vas a dejar que duerma en el sofá? —Chasqueo la lengua—. ¡Lo que me faltaba!

—No —responde con tranquilidad—. Tú también dormirás aquí. —Toma una pequeña pausa antes de continuar—: Conmigo.

—¿Dormir contigo? —Suelto una carcajada nerviosa—. Ni en tus mejores sueños, imbécil.

—En mis sueños pasan cosas mucho más agradables que dormir junto a ti —responde con esa voz ronca y seductora que tanto detesto. Se acerca de nuevo a mí y empieza a jugar con uno de mis rizos, enrollándolo alrededor de su dedo índice—. Como, por ejemplo, que por fin te vas de la ciudad y me dejas tranquilo.

—Pues siento decirte que eso no va a pasar —suelto mientras le dedico una sonrisa fingida—. Me encanta Cortona, así que pienso quedarme aquí una larga temporada.

Lo separo de mí con un pequeño empujón y me levanto de la cama. Llevo mi neceser hasta el cuarto de baño y, después de sacar todos mis productos de belleza y aseo personal —y llenar prácticamente todos los muebles con ellos—, me lavo la cara y los dientes, preparándome para acostarme.

No pienso dormir en el sofá. Mañana tengo que trabajar y no quiero ir con dolor de espalda, así que, si quiere que durmamos juntos, dormiremos juntos. Solo es una cama. Y él, un imbécil.

No dejaré que note lo que provoca en mí ni que me vea vulnerable. Y, por supuesto, tampoco que se entrometa más de lo necesario en mi vida.

Tenemos que pasar tiempo juntos, sí, pero eso no quiere decir que debamos ser amigos. Tampoco estoy obligada a contarle mi verdadera situación, porque en el fondo, no me fío de este hombre; tiene algo que no me gusta, y me irrita todo el tiempo.

Luca entra al cuarto de baño justo cuando yo salgo. No me ha vuelto a dirigir la palabra, pero lo cierto es que lo agradezco. Ojalá no tuviera que volver a hablar más con él.

Elijo la parte de la cama más alejada de la puerta; si alguien descubre mi paradero y decide venir a por mí en mitad de la noche, que lo mate a él primero.

***

La habitación está en silencio, salvo por el ligero sonido de nuestras respiraciones entrecortadas. Me muevo un poco sobre el colchón, inquieta.

Cuando entré en la zona del dormitorio, me pareció que la cama era enorme; sin embargo, ahora, con su cuerpo pegado al mío, siento que no hay suficiente espacio para los dos y que, como siga pegándome al filo, voy a acabar tirada en el suelo.

Ambos estamos mirando al techo y cuando me da por mirar mi reloj, son pasadas las dos de la madrugada y parece que ninguno de los dos puede dormir esta noche.

—Deja ya de mover el maldito pie —murmura con su característica amabilidad—. Parece que hay un terremoto.

Intento reprimir una carcajada, pero finalmente acabo riéndome bastante alto.

—Vas a despertar al resto de huéspedes —sisea—. O a los *nonnos*, y eso sería todavía peor —sentencia.

—Perdona, es que me hace mucha gracia cuando intentas ser gracioso. —Me limpio con la yema de los dedos algunas lágrimas que se han formado en mis ojos al reír—. Nunca me lo espero.

—Este sábado hemos quedado para cenar de nuevo —dice para romper la tensión—. Los chicos insisten en que vengas —añade, y suelta un gran suspiro.

—Lo sé —Asiento, aunque no pueda verme—. Me ha invitado Milán.

—Os habéis hecho muy amigos —comenta.

—Me cae bastante bien.

—Es un buen chico, pero no busca una relación seria… —me advierte—. Solo pretende jugar un poco antes de encontrar un nuevo objetivo.

—¿Y quién te ha dicho que yo busque una relación seria? A mí también me gusta jugar.

—Pues juega con quien te dé la gana —refunfuña—, pero a mi amigo déjalo tranquilo.

—Ya veremos.

—De verdad, deja ya de mover el maldito pie. Me estás poniendo nervioso.

—Deja tú de respirar así. —Imito su respiración acelerada—. Que parece que te vas a morir.

—Es increíble que no seas capaz de dejar de hablar ni siquiera a estas horas.

—Pues tú es cuando más hablador estás —contraataco.

Se frota la cara con las manos y se gira hacia mí; imito su gesto y dejo de mirar al techo cuando me giro y quedo frente a él. De nuevo, se forma ese silencio que reinaba al principio, pero que ahora

es mucho más incómodo, como si estuviera cargado de todas las cosas que ninguno de los dos se atreve a hacer ni decir.

—Sé que te caigo mal —murmuro—. Y te aseguro que tú me caes todavía peor, pero podríamos hacer una tregua, al menos, por las noches —propongo—. Serán solo unas horas. Somos adultos, podemos conseguirlo. Finjamos que no tenemos ganas de matar al otro, aunque sea durante un rato, ¿vale?

—Por mí no hay problema —responde con tranquilidad—. Tú eres la que empiezas las peleas todo el tiempo.

Resoplo. Cuento hasta diez mentalmente, intentando controlar mis impulsos por debatir lo que acaba de decir.

Aguanta, son solo unas cuantas horas.

—¿Quieres que nos hagamos preguntas? —suelto de pronto.

—¿Para qué? —dice sorprendido.

—Pues para pasar el rato y conocernos mejor —explico, poco convencida de si realmente esto es una buena idea—. Se supone que por las noches te transformas en un adulto amable, así que doy por hecho que te ha encantado la idea.

—Por supuesto.

Reprimo una carcajada.

—Empieza —digo, haciendo un gesto con la cabeza.

—No, no, las damas primero. Empieza tú —responde con sarcasmo.

—Oh, pero qué caballeroso eres —ironizo esta vez yo.

—Es una de mis virtudes, ya te lo dije.

—Vale, pues empiezo yo. ¿Por qué me odias?

Se forma de nuevo un silencio que nos abraza en medio de la oscuridad.

—No te odio —termina diciendo—. Solo me caes mal.

Pongo los ojos en blanco.

—¿Y por qué? —insisto.

—¿No se supone que esto es una pregunta por persona? —Evade la pregunta con suspicacia—. Pues tú has hecho una pregunta y la he contestado, así que ahora me toca a mí.

—Vale.

—¿Cuál es tu lugar feliz? Al que tu cabeza te transporta cuando todo es un caos y te ayuda a evadir la realidad y volver a revivir algún momento especial.

¿Mi lugar feliz? No tengo ni idea. Nunca he tenido un sitio específico al que acudir para escapar de todo. Cuando estaba estresada en Estambul, solía ir de compras o sentarme en alguna cafetería con mis amigas, simplemente a charlar y pasar un rato juntas; eso siempre me recargaba de energía positiva y me hacía volver a casa mucho más feliz.

Pero si tuviera que elegir un lugar al que volver una y otra vez, sin duda sería al balcón de mi antigua habitación. O a las noches junto a mi padre, perdidos en la inmensidad del cielo, admirando el brillo de la luna.

—El balcón de mi casa —le cuento por fin. Mi voz sale entrecortada y tengo los ojos aguados, así que me obligo a volver

tumbarme boca arriba y así fijar la mirada en el techo—. Cuando era pequeña, solía salir a ver la luna con mi padre antes de dormir.

Una lágrima se desliza por mi mejilla lentamente.

—Antes has dicho que tus padres murieron. —Lloro en silencio al oírle—. ¿Cuántos años tenías?

—Ocho años —consigo decir mientras el labio inferior me tiembla.

Sorbo la nariz e intento contenerme, pero me resulta imposible. Siento el sabor salado de mis propias lágrimas en las comisuras de los labios. Lo que he dicho no es una mentira. Esta vez no.

La realidad es que mi madre murió cuando tenía tan solo ocho años, y ese mismo día, aunque mi padre sobrevivió al accidente, una parte de él murió con ella. Porque nunca llegó a ser el mismo, no aprendió a vivir sin ella. Y quizás eso fue lo que le hizo cometer tantos errores y arrastrarme a mí con ellos, haciéndome partícipe del dolor que sigue a la ambición y a la tristeza.

Errores de los que jamás podré escapar.

18 | GRACIAS POR ANIMARME

Gia

Me despierto justo antes de que suene la alarma de cada mañana y me maldigo interiormente por esos dos minutos de sueño desaprovechados. Al parecer, mi cuerpo se está acostumbrando al nuevo horario. Quién me iba a decir a mí hace unos meses que, un día iba a madrugar tanto para ir a regar plantas y vender flores.

Me tapo la cara con un cojín cuando uno de los muchos rayos de sol que se cuelan por la ventana me golpea directamente en los ojos, y la molesta y repentina claridad empieza a resultarme insoportable.

Miro de refilón hacia mi derecha y esbozo una pequeña sonrisa al ver la montaña de almohadas —perfectamente alineadas— que me separa del chico con el que tuve que compartir cama anoche. Emite un gruñido ronco antes de que la torre se desplome, golpeándome con una de ellas en la cara.

—¿Se puede saber qué es todo esto? —Su voz suena ronca y somnolienta.

Aparto el cojín de mi rostro y me atrevo a mirar el suyo, algo más hinchado gracias a las horas de sueño. Sus ojos, me observan entrecerrados. Tiene el pelo oscuro revuelto y el ceño fruncido, como la mayor parte del tiempo, que suele parecer enfadado con la vida en general.

—Una barrera para que hubiese distancia entre los dos —respondo y alza ambas cejas—. ¿Qué querías que hiciera? Te pegabas mucho a mí mientras dormías.

—Discúlpame por estar acostumbrado a dormir plácidamente en *mi* —enfatiza esta palabra—, cama. Y no me pegaba demasiado a ti, es que este colchón es muy pequeño para los dos.

—Pues duerme esta noche en el sofá —le sugiero.

—Duerme tú —replica—. Yo voy a seguir durmiendo aquí.

—Pues lo harás con una montaña de almohadas de por medio —le digo dedicándole una de mis mejores sonrisas.

—No hay quién te entienda —dice con un suspiro antes de levantarse.

Se estira con los brazos alzados y no puedo evitar que mi mirada se detenga en la forma en la que la camiseta se ajusta a su pecho, marcando sus músculos, que parecen bastante trabajados. La tela se desliza levemente hacia arriba, dejando ver parte de su piel y la zona baja de un vientre que parece haber sido tallado con precisión.

Y como si se hubiese propuesto sacarme de quicio desde primera hora de la mañana, agarra la prenda por el borde bajo y se la pasa por la cabeza para justo después lanzarla al suelo, con un gesto despreocupado en el rostro que, por algún motivo, enciende mis mejillas.

Trato de no mirar esos abdominales que parecen una tableta de chocolate. Me gusta mucho el chocolate. Pero él no.

—Hace calor —murmura con tranquilidad, mientras abre el armario y escoge la ropa que se va a poner hoy. *Y sí, sí que hace*

calor—. Tengo que decirle a Marietta que no ponga más el edredón. Ya han subido mucho las temperaturas, y tú eres como una estufa humana.

—No soy ninguna estufa humana —me quejo, fulminándolo con la mirada.

—Voy a ducharme primero, tengo prisa —me avisa antes de desaparecer del dormitorio y adentrarse en el cuarto de baño.

Me levanto de la cama y lo primero que hago es abrir las puertas que conectan con el balcón para dejar que entre aire fresco y se ventile la habitación. Me detengo a admirar el cielo, completamente despejado y coloreado de un celeste vivo y brillante.

Los pájaros silban alegres, llenando el silencio con su canto. Las hojas de los árboles y las enredaderas que se deslizan por las paredes se mecen hacia los lados, bailando al ritmo de la brisa. No hay mucho ruido a esta hora de la mañana, aunque ya se puede apreciar que empieza a haber vida en la villa: empleados trabajando, algunos huéspedes que salen y entran, y muchos otros que ya desayunan en la zona del restaurante, que no pilla demasiado lejos de la habitación de Luca.

Tomo aire, dejando que mis pulmones se llenen de oxígeno, para luego permitir que mis labios se curven formando una sonrisa.

Echo de menos a mi padre y cómo era mi vida antes de llegar a Cortona, pero la vida aquí no es tan mala como pensaba que sería.

***

Suelto todo el aire contenido cuando escucho el sonido de la pequeña campana que cuelga sobre la puerta, que siempre nos

avisa cuando un cliente entra, o en este caso, sale de la floristería.

Me suelto el pelo y lo peino un poco con los dedos antes de volver a recogerlo en una coleta, intentando que ningún rizo rebelde sobresalga del peinado.

Nely está retirando los tallos de algunas flores que se han marchitado, y los va depositando en una caja de plástico, junto a los demás. Es la hora de regar las plantas, así que decido humedecer cada macetero. Las gotas caen por sus hojas verdes, y el aroma a tierra húmeda y pétalos mojados llena toda la estancia.

Cuando termino de devolver a la vida a todas las plantas que tenía asignadas para hoy, me acerco al mostrador de nuevo y reviso la agenda, que está abierta justo por la página que marca el día de hoy. Hay dos encargos para las próximas horas de la mañana.

Decido ponerme a trabajar en el primero: un ramo.

Extiendo el papel por la mesa, intentando mantenerlo recto sobre la madera para que no se doble ninguna esquina y así poder trabajar bien con él. Sigo mentalmente las instrucciones que Adela me dejó antes de marcharse a entregar unos pedidos a las afueras: «*Un ramo alegre, con tonos suaves y que no se vea muy recargado*».

¿Cómo se supone que es un ramo alegre?

Luca

Cierro la puerta de mi habitación y, antes de descalzarme, dejo sobre el mueble que hay en la entrada todas las cosas que siempre suelo llevar encima: el móvil, la cartera y las llaves. Me dirijo a la pequeña cocina y me sirvo un vaso de agua fría.

Resoplo cuando veo las cosas de Gia tiradas por el suelo. Voy a tener que hablar con ella, porque no me gusta el desorden; solo ha pasado un día y ya he visto mi pequeño hogar más desordenado que en todos los años que llevo viviendo aquí. Sin embargo, toda la molestia se disipa cuando escucho unos sollozos llenar toda la estancia, que hasta ahora parecía estar en completo silencio.

Doy algunos pasos hasta llegar al dormitorio y me encuentro a Gia tumbada sobre el colchón de la cama, con el pijama ya puesto y el pelo recogido en un moño que está prácticamente deshecho. Tiene la espalda apoyada sobre las almohadas, los ojos rojos e hinchados y el rostro lleno de lágrimas.

—Ni se te ocurra decir una sola palabra —me amenaza, señalándome con el dedo, en cuanto nota mi presencia.

—¿Qué te pasa?

—Nada —gruñe—. Quiero estar sola.

—Vale.

Me doy la vuelta, dispuesto a ir al cuarto de baño para darme una ducha —y además huir de esta situación tan incómoda—, cuando su llanto se intensifica, ahogándose en lamentos y sollozos desgarradores.

Resoplo.

No tendría que haber salido antes del trabajo.

Mis piernas se mueven solas y, aunque mentalmente estoy gritándome a mí mismo por no marcharme y dejarla sola, mi cuerpo me fuerza a ir junto a ella, como si no tuviera ningún control sobre

él y se viera obligado a acortar nuestra distancia y a consolarla en su agonía.

Me siento en el borde de la cama y, en cuanto nota el colchón hundirse a su lado, se cubre la cara con las manos y suelta un grito ahogado. Su cuerpo vibra ligeramente con cada quejido y no para de mover los pies, haciendo que las sábanas se agiten.

¿Qué se supone que tengo que hacer ahora? No se me da bien animar a los demás; siempre acabo haciendo que se sientan peor.

—¿Ha pasado algo que deba saber? —Mi voz suena más seria de lo que pretendía. Aparta las manos de su rostro y me mira con los ojos aguados bien abiertos, antes de sorber la nariz y negar con la cabeza—. Vale —sigo diciendo, de forma pausada—. Entonces, ¿por qué lloras?

—¿Y a ti qué te importa? Seguro que estás deseando soltar alguna tontería para reírte de mí.

Hago una pausa para tomar aire y pensar bien en las palabras que voy a soltar a continuación. Si quiero que esto salga bien y termine lo antes posible, debo comportarme y ayudarla todo lo que pueda.

Paciencia, Luca, paciencia.

—Te volveré a preguntar —suelto a regañadientes, casi en un gruñido—. ¿Por qué lloras?

—Porque estoy harta de todo y no puedo más —se lamenta—. No sirvo para esto. ¡Echo de menos mi vida! —solloza.

Algo dentro de mí se estremece al oír su confesión. Siento un pellizco en el pecho, los hombros tensos y el cuerpo paralizado.

Como siempre, no soy capaz de hacer nada por la otra persona. No puedo ayudar. No puedo hacer que deje de llorar, tampoco aliviar su dolor, ni ser su consuelo.

Cuando era pequeño, veía casi todos los días llorar a mi madre. Mi padre pasaba muy poco tiempo en casa, pero cuando se dignaba a estar con su familia, solo era para romper el ambiente familiar y amoroso que ella —completamente sola— había conseguido formar.

Él bebía para desestresarse; mientras que mi madre le pedía que, por favor, no lo hiciera. Mi padre tenía otra mujer a la que sí quería y mi madre mendigaba por recibir algunas migajas de su supuesto amor. Él quería que mi hermano y yo siguiéramos sus pasos en la empresa, y ella luchaba para que ni él se dedicara a ese trabajo.

Todas las noches peleaban hasta que mi madre se quedaba dormida entre lágrimas. Ella no siempre se daba cuenta, pero yo me colaba en su habitación en medio de la noche y secaba su rostro con las yemas de mis pequeños dedos.

No soportaba verla llorar, pero sin duda, lo peor era saber que no podía hacer nada. Luego crecí y tuve muchas oportunidades de enfrentarme a mi padre, de hacerle pagar por la vida que nos había hecho vivir y por el infierno en el que había tenido escondida a mi madre tantos años; de responder a sus insultos y sus golpes, de hacerme valer y que supiera que ya no era un niño indefenso. Pero no fui capaz. Más allá de separarlo de ella y de mi hermano en alguna ocasión —con el que solía pelear con más frecuencia— no era capaz de hacer nada.

Me quedaba paralizado. Por dentro, agonizando, muerto de rabia. Pero por fuera, era un bloque de hielo, incapaz de ser útil y terminar

con algo que nos hacía sufrir a todos.

A mi padre nunca le gustó que expresáramos nuestras emociones. Él tenía muy interiorizada la idea de que los hombres no deben llorar. Fue tanta la insistencia —a base de gritos, insultos, menosprecios y golpes que nos había dedicado durante tantos años para que fuéramos, según él, «*hombres de verdad*»—, que me acabé encerrando en mí mismo, volviéndome incapaz de expresar ningún tipo de emoción.

Cuando llegué a Italia, algo en mí cambió: dejé atrás al chico que mis traumas familiares habían creado y empecé de cero, construyendo mi personalidad en base a lo que siempre había querido ser.

El amor, la comprensión y la paciencia que mostraron los *nonnos* desde el principio, removieron algunas heridas internas para ponerles la tirita que tanto necesitaban. No sé qué vieron en mí, ni por qué me eligieron como su nieto, pero doy gracias cada día por haberlos encontrado en esta pequeña ciudad. Enseguida hice mi grupo de amigos y en tan solo unas semanas, nos hicimos inseparables. Ellos me han ayudado muchísimo y también me han enseñado muchas cosas sobre la vida, como la importancia del amor —en cualquiera de sus ámbitos— y, sobre todo, lo importante que es demostrarlo, al igual que cualquier otra emoción.

Creo que lo conseguí durante un tiempo, pero después de lo que pasó, no he logrado conectar de nuevo con mis emociones. No puedo ver sufrir a otra persona, me destroza por dentro porque, de nuevo, me paralizo y no soy capaz de hacer nada. Y eso me hace sentir mucha impotencia. Otra vez.

—No consigo hacer nada bien. Lo único que hago es crear problemas —vuelve a decir, sacándome del trance en el que llevaba metido unos cuantos minutos. Sus palabras hacen que vuelva a la realidad, una en la que sus ojos oscuros me miran suplicantes, como si esperaran que pudiera borrar cada una de las lágrimas que se forman en ellos.

—¿Ha pasado algo en tu trabajo? —digo de forma más serena.

—Ha pasado que Adela se ha dado cuenta de que soy una inútil que no sabe hacer nada bien —responde entre sollozos.

—Oye, no digas eso. No eres ninguna inútil. —Parpadea varias veces, logrando que algunas gotas saladas que se habían acumulado en sus ojos se deslicen por sus mejillas, y su mirada se suaviza al oír mis palabras—. Eres muy desordenada, torpe, dramática... Un poco antipática y bastante insoportable. Pero inútil no.

—¡Así no ayudas! —me grita, limpiándose las mejillas con el dorso de la mano—. ¡Imbécil!

—Perdona. —Me revuelvo el pelo con la mano—. También eres alegre y risueña… Y se te da bien hablar con los demás —empiezo a decir, sintiéndome algo incómodo por tener que hacer esto, pero el brillo que adornan sus ojos ahora mismo es una buena recompensa —. Ah, y estar de cara al público también. He visto cómo tratas a los clientes y todos parecen irse muy contentos.

Tomo una pausa y me concentro en encontrar más cosas buenas que decir sobre ella, que me escucha y observa con atención, lo que me pone bastante nervioso—.

—También eres cariñosa —sigo diciendo—, o al menos, lo pareces. No hace mucho que conoces a mis amigas y ya hasta os

abrazáis como si vuestra amistad se hubiera formado hace años, en lugar de tan solo un par de semanas. Mmm… eres amable. Bueno, conmigo no lo eres. —Esbozo una pequeña sonrisa de lado—. Pero en general, supongo que sí. Y pareces buena persona. Hoy día, no todo el mundo ayuda a una anciana a cruzar un paso de peatones, ni tampoco le regala una flor a una chica a la que ha notado triste.

—¿Desde cuándo me espías? —Entrecierra los párpados—. Se supone que me vigilas desde ayer y eso pasó hace unos días. No se lo digas a Adela —se apresura a decir nerviosa—, probablemente se enfade todavía más conmigo si se entera de que le faltan un par de florecitas de nada.

Sonrío de lado.

—Dime la verdad. —Me mira con los ojos marrones bien abiertos —. ¿Te está saliendo urticaria por el cuerpo ahora mismo, como una especie de reacción por haber formulado tantas palabras seguidas en un espacio tan pequeño de tiempo? ¡Y además has sonreído! —puntualiza.

—Tú también acabas de sonreír.

Se da cuenta al escucharme de que está sonriendo y enseguida frunce los labios y el ceño.

—No eres una inútil, Gia —digo con total sinceridad—. Todos hemos hecho algo mal en el trabajo alguna vez, sobre todo al principio.

—Seguro que tú no fallas en nada.

—Al contrario. —Suelto una pequeña carcajada y me rasco la nuca—. Suelo hacer muchas cosas mal y hasta tienen que

corregirme mis propios empleados. Y bueno, a veces he tenido alguna que otra disputa con el dueño del animal porque no le gustara mi trabajo, no me viese capacitado para el puesto o simplemente porque no estuviese de acuerdo con mi forma de ser o de tratar a los demás. No sé si te has dado cuenta, pero soy un poco reservado, sobre todo con la gente que no conozco, y no me apasiona la idea de tener que hablar con personas desconocidas cada día. Sería mucho más fácil para mí tratar solo a los animales, que, por cierto, me entienden mucho mejor.

—Vaya, si no me llegas a decir que eres reservado, no me hubiese dado cuenta nunca.

—¿Qué le has hecho a Adela esta vez? —inquiero, ignorando su comentario—. Es una mujer muy tranquila, no suele enfadarse por cualquier cosa.

—¿Esta vez? —Me mira con la cabeza ladeada—. ¿Por qué supones que la he enfadado en más de una ocasión?

Me encojo de hombros. Creo que es mejor no responder a esa pregunta. La he estado observando estos últimos días —porque la floristería me pilla de camino a la clínica y los cristales son tan transparentes que se ve todo lo que pasa en el interior del local, no por ninguna otra razón—, y aunque no entiendo demasiado de flores, sé lo básico después de haber pasado tanto tiempo en esta ciudad, en medio del campo y ayudando a Adela y las chicas siempre que lo necesitaban.

Con el tiempo, he descubierto que me gusta mucho ayudar a los demás. No solo por la satisfacción que siento después de hacer algo

bueno por la otra persona, sino porque también lo veo como una manera de equilibrar mis carencias afectivas.

Y por las veces que he visto a Gia trabajar, no creo que Adela esté especialmente entusiasmada con su presencia. Es bastante lenta y torpe con las manos, y no ha sido capaz en estas semanas de hacer algo tan simple como memorizar el nombre de cada flor o informarse un poco en su tiempo libre sobre sus tipos y cuidados… Ni de cómo asesorar mejor al cliente, que a veces entra perdido a la floristería y no sabe bien qué tipo de planta escoger.

—¿Por qué buscaste trabajo en la floristería? —pregunto con curiosidad—. No parece que sea algo que te guste ni te apasione.

—Y no me gusta —confiesa—. Soy una chica de ciudad, no estoy acostumbrada a todo este estilo… rural. Nunca había estado rodeada de tantas plantas y a veces me agobio un poco.

—Pudiste haber dejado tu currículum en otro lugar —comento—. Si necesitas buscar otra cosa, quizás Nicole pueda echarte una mano. Trabaja en tres sitios a la vez y va cambiando según la época del año. Acepta cualquier cosa que le salga, y seguro que puede ayudarte a encontrar otro trabajo que se adapte mejor a ti y a tus necesidades.

—Fue el primer sitio en el que me aceptaron el currículum. Al parecer, estaban desesperados buscando personal. —Suspira, se frota las sienes con las manos y se llena el pecho de aire, para justo después soltarlo poco a poco por la boca—. Y no necesito encontrar otro trabajo, solo centrarme y hacer las cosas bien. Puedo hacerlo.

Esboza una sonrisa que parece bastante forzada.

—Gracias —añade casi en un susurro—. Por escucharme y animarme.

Algo se remueve en mi interior cuando la escucho decir eso. Ojalá fueran ciertas y realmente hubiese podido hacer algo por ella, pero, pese a que está sonriendo y ya no llora, sus ojos se ven igual de tristes y su rostro igual de preocupado.

Sigue hablándome, pero ya no soy capaz de comprender nada de lo que dice. Mi mente está dando vueltas a lo que ha dicho sobre la floristería.

«Fue el primer sitio en el que me aceptaron el currículum. Al parecer, estaban desesperados buscando personal». Escucho su voz en mi cabeza de forma tan nítida, que parece que sigue repitiendo la misma frase una y otra vez en voz alta.

Adela no estaba buscando personal, lo sé porque yo mismo estuve en la floristería un par de días antes de que Gia llegara y rechazó un currículum de una chica que parecía tener mucha más experiencia que ella.

Frunzo el ceño y finjo que estoy escuchando lo que dice, aunque mi cabeza esté dando vueltas a cuál puede ser el motivo por el que acaba de mentirme.

19 | CAPITÁN GARFIO

Gia

—¿Vemos una película? —propongo cuando salgo del cuarto de baño, ahora un poco más animada.

Luca está bebiendo agua y con la mano libre sujeta otro vaso lleno del mismo líquido. Me lo ofrece en cuanto estoy frente a él y lo miro con una ceja alzada.

—Bebes muy poca agua —dice cuando ya tengo el vaso de cristal entre mis manos. Sigo mirándolo incrédula—. Bebe.

Me llevo el vaso a los labios y el líquido fresco inunda mi paladar antes de que recorra mi garganta, calmando una sed que no sabía que tenía. Definitivamente, no bebo tanta agua como debería.

—Gracias —murmuro, sintiendo algo de timidez ante su gesto, que me parece de lo más extraño—. A veces se me olvida beber agua.

—Pues que no se te olvide.

—¿Quieres que veamos una película? —propongo—. Con tanto drama se me ha ido todo el sueño.

—¿Qué te hace pensar que querría ver una película contigo? —Sus cejas se alzan sorprendidas y sus ojos me miran con un atisbo de diversión.

Qué chico más tierno.

—Solo es por hacer algo para matar el tiempo hasta que nos durmamos.

—Puedes quedarte en el salón y matar el tiempo como más te apetezca —responde—. Yo estoy cansado. Voy a leer un libro y me iré a dormir.

—¡No me digas que te gusta leer! ¡A mí también!

—Genial, otra cosa más en común. Ya sumamos un montón, eh.

—¿Eso era sarcasmo? —Enarco una ceja—. ¡Hoy estás que te sales, eh!

Lo veo poner los ojos en blanco antes de marcharse a la habitación. Lo sigo, porque no tengo nada mejor que hacer y porque me gusta sacarle de quicio. No tengo sueño y si yo no puedo dormir, él tampoco lo hará. Es el precio que tiene que pagar por hacerme dormir en la misma cama que él y escuchar los ruiditos tan tiernos que hace cuando está dormido.

Con toda la tranquilidad del mundo, destapa las sábanas y, después de dejar el edredón perfectamente doblado en los pies del colchón, coloca una montaña de cojines justo en la mitad, marcando la separación que deben respetar nuestros cuerpos —tal y como yo hice anoche— y se acomoda sentado con la espalda apoyada entre su almohada y el cabecero.

—Es de noche —sigo diciendo, sentándome en la cama junto a la montaña que me separa de su cercanía—. Y por las noches… —Lo señalo con el dedo índice—. Tú y yo tenemos una tregua pactada. No te puedes echar atrás.

—No lo hago.

—Pues entonces hazme compañía —insisto—. Me siento triste y muy sola. ¿Me vas a dejar también ver una película acompañada de mi propia soledad? Pues qué triste.

—Eres una dramática —dice con una media sonrisa que me estoy empezando a acostumbrar a ver—. Estar solo no es malo, al contrario.

—Pero sentirse solo, sí —confieso apenada.

El silencio llena toda la habitación. Sus ojos me escrutan con descaro y el ébano de su mirada, tan intensa que siento que es capaz de atravesarme e indagar en lo más hondo de mi ser, eriza cada vello de mi piel.

Nuestros ojos parecen ser capaces de decir más de lo que nos atrevemos a pronunciar en voz alta.

Quizás él se sienta tan solo como me siento yo. O alguna vez se ha sentido así. Lo que tengo claro es que parece comprenderme y no veo ninguna pizca de juicio en su forma de observarme.

—Estoy cansado —se queja en casi un bufido—. ¿Qué película quieres ver?

—Una que me haga reír, ya que tú no eres capaz de hacerlo.

—Es que no tengo por qué hacerlo —replica—. Te recuerdo que solo estás aquí porque Micaelo está empeñado en que te cuide.

—Y tú, al parecer, no eres capaz de desobedecer ninguna de sus órdenes…

—Es mi abuelo —protesta—. Le debo respeto.

—Interesante.

—¿Tú llegaste a conocer a tus abuelos? —pregunta de repente.

Niego con la cabeza.

—Mi padre no se llevaba bien con mis abuelos maternos y sus padres fallecieron cuando era adolescente, así que… no llegué a conocer a ninguno. —Me encojo de hombros, intentando parecer despreocupada ante mis propias palabras, aunque realmente se me forma un nudo en el estómago cada vez que pienso en el tema, y en cómo me he perdido tantas cosas por mantenerme leal y cerca de mi padre.

Cuando era niña, sentía una punzada de envidia cada vez que veía cómo las abuelas de mis amigas cuidaban de ellas. Todos dicen que son como una segunda madre, y a mí no solo me privaron de tener una vida junto a mi madre, sino también de no poder conocer a mi abuela.

Crecí sin ese apego maternal, sin esa persona que abraza con tan solo una mirada, sin el refugio y la comprensión que un día necesité, sin ese pilar que me ayudara a sostenerme o me llenara de sabios consejos.

Pasé mi adolescencia de la misma forma, mirando desde la distancia a las otras familias con curiosidad, a veces acompañada de un dolor silencioso que nadie a mi alrededor parecía entender, pero que con cada etapa que pasaba en mi vida crecía más.

Mi padre se volcó mucho en mí cuando mi madre murió. Nunca me ha faltado nada, en ningún aspecto, y mucho menos, cariño. Él se encargó de amarme con la misma intensidad con la que lo hubiese hecho la persona que me tuvo nueve meses en su vientre,

forzando un lazo de unión irrompible entre ambas que perdura hasta el día de hoy, a pesar de todo.

Pero si hubiera tenido a mi madre conmigo, quizás no hubiera sentido que me faltaba algo a pesar de tenerlo todo. Ni me hubiera sentido sola a pesar de estar siempre rodeada de personas.

—¿Crees que podríamos soportar un día entero sin pelearnos? —pregunto, llamando su atención—. Sin contar nuestra tregua de las noches, claro.

—Cuando no te esfuerzas por ser un incordio no eres tan desagradable, así que supongo que sí.

—Qué cosas más bonitas me dices siempre —digo con ironía—. Voy a pensar que estás enamorado de mí en secreto y que tratarme así solo es un intento de esconder tus sentimientos.

—Se suponía que la película la íbamos a ver, no te la tenías que montar tú en la cabeza.

—Venga… ¿Puedo elegir yo? —Agarro mi *tablet*, que hasta ahora había estado apoyada en la mesita que tengo junto a mi lado de la cama, y la desbloqueo.

—No confío en que tengas buen gusto cinematográfico. Bueno, ni de tu gusto en general.

—Y me lo dice la persona que viste como un señor divorciado que acaba de jubilarse.

—Me gusta vestir cómodo —se defiende.

—Y anticuado —sigo diciendo—. Un día tenemos que ir de compras, me tienes que dejar modernizarte un poco.

—¿Me vas a poner un pañuelito de pirata en la cabeza? —Me mira con cierta diversión.

Alzo un poco el mentón.

—Y hasta un garfio —bromeo.

Suelta una pequeña carcajada que llena toda la habitación de luz, a pesar de que el brillo de las lámparas es bastante tenue. Al reír se le achinan sutilmente los ojos, y unas pequeñas arruguitas aparecen en sus comisuras, como si un pedazo de la alegría que siempre intenta contener se le escapara por los bordes.

Su sonrisa blanquecina se ensancha, y ojalá nos dejara apreciarla más a menudo, porque… es preciosa.

Siento mi corazón latir de forma irregular y me sorprendo a mí misma cuando me encuentro con la mirada perdida en el chico que tengo frente a mí con una sonrisa en la cara.

—El sábado he quedado con Milán para comer. Pasaremos la tarde juntos y de ahí nos iremos al restaurante por la noche para cenar con el resto —le cuento, cambiando por completo el tema de conversación—. Quiere enseñarme un poco más de Cortona.

—Se le da fenomenal su trabajo —afirma—. Y seguro que lo pasaréis genial. Tiene la capacidad de hacer sentir bien a los demás tan solo con su compañía. Ojalá todos fuéramos como él. —Suelta un suspiro largo.

—Tú también sabes hacer sentir bien a los demás cuando te lo propones.

Me mira con cierta desconfianza.

—Es verdad —insisto—. Hoy has sabido hacerme sentir mejor cuando lo he necesitado.

—No he hecho gran cosa. —Niega con lentitud—. Nunca sé qué decir cuando alguien está mal, y eso no ayuda en nada.

—A veces, cuando uno está mal, lo único que necesita es que la otra persona esté ahí, a su lado, y que simplemente lo escuche, aunque no tenga nada que decir. Ese silencio, lleno de empatía y comprensión, es el único consuelo bien recibido en momentos de angustia.

—No lo había pensado de esa forma —responde, con el ceño levemente fruncido—. Siempre he creído que estaba estorbando a la otra persona, por no ser capaz de decir nada reconfortante ni tener el poder para arrancarle el dolor.

—Es que eso es imposible, Luca. —Sus hombros se tensan cuando me escucha decir su nombre—. No siempre podremos hacer que la otra persona deje de sufrir o que la situación por la que está pasando cambie, y no porque no queramos o no seamos capaces de intervenir, sino porque no tenemos una varita mágica que acabe con los problemas que hay en el mundo y que tanto nos hacen sufrir —digo de carrerilla—. La persona no necesita que le arrebates el problema, porque ya sabe que esa posibilidad no es real. Lo único que necesita es tenerte a su lado para que la tristeza no duela tanto y los problemas pesen un poquito menos al compartirlos.

—Gracias —musita con la voz más ronca de lo normal.

Carraspea y se recompone cuando se da cuenta.

—¿Por qué?

—Porque, sin saberlo, has dicho justo lo que necesitaba oír. —Su mirada, llena de un brillo que hasta ahora no había percibido, se enreda con la mía.

—Y tú, sin saberlo, has hecho justo lo que necesitaba para ayudarme.

—¿Si te digo una cosa… me prometes que mañana harás como si no lo hubieras oído?

—Sí.

—Me gusta nuestra tregua de las noches —admite casi en un susurro, con voz ronca.

—Y a mí —confieso—. Podría acostumbrarme a ellas.

—Y también se podrían convertir en mi momento favorito del día —pronuncia sin apartar su mirada de mi boca, ligeramente entreabierta por el asombro ante sus palabras.

***

Terminamos la noche viendo *Peter Pan: La gran aventura*, una película que hacía años que no veía y que jamás pensé disfrutar a mis veintiocho años… en italiano. Aunque prácticamente nos hemos tirado toda la película hablando, y a pesar de que en un principio se me hacía raro escucharle decir tantas frases seguidas, he empezado a acostumbrarme. Y bueno, no está del todo mal. Las risas han estado aseguradas cada vez que aparecía el personaje de *Garfio* y, por alguna razón, Luca estallaba en carcajadas porque se acordaba de los pañuelos que suelo ponerme en el pelo.

—Es que eres tú, ¡idéntica! —sigue diciendo cuando la cara de *Jason Isaacs* vuelve a aparecer en pantalla—. Pero si es que tiene

hasta tu mismo pelo de leona.

—¡Oye! —me quejo y le doy un manotazo. Hace ya un buen rato que los cojines dejaron de separarnos—. Con mi pelo de leona solo puedo meterme yo.

—Me gusta tu pelo —murmura sin apartar la vista de la pequeña pantalla.

Siento un cosquilleo recorrer mi estómago, de esos que llegan sin avisar, pero que parecen despertar algo de ti.

Sin mirarme, enrolla un mechón de mi pelo en su dedo y da vueltas sobre el propio rizo.

Cuando termina la película, estamos tan cansados que ninguno de los dos hace el esfuerzo por volver a colocar la montaña como separación de nuestros cuerpos. Luca se tapa con la sábana hasta la cintura y se gira para quedar frente a mí.

—Buenas noches, piratilla —murmura, sonriendo con los ojos cerrados.

—Buenas noches, capitán —respondo en un susurro.

Lo último que siento antes de quedarme dormida es que me duelen las mejillas de tanto sonreír.

20 | PIZZA PARA CENAR

Luca

Termino de trabajar en el establo y vuelvo a mi habitación, dispuesto a darme una buena ducha. Después de tantas horas y del calor con el que nos ha dado la bienvenida junio, mi cuerpo está bañado en sudor. Mi ropa, pegada a mi cuerpo por la humedad, luce manchas de polvo, tierra y heno. Las suelas de mis botas están llenas de paja que se ha quedado atrapada entre las ranuras de las suelas. Las dejo en una esquina al entrar para limpiarlas más tarde.

Ahora necesito volver a sentirme limpio, así que no pierdo más el tiempo. Aprovechando que estoy solo —y que Gia no está presente para molestarme— me desnudo y rebusco en mi armario hasta dar con la ropa que voy a ponerme esta tarde para salir. En cuanto vuelvo al cuarto de baño, abro el grifo de la ducha y dejo que el chorro caiga algunos segundos antes de meterme dentro. El agua helada golpea mi piel caliente y el contraste de temperatura me estremece un poco al principio. Siento que cada gota que se desliza por mi cuerpo no solo borra el sudor, sino que también se lleva todo el cansancio.

Suelo trabajar en el establo los fines de semana y siempre que puedo y tengo algún rato o día libre en la clínica, ayudo a los *nonnos* con el mantenimiento de la villa. Hoy es sábado y vuelvo a reunirme con los chicos para cenar. Esta vez, hemos quedado en casa de Nicole. Nuestra amiga insistía en que quedáramos sin ella, ya que tiene a sus dos mellizos enfermos, pero después de mucho insistir,

hemos logrado convencerla para vernos en su casa, así también le podremos ayudarla un poco con los niños sin prescindir de su compañía.

Gia también está invitada, pero no sé si logrará llegar a tiempo, pues hoy le ha tocado hacer horas extras por la tarde, ya que se ha celebrado una boda en la que requerían los servicios de Adela y sus empleadas.

Salgo de la ducha y envuelvo mi cintura con una toalla. Algunas gotas caen desde las puntas de mi cabello y recorren mi cuerpo con lentitud, siguiendo un camino imaginario por mi espalda y mi pecho, hasta perderse en la tela mojada con la que me cubro.

Me paso una mano por el pelo, revolviéndolo un poco antes de peinarlo hacia atrás y salir del cuarto de baño.

Me seco con una rapidez que logra sorprenderme y resoplo cuando compruebo el atuendo que elegí hace un rato. Quizás Gia tenga razón y tenga que renovar un poco mi armario, pero desde que llegué aquí, mi ropa es una de las cosas que menos me preocupan. O al menos, no lo había hecho hasta ahora.

Cambio el polo que había escogido por una camisa de lino un poco más arreglada, y lo combino con unos pantalones sueltos de color claro. Recojo un poco todo el desastre de ropa que he montado en un momento, cojo la cartera y el móvil y, justo antes de abrir la puerta para salir, doy media vuelta y alcanzo el frasco de mi perfume que reposa en la cómoda de mi habitación. Casi se me olvida, y no me gusta salir de casa sin haberme perfumado antes; creo que es algo así como una marca que me caracteriza, un olor

que, impregnado en mi piel, es una forma de hacerme notar allá donde vaya.

Antes de salir, me paro a saludar a Micaelo, quien parece estar en medio de una conversación bastante entretenida con Tommaso, el recepcionista que tiene turno esta tarde. Me apuesto lo que sea a que le está contando alguna de sus aventuras de cuando era joven, o alguna anécdota de esas con las que es imposible no acabar sonriendo. Mi abuelo tiene un largo repertorio de ellas, y es tan parlanchín que no duda en contarlas a casi cualquier persona con la que se cruza.

—*Buonasera* —los saludo cuando estoy frente a ellos—. ¿Qué tal, *nonno*? Hoy no te vi en la comida.

—*Buonasera, figlio mio* —responde sonriente—. Tuve que atender unos asuntos fuera de la ciudad. Pero no hablemos de mí, que llevo un buen rato esperándote. Menos mal que mi nuevo amigo Tommy —señala al chico con la mirada—, me ha estado entreteniendo mientras tanto.

—Seguro que Tommy… —Espero que no le moleste que imite al *nonno* en su forma de llamarlo, cuando todos aquí saben que se llama Tommaso—, ha estado encantado de oírte hablar sin parar ¿verdad, amigo?

—No ha estado mal —responde, titubeando—. Micaelo siempre tiene buenas historias que contar.

—No lo animes —le digo casi en un gruñido—. De verdad, no sabes lo que acabas de hacer.

El *nonno* se limita a soltar una carcajada.

—Ven, acompáñame fuera. Tengo algo que enseñarte.

—Claro, vamos —accedo sin dudarlo.

En cuanto salimos, la luz me golpea en la cara como una bofetada. Entorno un poco los ojos en cuanto siento la claridad que desprenden los molestos rayos de sol que hay a esta hora de la tarde y sigo al *nonno*, que camina con las manos metidas en los bolsillos y la mirada fija al frente, por el suelo empedrado hasta que ambos salimos de la villa.

—¿Cómo van las cosas con Gia? —pregunta cuando nos hemos alejado lo suficiente de la entrada y nadie más puede escuchar nuestra conversación.

—Bien. —Me encojo de hombros—. Sois los dos igual de dramáticos. No le ha pasado ni va a pasarle nada. Creo que la situación no es para tanto.

—Sí que lo es.

—¿Crees que su ex la va a perseguir hasta aquí?

Me observa con los ojos entrecerrados, como si quisiera traspasar una barrera y leer en mi mirada la respuesta a alguna de las preguntas que parecen pasar por su mente ahora mismo.

—¿Qué te ha contado exactamente? —inquiere.

—Una historieta que se inventó en un momento, nada importante. —Su mandíbula se tensa—. Llevo días esperando a que seas tú el que me cuente la verdad. ¿Quién es la chica y por qué estás protegiéndola?

—Sabes todo lo que debes de saber por el momento.

—Micaelo… No me gusta que me excluyas de las cosas, ni que me ocultes información importante. Quiero saber quién es, por qué está huyendo realmente y por qué la proteges tanto —insisto—. Y si no me lo cuentas tú personalmente, sabes que lo acabaré descubriendo por mi cuenta.

—Es la hija de un viejo amigo —responde a regañadientes—. ¿Contento?

—Bueno, es todo un avance. —Asiento con la cabeza, asimilando la información que acaba de darme—. ¿De qué está huyendo?

—Ya te lo contó ella misma —dice con seriedad—. No pienso darte más detalles. Por el momento, no los necesitas.

—Yo decidiré si los necesito o no —me atrevo a replicar.

—No interfieras en mis asuntos si no quieres que yo haga lo mismo con los tuyos —amenaza, consciente de que soy capaz de leer entre líneas y deducir que sus palabras esconden parte de un pasado que sigue pesando sobre mis hombros como si llevara una mochila llena de piedras.

—Está bien. —Destenso un poco los hombros y vuelvo a cruzarme con su mirada grisácea y fría, llena de una intensidad que, a veces, resulta abrumadora.

—¿Ves este coche? —Me sorprende que cambie de tema con tanta rapidez, pero no pongo ningún impedimento, ya que no quiero acabar discutiendo con él. Señala con la cabeza una camioneta de estilo clásico con la carrocería en un tono verde suave y el techo blanco—. A partir de hoy, será el vehículo de Gia. No me gusta que vuelva sola del trabajo.

—No vuelve sola. Casi todos los días la trae Penélope.

—Pues lo mismo es —gruñe—. Si no vuelve acompañada por alguno de mis hombres, es como si lo hiciera sola.

—Creo que Gia es una mujer que puede protegerse sola —añado, frunciendo el ceño—. Es capaz de eso y de mucho más.

—Pues claro que lo es —responde a regañadientes—. Pero no viene mal un poco de precaución. Ve a recogerla en la camioneta. —Me lanza las llaves y las cojo al vuelo.

—Que sepas que acabaré descubriendo lo que hay detrás de todo esto. —Lo amenazo, señalándolo con el dedo antes de subirme al vehículo.

***

Encuentro un aparcamiento libre frente a la floristería y, en cuanto estaciono el vehículo, me bajo y rodeo el coche para colocarme delante de la puerta del local. Apoyo mi cuerpo sobre el capó y clavo la mirada en la acera hasta que, minutos después, mis ojos viajan hasta un par de piernas que caminan a paso firme hacia mí.

Subo la mirada poco a poco, siguiendo el recorrido de cada curva de su cuerpo, como si mi cabeza intentara memorizar su silueta, hasta que me cruzo con unos iris del mismo color que el café recién hecho, e igual de brillantes que los rayos del sol cuando están a punto de ocultarse al final del horizonte, llenos de una luz cálida que es imposible dejar de observar.

Sus labios carnosos se curvan en una sonrisa cuando nota mi presencia y se acomoda la tela del vestido con las manos mientras camina hacia mí.

—Hola. —Coloca un mechón rebelde detrás de su oreja, por debajo del pañuelo de pirata, que hoy es bastante más llamativo que de costumbre, con un estampado horrible de limones.

—Hola.

No sé por qué no puedo dejar de mirarla.

—¿Qué haces aquí? —Ladea la cabeza y me mira con cierta confusión—. ¿Has venido a recogerme?

—No. He venido a traerte tu nuevo coche. —Separo mi cuerpo del vehículo y lo señalo con la cabeza. Enseguida, Gia le da un buen repaso con la mirada y su sonrisa se ensancha todavía más. Asiente con aprobación y se acerca a él.

—¿De dónde ha salido? —Pasa una mano por el lateral y observa cada detalle con los ojos bien abiertos y llenos de ilusión.

Me encojo de hombros cuando me mira.

—Micaelo y los trapicheos que tenéis entre manos.

—¡Oye! —se queja a la vez que me da un manotazo en el hombro. Mi cuerpo se tensa ante el leve contacto y ella parece notarlo, porque enseguida da un paso hacia atrás y toma algo de distancia—. No tengo ningún trapicheo con Micaelo.

—Eso está por verse. —Le tiendo las llaves de su nuevo coche.

—¿Vas a casa de Nicole? —Asiento con la cabeza—. ¡Yo también!

Ya, ya lo sé, y es la razón principal por la que estuve a punto de decirle a los chicos que no podría quedar esta noche.

—¿Te llevo? —murmura después de algunos segundos de silencio.

Me mira con una intensidad que quema, con una advertencia escondida tras sus pupilas, una amenaza llena de peligro... del riesgo que supone su cercanía, de la que se me hace imposible alejarme, porque cada vez que lo intento, algo me vuelve a atraer a ella como un imán.

—Bueno, si no hay más remedio —accedo.

Nos subimos al coche y tardamos en salir bastantes más minutos de los que mi paciencia es capaz de soportar, pues necesita daptarse a las malditas marchas. Me burlo de ella y de lo nerviosa que se pone cada vez que intenta arrancar y el vehículo se cala, y sus movimientos cada vez son más torpes, mientras me repite una y otra vez que conduce muy bien, pero que está acostumbrada a coches con marchas automáticas y no a *máquinas tan anticuadas como esta*, según dice ella

***

La noche transcurre con más rapidez y normalidad de lo que me gustaría admitir y la verdad es que no me siento tan incómodo como pensaba que estaría. Paso un buen rato hablando con los chicos con un partido de fútbol de fondo, mientras que las chicas se dedican a criticar todo lo que hacemos y llenar de mimos a Alonzo y Chiara, que parecen encantados de recibir tantas atenciones.

—Os prometo que hace unas horas tenían fiebre —insiste mi amiga otra vez, al ver que los dos niños no paran de corretear entre risas por todo el salón—. No sé de dónde sacan tanta energía —murmura con un suspiro, y se echa hacia atrás para acomodarse en el sofá sin dejar de observar a sus pequeños.

—¿Es cierto lo que dice mamá? —pregunta Milán, tirándose al suelo de rodillas para estar más cerca de la altura de los niños—. ¿Estáis malitos? ¿O solo queríais ver a Milán?

—¡Queríamos verte! —responde entusiasmada Chiara, haciéndonos reír al resto.

Mi amigo abre los brazos de par en par y los niños no tardan demasiado en abrazarle con fuerza y sin dejar de chillar.

—Son unos traidores —musita por lo bajo la rubia que, aunque intenta mantenerse seria, no puede ocultar el brillo en su mirada cada vez que ve a Milán con sus hijos.

—¿Pedimos ya la cena? —propone Sienna desde el otro sofá. No hemos dejado que Nicole preparara nada; decidimos que era mejor encargar algo y que nos lo trajeran a domicilio.

—¿Qué quieren cenar mis rubios favoritos? —pregunta mi amigo, revolviendo el pelo de los hermanos.

—¡Pizza! —responden al unísono.

—¡Ni hablar! Pizza otra vez no —se queja su madre—. Luego se os suben los mocos a la garganta y acabáis vomitando toda la cena. —Niega con la cabeza—. Me niego.

—Dile a mamá —comienza a decir mi amigo, utilizando la misma táctica que usa siempre que están los niños presentes para hablar o pedirle algo a Nicole—, que vuestro super amigo Milán puede quedarse a dormir en el sofá y cuidaros si os ponéis otra vez malitos.

—¡Eso sí que no! —rebate ella.

—¡Sí, mamá! —responde entusiasmada la niña. Alonzo no suele formular muchas palabras, pero la forma en la que se aferra al cuello

de mi amigo, nos indica a todos que está bastante de acuerdo con no separarse de él en toda la noche—. Podemos hacer una fiesta de pijamas.

—Sería divertido, eh —insiste el otro.

—Estás mal de la cabeza si piensas que vas a dormir en mi casa —protesta Nicole.

—No sería la primera vez. —Le guiña un ojo y la rubia resopla.

Desde aquí, y pese a la mala luz que hay en este salón, puedo apreciar el ligero tono rosado que ha coloreado sus mejillas de un momento a otro.

—¡Eso, mamá! —insiste Chiara—. El tío Milán ha pasado muchas noches con nosotros.

—Qué interesante —suelta Rodrigo entre risas.

—Es mentira —se queja Nicole antes de levantarse del sofá para separar a sus hijos de Milán—. Ya os he dicho que no se puede mentir —les regaña, señalándolos con el dedo índice.

—Pues no lo hagas, mamá —añade la niña.

Milán suelta una carcajada.

—Los niños y los borrachos siempre dicen la verdad —murmura, mirando fijamente a la rubia que, aunque él mismo lo niegue una y otra vez, le sigue robando el sentido—. Vamos a pedir esas pizzas, anda. Déjame consentir a mis pequeños, aunque sea solo esta noche.

—La de Alonzo sin lactosa —murmura antes de dar media vuelta y volver a sentarse en el sofá, junto a las demás.

—Lo sé.

Milán es quien se encarga de apuntar nuestros pedidos y encargar la cena en nuestra pizzería de confianza. Mientras esperamos, decidimos echar una partida al dominó; es algo que nos encanta hacer cuando estamos juntos.

La mesa tiembla ligeramente cada vez que colocamos una ficha con fuerza cuando conseguimos una buena jugada para nuestro equipo. Siempre juego en el equipo de Milán, mientras que Rodrigo lo hace en el de Alessandro. Dos y dos. Y solo un equipo ganador. Las chicas nos animan y, de vez en cuando, se burlan de nosotros, alegando que Milán es un tramposo y por eso les llevamos ventaja a los otros dos. Pero lo cierto es que aparte de saber los conceptos y las jugadas básicas, es muy importante la compenetración con tu compañero cuando se juega en equipo. Tienes que descifrar miradas y movimientos, y ser capaz de ver más allá, de descubrir cuáles son las fichas que el otro necesita, o el porqué de cada movimiento.

Gia, sentada a mi lado, de vez en cuando se acerca más de la cuenta, con la excusa de ver mejor mis fichas, y el olor dulce y floral que desprende su cabello, acaba distrayéndome. No sé si es consciente del efecto que comienza a tener en mí y lo está haciendo a propósito para que perdamos, pero esta noche el ambiente entre nosotros se siente distinto, y creo que aprovecha cualquier oportunidad para que nuestros cuerpos se rocen, lo cual me tensa bastante.

La casa se llena de gritos alegres cuando suena el timbre, y me alegra no ser el único que se muere de hambre.

—¡Hoy pago yo! —grita Milán, atravesando la casa hasta llegar al recibidor, ignorando nuestras quejas desde el salón.

La mesa del comedor ya está preparada para la cena y la otra más pequeña en la que tenemos nuestro juego a medias, queda en un segundo plano con la promesa de continuar con la partida más tarde.

Gia entra al salón seguida por Milán, ambos cargados con todas las cajas entre sus manos. Parece tranquila y contenta, por lo que deduzco que se lo está pasando bien.

—Ahora llega el momento que más odio —murmura Bianca—. Descifrar qué pizza es de cada uno.

—A ver, voy abriendo las cajas y os digo. —Gia coloca la montaña de cajas en el extremo de la mesa y abre la primera tapa—. Barbacoa con extra de queso… —Su voz se corta en seco y deja caer la caja, que no tarda demasiado en deslizarse torpemente hasta manchar el suelo.

Parece tener un papel entre las manos, que enseguida esconde en el interior de su palma. Abre los ojos de par en par, completamente sobresaltada.

El tiempo parece detenerse y nuestro alrededor pasa a un segundo plano. Mis amigos le preguntan a Gia una y otra vez qué es lo que sucede, aunque ella parece tan paralizada que es incapaz de responder.

Su cuerpo tiembla y su pecho se agita con fuerza. Parece a punto de desmayarse.

—Dejadme a mí. —Me abro paso entre mis amigos y la agarro por los hombros antes de sacarla a la terraza, pensando en que un poco de aire le vendrá bien.

Se apoya en la barandilla, con los hombros tensos y las piernas temblando como un flan. Tiene la respiración entrecortada y no deja de mirarme asustada, negando con la cabeza.

—Oye… —Me acerco a ella—. Mírame. —La agarro por el mentón y la obligo a cruzar su mirada aguada con la mía—. No pasa nada. Respira.

—No… puedo… —Con cada palabra, su pecho se agita de forma más descontrolada—. Respirar...

—Sí que puedes. Hazlo conmigo, respiremos juntos. —Sus ojos se abren todavía más—. Inhala… —Lleno mis pulmones de aire y lo mantengo durante algunos segundos. Ella intenta hacer lo mismo, aunque no aguanta tanto tiempo con el aire en el pecho—. Y exhala. —Lo suelto poco a poco—. Otra vez.

Repetimos el mismo procedimiento varias veces, obligándola a no apartar la mirada de mí hasta que consigue relajarse un poco.

Abro las palmas de sus manos, que hasta ahora estaban cerradas con fuerza en un puño, y acaricio sus nudillos, completamente blancos por la fuerza que ha estado ejerciendo con ellos.

Sin dejar de mirarla, le quito el papel que tenía escondido en una de sus manos, y doy un par de pasos hacia atrás, alejándome de ella, que intenta volver a hacerse con el trozo de papel.

Me sobresalto al leer el contenido.

¿Jugamos?

Encuéntrame antes de que yo te encuentre a ti.

21 | ACTUAR CON NORMALIDAD

Gia

Me encanta el verano, pero no soporto el calor. No sé si esto tiene algún sentido, pero todos los años cuando llega esta época, lo único que hago es contar internamente los días que faltan hasta la siguiente estación.

Disfruto del ambiente, de los días soleados y alegres que parecen eternos, del olor a crema solar, del sonido del mar mientras leo un buen libro, de las terrazas de los bares llenas de gente hasta bien entrada la medianoche o de los planes improvisados que acaban en helados derretidos y risas, muchas risas. Pero, por otro lado, el calor sofocante, las noches pegajosas que no te dejan pegar ojo, o la sensación de que el aire es tan seco que apenas te deja respirar, me agotan. Además, por culpa de las altas temperaturas, siempre me baja mucho la tensión y acabo pasándolo bastante mal.

Llevo quince minutos de retraso. No sé cómo lo hago, pero siempre llego a todas partes tarde; supongo que es mi especialidad.

Abro el armario y elijo un vestido celeste con un estampado de florecitas, escote en forma de corazón y una abertura en la pierna derecha que deja parte de mi piel al descubierto. Me calzo con unas sandalias y cojo una chaqueta por si llego más tarde de lo acordado y acaba refrescando; también lleno mi bolso con todas las tonterías que encuentro tiradas por la habitación, además del móvil y la cartera, que es lo único que realmente voy a necesitar.

Me maquillo con lo básico para resaltar las facciones de mi cara. Recojo mi cabello en una coleta baja, dejando que los mechones delanteros caigan a cada lado de mi rostro, y en lugar de atarme la coleta con un coletero, lo hago con uno de mis habituales pañuelos, realizando un nudo desenfadado que logra que el trozo de tela se balancee hacia los lados con mis movimientos, aportando vida a un peinado tan simple.

Un estilo completamente distinto al que usaría la antigua Gia, pero que cada vez me gusta más.

Me doy el aprobado a mí misma cuando me echo un vistazo en el espejo largo de pared que hay cerca de la entrada. Cojo mis cosas y salgo de la habitación antes de que se me haga más tarde.

He quedado con Milán para comer y luego ha prometido enseñarme cada rincón de la ciudad. Pese a que sigo con el cuerpo cortado después de la nota que recibí ayer, tengo bastantes ganas de verlo, porque sé que me ayudará a distraerme y a pasar un buen rato, y eso es justo lo que necesito.

Ayer por la noche, en cuanto llegamos a la villa, fui a hablar con Micaelo, al que desperté cuando justo acababa de irse a dormir, y le conté lo ocurrido en casa de Nicole. Pese a que intentó parecer tranquilo y transmitirme confianza, su mirada estaba llena de sorpresa e incertidumbre. Tengo claro que, aunque intente disimularlo, él tampoco se esperaba un movimiento como ese.

Mi cabeza sigue intentando bloquear cualquier pensamiento que no sea sentir que aquí estoy a salvo, tal y como me prometió mi padre cuando decidió que este sería mi destino, donde empezaría mi nueva vida. Sé que él jamás dejaría que me pasara nada malo y que

está haciendo todo lo que está en su mano para evitar que me encuentren. Aunque, siendo realista y dejando de mentirme a mí misma, ya lo han hecho; lo que no entiendo es quién ha descubierto mi paradero y por qué aún sigo con vida después de lo que hice.

Micaelo piensa que lo mejor es fingir indiferencia y actuar con normalidad mientras sus hombres se encargan de averiguar quién es la persona que está siguiéndome. Además, según él, esto hará que la persona siga enviándome algún que otro mensaje, lo que nos puede ayudar a encontrarlo antes. No estoy del todo de acuerdo, pero no sé qué otra cosa puedo hacer; así que aquí estoy, fingiendo que el cuerpo no me tiembla por dentro, que no tengo el corazón desbocado y que tampoco estoy muerta de miedo.

Esbozo una sonrisa al salir de la villa y agarro con mi mano el asa del bolso que cuelga por mi hombro en un intento de que nadie note lo mucho que tiemblo en estos momentos.

Mi corazón da un vuelco y suelto un pequeño grito cuando una mano firme me sujeta del brazo y me obliga a girar en su dirección.

—¡Luca! —exclamo aliviada, llevándome una mano al pecho, intentando controlar mi respiración acelerada.

Nunca me había alegrado tanto de ver a este chico como ahora mismo.

—¿Por qué gritas? —inquiere, mirando a nuestro alrededor.

—Me has asustado, imbécil.

—No es mi culpa que estés medio sorda y no me escuches cuando te llamo.

—Hablas muy bajito —protesto.

—Y tú gritas demasiado.

Resoplo.

—¿Qué quieres? Tengo prisa.

—¿Necesitas que te lleve? —Mis ojos se abren de golpe, incapaces de ocultar la sorpresa—. Ya sabes… Para que no vayas sola y eso.

—Puedo ir sola, no va a pasarme nada a plena luz del día.

—Eso nunca se sabe.

No aparta su mirada de la mía, como si tratara de averiguar la verdadera respuesta a través de ellos.

—Vale, como quieras —accede, alzando las manos en alto en señal de rendición—. ¿Te importaría acercarme a un sitio? No tengo el *scooter*.

—¿En serio? —Pongo los ojos en blanco. Esboza una sonrisa y asiente con la cabeza—. Vale, te llevo.

Sé perfectamente que no tiene que ir a ningún lugar, pero me siento mucho más segura con él a mi lado, así que me hago la tonta y le sigo el juego.

—¿Quieres que conduzca yo? —pregunta cuando estamos frente a la camioneta—. Si lo haces tú, no llegaremos hasta esta noche. Eres tan lenta como una tortuga.

—¡Oye! —me quejo, pero le acabo dando las llaves. Siempre he sido muy cómoda y he preferido que me lleven a todas partes—. No

es verdad. Solo intentaba acostumbrarme a mi nuevo coche, ya te lo dije.

—Sí, claro.

—Madre mía, esto es tan viejo que no tiene ni aire acondicionado —murmuro una vez dentro del vehículo.

Me pongo el cinturón y espero a que Luca decida que es buen momento para dejar de mirarme con esa sonrisa ladeada que me provoca taquicardias y arranque ya el maldito coche.

—Hablaré con Micaelo —murmura—. Quizás pueda contratar a alguien para que te abanique en cada trayecto.

—Qué gracioso.

Bajo un poco la ventana y dejo que la brisa golpee mi cara, aunque me arrepiento de inmediato cuando noto el aire caliente. Con la mejilla apoyada en mi mano y el codo descansando en la ventanilla, me dejo absorber por la magia del paisaje que pasa frente a mí, lleno de cipreses que se inclinan ligeramente mecidos por la brisa, como si nos saludaran al pasar entre ellos.

La voz de Luca me hace girar la cabeza de nuevo en su dirección.

—Hoy te has peinado diferente —murmura, sin apartar la vista de la carretera campestre en la que nos adentramos.

Aparto la mirada, sintiendo un calor interno recorrer mi cuerpo por completo y posarse en mis mejillas. Sin duda, hay que arreglar el tema del aire acondicionado, porque en este coche no se puede respirar. Nerviosa, me peino un poco el flequillo con los dedos cuando el viento esparce los mechones por mi cara, que no tardan

demasiado en quedarse pegados en mis labios por culpa del brillo que me apliqué en ellos antes de salir.

—Sí, quería probar algo nuevo. —Carraspeo cuando escucho mi voz en un tono más bajo de lo normal, casi en un susurro.

—Te queda bien.

Siento un pellizco en el estómago tan grande, que la sensación me pone los vellos de punta. Fijo mi vista en la carretera en un intento de fingir que estoy sola e ignorar la presencia del chico que me acompaña, aunque el hecho de que el olor adictivo de su perfume se haya adueñado de todo el vehículo no ayuda demasiado.

—Disfruta del día. —Su voz ronca corta el silencio que nos había acompañado durante casi todo el camino cuando estaciona la camioneta en un aparcamiento que encuentra libre, cerca del lugar donde he quedado con Milán para comer—. Pero vigila bien tus espaldas —añade, y no sé si era su objetivo, pero sus palabras consiguen estremecerme—. Si notas alguna mirada o algún comportamiento extraño, me da igual de quién sea, llámame. Estaré dando una vuelta por la zona.

—¿Toda la tarde? —Alzo una ceja.

—¿Por qué no? —Se encoge de hombros—. A mí también me gusta hacer turismo.

—¿Por qué no vienes con nosotros? —propongo.

—Porque no soy ningún sujeta velas, ni tampoco quiero estropear vuestra cita.

—No es ninguna cita, solo somos dos amigos que han quedado para comer.

—¿Amigos? —Chasquea la lengua—. Muy rápido te haces tú amiga de la gente.

—Es lo que tiene ser una persona sociable y no un bloque de hielo.

—No soy ningún bloque de hielo —gruñe, con la mandíbula tensa.

—Lo eres. Pero no te preocupes —me acerco un poco a él—, hasta el trozo de hielo más sólido se derrite con un poco de calor.

Sus ojos oscuros se clavan en los míos.

—¿Eso crees? —Se inclina hacia delante, acortando la distancia que nos separa.

—Sí —respondo, sosteniéndole la mirada.

Se humedece los labios suavemente y no puedo evitar fijarme en el recorrido que hace su lengua. Su mirada me atraviesa como si su intensidad fuese capaz de indagar en lo más hondo de mi ser. Esboza una pequeña sonrisa y siento mi corazón bombear de forma descontrolada cuando acerca una de sus manos a mi rostro y juguetea con uno de los mechones de mi flequillo.

—Pues entonces deja de mirarme así, piratilla.

—¿Así cómo? —titubeo al sentir su aliento mentolado acariciar mi piel.

Estamos cerca. Muy cerca. Lo único que nos separa es el hueco estrecho del reposabrazos. Nuestros ojos se buscan desesperados, y

el aire está tan lleno de tensión, que parece que, en cualquier momento, algo va a explotar entre los dos.

—Como si quisieras derretirme —acaba diciendo en un susurro entrecortado, sin dejar de mirar mis labios, que acaban de abrirse ligeramente, sorprendidos ante su atrevimiento.

Trago saliva.

—¿Y si quiero hacerlo?

Echa la cabeza hacia atrás y suelta una pequeña carcajada.

—No tendrías que esforzarte demasiado.

Enreda el dedo en uno de los rizos que caen por mi espalda, atados en la coleta desenfadada. Se recrea cuando sus dedos rozan la tela del pañuelo y juguetea con él; la otra mano la tiene apoyada sobre el reposabrazos, y en uno de mis movimientos torpes y de forma completamente accidental, nuestros dedos acaban rozándose.

Un roce inocente, completamente inofensivo, pero que provoca una descarga eléctrica que parece que ninguno de los dos es capaz de ignorar.

—¿Eso qué quiere decir? —Mi voz suena entrecortada.

El silencio nos envuelve de nuevo y nuestros ojos juguetean entre ellos. Nuestras manos siguen pegadas la una a la otra; soy consciente de que mi piel quema, pero la suya arde.

Unos toquecitos contra el cristal de la ventanilla me hacen volver a la realidad, dando un pequeño salto sobre el asiento con el que me separo de Luca.

Me giro hasta encontrarme con Milán, que nos saluda con la mano sonriente.

—¡Qué susto! —exclamo, con la mano en el pecho. Miro de reojo a Luca y veo que está sonriendo.

—¿Qué hacéis? —pregunta desde fuera—. ¿Interrumpo algo?

—Claro que no —responde, de forma cortante, su amigo.

Ambos salimos del coche y nos paramos frente a Milán, que no parece dispuesto a saludarnos, sino a hacernos pasar por su pequeño interrogatorio.

—Parecía que ibais a besaros.

¿Y por qué narices nos has interrumpido?

—¡Claro que no! —me hago la ofendida. O puede que lo esté, no lo sé—. Y no vuelvas a hacer eso. —Le doy un manotazo en el hombro—. No te he sentido llegar y me has dado un buen susto. ¡Menudo día llevo hoy! ¡Me va a dar algo malo en el corazón!

—Es que estabas distraída comiéndote con la mirada a mi amigo..., ¿cómo pretendías notar mi presencia? Diez segundos más y explota el coche con la tensión que os traéis los dos. —Nos señala con el dedo.

—Pero ¡qué dices! ¡Dile algo! —me dirijo en esta ocasión a Luca, que me mira divertido y se encoge de hombros con las manos metidas en los bolsillos.

—Me has robado la cita, tío. —Milán le da un codazo a su amigo, que enseguida vuelve a su pose natural de gruñón y se pone serio, tensando la mandíbula.

—Oye, no es ninguna cita —intervengo cuando empezamos a caminar—. Quedamos en que era una reunión de amigos.

—¿Y no puede ser de primos? —Alzo una ceja, sin entender muy bien a qué se refiere—. Ya sabes, cuanto más primo… más me arrimo —bromea.

—Milán, cállate —gruñe Luca. Lo agarra por el cuello de su camisa y tira de él hacia atrás hasta separarlo de mi lado y colocarse él mismo en medio de los dos—. Y cuéntanos cómo te fue anoche con Nicole. ¿Cómo están los mellizos?

—Ni me los menciones ahora mismo. Los adoro —me aclara cuando ve mi expresión—, pero anoche me vomitaron encima. Los dos. Todo lo que habían cenado —puntualiza.

—Eso te pasa por pedir pizza y no hacer caso a Nicole.

—¿Qué puedo hacer? —Se encoge de hombros—. Está guapísima cuando se enfada.

Suelto una risita.

—¿Te acuerdas de si el repartidor era el mismo de siempre? —pregunta Luca.

—No. Creo que es un chico nuevo, porque hasta ahora, no lo había visto. —Luca y yo nos miramos—. Y ya sabes lo mucho que me gusta disfrutar del día de las pizzas kilométricas. Son los viernes —me informa, como si me importara lo más mínimo ahora mismo—, por si te interesa que vayamos un día.

—¿Y recuerdas cómo era físicamente? —sigue preguntando su amigo.

Yo jugueteo con mis dedos, nerviosa, y me muerdo el interior de la mejilla.

—Ni idea... ¿Por qué? ¿Ha pasado algo? —Frunce el ceño, extrañado ante su insistencia—. ¿Se quedó con más dinero del que debía o algo así?

—Sí —responde cortante—. Algo así. ¿No te acuerdas de ningún rasgo físico importante? Me gustaría hablar con él, pero no quiero que se enteren los jefes. Quizás fue un fallo tonto, y no me gustaría que le despidieran por eso.

—Mmm… Lo único que recuerdo es que tenía una cicatriz que le atravesaba la ceja y parte del párpado. Parecía *Scar*, de *El Rey León*. —Abre la puerta del restaurante y espera que entremos antes de hacerlo él—. ¿Te quedas a comer con nosotros, Luca?

—Sí —accede, mirándome de reojo.

El corazón me da un vuelco, pues no contaba con este repentino cambio de planes.

22 | HAY MUCHAS COSAS QUE NO SABES DE MÍ

Gia

Luca estaciona la camioneta a unos metros de distancia de su lugar especial, el mismo pedazo de campo en el que un enorme árbol milenario de tronco grueso y grietas que revelan su resiliencia ante la naturaleza y el cambio climático sostiene un columpio de madera que cuelga de una de sus fuertes ramas.

Desde aquí, Cortona se extiende imponente ante nuestros ojos, regalándonos una vista panorámica de toda la hermosa y mágica ciudad, ahora bañada por los rayos de sol dorados que juguetean con los tejados de los edificios, creando una estela de luces y sombras.

—¿Qué hacemos aquí? —pregunto cuando ambos nos hemos bajado del coche.

—He pensado que te haría falta desconectar un poco.

Lo miro, pero no me devuelve el gesto. Sus pupilas están clavadas en el paisaje que tenemos frente a nosotros. Se sienta en el lado derecho del columpio, y con un movimiento rápido de cabeza me anima a hacer lo mismo.

He intentado disimular lo mejor posible, así que no sé cómo se ha dado cuenta de que me pasa algo. He tratado de disfrutar de la tarde con Milán y de borrar de mi mente cualquier pensamiento

relacionado con mi vida anterior, con los sucesos que me han llevado hasta Cortona, o el hecho de que alguien me está persiguiendo y sabe en todo momento dónde estoy.

De verdad que lo he intentado, pero se me ha hecho imposible. Por mi cabeza pasaban una y otra vez las mismas imágenes desagradables en las que un hombre acaba muriendo por mi culpa, para meses después, morir yo en sus propias manos por pura venganza. Y aunque mi mente intenta bloquear esos pensamientos todo el tiempo, no puedo evitarlo porque tengo muchísimo miedo. No sé cómo está mi padre ni si lo que estoy haciendo aquí está sirviendo de algo. Tampoco sé si voy a conseguir mantenerme a salvo y salir ilesa de todo esto.

—Estoy bien, no hacía falta —me quejo, sentándome a su lado.

Me desabrocho las sandalias, las dejo a un lado en el suelo, y sonrío cuando los dedos de mis pies rozan la hierba, caliente por el sol, con cada balanceo.

—No dejas de pensar en la nota que encontraste ayer, ¿verdad? —pregunta por fin.

—No había pensado en eso hasta ahora, pero gracias por recordármelo —miento. Parece notarlo, porque me mira con una ceja alzada.

—Ya, claro —ironiza—. No te has pasado toda la comida removiendo los espaguetis, ni toda la tarde con la mirada perdida en medio de la nada mientras Milán, ilusionado, te hacía un *tour* por la ciudad.

—Pues sí que has estado pendiente de mí, eh.

—Siempre lo estoy —responde de forma tranquila, como si sus palabras no provocaran una descarga en mi interior, como si no acabaran de liberar una bandada de mariposas que, hasta este momento, estaban bien escondidas, mientras que ahora aletean de forma descontrolada por todo mi estómago. Me mira, y sonríe—. Hay que tener localizado al enemigo —bromea.

Pongo los ojos en blanco, aunque mi corazón sigue bombeando con fuerza mientras sus ojos permanecen clavados en los míos.

—Entonces debo ser tu enemiga favorita —murmuro—, porque me has traído dos veces a tu sitio especial.

—No te acostumbres. —Empuja suavemente mi hombro con el suyo.

—Podría hacerlo. —Le devuelvo el gesto, cómplice—. ¿Sabes? No estoy acostumbrada a que la gente se dé cuenta de que estoy mal. Todo parece más sencillo con una sonrisa. Las personas suelen cansarse de que los demás estén mal o se sientan tristes. Todo es más fácil si siempre estás feliz.

Suspiro.

—Y yo no estoy acostumbrado a necesitar que me cuentes qué es lo que se te pasa por la cabeza.

Sus ojos azabaches brillan de una forma distinta. El aire se llena de un silencio que, en lugar de ser incómodo, llena los espacios en blanco con las palabras que no nos atrevemos a pronunciar en voz alta.

—¿Alguna vez has tenido la necesidad de empezar de cero? —pregunto con la mirada perdida en el horizonte, que empieza a colorearse de tonos morados, convirtiendo el cielo en una mezcla de colores fríos y cálidos a la vez—. ¿O has sentido que cargas con un peso tan grande que seguir caminando te resulta imposible a menos que te quites la mochila de la espalda?

—Sí —responde y giro mi cabeza hacia él cuando siento su mirada clavada en mí—. Yo también hui de mis raíces.

Mis ojos se abren de par en par, sorprendidos ante su confesión.

—¿Por qué lo hiciste? —inquiero con curiosidad.

—Porque no sabía cómo enfrentarme a mi realidad sin seguir haciendo daño a los demás. —Suelta un largo suspiro—. Me sentía perdido y necesitaba encontrarme a mí mismo… Dejar atrás todo lo que me hacía sufrir y comenzar de nuevo, siendo yo la persona encargada de escribir mi propia historia.

Asiento con la cabeza de forma inconsciente, pues entiendo bastante bien lo que dice.

—¿Echas de menos quien eras?

—No. —Se encoge de hombros—. Pero sí que echo de menos a las personas que dejé atrás.

—Yo también —confieso con la voz quebrada—. Pero siento que el dolor me sigue persiguiendo a pesar de la distancia. Creo que hay cosas que, por más que uno se esfuerce, no puede dejar atrás. Son como una sombra de la que no se puede escapar.

—Es imposible huir de lo que uno se esconde cuando se trata de sí mismo. —Suspira y clava su mirada en el horizonte—. Puedes ir hasta la parte más recóndita del planeta, empezar de cero una y mil veces, pero siempre te perseguirá el dolor de tu pasado, el peso de tus acciones y de todas tus decisiones, de todos los errores que no pudiste cambiar... —Niega con lentitud—. Esa mochila que todos cargamos a nuestras espaldas siempre va con nosotros a cualquier lugar. Y, a veces, con el paso del tiempo, incluso pesa más.

Parpadeo un par de veces, sorprendida ante la profundidad de sus palabras.

—Nunca pensé que pudieras pronunciar tantas palabras seguidas sin atragantarte —digo en un intento de restarle un poco de intensidad al momento—. Ni tampoco que llegarías a entenderme tan bien.

Lo miro de reojo y veo que se encoge de hombros.

—Hay muchas cosas que no sabes de mí.

—Pues cuéntamelas —me escucho decir de forma apresurada—. Quiero conocerte.

Me observa dubitativo y en sus ojos veo una sombra de indecisión, como si tuviera una lucha interna ahora mismo y sopesara la posibilidad de abrirse a mí o, por el contrario, volver a cerrarse en sí mismo.

—¿Qué quieres que te cuente? —termina diciendo con la mandíbula tensa, como si le costara pronunciar cada palabra.

—¿De dónde eres? ¿Tienes hermanos? ¿Cómo supiste que querías ser veterinario? ¿Cuál es tu animal favorito? ¿Has estado enamorado alguna vez? —pregunto de forma rápida, sin apenas tomar aire entre una pregunta y otra.

—Esas son demasiadas preguntas. —Frunce ligeramente el ceño.

—Bueno… Tengo tiempo de sobra. —Subo las piernas al asiento y me acomodo como si estuviera en medio de una simple charla con un amigo—. Puedes responderlas una a una.

—No —responde seco—. Solo te responderé a una pregunta, así que escoge bien.

Me mira y trago saliva. Estoy nerviosa. Está demasiado cerca y, por si esto no fuera motivo suficiente para estarlo, sus ojos me repasan con atención, como si intentara estudiar mis gestos o quisiera memorizar alguna de las facciones de mi rostro. Me pierdo un par de segundos en sus rasgos marcados y en la intensidad con la que me observa, aunque siempre parezca estar de mal humor cuando está junto a mí. Supongo que el caernos mal es algo mutuo.

Podría preguntarle mil cosas, quedarme con algo básico como *«¿Cuál es tu color favorito?» «¿De dónde eres?» «¿Por qué siempre parece que estás de mal humor?»,* pero en lugar de hacer eso, pregunto la primera tontería que se me pasa por la cabeza y la que más curiosidad me genera en estos instantes:

—¿Has estado enamorado alguna vez?

Noto la forma en la que su mandíbula se tensa. Cierra los ojos con fuerza durante algunos segundos, como si tratara de contener algo en su interior que amenaza con desbordarse y, cuando

finalmente los abre, sus iris no solo están más oscuros, sino también ligeramente aguados.

—Sí —responde finalmente. Abro la boca para decir algo, pero la vuelvo a cerrar cuando me fulmina con la mirada—. Se acabaron las preguntas —gruñe, con su característico ceño fruncido.

—Perdona si he preguntado algo que no debería… —Bajo la mirada—. No era mi intención.

—Si no te importa, me gustaría volver a la villa. Estoy cansado.

—Claro. —Me levanto del columpio con cuidado de no caerme, y me pongo las sandalias antes de seguirle por el camino hasta la camioneta—. Oye, Luca. —Se gira cuando escucha mi voz, quedando frente a mí—. Gracias por traerme.

—No ha sido nada. Yo también necesitaba distraerme un poco.

—Pues gracias por haberte distraído conmigo.

No dice nada más.

Se sube al coche y espera con el cinturón puesto a que yo haga lo mismo.

Tampoco hablamos nada más durante el camino; él se mantiene con la mirada fija en la carretera, aunque parece que, en lugar de concentrarse en el paisaje, su cabeza está dispersa en otro lugar, quizás en alguno que se haya removido por mi culpa.

Me siento un poco incómoda, y no por estar en silencio junto a él, sino por la idea de haberlo molestado, de haber estropeado esa pequeña tregua que habíamos formado sin darnos cuenta. Me

estaba mostrando un pedazo de él, a pesar de lo mucho que le cuesta. Y ahora… también he estropeado eso.

No quiero que vuelva a cerrarse en sí mismo. Quiero conocerlo y descubrir el misterio que envuelve su mirada.

Luca

Suelto de forma despreocupada la puerta de entrada a la pizzería de Federico, dejando que se cierre de un portazo que enseguida llama la atención de los clientes que están disfrutando de su cena, y de parte del personal, que me miran con los ojos abiertos de par en par.

Cruzo el restaurante, sintiendo decenas de ojos clavados sobre mí y, cuando llego a la zona de la barra, apoyo los codos sobre la madera desgastada y echo un vistazo general a los trabajadores. Aprieto los labios y resoplo de forma involuntaria cuando no veo aparecer a la persona que busco por ningún lado.

—*Buona notte, ragazzo* —me saluda Federico desde el otro lado de la barra. Cierra el grifo por el que corría agua hasta hace tan solo unos segundos y se seca las manos con un trapo de cuadros, que parece bastantes desgastado—. ¿Qué necesitas, Luca? ¿Una pizza *quattro stagioni*?

—No, hoy no he venido a cenar.

—¿Entonces? —Enarca las cejas—. ¿Te puedo ayudar en algo, chico?

—Quiero hablar con uno de tus trabajadores. En concreto, con uno que estuvo repartiendo a domicilio anoche.

—Mmm… ¿El chico nuevo? —pregunta dubitativo después de pensarlo durante unos segundos. Asiento con la cabeza, lo que parece desconcertarlo aún más—. ¿Ha pasado algo?

—Solo quiero hablar con él. —Mi tono de voz suena más cortante y arisco de lo que me gustaría. Federico es un buen hombre y, a pesar de su avanzada edad, sigue trabajando sin descanso en el negocio familiar que tanto le ha dado a lo largo de su vida. No tiene culpa de la rabia que siento ahora mismo, ni de las ganas que tengo por estampar a su trabajador contra la primera pared que encuentre —. Ahora.

—Está haciendo algunos repartos ahora mismo, pero no creo que tarde mucho en llegar —responde con aparente tranquilidad—. Si es importante, puedes esperarlo. —Me señala con la cabeza una mesa libre que hay a mi espalda.

—Papá, ¿pasa algo? —Su hija Ángela, que trabaja dentro de la cocina, aunque atiende de vez en cuando a algunos clientes, aparece y se coloca junto a él—. Buenas noches, Luca —me saluda sonriente. Es de esas personas, que al igual que la *nonna*, siempre tienen una sonrisa en la cara, cosa que a veces me pone un poco nervioso. Nunca sé cómo reaccionar para que no parezca que estoy gruñendo.

—Solo estoy esperando al nuevo.

—¿A Luciano? —pregunta ella.

Bueno, por lo menos su hija es menos inteligente y me ha dado el nombre del chico.

—Sí.

—Solo lleva una semana trabajando aquí, si ha pasado algo… No se lo tomes en cuenta, es un buen chico.

—Seguro que sí —murmuro.

Me observa con el ceño fruncido y luego mira a su padre, que le devuelve el gesto encogiéndose de hombros como respuesta a las preguntas que parece estar haciéndole con la mirada.

—No te preocupes, solo quiero preguntarle una cosa —repito—. Ayer nos llevó un pedido a casa de Nicole.

—Ah, sí —interviene ahora su padre—. Milán me llamó personalmente para encargar vuestra cena. Lleva semanas sin venir al día de las pizzas kilométricas, ya me tenía preocupado.

—Está bien —aseguro—. Ocupado con el trabajo, como siempre.

—Trabaja demasiado —se queja el hombre. Saca una botella de vino Chianti y la planta sobre la barra junto a una copa—. De tus favoritos. —Me guiña un ojo antes de descorchar el vino y servir un poco.

Me llevo la copa a los labios y doy un sorbo, saboreando el sabor seco y ácido del líquido de color carmesí.

—Exquisito —murmuro, todavía con el sabor en mis labios.

—Voy a sacarte un plato de raviolis para hacer más amena la espera —comenta Ángela antes de dar media vuelta y volver a la cocina.

No tenía pensado cenar fuera, pero me acabo remangando y tomo asiento en uno de los taburetes altos que hay frente a la barra. Federico me pone al día de las aventuras de sus nietos en el colegio mientras devoro la comida que ha preparado su hija.

El tiempo pasa bastante rápido y, para cuando me doy cuenta, aparece un chico escuálido vestido de negro y con el cabello rapado. Entrecierro los ojos y lo observo con atención, aunque parece estar tan sumido en su trabajo que no nota mi presencia. Mis ojos se

clavan en los suyos, y asiento internamente cuando compruebo que tiene una cicatriz que le cubre todo el párpado.

Doy un último sorbo a mi copa de vino, apurando el contenido hasta el final, y coloco los cubiertos y la servilleta que he utilizado sobre el plato, que ahora está completamente vacío. La verdad es que Ángela, Priscila —la otra cocinera— y Tadeo —el pizzero—, tienen unas manos increíbles y una vez que comes en este sitio, no puedes evitar repetir.

Me acerco al chico, que ahora me está mirando de reojo, y apoyo un brazo sobre la barra, justo a su lado.

—Buenas noches, ¿necesita algo? —pregunta el muy imbécil.

—Hablar contigo.

—¿Perdone? —Frunce el ceño—. ¿Le conozco de algo?

—No, pero no te preocupes, que en un momento lo vas a hacer. —Me acerco a él, simulando que voy a coger un trozo de papel del servilletero que hay a su otro lado—. Te quiero fuera en un minuto —susurro antes de dar media vuelta y caminar hasta llegar a la puerta de salida.

En cuanto salgo, el aire fresco me golpea en la cara y revuelve un poco mi pelo, que ya está bastante desordenado después de todo el día de aquí para allá. Se agradece el cambio de temperatura, ya que dentro del establecimiento hace bastante calor.

Cruzo la terraza del restaurante, donde algunas familias y turistas cenan tranquilamente, disfrutando del buen ambiente que empieza a haber en esta época del año.

Pasan exactamente cincuenta y seis segundos hasta que aparece el tal Luciano, con el ceño fruncido y el casco de la moto en la mano.

—Usted dirá… —murmura cuando nos hemos apartado lo suficiente del resto de comensales.

—Eres nuevo, ¿verdad? —Asiente con la cabeza—. Genial. —Apoyo mi mano en su hombro y lo aprieto ligeramente—. Pues yo soy un cliente habitual. Conozco a los dueños desde hace muchos años, por lo que nos veremos las caras con bastante frecuencia a partir de ahora. Así que, lo mejor será que nos llevemos bien, ¿no crees?

—Sí… Claro… —titubea. Intensifico la fuerza con la que sujeto su hombro, haciendo que se retuerza ligeramente hacia el lado izquierdo—. Yo… Tengo… Tengo que volver al trabajo.

—¿Sabe tu jefe que te dedicas a abrir los pedidos de los clientes y dejarles notitas en su interior?

Su rostro palidece y sus ojos parecen estar a punto de salirse de sus órbitas.

—¿Qué? —empieza a balbucear—. No sé de qué habla.

Se suelta de mi agarre e intenta dar media vuelta, pero se lo impido agarrándolo por la tela de la camiseta, y estampo su espalda contra la pared.

—Escúchame bien —comienzo a decir, haciendo fuerza para que no pueda apartarse de nuevo—. Tienes la oportunidad de salir de aquí ileso, volver a tu puesto de trabajo y hacer como si nada de esto hubiera pasado. No volveremos a hablar y tampoco tendrás que dejar tu puesto de trabajo. —Traga saliva—. Tan solo tienes que decirme quién te mandó poner esa nota en el interior de la caja de pizza. Solo eso. Un nombre y te dejaré en paz.

—Yo no hice nada —insiste. Lo separo un poco de la pared para volver a inmovilizarlo con más fuerza, haciendo que suelte un

pequeño quejido. Sus ojos están bañados en miedo y su cuerpo tiembla bajo mi mano—. Voy a llamar a la policía.

—Para eso primero tendrás que conseguir escapar de mí, ¿no crees? —Lo aprisiono, esta vez con las dos manos. Acerco mi cara a la suya y puedo oler el miedo a tan poca distancia. Esbozo una pequeña sonrisa. Ya había olvidado la sensación tan placentera de tener el control—. Un nombre. Ya.

—Si no me suelta ahora mismo, gritaré.

—Si no me dices ahora mismo el nombre de la persona que te mandó hacer aquello, esta noche acabarás en urgencias —siseo—. Puede que con algún hueso roto, quién sabe.

—¿Es usted un psicópata, o qué? Suélteme. —Intenta zafarse de mi agarre torpemente—. Ni siquiera sé lo que ponía en la nota, solo cumplí una orden. No tengo nada que ver, de verdad. ¡Suélteme!

—Nos empezamos a entender, Luciano, nos empezamos a entender. —Con la mano que tengo libre, le doy un par de toques en la mejilla con la palma de mi mano—. Dime quién te mandó hacerlo.

Se muerde el labio de forma nerviosa y mira a nuestro alrededor mientras intenta soltarse de mi agarre. Desde aquí puedo escuchar girar los engranajes de su cabeza mientras se machaca pensando en una forma de escapar.

Vuelvo a estampar su espalda contra la pared. Lo fuerte que han sonado los huesos de su espalda contra el muro de piedra me dice que ha tenido que dolerle bastante. Aprieto mi agarre un poco más, cada vez más cerca de su cuello, haciendo que el chico tosa un poco al empezar a faltarle el aire.

—El Sultán —termina diciendo.

Mis ojos se abren de par en par y, poco a poco, la mano con la que lo sujetaba pierde fuerza hasta que acabo soltándolo por completo.

Me quedo inmóvil, sintiendo el eco de sus palabras repetirse una y otra vez en mi cabeza. Él me mira, esperando una respuesta o algún tipo de reacción por mi parte. Pero no puedo dársela; siento que todo el aire que tenía en mis pulmones se ha escapado de golpe.

¿En qué está metida Gia y por qué la persigue el mafioso con más poder de toda Turquía?

23 | ES HORA DE SABER LA VERDAD

Luca

Al llegar a la villa me dirijo hacia el restaurante, donde esquivo las mesas que hay esparcidas por toda la terraza hasta que llego a la que está más cerca de la cocina, donde están cenando Micaelo y Marietta, acompañados, *cómo no*, de Gia.

Parecen estar tan absortos en la conversación que mantienen, que ni siquiera notan mi presencia, hasta que carraspeo con fuerza, atrayendo su atención.

Gia me dedica una sonrisa tímida cuando me ve, y respondo con un leve asentimiento de cabeza, lo que hace que frunza el ceño. Parece confundida y no sé por qué, porque aquí el único que no sabe ni entiende nada soy yo.

—Hola, cariño —me saluda la *nonna*—. ¿Has cenado ya?

—Sí, tranquila.

—¿Quieres acompañarnos un rato? —propone—. ¡Te serviré una copa de vino! Gia nos estaba contando algunas cosas de su vida en España.

—Ah, qué interesante. —Me siento en la silla libre junto a mi abuela, quedando frente a la chica que me mira con las mejillas levemente sonrojadas, supongo que por el vino. Lleva el pelo recogido en una coleta y, maldita sea, está preciosa—. Cuéntame a mí también, Gia. Me interesa mucho saber cómo era tu vida antes de que te convirtieras en una novia a la fuga.

—¡A ti también te lo ha contado! —chilla la *nonna*, siempre entusiasmada por un buen chisme, el mismo que luego compartirá con todas sus amigas hasta que se acabe enterando toda la ciudad. Da una palmada en el aire y vuelve a mirar a la chica que tengo frente a mí, que parece estar estudiándome, como si intentara descifrar la oscuridad de mi mirada o mi indiferencia, a pesar de que estos últimos días nos hemos acercado un poco más.

—No hay mucho que no sepas ya —murmura con tranquilidad después de darle un sorbo a su copa de vino tinto—. Mi vida era bastante aburrida y monótona. No estaba enamorada de mi prometido y quise empezar de cero en otro lugar. No es tan interesante como parece. —Se encoge de hombros.

—¿Y qué relación tienes con Turquía, entonces? —inquiero.

Se le cae el tenedor de las manos, haciendo que rebote contra la mesa, hasta acabar cayendo al suelo.

—¿Con Turquía? —Asiento con la cabeza. Mira de reojo al *nonno*, que parece inmóvil mientras oye nuestra conversación, comiendo tranquilamente—. ¿Por qué lo preguntas?

—Simple curiosidad. —Me encojo de hombros—. Me preguntaba si alguna vez has estado allí, es un país precioso.

—Sí, estuve de vacaciones. —Asiente con la cabeza un par de veces, sin mirarme—. La madre de mi exprometido es muy fan de las novelas turcas, y se empeñó en llevarnos a toda la familia a hacer una ruta por las ciudades que más aparecen en las series que ve.

Asiento y doy un trago a mi copa. Creo que he tenido suficiente. No parece estar mintiendo, pero tengo claro que tampoco dice la verdad, así que tendré que seguir investigando por mi cuenta.

—Cariño, esta salsa está exquisita —comenta Micaelo, que está distraído mojando un trozo de pan en lo poco que queda de salsa en su plato.

—Gracias, cielo. Me ha ayudado Gia a prepararla. Estuvo un buen rato conmigo en la cocina antes —me cuenta a mí, como si me importara saberlo—. Nos hemos estado conociendo mejor. ¡Es un encanto!

—Gracias, Marietta —murmura ella.

—Oh, cariño, ¡llámame *nonna*! —Extiende su brazo y le acaricia la mejilla con una de sus manos—. Recuérdalo, ahora eres una más de nuestra familia.

—Luca —me llama Micaelo—. ¿Vienes a mi despacho un momento?

—Claro, *nonno*.

Nos levantamos y, después de despedirnos de las chicas, entramos en el interior de la villa y cruzamos los pasillos hasta llegar a su despacho. Una vez dentro y con la puerta cerrada, da algunos pasos tranquilos hasta llegar al sofá y se sienta, animándome con la mirada a hacer lo mismo.

—Tú dirás —le digo cuando me siento a su lado.

—¿Dónde has estado?

—Por ahí, dando una vuelta. ¿Es que también tengo que decirte a dónde voy o dejo de ir? Porque ya es lo que me faltaba.

—Siempre y cuando interfiera en alguna de mis órdenes, sí.

Tenso la mandíbula.

—¿Y en qué se supone que interfiere? —inquiere.

—Has dejado sola a Gia. —Me advierte con la mirada—. Y te dije que tenías que protegerla.

—Y eso hago. He estado hablando con el chico que puso la nota dentro de la caja, Micaelo. —Sus ojos achinados se abren de par en par al oír mis palabras—. Así que ya he hecho mucho más de lo que han hecho tus hombres hasta ahora.

—¿Qué has averiguado? ¿Y a qué ha venido el numerito de hace un rato?

—Numerito, ninguno. —Niego con la cabeza—. Siempre me dices que sea amable con la chica. Solo me estaba interesando por ella.

—¿Y a qué viene preguntarle precisamente por Turquía, Luca? —insiste, observándome con los ojos entrecerrados.

—Hay algo que no nos está contando. O que tú ya sabes y no quieres contarme a mí. Te lo digo de verdad, *nonno*. —Inspiro hondo antes de continuar hablando—: O eres sincero y me cuentas la verdad, o será mucho peor cuando la descubra por mí mismo.

—¿Te atreves a amenazarme? —Enarca una ceja y suelta una carcajada—. ¿Después de todo lo que he hecho por ti?

—Solo te estoy avisando —respondo a regañadientes.

Le debo mucho a Micaelo. No sé qué sería de mí si él no me hubiera acogido como un nieto. Le debo su hospitalidad, su cariño y su compañía. Pero, sobre todo, le debo su silencio.

—Su padre y yo fuimos amigos hace muchos años —comienza a decir—. Le debía un favor y por eso la estoy ayudando. Su exprometido es turco y esa es la única relación que tiene con Turquía.

—¿Y por qué la está buscando El Sultán?

La mirada del nonno se ensombrece, pero enseguida lo oculta al relajar las facciones de su rostro.

—Supongo que por algún ajuste de cuentas por parte de la familia del novio, no lo sé.

—¿Es una familia importante?

—Mucho.

—¿Los conoces?

Me responde asintiendo con la cabeza.

—¿Por qué la persiguen? —Aprieto los labios, tenso—. Si no se quiere casar, no está obligada a hacerlo.

—Créeme, hijo, sí que lo está. Cuando hay alianzas importantes de por medio, no hay nada que una chica como Gia pueda hacer.

—¿Conoces al hombre con el que estaba prometida?

Asiente con la cabeza.

—Sí —responde—. Y tú también.

Mi cerebro se niega a procesar estas últimas palabras. Quiero entenderlas y lograr procesar toda la información, pero me resulta imposible. En mi cabeza, todo da vueltas ahora mismo.

—¿Quién es?

—No pienso hablar más, me duele la cabeza. —Se recuesta en el sofá—. Cierra la puerta al salir.

—No puedes soltarme tremenda bomba y ahora quedarte callado. —Me pongo de pie y extiendo los brazos a ambos lados del cuerpo —. ¡Dime ahora mismo qué está pasando! —exijo con seriedad.

—El padre del chico firmó una alianza con los de Gia antes de que murieran. —Entorna los párpados y me observa unos segundos antes de decir—: Debe casarse con él si no quiere romperla. Y ya sabes lo que pasaría si lo hiciera.

Suelto un gruñido.

—Hablar de cosas tensas me da dolor de cabeza —repite y señala la puerta con la mano—. Cierra cuando salgas, por favor.

—¿Ella sabe quién soy? —pregunto antes de salir de su despacho.

—No —responde con los ojos cerrados y la cabeza echada hacia atrás—. Y no tiene por qué saberlo.

24 | PUEDES CONFIAR EN MÍ

Gia

La sangre de la piel magullada de mi estómago todavía caía a goterones, dejando una línea fina de color carmesí rodando por mi cuerpo hasta llegar al charco que se había empezado a formar en el suelo junto a mis pies.

El aire se sentía pesado, igual que mis piernas, que se tambalearon cuando logré ponerme de pie. Empujé con el pie izquierdo la silla en la que hasta ahora había estado sentada, haciendo que el golpe resonara en un fuerte eco por toda la estancia.

Tenía los músculos de las piernas entumecidos después de llevar tantas horas atada, por lo que mis rodillas no tardaron demasiado en flaquear hasta hacerme caer al suelo de rodillas.

Solté un grito ahogado cuando noté algo desgarrarse en mi interior. Mis manos todavía seguían anudadas tras mi espalda, por lo que ni siquiera podía hacer fuerza para levantarme del suelo o, por lo menos, limpiar mis lágrimas.

La puerta se abrió a mis espaldas. Cerré los ojos con fuerza, esperándome el peor de los escenarios de nuevo, hasta que unos pasos firmes y rápidos llegaron hasta mí.

—Tranquila, soy yo —susurró una voz conocida.

Levanté la mirada y me encontré con unos ojos cálidos a la vez que intensos de color castaño oscuro que me miraban preocupados.

—¿Can? —pregunté con un hilo de voz. Enseguida comencé a toser por el esfuerzo y sentí que me faltaba el oxígeno de nuevo—. ¿Qué… haces… aquí? —Cada palabra se sentía como un cristal rajando mi garganta sin piedad.

—He venido a salvarte. —Se arrodilló a mi lado y me acarició el pelo con una de sus manos.

Cerré los ojos y dejé escapar una lágrima que rodó por mi mejilla cuando noté el contacto. Enseguida me estrechó entre sus brazos y, por la forma en la que se aferraba a mi débil cuerpo, pude comprobar que realmente estaba preocupado por mí. Cuando me separó de su agarre, volvió a inspeccionarme de arriba a abajo y soltó un pequeño sollozo cuando vio toda la sangre que adornaba mi cuerpo y casi toda mi ropa—. Maldita sea, estás herida.

—Tú eres uno de ellos —titubeé antes de inclinarme hacia delante por culpa del dolor y volví a toser.

—Claro que no, yo no he tenido nada que ver en todo esto. —Acunó mis mejillas entre sus manos—. Tienes que creerme. —Sus ojos reflejaban desesperación y acariciaba mi pelo una y otra vez, como si internamente tratara de convencerse de que estaba viva y junto a él de nuevo—. Ahora voy a sacarte de aquí.

—¿Serías capaz de traicionarlo por mí?

—Sería capaz de hacer cualquier cosa por ti, aşkım, cualquier cosa —susurró.

—No puedes hacer esto, tienes que irte.

—No me iré a ninguna parte sin ti —sentenció—. Podemos empezar de cero en otro lugar. Sin nuestras familias. Sin pertenecer a ningún bando. Solos tú, yo y nuestro amor.

Quise decirle que, por mi parte, no existía ese amor del que hablaba, pero no tuve las fuerzas para hacerlo. No tenía mucho tiempo y necesitaba salir de ahí cuanto antes.

—Entonces ayúdame a salvar a mi padre.

Nuestras miradas se encontraron de nuevo.

—No queda mucho tiempo, Can… —insistí—. Tienes que ayudarme.

Su rostro se oscureció.

—Tu padre es un traidor —replicó con firmeza—. No pienso ayudarlo esta vez.

—¿Y qué diferencia hay con la traición que piensas cometer al sacarme de aquí? Tú también lo eres.

—No me compares con él —masculló—. No tengo nada que ver con ese hombre.

—Ayúdame, te lo suplico.

Cerró los puños, que mantenía pegados a sus piernas, y enseguida sus nudillos se volvieron tan blancos como la nieve por toda la fuerza que estaba ejerciendo contra sus propias manos.

—Te sacaré de aquí —dijo con voz ronca.

Se puso de cuclillas y desató la cuerda con la que estaban atadas mis muñecas. Intenté moverlas en círculos para destensarlas, pero dolían demasiado.

Unas voces que provenían del exterior nos sobresaltaron a ambos.

—Finge un poco más, meleğim.

—¿De verdad puedo confiar en ti?

—Sabes que sí.

—Pues entonces dame algo para protegerme y poder salir de aquí —le pedí en voz baja.

—No pelearás.

—Entonces eres tú el que no confías en mí.

—Vas a volverme loco —musitó cuando las pisadas se escuchaban cada vez más cerca de la puerta—. Toma. —Me puso una pistola entre las manos y, de forma torpe y dolorosa, levanté un poco mi camiseta y la escondí dentro de mis pantalones—. Solo te la he dado para que te sientas más tranquila, pero tienes prohibido usarla.

Asentí lentamente con la cabeza.

Con cuidado de no hacerme daño, pero con una rapidez sorprendente, volvió a sentarme en la silla que había tirado al suelo y ató mis muñecas, esta vez en un nudo mucho más suelto y fácil de deshacer.

—¡Aleja tus sucias manos de mi hija! —La voz de mi padre retumbó por todo el garaje y sentí que podía respirar de nuevo,

después de tantas horas con el miedo oprimiendo mi pecho.

—Burak, relájate. He venido a sacarla de aquí. —Levantó las manos en señal de rendición cuando la figura de mi padre se abrió paso entre la oscuridad de la sala y atisbó cómo lo apuntaba con una pistola.

—¡Aléjate! —volvió a gritar.

—Por favor —le supliqué a mi prometido cuando me miró—. Papá —sollocé cuando lo vi tan cerca de mí—. No le hagas daño.

—Él es quien quiere hacernos daño a nosotros, hija —dijo con seriedad, sin dejar de apuntarlo con su arma en ningún momento—. ¿Sabías que quería sacarte de aquí y llevarte lo suficientemente lejos como para que no descubrieras que había dado un aviso de mi paradero? ¡Quería verme morir!

—¿Es eso cierto?

La mirada arrepentida de Can contestó por si sola mi pregunta.

—Todo tiene una explicación —replicó con voz pausada—. Tu padre no es un buen hombre.

—¡Deja de meterle esas ideas en la cabeza! —gritó él como respuesta.

—Ella piensa que la quieres, pero yo sé cuáles son tus verdaderas intenciones —insistió el otro, señalándolo con el dedo.

—¡Basta! —chillé en esta ocasión yo, desgarrándome la garganta por el esfuerzo.

Me levanté a trompicones y, aunque mi cuerpo se tambaleaba hacia los lados y veía todo tan borroso que sentía que estaba a punto de desmayarme, le apunté con la pistola mientras me acercaba a mi padre, que me esperaba con los brazos abiertos.

—¿Qué haces? —preguntó, incrédulo, cuando vio mis intenciones. Siempre se le había dado muy bien ver más allá de mi mirada y saber lo que pensaba y sentía en cada momento.

—Tu padre te está mintiendo. Te ha mentido toda la vida.

—No vas a engañarme de nuevo —sentencié.

—Tienes que confiar en mí —susurró—. Solo intento proteger tu vida de todos los que quieren arrebatártela.

—Vamos, hija, tenemos que salir de aquí —advirtió mi padre—. Y ¡mírate! Estás herida. Debes ver a un médico cuanto antes.

—Estoy bien, papá —intenté tranquilizarlo. Can seguía con su mirada clavada en mí y dio un par de pasos acortando nuestra distancia, todavía con los brazos en alto.

—No te acerques o disparo —lo amenacé.

Esbozó una sonrisa ladeada cuando vio la forma en la que temblaba mi mano sujetando el arma que él mismo me había entregado.

—No me das miedo, cariño —me recordó—. Sé que no serías capaz de hacer daño a nadie.

—No me subestimes.

—Vamos, suelta el arma, y hablemos los tres con calma —propuso Can.

—No hay tiempo para hablar. Tenemos que salir de aquí de inmediato —gruñó mi padre a mis espaldas—. ¿Vas a dispararle tú o lo tengo que hacer yo?

—Lo siento —susurré mirando por última vez al chico que tanto amor me había prometido.

Cerré los ojos y, sin pensarlo ni un segundo más, pulsé el gatillo con uno de mis dedos. Pero antes de que la bala pudiera salir, se escuchó un estruendo mucho más fuerte que resonó por todo el garaje y, aun en medio de la oscuridad que luchaba contra la luz tenue de la lámpara que colgaba del techo, pude ver el cuerpo de Can caer lentamente hacia el suelo.

Miré la pistola que sujetaba con las manos. El disparo no había salido de ella, sino de la que sujetaba mi padre entre sus manos.

—Papá…, le has disparado —balbuceé.

—He hecho lo que tenía que hacer —respondió. Me quitó el arma de las manos y la escondió en el bolsillo trasero de su pantalón, ocultándola bajo la camisa que llevaba puesta—. Vamos, tenemos que salir de aquí.

Me agarró de la mano y tiró de mi débil cuerpo, casi arrastrándome por todo el lugar, mientras que mi mente seguía proyectando la imagen de Can cayendo al suelo mirándome a los ojos con fijeza, reflejando un sentimiento de dolor y traición que jamás olvidaría.

Me incorporo de golpe en la cama hasta quedar sentada, sintiendo mi corazón latir a una velocidad desbocada, agitando mi pecho con fuerza con cada respiración que tomo.

Observo mis manos y compruebo que siguen temblando, solo que ya no sujeto una pistola con ellas. Las gotas de sudor me caen por la frente. Miro a ambos lados de forma apresurada y, aun en medio de la oscuridad, me sobresalto cuando veo a Luca con sus pupilas fijas en mí, también sentado en la cama en mi misma posición.

—¿Estás bien? —pregunta con una voz mucho más suave que la que suele utilizar normalmente.

—Sí… Solo… —Las lágrimas comienzan a caer por mis mejillas y maldigo en mi interior cuando noto mi voz quebrarse con cada palabra—. Ha sido una pesadilla.

—Estás temblando.

No me había dado cuenta hasta ahora de que, no solo me tiemblan las manos, sino el resto del cuerpo. Me abrazo a mí misma para intentar frenar el movimiento involuntario.

—Estoy bien.

—Eso ya lo has dicho —murmura, levantándose de la cama—. Ven, vamos fuera a tomar el aire.

No me siento con fuerzas para reprochar o llevarle la contraria, así que me levanto de la cama y lo sigo hasta llegar a las puertas que dan paso al balcón. Las abre con cuidado y me invita a salir primero. Siento el aire fresco revolver mi cabello en cuanto mis pies pisan el suelo frío. El balcón se encuentra rodeado de otros árboles y

conectado con el resto de los balcones de la planta. Apoyo las manos en el muro de piedra y tomo aire, llenando mis pulmones del oxígeno que siento que me falta. Me sobresalto de nuevo cuando lo siento demasiado cerca de mí, y le dedico una pequeña sonrisa de agradecimiento cuando me pasa la sábana por encima de los hombros.

—A estas horas de la madrugada hace frío —me explica.

—Gracias —respondo con la mirada todavía perdida en medio de la nada.

La noche parece tranquila, envuelta en un cielo oscuro iluminado tan solo por una esfera blanca y brillante que capta mi atención desde el primer momento.

Pienso en mi padre y en que, con algo de suerte, él sigue todavía viendo la misma luna.

Me recuerdo a mí misma que todo esto es por él y que, tan solo por eso, merece la pena seguir luchando.

Luca suspira a mi lado y decide romper el silencio que hay entre nosotros.

—No sé si es más preocupante que me despiertes gritando en medio de la noche, o que lleves callada tanto tiempo.

—Tengo miedo —confieso, con un hilo de voz.

—Ya lo sé.

—Creo que la situación me está superando —añado con la vista fija en mis manos—. Intento ser fuerte, pero… no lo soy —acabo diciendo en medio de un sollozo desgarrado.

—Más lágrimas otra vez, no —se queja—. No llores.

—Vale —respondo, sorbiéndome la nariz.

Lo escucho resoplar y gruñir a mi lado, hasta que pasa un brazo alrededor de mis hombros y me atrae hacia él con un movimiento bastante brusco. Mi corazón responde a su cercanía de forma inmediata. Lo observo y me encuentro con unos iris oscuros que brillan con el reflejo de la propia luna sobre ellos.

—No me gusta verte llorar —me recuerda.

—Lo siento, no puedo evitarlo —susurro. No sé si mi cuerpo se agita por la reciente pesadilla o por su cercanía—. Me asusta no saber en quién puedo confiar y en quién no.

—Puedes confiar en mí.

Apoyo la cabeza en su hombro y, pese a que todo su cuerpo está tenso, no me aparta; sino todo lo contrario, refuerza su agarre y me abraza mientras me pierdo en los fuertes latidos de su corazón, que retumban en su pecho.

—¿Y tú? ¿Confías en mí?

—Sí —responde después de unos largos segundos, debatiéndolo internamente en silencio.

—¿Sabes? —Mi voz suena casi en un susurro—. Estoy harta de fingir que me sigues cayendo mal, cuando la verdad es que hace mucho tiempo que ya no es así.

—Tú tampoco me caes tan mal a mí —admite, y su confesión logra sacarme una sonrisa.

—¿Entonces eres un gruñón por naturaleza?

—Puede ser. —Me muerdo la sonrisa al escuchar su respuesta, aunque sé que no puede verme la cara ahora mismo—. Antes no era así, pero hay cosas en la vida que te cambian por completo y, una vez que suceden, ya nunca vuelves a ser el mismo.

—Te he visto tratar a Marietta con dulzura y a tus amigos con muchísimo cariño — comento, pensativa—. Creo que solo intentas ocultarte en una fachada que tú mismo te has creado. Eres una buena persona, Luca.

—No lo soy, Gia —replica al instante.

—¿Qué te pasó? Puedes contármelo.

—Lo haré cuando tú me cuentes tu verdadera historia. —Me separa de su cuerpo y enseguida noto un vacío que llega a molestarme.

Recoloca la sábana sobre mis hombros con cuidado y me pasa un mechón de pelo por detrás de la oreja. Frunce los labios, observándome con detenimiento.

—Acabas de decir que confías en mí.

—Y lo hago —asegura con un asentimiento de cabeza—. Por eso creo que tienes un buen motivo para estar mintiéndome.

Llevo mi mano lentamente hasta su mejilla, temiendo por su reacción; al ver que no se aparta, acaricio su piel suavemente con el dorso de los dedos.

Él traga saliva y, aunque parece tenso e incómodo, no se mueve, sino que sigue estudiando mi rostro, inmóvil frente a mí. Me

sorprendo cuando enrolla uno de sus dedos alrededor de uno de mis rizos.

Siento que nos une algo mucho más fuerte que la conexión que sentimos y de la que tanto hemos querido huir hasta ahora. Y, por algún motivo, la sensación que siento al estar junto a él cada vez es más agradable.

Nuestros labios están a escasos centímetros de distancia y ni siquiera sé en qué momento nos hemos acercado tanto. Pero, aunque no nos besemos, la electricidad que desprendemos cuando estamos juntos lo dice todo. Nuestras respiraciones agitadas hacen que nuestros pechos se muevan en sintonía.

Y sus ojos me miran como si fuera capaz de verme de verdad, a pesar de estar oculta entre tantas mentiras.

No me hace falta un beso ni que diga nada más para darme cuenta de que algo ha cambiado entre nosotros. No sabría decir en qué momento, pero de lo que sí estoy segura es de que no quiero que termine.

25 | PLANES PARA EL FIN DE SEMANA

Luca

Gia Fugitiva:

¡Mira! Esta camiseta es demasiado tú: negra, básica y con un mensaje que espanta a cualquier persona que quiera respirar cerca de ti.

Esbozo una sonrisa mientras niego con la cabeza cuando veo la cara de la pelinegra en la foto que me acaba de enviar, sosteniendo una percha de la que cuelga una camiseta negra con un *«do not disturb»* de color plateado bordado en el centro.

Luca:

¿Por qué me escribes?

Te dije que solo lo hicieras si se trataba de una emergencia.

Gia Fugitiva:

Reconoce que te ha gustado y ahora te la quieres poner para dormir.

Luca:

Reconoce tú que te encantaría verme dormir, pero sin camiseta.

Gia Fugitiva:

¡No! Qué asco.

—Oye —se queja Milán, quien le da un manotazo a mi teléfono para llamar mi atención—. ¿Qué te pasa hoy con el móvil? Te estoy hablando.

—Perdona, estaba contestando un mensaje —me disculpo.

—Pero si tú nunca respondes.

Me encojo de hombros ante su mirada juiciosa, y seguimos caminando, rodeados de todo tipo de tiendas y restaurantes del centro comercial en el que estamos dando una vuelta.

Hoy es sábado, y en esta ocasión, hemos decidido quedar todo el grupo en este lugar para hacer algunas compras antes de cenar. Estamos organizando un viaje para disfrutar de un fin de semana en una villa que hemos alquilado; la intención es compartir gastos y poder pasar más tiempo juntos.

Muy a mi pesar —o, quizás ya no tanto—, hoy también han insistido en invitar a Gia. De momento, hemos estado los chicos por un lado y las chicas por otro; hasta que ellas han decidido que es buena idea que nos sentemos en unos sillones bastante incómodos de la zona de los probadores y nos dejemos torturar un rato viendo cómo se prueban infinidad de ropa. Cuando llevamos más de cuarenta minutos esperando que terminen de probarse todo, empiezo a arrepentirme de no haber escogido una buena excusa para no quedar hoy.

¿Podríamos estar en cualquier otro lugar del centro comercial? Sí, pero mis amigas son muy pesadas y nos han acabado convenciendo. Además, ninguno de nosotros se ha atrevido a contradecirlas.

—Preciosa, cariño —alaba Alessandro a su mujer, Sienna, que acaba de salir del probador con un vestido verde. Otro vestido más; ya todos me resultan iguales y encima son del mismo color.

—Pero si es igual que el anterior —me quejo, recibiendo una mirada fulminante por parte de mi amiga.

—Pues claro que no es igual —protesto. Se aleja del probador y da algunos pasos firmes hacia nosotros con los hombros erguidos y el mentón en alto—. El anterior tenía escote cuadrado y este en forma de corazón —explica.

—Es un simple vestido —insisto—. Y los dos son de color verde. Escoge uno ya y así nos podremos ir de aquí lo antes posible.

—Menudo gruñón estás hecho —murmura Bianca desde su probador antes de salir con una cantidad ingente de prendas colgadas en diferentes perchas—. Yo ya he terminado. Me llevo los dos conjuntos del principio —nos cuenta, como si alguno recordásemos algo de lo que se ha probado. Mi cabeza se ha desconectado tras el primer modelito.

La cortina del probador de Gia se abre por primera vez, ya que es la única que no nos ha estado deleitando con su modelaje, sino que ha preferido probarse en privado cada uno de los conjuntos que ha escogido.

Mis ojos se abren de par en par cuando la veo salir con un vestido blanco bastante corto que se le ciñe a cada curva, dejando entrever

parte de su piel bronceada y sus largas piernas kilométricas. No tengo ni idea del tipo de vestido que es, ni sé nada de la tela ni de la forma del escote que tiene según Sienna —aunque resalte tan bien el busto de la pelinegra—, solo sé que se le pega a cada centímetro de su cuerpo como una segunda piel. Y que le sienta de maravilla.

—Madre mía, qué guapa, Gia —comenta Nicole, que también acaba de salir de su probador con el resto de las prendas que se ha probado.

Milán la mira como si fuera la única chica en la tierra, aunque enseguida se esfuerza por apartar la mirada y dirigirla a Gia, que se ha vuelto el centro de atención de todo el grupo en un momento.

—¿Y para eso has tardado tanto? ¿Para un simple vestido blanco? —Bianca la mira con cara de pocos amigos.

Tengo que hablar con ella y preguntarle cuál es el motivo de su rechazo hacia la chica, porque hasta donde tengo entendido, no le ha hecho nada malo.

—Me he probado más cosas. —Señala con la cabeza su montón de ropa—. Que no haya querido salir y desfilar como vosotras, es diferente. Y no es un simple vestido blanco, es de tela fina de punto y tiene bordados en las mangas —explica y se encoge de hombros.

—Lo que decía… —Bianca resopla de forma exagerada—. Un simple vestido blanco.

—No todas contamos con tu maravilloso gusto para la moda, querida —suelta la pelinegra en tono irónico, lo que nos hace soltar una pequeña risita a la mayoría.

—¿Me estás vacilando? —replica la otra.

—No, ¿por qué? —responde Gia, alzando las cejas. Bianca entorna los párpados, mientras que sostienen la mirada nos cuantos segundos más, hasta que de repente Gia nos mira a nosotros antes de volver a hablar—: ¿Qué tal me queda, chicos?

—Estupendo —afirma Rodrigo.

Alessandro responde con un asentimiento de cabeza y un pequeño guiño, y Milán no deja de mirarle embobado las piernas.

—Estás increíble.

—Gracias, Milán.

Gia cruza sus ojos con los míos y se queda mirándome fijamente, esperando una respuesta por mi parte.

—No está mal —murmuro.

Pone los ojos en blanco antes de entrar de nuevo en el probador.

—¡Salgo enseguida! —promete una vez que echa la cortina.

—¿Por qué tiene que venir siempre con nosotros? —se queja Bianca en un susurro, sentándose a mi lado—. Es agotadora.

—¿Se puede saber qué tienes contra ella? No te ha hecho nada y es majísima —contrarresta mi otra amiga, Nicole, frunciendo ligeramente el ceño.

—No lo sé, no me transmite buenas vibras y ya está. Hay algo en ella que no me gusta. —Alza el mentón.

—Ni siquiera estás esforzándote por conocerla —le dice Sienna, también en un tono de voz bajo.

—Bueno, ya vale —interviene Milán—. Va a oíros.

Bianca se levanta con los brazos cruzados y deja toda la ropa tirada en el asiento.

—Llévala por mí, Luca —dice, refiriéndose a las prendas—. Estoy demasiado frustrada ahora mismo como para cargar con mi propia ropa —murmura como si nada, como si no me estuviera pidiendo que fuera su maldito sirviente delante de mis amigos y como si no se estuviera comportando como una maldita cría.

—¿Te pasa algo en las manos? Llévalo tú. No soy tu criado —respondo, levantándome del sillón.

Gia sale de su probador con una sonrisa deslumbrante en el rostro y no puedo evitar sentir una pequeña punzada en el pecho. No sé por qué hoy la encuentro tan preciosa. Puede que sea porque vuelve a llevar un pañuelo de pirata, o por el cabello rizado que se mueve ligeramente con el viento, llenando todo el ambiente con el olor a melocotón que desprende cada mechón.

A diferencia de mis amigas, ha cogido bastantes prendas y las carga con dificultad. Me escucho soltar un pequeño gruñido cuando me acerco a ella y le quito un puñado de ropa de las manos.

—¿Qué haces? —pregunta, caminando junto a mí varios pasos por detrás del resto del grupo. No me pasa desapercibida la mirada fulminante que nos dedica Bianca. Y no es para menos, pues creo que nunca me había comportado de una forma tan absurda cuando estoy cerca de esta chica.

—Ayudarte —respondo de forma breve—. Y se dice gracias.

—No te he pedido ayuda. —Intenta quitarme las perchas de las manos.

—No seas cabezota y camina —insisto—. Quiero salir ya de aquí.

La miro de reojo y atisbo una pequeña sonrisa ladeada en su rostro que, por algún motivo, hincha mi pecho de satisfacción.

***

Estamos cenando en un restaurante con terraza, que nos deja disfrutar de las vistas de Cortona. A nuestro alrededor se oyen risas, cubiertos que tintinean y el murmullo del resto de comensales que conversan de forma tranquila.

—No me creo que la semana que viene vayamos a estar juntos de vacaciones —comenta Rodrigo, cambiando por completo el tema de conversación en el que cada uno estábamos haciendo un pequeño resumen de nuestra semana—. Creo que nos vendrá bien desconectar un poco.

—¿Todos los años hacéis un viaje juntos? —pregunta de forma curiosa Gia, antes de agarrar un trozo de pan de ajo, partirlo por la mitad, y llevarse un pedazo a la boca.

—Intentamos hacer juntos dos escapadas al año, aunque no siempre conseguimos coincidir con los horarios del trabajo o las vacaciones —responde Alessandro.

—Por cierto, necesitamos organizar el tema de los coches —añado, pensativo.

Vamos a hacer la ruta hasta Umbría en coche, así que tendremos que organizarnos para poder ir todos cómodos y cargados de

maletas. Aunque vamos a pasar fuera tan solo un fin de semana, ya conocemos a nuestras amigas y sabemos que llevarán equipaje como si fuésemos a estar fuera todo un mes.

Gia se retuerce en su silla y mira hacia los lados, como si estuviera buscando a alguien. No es la primera vez que lo hace en lo que llevamos de cena y, aunque he intentado preguntarle con un gesto rápido y una mirada si le ocurre algo, solo he conseguido encontrar preocupación en su mirada, lo que ha hecho que mi cuerpo se tense y se mantenga alerta ante cualquier posible peligro.

—Fácil —afirma Alessandro—. Yo llevo mi coche. —Se encoge de hombros y los demás casi ponemos los ojos en blanco; ya sabemos lo mucho que le gusta conducir—. Mi mujer viaja conmigo. Y pueden venir con nosotros Rodrigo y Bianca, por ejemplo.

—¿Quieres conducir tú esta vez, o prefieres que lleve mi coche? —me pregunta Milán.

—Podemos ir en la camioneta de Gia —propongo, intentando hacer reaccionar a la chica, que sigue sumida en sus pensamientos —. Le vendrá bien hacer algunos kilómetros.

—Vale —accede mi amigo—. Pues entonces podemos ir nosotros cuatro en su coche.

—Os recuerdo que todavía tengo que asegurarme de que mi madre pueda quedarse con mis hijos. —Nicole da un sorbo a su copa de vino y vuelve a dejarla en la mesa con cuidado—. Pero me gusta la idea de compartir coche contigo —le dice a Gia, que parece haber vuelto a la realidad y le responde con una sonrisa.

—*Tutto bene*? —nos pregunta el camarero después de recoger algunos platos de nuestra mesa.

Gia aprovecha para levantarse de su sitio y después de mirar a nuestro alrededor con una mueca tensa, se disculpa con el grupo con la excusa de ir a retocarse el maquillaje. No me lo pienso antes de levantarme y seguirla hasta el cuarto de baño. Antes de que pueda entrar, la agarro por el codo. Suelta un grito ahogado y se sobresalta ante el roce. Me da un pequeño empujón que apenas logra moverme del sitio cuando se da cuenta de que soy yo, y se lleva la mano al pecho mientras intenta regular su respiración acelerada.

—Menudo susto me has dado.

—¿Estás bien?

—No —responde de forma tajante—. Casi sufro un infarto por tu culpa.

—Eres muy dramática. Me has visto levantarme de mi sitio y seguirte. —Le paso un mechón de cabello por detrás de la oreja, aprovechando para acariciar la piel suave de su mejilla con el dorso de mi mano.

—Estaba pensando en mis cosas y no me había dado cuenta, ¿vale? —Su mirada, lejos de fulminarme como en muchas otras ocasiones, me transmite su preocupación.

—¿Qué te pasa? —insisto.

Doy un paso hacia adelante y me acerco a ella, interponiéndome entre su cuerpo y la puerta del cuarto de baño.

—Nada —asegura—. Creo que es el vino. Me he mareado un poco y quería refrescarme. ¿Me dejas pasar?

—¿No decías que ibas a retocarte el maquillaje? Para mentir hay que tener buena memoria, piratilla.

—Y para que crea que realmente te preocupas por mí, tienes que ser buen actor y tú precisamente, no lo eres —replica.

—No me interesa fingir nada, Gia. Has estado toda la noche tensa, vigilando tus espaldas. Quiero saber qué pasa, ya sabes que estamos juntos en esto.

—¿Es que siempre estás pendiente de mí, o qué? —Se cruza de brazos, un poco a la defensiva.

—Sí —respondo sin pensar, sin apartar la mirada de su boca. Ella pone los ojos en blanco, pero tampoco aparta sus pupilas de mi rostro.

—Me siento observada desde esta mañana en el centro comercial —termina confesando—. Conforme han ido pasando las horas, se ha vuelto cada vez más incómodo. Siento que alguien me está siguiendo, Luca.

—¿Y me lo dices ahora? —mascullo entre dientes.

Resoplo y me aparto de la puerta.

—Nos vamos de aquí. Ya.

—No eres nadie para darme órdenes.

—Soy la persona encargada de vigilarte y velar por tu seguridad.

—¿Ahora eres mi guardaespaldas? —Alza una ceja.

—Llámalo como quieras —siseo—. Nos vamos.

—No pienso irme y seguirle el juego a quien quiera que me esté intentando intimidar. Además, a lo mejor han sido alucinaciones mías.

—Nos vamos —repito, ignorando por completo todo lo que acaba de decir—. Sígueme.

—Oblígame.

El aire se siente cargado de tensión. Otra vez. La sujeto por la cintura y la levanto en un movimiento rápido, colocándola sobre mis hombros. Empieza a gritar, llamando la atención de todo el mundo, justo lo que deberíamos evitar. Por suerte, los dueños del local me conocen y no me riñen demasiado cuando vuelvo a nuestra mesa; cojo nuestras pertenencias con mi mano libre, la que no está sujetando a Gia por detrás de las piernas, mientras intento esquivar sus golpes.

—¡Suéltame! —chilla con fuerza.

—¿Se puede saber qué haces? —pregunta Alessandro, ojiplático, cuando nos ve.

—Nos tenemos que ir. Luego os lo cuento todo.

—Pero ¿qué pasa? —se preocupa Nicole.

—Después os escribo —insisto, con cierta molestia por las incesantes patadas de Gia.

—¡Suéltame ahora mismo! Esto se podría considerar un secuestro.

—No cuando la persona está encantada de estar en mis brazos —le susurro para que solo ella pueda oírme. Eso hace que se quede callada por un segundo, pero no tarda demasiado en volver a la carga y golpearme con fuerza retorciéndose en mis brazos, intentando zafarse de mi agarre.

26 | NO CONFÍES EN NADIE

Gia

—¿Estás más relajada o necesitas que paremos para que te tomes una tila? —pregunta en tono burlón, con la cabeza inclinada ligeramente hacia la derecha, pero la mirada fija en la carretera.

—Déjame en paz —respondo—. Me has secuestrado frente a tus propios amigos.

—¿Crees que sería tan tonto como para secuestrarte? Al final el castigo sería mío, y nadie pagaría una recompensa por ti.

—No tienes ni idea —murmuro de mala gana.

—¿Adónde se supone que vamos? Te has desviado del camino.

—No vamos a la villa —confiesa con su característica tranquilidad —. Quiero enseñarte un sitio.

—¿Crees que tengo ganas de ir a alguna parte? Solo quiero llegar, acostarme, y no pensar en que hay algún psicópata que está persiguiéndome. —Apoyo el codo en la ventanilla de mi asiento y reposo la cabeza en mi mano, perdiendo la mirada en la carretera que nos rodea.

—¿Esa es tu manera de hacerle frente a los problemas? ¿Dormir?

—Claro, es mucho mejor ir a un sitio oscuro en el que sea más fácil que me secuestren —replico con ironía.

—Estás obsesionada con los secuestros.

Me retuerzo en mi asiento.

—¿No deberíamos avisar a Micaelo? —pregunto, cambiando de tema.

—No te preocupes, ya está avisado. —Estaciona el coche y apaga el motor. Se quita el cinturón de seguridad y se gira hacia mí, observándome desde su asiento—. Ahora necesito que me digas qué has notado en la cena y si has visto a alguien extraño.

—Todas las personas parecían cenar con tranquilidad. No he visto a nadie fuera de lo normal —explico, sintiendo la garganta cada vez más seca con cada palabra que pronuncio—. Pero sí que me he sentido observada todo el día. Quizás sean cosas mías, no lo sé —termino diciendo con un suspiro.

—Está claro que la persona que está persiguiéndote quiere algo de ti —concluye.

—Llevarme de vuelta a mi verdadero hogar —musito casi para mí misma,

—Si quisiera eso, ya lo habría hecho, ¿no crees?

—Es cierto.

—Hay algo más... Algo que se nos escapa de las manos —murmura, pensativo—. Si no me cuentas toda la verdad, no podré ayudarte, Gia. Y siento recordártelo, pero estás en peligro.

—¿Dónde estamos? —pregunto cuando me doy cuenta de que el coche ya no está en marcha. Todo a nuestro alrededor está demasiado oscuro como para distinguir algo; ni siquiera hay farolas que alumbren el lugar de forma tenue.

—De todos los sitios de Cortona donde podría llevarte cuando estás teniendo un mal día, ¿dónde crees que te he traído?

—A tu lugar especial —respondo finalmente, con una pequeña sonrisa en los labios.

—Exacto. Y no vamos a irnos hasta que me cuentes toda la verdad.

—No tengo nada más que contar.

—Mentirosa.

Resoplo y pongo los ojos en blanco.

—¿Y si la persona que me está buscando nos ha seguido?

—Tranquila —me dice con calma—. Mientras estés bajo la protección de Micaelo, nadie se atreverá a hacerte daño. Te lo aseguro.

—¿Tanto poder tiene? —Asiente con la cabeza como respuesta—. ¿Es parte de una mafia italiana o algo así?

Se queda callado durante algunos segundos, los cuales me acaban confirmando la respuesta.

—No soy quién para hablar sobre la vida privada de Micaelo —responde por fin.

—Eres su nieto.

—Pero no un chivato —replica.

—¿Y tú? ¿Eres parte de su banda? ¿Trabajas para él?

—No hagas preguntas de las que no estés preparada para recibir una respuesta.

Sopeso su respuesta y decido no preguntar más. En lugar de eso, nos quedamos en silencio, separados por el reposabrazos del coche y admiramos el paisaje en medio de la oscuridad, tan solo alumbrado por la luz vibrante de los faros del coche. No nos envuelve un silencio incómodo; al contrario, está lleno de cosas que ninguno de los dos nos atrevemos a decir. Pero de nuevo, en medio del caos, es Luca quien consigue transmitirme paz y hacer que me olvide de todo… Aunque solo sea durante un rato.

***

Llegamos a la habitación y lo primero que hago es quitarme las sandalias y dejarlas en mi estante del zapatero. Me siento tan hinchada después de todo el día fuera de la villa, que no me vendría nada mal una infusión antes de dormir o incluso la tila que me ofreció Luca hace un par de horas cuando salimos huyendo del restaurante.

Me quedo atontada cuando veo que se está desabrochando la camisa sin reparo, con la mirada fija en la ventana, dejándome una vista ideal de su espalda fuerte, tonificada y llena de lunares que me encantaría unir hasta formar constelaciones.

Debería moverme y encerrarme en el cuarto de baño, pero mis piernas no son capaces de responder y me dejan paralizada en la puerta de la entrada como una quinceañera que nunca ha visto una espalda desnuda. Pero es que menuda espalda.

Gira la cabeza y me mira de forma fugaz antes de volver la vista hacia la ventana.

—¿Estás viendo lo mismo que yo?

—Pues… no creo —respondo, omitiendo todo lo relacionado con su espalda musculosa.

—Ven aquí. —Su tono autoritario consigue erizar mi piel. Mis piernas reaccionan y caminan hasta llegar a él, que me espera impaciente junto a la ventana.

—¿Qué pasa?

Alarga su brazo y golpea el cristal con el dedo índice.

—Mmm, sí. Unas vistas preciosas —murmuro, sin dejar de mirarle.

Pone los ojos en blanco y abre la ventana con cuidado, dejando caer un trozo de papel que estaba metido a presión en el marco.

Me tiemblan las manos cuando lo recojo del suelo, esperándome lo peor.

«No confíes en nadie»

Se me hiela la sangre y le cedo la nota a Luca, que la mira sorprendido, con los ojos bien abiertos y la respiración acelerada.

27 | ESTÁN BUSCANDO ALGO

Gia

Pum.

Vi la bala volar hasta hundirse en el pecho del hombre que tenía frente a mí, que no tardó demasiados segundos en desplomarse sobre el suelo.

Se llevó la mano al pecho —completamente ensangrentado— y cerró los ojos con fuerza, reprimiendo las lágrimas que amenazaban con salir cuando vi cómo sus ojos se abrieron en sorpresa y empezó a agonizar sobre el suelo.

Bajé la pistola con las manos temblorosas y obligué a mis piernas a reaccionar y moverse. Necesitaba salir de allí cuanto antes.

Sentía el corazón latir con fuerza y la ansiedad me oprimía el pecho. Las rodillas me flaqueaban y apenas podía moverme sin sentir una fuerte presión en las costillas —donde horas antes me golpearon con brutalidad— cuando trataba de respirar.

Una vez que llegué a la puerta del garaje, encendí el mechero que llevaba guardado en mi bolsillo. A pesar de tener los ojos aguados y la visión nublada por las lágrimas rebeldes que comenzaron a correr por mis mejillas, observé durante unos segundos que se me antojaron eternos, la pequeña llama que sobresalía de la apertura. Antes de que me diera tiempo a arrepentirme, lancé el mechero al suelo —que estaba lleno del combustible con el que pensaban

calcinar mi cuerpo— y de un instante a otro, las llamas empezaron a extenderse por todo el local.

Salí huyendo a trompicones hasta la furgoneta en la que me esperaban, sin mirar atrás, pero con los ojos llenos de lágrimas. Me aferré con fuerza al cuerpo de mi padre y me permití llorar sobre su pecho.

—Tranquila —me dijo sin dejar de acariciar mi cabello—. Has hecho lo que debías hacer.

—Papá… Yo… He matado a un hombre —sollocé.

—Ha sido en defensa propia, Jade —me recordó—. Le has salvado la vida a tu padre, deberías estar orgullosa. Ahora sí que eres una verdadera Sahín.

—Papá, he matado a… —volví a balbucear con la mirada perdida entre las llamas.

—Shhh, tranquila —me interrumpió—. Has hecho lo que debías hacer. Y ahora, vamos, te explicaré por el camino lo que pasará a continuación.

Me despierto sobresaltada, notando mi cuerpo húmedo por el propio sudor de mi agonía. De forma pausada, me inclino hasta quedar sentada en la cama y, cuando miro hacia el otro lado, veo que la parte del colchón en el que duerme Luca está vacía.

No sé a dónde ha podido ir a estas horas de la madrugada, pero me da miedo estar sola, así que me levanto y reviso el resto de la habitación en su búsqueda.

Voy encendiendo luces a cada paso que doy, iluminando cada zona de la estancia que hasta ahora estaba sumida en la oscuridad.

Luca no está. Y no sé por qué, decido que es una buena idea salir a buscarlo en medio de la noche, cuando sé que me están buscando y que estoy siendo perseguida. Lo que menos me conviene es pasar tiempo sola y mucho menos a estas horas.

Me pongo mi bata de seda para cubrir el pijama fino que llevo puesto y salgo del dormitorio. Todo está oscuro salvo por algunas luces de emergencia que aportan una ligera luz tenue en cada rincón, así como el brillo de la propia luna, que se ve reflejado a través de los ventanales.

Cuando me acerco a la terraza, vislumbro dos siluetas que no me resultan difíciles de reconocer.

—Te digo que esto cada vez me resulta más raro, Micaelo —escucho decir a Luca, a pesar de que está intentando susurrar.

—Y yo te respondo que me obedezcas —replica el otro—. Por el momento, las cosas tienen que seguir así. Mis hombres están como locos buscando a la persona que está detrás de todas esas notas.

—Es alguien que nos conoce bien y que quiere ponerla en nuestra contra.

Me acerco un poco más, con cuidado de no hacer ruido con cada paso, y me oculto tras un árbol.

—No tiene por qué.

—Claro que sí, y tú lo sabes también —afirma su nieto—. Es uno de los nuestros, *nonno*.

—¡Basta! —se queja, alzando la voz más de lo que debería—. No voy a permitir que digas que uno de mis hombres está traicionándome.

—Es lo que parece. Quien sea que la esté buscando... Está aquí, en la villa, y como no hagamos algo de inmediato, será demasiado tarde y no podrás protegerla —murmura Luca, haciendo aspavientos con las manos con cada palabra que pronuncia—. Piensa en lo que te he dicho.

—No, ni hablar —sentencia Micaelo—. No hay nada que pensar. Gia no puede saber quién eres realmente.

—Eso facilitaría mucho las cosas.

—Créeme, no lo haría.

Frunzo el ceño cuando comprendo el significado de sus palabras.

—¿Crees que quien sea puede estar buscando algo?

—¿A qué te refieres?

—Bueno... —Se encoge de hombros—. Si quisieran hacerle daño, ya lo habrían hecho. Pero todo apunta a que están intentando asustarla antes de hacer un movimiento más grande. ¿Y si ella tuviera algo que están buscando?

—Ah, sí, ya. —Asiente, frotándose el mentón—. Lo he pensado también.

«*Algo que están buscando*».

Las palabras se atascan en mi garganta a pesar de que no soy yo quien las pronuncia. Siento un pinchazo en el pecho y me empieza a dar tantas vueltas la cabeza, que tengo que agarrarme al tronco del árbol en el que estoy escondida.

No están buscándome a mí, porque ya me han encontrado. Están buscando el pendrive que me dio mi padre con toda la información que podría destruirles.

28 | NADIE ES QUIEN DICE SER

Gia

—Necesito hablar contigo de algo importante, así que escúchame. —La voz de mi padre resonó como un eco en el interior del coche.

—Dime, papá —respondí sin apartar la mirada del paisaje que había tras mi ventana, perdiéndome entre los arbustos en lugar de prestar atención a todas las sugerencias que me estaba dando para mi nueva vida durante el trayecto hacia el aeropuerto.

—Tengo algo que están buscando, y por nada del mundo pueden encontrarlo si no queremos que acaben con nosotros —dijo con firmeza.

Mi piel se erizó al instante.

—¿Qué es?

—Esto. —Me mostró un pequeño USB que sujetaba entre dos dedos de su mano y le dio un par de vueltas sobre sí mismo. Tomó mi mano, la abrió y lo colocó sobre la palma—. Contiene información sobre la empresa familiar de Emre. Todo lo que necesita El Sultán para acabar con el legado de su familia.

—¿Y por qué lo tienes tú? —pregunté con la voz temblorosa, sin poder apartar los ojos del pequeño dispositivo de almacenamiento que tenía ahora entre mis manos. El frío del metal me produjo un escalofrío, o quizás fue el miedo a lo que suponía tener algo así en mi poder.

—Digamos que necesitaba ganar puntos con El Sultán si quería que nuestra familia no solo siguiera siendo influyente, sino que obtuviese mucho más poder —explicó.

Me quedé estupefacta ante sus palabras. No podía ser verdad. Mi padre no era así.

—Entonces, ¿Can llevaba razón? —pregunté incrédula, sintiendo la garganta aún más seca con cada palabra que pronunciaba—. ¿Has traicionado a Emre?

—Yo no lo llamaría traición, cielo. —Negó con la cabeza, dedicándome una sonrisa ladeada—. Aquí todos sabemos jugar, y si no movía yo una ficha pronto, al final, lo acabarían haciendo ellos. Y no podía permitir que eso sucediera.

—¡No puedo creerlo! —Alcé la voz, sintiéndome llena de rabia—. Can me dijo que eras un traidor y te defendí. Jamás pensé que fueras capaz de hacer algo así... —Negué con la cabeza—. ¡Emre es tu amigo! Y nuestras familias son aliadas desde que tengo uso de razón.

—Pues ya no lo son —sentenció con rabia—. Desde el momento en que Emre decidió meter las narices donde nadie lo había llamado.

—¿Todo esto es porque descubrió tu traición? —balbuceé con los ojos aguados y la visión borrosa por culpa de las lágrimas que amenazaban con mojar mis mejillas—. ¿He matado…? —Tragué saliva y cerré los ojos con fuerza, sintiendo las gotas deslizarse lentamente por mis mejillas, antes de abrirlos de nuevo y encontrarme con la mirada fría de mi padre—. ¿He matado a un hombre solo porque tú te has atrevido a traicionar su confianza y romper nuestra alianza?

—No, cariño. —Inspiró hondo y negó con la cabeza—. Ellos eran los que querían matarme a mí, tú solo actuaste en defensa propia. Nos protegiste a todos.

—No me lo puedo creer —repetí una y otra vez, mientras negaba con la cabeza—. Papá, me has hecho matar a un hombre. Y ese hombre es el padre de Can, mi prometido.

—¿Tengo que recordarte lo mucho que insististe en que no querías casarte con él? Me dijiste que solo lo veías como un buen amigo.

—Y es la verdad, aunque ahora ni siquiera puedo llamarlo amigo porque le hemos traicionado, papá. Él creía en mí, y me has obligado a traicionar también su confianza.

—Eres una Sahín —me recordó—. Así que nunca agaches la cabeza. —Me levantó él mismo el mentón y nuestros ojos se encontraron de nuevo. Nunca había visto la mirada de mi padre tan fría, capaz de helar mi sangre. Y el no reconocer esos ojos tan oscuros y siniestros, me puso la piel de gallina—. Ahora, escúchame bien —dijo llamando mi atención de nuevo—. Necesito que guardes ese USB hasta que volvamos a vernos. Tendrás que protegerlo con tu vida si es necesario, pero por nada del mundo puedes dejar que lo encuentren.

—¿Eso quiere decir que lo buscarán? —Tragué saliva.

—Eso quiere decir que ya lo están buscando —confirmó.

Una mano cálida posándose sobre mi brazo me sobresalta ligeramente y me saca de mis pensamientos, obligándome a volver al presente, en el que, con tan solo un simple roce como este, mi piel se eriza como respuesta.

—¿Gia? —Sus dedos siguen agarrando mi brazo; el toque es firme y cálido—. ¿Estás bien?

—Sí, perdona. —Asiento—. ¿Qué decías?

—Te estaba diciendo que, si no salimos ya, llegaremos tarde —me repite.

—Sí, sí… —Me aplico un poco más de rubor—. ¡Ya estoy lista!

—¿Seguro que estás bien? —Se planta frente a mí, impidiéndome dar un paso más hacia la puerta—. Te noto rara.

—Solo estoy cansada —me excuso—. Tus ronquidos no me han dejado dormir bien.

—La que ronca eres tú —me reprocha—. Y muchas veces hablas en sueños. —Camina hasta el mueble de la entrada y coge sus llaves.

—¿En serio? —Asiente con la cabeza como respuesta—. ¿Y qué… qué digo exactamente?

—¿Piensas que no tengo nada mejor que hacer en mitad de la madrugada que intentar descifrar lo que dices?

Entrecierro los ojos y suelta una pequeña carcajada que me produce un cosquilleo en el estómago.

—Venga, vamos, que llegamos tarde.

—¿Llegamos? —pregunto con ambas cejas alzadas, sin entender a qué se refiere exactamente al hablar en plural.

—A partir de hoy pasaremos mucho tiempo juntos —explica, aunque debo seguir con cara de póquer, porque suelta otra risita antes de continuar hablando—: Me he cogido unos días libres en la

clínica... Ya sabes, hasta que todo se calme un poco. —Encoge un hombro—. Así que estaré contigo en la floristería.

—Ya te he dicho que no necesito un guardaespaldas.

—Y yo que, ahora mismo, tu seguridad es lo primero.

Quisiera rechistar y debatir que no necesito que me siga a todas partes y que soy capaz de protegerme sola, como siempre he hecho. Pero, aunque me cueste admitirlo, sé que estoy en peligro y que necesito ayuda; no puedo protegerme a mí misma, porque ni siquiera soy consciente de los peligros a los que me enfrento.

***

Intento ignorar los ojos oscuros que tengo clavados en mí, observando cada uno de mis torpes movimientos, mientras coloco el ramo que acabo de preparar en un jarrón de cristal. Siento un pequeño cosquilleo en la nuca y cómo sus ojos me traspasan hasta llegar a lo más hondo de mi ser, como si con una simple mirada fuese capaz de descubrir hasta el último de mis secretos y pudiera ver cada una de mis debilidades.

—¿Vas a quedarte aquí observando lo que hago todo el día?

—No. Solo hasta las cuatro, que es cuando termina tu turno de hoy.

—¡Anda! Pero si sabes mi horario y todo —ironizo—. Debería empezar a darme mal rollo todo esto.

—¿Te da mal rollo que te proteja? —Ladea la cabeza, observándome con diversión.

—Sí. —Pongo los ojos en blanco y retoco las flores—. No es que me fascine la idea de que algún psicópata esté persiguiéndome y

quiera calcinar mi cuerpo.

—Qué siniestra. —Suelta una pequeña carcajada y se levanta del banco en el que lleva sentado los últimos cuarenta minutos—. Ya te he dicho que si quisieran matarte, ya lo habrían hecho.

—Y entonces, ¿qué quieren? ¿Jugar una partida de dominó?

El sonido de su risa resuena por toda la sala, produciéndome un escalofrío que me recorre todo el cuerpo.

Se acerca a mí con paso firme y decidido, acaricia uno de los mechones de cabello que caen por mi rostro y enrolla un dedo en uno de mis rizos rebeldes.

—No te pasará nada mientras yo esté aquí para impedirlo —me promete, y sus ojos me transmiten firmeza y ternura a la misma vez —. Tú solo no te separes de mí, ¿entendido?

—Qué remedio —desisto, bajando la mirada.

—Y ahora, vamos; a la señora Matilda no le gusta la gente impuntual.

***

El sol me golpea la cara a través del cristal del coche. Tengo que entrecerrar los párpados para poder ver una estrecha calle a nuestro alrededor, llena de casas y suelos empedrados; hay algún que otro ciprés que nos adelanta a los turistas lo que podemos encontrar en la zona campestre de la ciudad. Sobre mis piernas descansa el ramo de flores que tenemos que entregar a la señora Matilda que, por alguna razón, suele pedir este mismo ramo cada semana. Es una mujer bastante mayor y apenas puede salir sola de casa, y mucho menos con las temperaturas tan altas que estamos teniendo en los

últimos días, por lo que siempre nos toca a alguna de las trabajadoras llevarle el pedido hasta su casa.

No solo le entregamos el ramo, sino que nos hace pasar y nos enseña un álbum de fotos antiguas en las que sale un hombre muy apuesto con uniforme de soldado junto a ella, y también muchas otras fotos de sus hijos y nietos. La anciana parece adorar a Luca, por lo que no nos deja irnos hasta que termina de contarnos sus mejores vivencias.

Al salir, el sol me golpea de lleno y tengo que usar una de mis manos como abanico.

—Menudo calor hace —comento, y me aparto un poco el pelo de la nuca para recibir algo de aire.

—Y tú con el pañuelo ese en la cabeza.

—Pero ¿a que estoy guapa? —Me planto frente a él y sonrío tan fuerte que se me cierran los ojos por completo.

Cuando los abro, me encuentro con la mirada de Luca clavada sobre mis labios. Sigo el recorrido que hace su garganta cuando traga saliva con dificultad.

—Bueno, no estás mal —responde con calma.

—Reconoce que estoy guapísima.

—No.

—Venga, reconócelo. —Le doy un pequeño manotazo en el brazo, picándolo.

—Ya te he dicho que no estás mal.

—¿Esa es tu forma de hacer cumplidos? —Pongo los brazos en jarra—. Eres malísimo para ligar.

—¿Y quién dice que quiera ligar contigo? —Enarca una ceja.

Pongo los ojos en blanco e ignoro su pregunta. De forma inconsciente, lo agarro de la mano y tiro levemente de él, obligándolo a seguirme hasta una heladería. Lo miro de reojo y veo que ha puesto los ojos en blanco, pero me sigue por el camino sin rechistar.

—Venga, haz algo útil por primera vez en lo que va de día e invítame a un granizado de limón —exijo, señalando con la cabeza el local donde los venden.

—¿Que haga algo útil por primera vez? —Frunce el ceño—. Llevo toda la mañana protegiéndote, Gia. Es una tarea difícil… Peligrosa, ya que podría perder mi vida en ello. Y, además, nada remunerada.

—¡Pero si te has pasado toda la mañana mirándome sin hacer nada!

—Tenía buenas vistas. —Se encoge de hombros y va directo al mostrador a pedir nuestros granizados, dejándome con un pellizco en el estómago, con cara de tonta y sintiendo mis mejillas arder, seguro que también sonrojadas—. Aquí está el granizado de la *ragazzina viziata* —murmura cuando me entrega el vaso de plástico con una pajita rosa en su interior, la cual utilizo para remover los trozos de hielo antes de dar el primer sorbo.

Degusto durante unos segundos el sabor ácido del granizado y casi suelto un jadeo al sentir el frío hacer contacto con mi garganta seca.

—No me llames así —me quejo antes de dar otro sorbo. Él hace lo mismo, sin apartar sus ojos de los míos, lo que me pone un poco nerviosa.

—¿Y cómo prefieres que te llame?

—De alguna forma especial, como el *nonno*.

Suelta una carcajada.

—¿Y por qué debería hacerlo? Te crees más especial de lo que eres, piccola. —Esta última palabra la pronuncia imitando el acento italiano tan pronunciado de Micaelo.

Carcajeo y niego con la cabeza.

—Prefiero que me llames piratilla.

Se queda a medio camino de dar otro sorbo a su bebida.

—Es un mote horrible, pero sé que solo me llamas así a mí, así que me gusta. —Acabo encogiendo un hombro, mientras él esboza una pequeña sonrisa ladeada.

—Veo que te gusta la exclusividad —murmura, y no me pasa desapercibido el brillo en sus ojos cuando me habla.

—Sí.

—A mí también.

—Entonces tendré que buscar una forma de llamarte que sea única y exclusiva —digo justo cuando llegamos a mi camioneta.

—¿Tenemos quince años y no lo sabía?

—Podría llamarte desagradable, pero es demasiado común —murmuro para mí misma, haciendo que suelte un gruñido como respuesta cuando me abre la puerta del coche al percatarse de que

estaba parada, obviamente esperando a que lo hiciera—. *Brontolo* —decido cuando los dos estamos ya dentro del coche—. «*Gruñón*» es la palabra que mejor te define. Te pasas el día gruñendo como un cavernícola.

Suelta de nuevo un bufido que me hace reír, pero cuando lo miro, en lugar de tener el semblante serio de siempre, veo que está sonriendo.

***

Abro la puerta y entro en la floristería seguida por Luca. Penélope está trabajando tras el mostrador preparando un arreglo floral y Adela está ultimando algunos detalles con una novia que se casa dentro de unos meses.

—¿Qué tal ha ido? —pregunta mi compañera, concentrada en el trabajo que está haciendo—. Habéis tardado mucho.

—Todo ha sido cosa de la señora Matilda, no había manera de decirle que no teníamos tiempo de ver sus álbumes de fotos —me excuso al instante.

Penélope suelta una carcajada.

—Es imposible decirle que no a esa mujer —añade ella, y yo asiento para confirmarlo.

—¿Hay algo más esta mañana?

—Sí —responde—. Ha entrado un encargo de última hora. Un ramo de rosas rojas. Tiene que estar listo para dentro de una hora.

—Perfecto, me pongo con ello.

Cojo las flores y me pongo a trabajar con movimientos meticulosos, pero más lentos y torpes que de costumbre.

Últimamente suelen encargar muchas rosas, pero, por alguna razón, el encargo de hoy lo siento diferente; no puedo evitar que me tiemblen las manos y me sude todo el cuerpo. Luca no dice nada en todo el rato que estoy preparando el ramo. Se queda sentado en un taburete frente a mí, con una pierna apoyada sobre la otra y escribiendo algo en su teléfono.

Las rosas están frescas y las he elegido una a una, cortando los tallos y deshaciéndome con cuidado de las espinas, ya que siempre me acabo haciendo heridas en los dedos.

Admiro el resultado final con satisfacción.

—¿Hay algo que tenga que escribir en la tarjeta? —le pregunto a mi compañera.

—El chico lo ha dejado escrito él mismo. La tarjeta está dentro del sobre amarillo que hay ahí. —Lo señala con la mirada—. Asegúrate de que esté todo correcto.

Siento que algo malo está a punto de ocurrir.

Casi se me escurre entre los dedos el trozo de papel antes de conseguir leer el mensaje completo:

Estas flores son para ti.

Y recuerda: Nadie es quien dice ser.

Hasta la flor más hermosa está llena de espinas.

29 | SOLO UNA CITA

Luca

Me planto frente a Gia cuando creo que ya se ha lamentado y temblado lo suficiente, y con una mirada clara, fría y directa le indico a su compañera —que es tan pesada que no deja de hacer preguntas—, que salga de la floristería cuanto antes. Por suerte, no protesta y no tarda más de diez segundos en salir, dejándonos solos, rodeados de flores y separados por un enorme ramo que me dispongo a evaluar.

Le quito a Gia la nota que tiene agarrada entre sus manos y vuelvo a leer lo que hay escrito. Intento ver más allá de unas simples letras amenazadoras; quiero descifrar el por qué, pensar en quién puede estar detrás de todas estas notas. Aparto la vista del papel y la observo con atención; ella me devuelve la mirada cargada de miedo e incertidumbre. Sigue temblando cuando la envuelvo entre mis brazos.

—Eh, mírame. —Me separo unos centímetros de ella para tomar su cara entre mis manos y obligar a nuestras miradas a cruzarse de nuevo—. Tranquila —murmuro cuando noto que su cuerpo no deja de temblar, pasando una mano por su brazo, acariciándolo con suavidad, sintiendo electricidad en la punta de mis dedos, pero intentando relajarla con mi tono calmado, aunque por dentro esté hecho un manojo de nervios—. Estoy aquí contigo —le digo en un susurro.

—No puedo más —musita antes de abalanzarse de nuevo sobre mí, esta vez rodeando mi cuello con los brazos. Al principio, me siento rígido ante su repentina cercanía, pero poco a poco voy amoldándome a ella y el abrazo se acaba sintiendo extrañamente acogedor.

Noto su frente pegada a mi pecho y su respiración demasiado entrecortada. Su cuerpo vibra contra el mío y es cuando me doy cuenta de que está llorando.

Me paralizo al darme cuenta. Me vienen recuerdos del pasado, recuerdos que hasta ahora me han seguido atormentando, a pesar de todos los años que han pasado. Me digo a mí mismo que es eso lo que me ha encogido un poco el corazón, y no el hecho de verla tan frágil y vulnerable frente a mí. Porque, ¿desde cuándo me duele verla sufrir? ¿En qué momento ha empezado a importarme de verdad lo que le ocurra?

—Tengo miedo —admite en voz baja contra mi pecho.

—No voy a dejar que te pase nada malo —afirmo sin pensar en todo lo que envuelve esta promesa, en la incertidumbre de no saber si seré capaz de cumplirla o si volveré a faltar de nuevo a mi palabra ante alguien tan vulnerable como es Gia ahora mismo.

Alza el mentón y sus ojos aguados se cruzan con los míos, que escrutan su rostro sin reparo. Llevo mis pulgares hasta sus mejillas y limpio ligeramente las gotas que recorren su rostro sin cesar.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo —me escucho decir, con más firmeza que todas las dudas que siento en mi interior—. No voy a parar hasta encontrar

a la persona que está detrás de estas notas. Voy a cuidar de ti, Gia.

Cierra los ojos con fuerza, dejando caer un puñado más de lágrimas por sus mejillas.

La sujeto por el mentón y la obligo a mirarme.

—Pero tienes que contarme la verdad. —Traga saliva con fuerza —. Para poder confiar en ti, necesito que tú confíes en mí primero.

—Vale. —Sorbe la nariz y asiente—. Te lo contaré todo.

Me abraza de nuevo con fuerza y el roce de sus brazos se siente como una descarga eléctrica. No sé por qué, pero no quiero soltarla. Odio verla llorar, pero si hacerlo es la excusa para tenerla entre mis brazos, dejaría que lo hiciera para siempre.

Desde el primer día que nuestros caminos se cruzaron, me vi reflejado en ella. Reconocí al chico que llegó perdido a la Toscana, aquel que no tenía a dónde ir y que había escapado hasta de sí mismo. E intenté odiarla. Quise ver todas sus partes negativas, llevarme mal con ella, molestarla hasta que no le quedara más remedio que desear no haber pisado nunca Cortona. Pero la atracción que nos atravesó desde el primer momento dificultó ese deseo. Y ahora que la tengo entre mis brazos no quiero soltarla, sino dejar de fingir que no hay nada especial entre nosotros, que nuestra química no es imparable y que la tensión que hay entre los dos no va a explotar en cualquier momento.

***

Me quedo a cierta distancia de Milán y Gia, observando cada movimiento de mi amigo y la forma en la que coquetea con ella

frente a mis narices. Al parecer, habían quedado para tener su cita, pero con todo lo que ha pasado hoy, a Gia se le había olvidado por completo.

Siento una punzada estúpida e infantil en el pecho cuando veo la forma en la que le sonríe a mi amigo, y me lleno de rabia por desear que me sonría así a mí también.

—Estas flores son para ti —escucho decir al bribón de mi mejor amigo cuando le tiende un ramo de margaritas.

—A ella le gustan más los girasoles —me escucho decir como un imbécil cuando me acerco a ellos.

Gia me mira sorprendida. Hace un tiempo, en una de nuestras noches de tregua, me contó que eran sus flores favoritas y que se queda fascinada cada vez que pasa por el campo y lo ve lleno de ellos.

—Tranquilo, *belva* —responde Milán con tono burlón—. Solo son unas flores y esto —señala a ambos con el dedo—, el inicio de una cita de dos, así que no estás invitado, querido amigo. —Me guiña un ojo; el mismo que quiero golpear con mi puño ahora mismo.

—La verdad es que se me había olvidado por completo que habíamos quedado hoy —murmura la pelinegra, bajando la vista.

—¿Estás bien? —pregunta mi amigo.

—Sí —responde la muy mentirosa con una sonrisa en la cara—. Solo estoy algo cansada.

—Si quieres, podemos tomar algo aquí mismo, en el restaurante. —Señala el interior de la villa con la cabeza. Gia duda durante

algunos segundos, mordiéndose el labio inferior, y yo me sorprendo a mí mismo al escucharme soltar un gruñido. Los dos me observan con atención hasta que ella finalmente responde:

—Vale, ve buscando una mesa mientras me cambio. ¿Te parece bien?

—Perfecto —responde mi amigo sin dejar de mirarme. Por su expresión, deduzco que tenemos que hablar, aunque no sé si quiero hacerlo ahora.

—La acompañaré a su habitación —comento, posando mi mano sobre la espalda baja de Gia e instándola a caminar hacia el interior de la villa, seguidos por Milán.

—¿Vienes y tomamos una copa de vino? —me pregunta el castaño—. Así se hará más amena mi espera.

—Enseguida voy.

Una vez dentro de la habitación, cierro con un pequeño portazo y acorralo a Gia contra la puerta. Suelta un pequeño grito ahogado y su pecho se agita con fuerza, casi tanto como el mío.

—No estás para citas hoy.

—Lo sé. Pero no quiero hacerle el feo a Milán —murmura—. Solo pasaremos un rato juntos. Además, ya estoy mejor —asegura, pero puedo percibir la mentira que esconde su voz.

—No lo estás. —La sujeto por el mentón—. Pero si vas a tener una cita con alguien, que sea conmigo.

—¿Qué? —pregunta en un susurro, mirándome con incredulidad.

—Estoy cansado de fingir que no me gustas, piratilla —admito al fin, con la voz más ronca de lo que esperaba—. Estoy cansado de fingir que no pasa nada entre nosotros, que no somos como un volcán a punto de entrar en erupción.

Traga saliva.

Acaricio su rostro con el dorso de mi mano y se estremece ante mi contacto; es la respuesta que necesito para insistir.

—Solo una cita.

—¿Solo una? —Alza una ceja y esboza una pequeña sonrisa que me enciende por dentro.

Inclino la cabeza hacia ella y dejo mis labios a escasos centímetros de los suyos. Puedo sentir su aliento contra el mío y nuestros corazones librar una batalla de latidos.

—Y será suficiente para que quieras tener mil citas más.

—¿Todo esto es por celos? —inquiere, con una ceja alzada—. ¿Estás celoso de mi cita con Milán?

—Sí —respondo con un gruñido, sin rodeos—. Pero no solo por eso. También es porque estoy cansado de fingir que me sigues cayendo mal, que no me vuelves loco cada vez que me miras, que no me asusta que me importes más de lo que deberías... Cuando la realidad es que estoy loco por ti, Gia.

Traga saliva.

—Todo esto lo estás diciendo porque estás celoso.

—Gia…

—¿Qué? ¿Qué quieres que te diga? ¿Que yo también estoy loca por ti? ¡Lo estoy! Y desde hace más tiempo del que me gustaría admitir —murmura demasiado cerca de mi rostro.

Nuestras respiraciones se entremezclan. Sus ojos me miran con una intensidad que me desarma por dentro. Levanto una mano y la llevo hasta su pelo, comenzando a juguetear con uno de sus rizos mientras me acerco ligeramente hacia ella, acortando la distancia entre nosotros de forma apenas imperceptible. Justo cuando puedo sentir el roce de sus labios, me empuja por el pecho para separarme de ella.

—Voy a ir a cenar con Milán, y después... —Me señala con el dedo índice—, tú y yo hablaremos sobre esto.

—Genial, ¡ve con él! Ten todas las citas que quieras. Al final del día, tú y yo sabemos que en la única persona en la que pensarás, será en mí.

30 | DESCONECTAR PARA CONECTAR

Gia

La cena con Milán me ha servido para despejar un poco la mente, aunque no haya dejado de sentir la mirada de Luca clavada sobre nosotros a pesar de estar a un par de mesas de distancia. Cuando terminamos, Micaelo me pide que nos reunamos en su despacho, así que me despido de mi cita cuando veo que Luca entra en el interior de la villa, seguramente dirigiéndose al mismo lugar que yo.

—Lo he pasado genial —le digo a Milán con una pequeña sonrisa cuando ya estamos en la puerta—. Gracias por el rato, no te haces una idea de la falta que me hacía desconectar un rato.

—Aquí estoy siempre que lo necesites. Estamos a una llamada de distancia. —Toma una pequeña pausa que se me antoja algo incómoda; nuestros silencios no son nada comparados a los que tengo con Luca, en los que me siento llena y en paz—. Voy a ser claro contigo, Gia —comienza a decir.

—Claro, dime.

—Eres una tía muy atractiva e interesante, y me gustas.

Me quedo paralizada, sin saber qué decir, pues es la segunda declaración de la noche y todavía sigo sin palabras después de la primera.

—Pero a Luca le gustas mucho más —continúa diciendo, y sus palabras captan mi atención por completo; no puedo evitarlo y abro los ojos como platos ante su confesión—. Y mi amigo está por encima de cualquier cosa, así que me retiro y le dejo el camino libre.

Lo que me faltaba para terminar el día de hoy. ¿Se supone que soy un maldito premio por el que ambos están jugando, o qué?

—¿Debería darte las gracias por tu sinceridad o un tortazo para que espabiles y aprendas a decir las cosas? —protesto, cruzándome de brazos.

—Quizás me he explicado mal… Quiero decir que no voy a interponerme entre lo que tenéis, pero que podemos seguir siendo amigos... Me caes genial.

—A ti quien te gusta es Nicole —afirmo sin dudarlo—. Y entre Luca y yo no hay nada.

Mentira.

—Saltan chispas cuando os miráis.

—Somos dos personas con mucho carácter.

—*Piccola bugiarda.* —La voz de Luca resuena por toda la recepción, junto a sus pisadas firmes que se acercan a nosotros con decisión. Con ese tono serio y ese acento tan profundo, mi cuerpo toma vida propia y se estremece con tan solo dos palabras. Trago saliva cuando siento proximidad en el momento en el que huelo su perfume y nuestros brazos se rozan—. Entre nosotros hay de todo —susurra contra mi oído.

Mi cuerpo tiembla ligeramente como respuesta.

—Hola, amigo. Cuánto tiempo —ironiza Milán—. Deberías haberte sentado con nosotros a cenar.

—No quería estropear la velada. —Pasa su brazo por la zona baja de mi espalda y me pega a su cuerpo en un rápido movimiento.

—Solo era una cena de amigos.

—Ya. —La mirada fulminante que Luca le lanza a su amigo, consigue ponerme los pelos de punta hasta a mí. Milán se limita a levantar los brazos en señal de rendición y soltar una carcajada.

—Ya hablaremos tú y yo —advierte, señalándolo con el dedo índice y con una sonrisa burlona en el rostro—. Gia, lo he pasado genial, descansa —murmura, dirigiéndose a mí en esta ocasión.

Me da un beso en la frente como despedida y escucho a Luca gruñir a mi lado, sin dejar de agarrarme por la cadera. Mantiene mi cuerpo pegado al suyo, obligándome a sentir el calor que desprende su piel y el que emana la mía cada vez que estamos cerca.

—¿Y este numerito? —pregunto cuando estamos solos, girándome hasta quedar frente a él. Nuestros cuerpos están pegados y nuestras respiraciones, agitadas, llenando el espacio con nuestra tensión contenida y con el deseo de dejarnos llevar—. No me gustan los chicos posesivos.

—Ni a mí que no me hayas besado ya.

Sus manos queman contra la piel de mis caderas, pese a estar cubierta por la tela de mi camiseta.

—Piccolos —nos interrumpe Micaelo de repente—. Os llevo esperando un buen rato y deberíais saber que no me gusta la

impuntualidad. Aunque ahora veo qué es lo que os tiene tan entretenidos —murmura, prácticamente fulminándonos con la mirada—. Os quiero en mi despacho ya. —Es lo último que dice antes de dar media vuelta y, después de dedicarle una sonrisa al chico de recepción, se marcha en dirección a su despacho.

***

—Estamos cerca de la persona que hay detrás de las notas que recibes, *piccola* —empieza a decir Micaelo—. Dos sospechosos y dos opciones para hacer con ellos.

—¿Quiénes son? —inquiero. Me muerdo el labio inferior, nerviosa, y observo a los dos hombres que tengo frente a mí, ambos con el ceño fruncido y los labios apretados.

—Eso es información confidencial.

—¿Y no crees que sería bueno saberlo, teniendo en cuenta que es a mí a la que están persiguiendo? —replico, enarcando una ceja.

—No —responde tajante—. Pero te diré lo que sí será bueno que hagáis: un viaje.

—Un viaje —repito casi en una carcajada que no parece sentarle demasiado bien al *nonno.*

—¿No teníais un viaje programado con tus amigos? —le pregunta a Luca, que lleva todo el rato en un silencio demasiado extraño, y acaba asintiendo como respuesta.

—Genial, ¡es justo lo que necesitamos! —dice Micaelo para sí mismo, dando una palmada en el aire, como si estuviera pensando en voz alta—. Todos deben pensar que iréis a ese viaje, pero

realmente estaréis en otro lugar, ¿entendido? —vuelve a dirigirse a Luca.

Se ve que no tengo voz ni voto para él.

—Explícate —le pide su nieto.

—Extremaremos vuestra seguridad y nadie sabrá dónde estaréis, así que será imposible que os encuentren —asegura—. La persona que te vigila pensará que estás en un pueblo costero, pero realmente irás con Luca a Perugia y os quedaréis en una casa rural. ¿Qué os parece? Desconectar para conectar —sigue diciendo para sí mismo, y cada vez entiendo menos su plan—. ¡Estupendo! Mañana mismo partís.

—¿Harás algo en nuestra ausencia? —pregunta otra vez Luca, con unas palabras que no entiendo pero que, entre ellos, parecen comprender a la perfección. Se dirigen una mirada tensa y que dura más segundos de los que quizás debería, y la sala se llena de una tensión que hasta ahora no había presenciado entre abuelo y nieto.

—Sí —afirma por fin—. Tú solo obedece mis indicaciones, como siempre. No te preocupes, lo tengo todo controlado.

Los dos asienten con la cabeza a la vez, con una compenetración que me pone la piel de gallina.

—Enviaré a un par de colegas con vuestros amigos —añade—. Me mantendrán informado de cualquier movimiento extraño y, si dejan alguna nota más, lo harán en el pueblo de Nicole y no en vuestro destino. Quiero saber hasta qué punto estás siendo perseguida, *piccola* —me dice serio—. Con Luca estás completamente a salvo. Confía en mí y, sobre todo, confía en él.

—Lo sé. —Asiento una vez—. Gracias, Micaelo.

—Llámame *nonno, ragazza* —me recuerda.

—Gracias, *nonno*.

Me dedica una sonrisa que dura más de lo habitual en él, pero no me hace sentir incómoda, sino segura.

Sé que si confío en Micaelo estaré a salvo.

Y ahora también sé que puedo confiar en Luca. Aunque me da miedo confiarle demasiado y que, cuando descubra quién soy en realidad, acabe alejándose de mí incluso antes de habernos si quiera acercado.

***

—¿Puedo preguntarte algo? —titubeo cuando me acuesto en la cama junto a él.

Esta vez no nos separa una montaña de cojines, ni tampoco ninguna almohada. Hoy solo somos nosotros con la mirada perdida en el techo, con nuestros brazos pegados y tan cerca que puedo escuchar los latidos irregulares de su corazón, aun sin tener la cabeza apoyada en su pecho.

—Pregunta —dice con tranquilidad.

—¿Por qué parece que le tengas tanto miedo a Micaelo?

Se forma un silencio entre los dos. Escucho su respiración durante un buen rato, hasta que finalmente coge aire antes de hablar.

—No le tengo miedo, sino respeto.

—Haces todo lo que te dice.

—Tú también.

—Yo no tengo otra opción. Él me acogió cuando llegué y me trató como una más. Conocía a mi padre. —Gira la cabeza sobre la almohada y me mira—. Por eso se ofreció a ayudarme desde el primer momento, y por eso me siento tan agradecida con él.

—Lo sé, me lo contó.

—Lo imaginaba —respondo.

Nos giramos hasta quedar frente al otro. Yo con una de mis manos bajo la almohada y él haciéndome ligeras caricias en el brazo de vez en cuando. Veo que frunce el ceño y sé que está pensando algo que no quiere decir en voz alta, así que no le fuerzo a hacerlo y cambio de tema, ya que no me gustaría que ahora que nos estamos acercando, vuelva a convertirse en un bloque de hielo.

—Nunca he estado en Perugia —suelto, pensativa, rompiendo con el silencio que se había formado entre los dos.

—Es una ciudad muy bonita —me cuenta más animado, aunque parece seguir dándole vueltas a algo—. Estaremos en una casa rural en Gubbio. Yo he estado otras veces.

—¿Cuántos años llevas en Italia? —pregunto con curiosidad.

—Casi diez.

—Una década... Guau.

Me quedo con la mirada perdida en la pared que hay detrás de su cuerpo, con mi mente proyectando cómo pudieron ser esos diez años de su vida y todas las vivencias por las que seguro tuvo que pasar.

—¿Y en este tiempo no has vuelto ni una sola vez para ver a tu familia? —Me tomo su silencio como una respuesta—. ¿Y nunca te has cansado de estar aquí?

—Sí, pero no podía volver.

—¿Por qué?

—Porque no quería vivir la vida que tenían planeada para mí desde que nací. Decidí vivir la mía propia y eso, en una familia como la mía, tiene sus consecuencias.

—¿Fue fácil adaptarte a una nueva vida?

—No. —Niega con los ojos cerrados—. Vengo de un mundo muy diferente a este, Gia.

Me sorprende que se esté abriendo tanto conmigo, cuando hace tan solo unas semanas se hubiese negado a contestarme ni una sola pregunta. Intento ocultar mi incredulidad y sigo indagando un poco más, pues una parte de mí necesita conocerlo mejor, saber más sobre él.

—¿Y ahora te sientes bien aquí?

—Sí —responde con un suspiro—. Gracias a Micaelo, sí.

—¿Qué pasó con él? —me atrevo a preguntar—. Parece que tenéis una historia.

—Así es —se limita a responder.

Aparta su mirada de la mía y deja de acariciar mi brazo para cerrar su mano en un puño. Lo aprieta fuerte hasta que tomo esa misma mano y lo obligo a destensarla, entrelazando nuestros dedos

antes de darle un pequeño apretón, al que me responde con una pequeña sonrisa que veo aun en medio de la oscuridad, iluminada por la luz de la luna que entra por la ventana.

—¿Quieres contármela? —propongo en voz baja.

—¿Prometes que no te irás si lo hago?

—Lo prometo.

31 | MI PASADO

Luca

Dejo que Gia me tome de la mano y disfruto de la sensación del contacto de su piel con la mía, aunque mi interior ahora mismo esté luchando al sentir que no merezco su apoyo y mucho menos su cariño.

—Nunca le he contado esto a nadie —musito con la voz más ronca de lo normal, en apenas un leve susurro—. Los chicos —sigo diciendo, refiriéndome a mi grupo de amigos—, conocen la historia de manera superficial. Saben lo que pasó, pero no lo que ocurrió realmente. El único que lo sabe todo es Micaelo.

—No tienes que contármelo si no quieres —añade con el ceño fruncido; puedo notar que está preocupada—. No quiero que hagas algo con lo que no estés cómodo o que luego te arrepientas.

—Quiero hacerlo —le aseguro.

Me acaricia la palma de la mano con la punta de sus dedos, provocando que mi cuerpo se tense ligeramente con cada una de sus caricias.

—¿Qué pasó?

—En cuanto llegué a Cortona, los *nonnos* me acogieron como un miembro más de su familia, como si fuera su propio nieto —empiezo a contar—. Yo estaba muy perdido y ellos me ayudaron desde el primer momento a encontrar mi camino. —Ella asiente con la cabeza y yo tomo aire antes de continuar hablando—: Conocí a Alessia al

poco tiempo de llegar aquí. Ella trabajaba limpiando la villa y también ayudaba a la *nonna* con algunas tareas más. Era… —Suspiro, dejando salir todo el aire contenido en mis pulmones—. Simplemente era un rayo de sol. Iluminaba todo a su alrededor con su alegría y la felicidad que transmitía todo el tiempo, aunque por dentro estuviera ahogándose. —Tomo una pequeña pausa—. Nos enamoramos profundamente. Jamás había sido capaz de amar así a alguien, ¿sabes?

Gia aprieta mi mano y me acaricia con el pulgar.

—Era la primera vez que sentía que estaba donde debía estar, porque la tenía a ella. Todo iba bien hasta que su enfermedad empeoró y le dieron pocos meses de vida. —Carraspeo cuando noto que mi voz se empieza a quebrar—. Me acostumbré a vivir con miedo, lleno de incertidumbre y dolor. No era justo que le pasara precisamente a Alessia, que tantas ganas tenía de vivir. Sentía que me moriría sin ella, que no podría continuar sin su luz en medio de tanta oscuridad que me rodeaba. —Inspiro hondo y trago saliva—. Le pedí que se casara conmigo aun sabiendo que se iría. Fue un impulso, pero es lo que creí que quería en ese momento: hacerla mi mujer. No fue nada romántico, simplemente fui yo mismo, lleno de miedo, en un intento por tenerla conmigo un poco más.

—Si no quieres seguir contando, lo entenderé, Luca.

—Me dijo que sí con la misma alegría que desprendía cuando la conocí —sigo diciendo—. Me sentí lleno de vida cuando la vi feliz. Pero esa misma noche, mientras ella dormía, yo estuve dándole vueltas al tema y me di cuenta de que no quería casarme, no así. No lo estaba haciendo por el motivo correcto y ella no lo merecía.

—¿Se lo dijiste?

—Lo hice. Y al día siguiente, murió. Sentí que le había quitado la vida con mis palabras, que me había llevado una parte de ella. Su familia me culpó y yo mismo lo hice —murmuro con la mandíbula tensa—. Nadie dijo nada, pero todos se alejaron de mí e hicieron como si nunca hubiese existido, y eso fue gracias a Micaelo. No fui capaz de seguir adelante hasta que él intervino e hizo callar todas las habladurías. Yo no la maté, pero... siento que murió por mi culpa. Todos lo pensaban —termino de decir.

—No fue tu culpa —asegura, sin ser consciente de que está sosteniendo un poco del peso que cargo en mis hombros al pronunciar esas palabras—. Lo único que hiciste fue amarla.

—Pero no fue suficiente para mantenerla conmigo.

—No tenías que salvarla, ese no era tu papel, Luca. No podías hacer más de lo que hiciste por ella. Solo fuiste un hombre al que le tocó amar a una mujer enferma.

Sus palabras me atraviesan. He oído muchas veces esa frase de parte de los *nonnos*, pero esta vez suena diferente. Me da la sensación de que, de alguna forma, ella entiende la culpa que siento.

—Eso es lo peor, que, en el fondo, yo sabía que no podía hacer nada por salvarla — admito en un susurro—. Solo quería que fuese feliz hasta su último día y lo único que conseguí fue ser un egoísta. —Trago saliva con dificultad—. Por eso no soy capaz de ver llorar a nadie, porque a ella la vi llorar muchas veces, lamentándose por lo que le había tocado pasar. Y por eso me volví tan frío, porque siento que no merezco ningún tipo de amor.

—Eso no es verdad —responde al instante.

—He vivido tanto tiempo convencido de que no merezco querer ni ser querido que, cuando alguien nuevo entra en mi vida, hago todo lo posible por alejarlo —admito en un susurro.

Se acerca un poco más a mi cuerpo, hasta envolverme con sus brazos y apoyar la cabeza sobre mi pecho, agitando los latidos de mi corazón.

—¿Vas a alejarme a mí también? —susurra.

Mi respiración se detiene por un segundo. Tengo la respuesta en la punta de la lengua, pero no sé si merezco decirla en voz alta. No sé si merezco seguir.

—No quiero hacerlo —confieso, incapaz de mirarla directamente.

—Entonces, no lo hagas. —Se incorpora un poco y nuestros ojos se enredan—. No me alejes, Luca, porque ahora que te has acercado a mí, no quiero que te marches y tener que imaginarme de nuevo lo bien que se siente estar entre tus brazos.

—No quiero romperte.

—No se puede romper algo que ya está hecho añicos. —Me dedica una sonrisa ladeada—. Lo único que quiero es que dejes el pasado atrás y te dejes llevar, y no por un impulso ni por celos como has hecho esta noche, sino porque de verdad quieras hacerlo.

Me quedo mirándola en silencio.

Es preciosa.

Aun en medio de tanta oscuridad, es preciosa.

Me inclino muy despacio y le rozo la mejilla con la punta de la nariz. Su respiración se agita, pero no se aparta de mi lado.

—Estoy preparado para dejar el pasado atrás.

32 | ME MUERO POR BESARTE

Gia

El cielo comienza a teñirse de un color naranja suave cuando llegamos a Perugia, rodeados de cipreses altos y delgados que parecen darnos la bienvenida conforme nos acercamos a nuestro destino.

Bajo la ventanilla de la camioneta y dejo que el aire caliente me revuelva un poco el pelo. Cierro los ojos y me encuentro sonriendo cuando, al mirar de reojo al conductor gruñón que tengo a mi lado, lo pillo mirándome sonriente.

Durante todo el trayecto hemos estado llenos, no solo de silencios que se atrevían a decir más que cualquier confesión, sino también de música y muchas confidencias.

La casa rural en la que nos quedamos este fin de semana no está demasiado lejos de la entrada a la ciudad, la cual está llena de edificios empedrados y un ambiente tranquilo, además de tener un paisaje que parece sacado de una postal. Nuestro alojamiento se encuentra rodeado de olivos y viñas, y nos ofrece unas vistas campestres de toda la ciudad que enseguida me invitan a hacerles una foto desde el interior del vehículo.

Después de unos cuantos segundos en los que el coche no ha dejado de vibrar sobre la grava, Luca aparca frente al porche de la casa en la que pasaremos los próximos días. Su fachada empedrada

y con un aspecto viejo y desgastado, nos muestra la antigüedad del edificio a simple vista. Las ventanas están cubiertas por persianas de madera y hay algunas enredaderas por toda la fachada con rosas blancas trepando por las paredes exteriores.

El calor es seco y casi asfixiante a esta hora de la tarde y el aire huele a hierba recién cortada. A romero. A tierra. A campo. A vida.

—Parece sacado de una postal —murmuro mientras Luca se dirige a la parte trasera de la camioneta, dispuesto a sacar nuestro equipaje.

—Es bonito —se limita a decir.

Cierra el maletero y arrastra las ruedas de nuestras maletas por el suelo empedrado.

—Puedo llevar mi maleta, no me pasa nada en las manos, eh.

Atisbo una pequeña sonrisa ladeada en su rostro, quizás recordando nuestro primer encuentro en el que, en lugar de ser un caballero —o al menos una persona mínimamente educada—, decidió ser un desagradable y dejarme colgada tirando de una maleta que era más grande que yo, recién llegada a Italia y todavía con la cara reseca por haber llorado sin parar durante el vuelo.

—Déjame ser un caballero por una vez.

—¿Te has dado algún golpe en la cabeza y no me he dado cuenta?

Vuelve a mirarme sonriente y ya son demasiadas sonrisas en un día. Estoy empezando a asustarme y a ponerme nerviosa, para qué mentir.

Observo mi alrededor completamente fascinada, mientras cruzamos la entrada llena de árboles, plantas y muchos girasoles. Me encantan los girasoles, son mi flor favorita, y la verdad es que estos sitios están repletos de verde, sí, pero también de paisajes hermosos bañados en atardeceres púrpura, del color intenso de las flores, de las piedras en cada callejón, de los árboles cipreses que adornan los caminos y de girasoles..., muchos girasoles.

Nunca lo habría imaginado, pero me encanta La Toscana y la magia que desprende cada lugar, porque logra hacer de cualquier plan simple algo único y especial.

—En la planta de arriba están las habitaciones —murmura una vez que hemos entrado en la casa, la cual mantiene una decoración rural con muebles de madera desgastada y el resto de los adornos en tonos pastel.

—¿Habías estado antes aquí?

—Sí.

—¿Es una propiedad de los *nonnos*? —pregunto con curiosidad, observándolo todo al detalle—. Podrían encontrarnos entonces.

—Es una propiedad mía —responde, y justo después niega con la cabeza—. Y tranquila, aquí no va a encontrarnos nadie.

—¿Cómo estás tan seguro?

—¿No decías que confiabas en mí? —Alza una ceja.

—Y lo hago. Pero también tengo curiosidad. Ya sabes, por todo eso de que está mi vida en juego.

—Mientras yo esté contigo, no te pasará nada malo —me recuerda, advirtiéndome con la mirada de la verdad que hay tras sus palabras—. Estoy aquí para protegerte. Y te cuidaré con mi vida si es necesario.

Siento un pellizco en el estómago al oír sus palabras. Me paso un mechón de pelo por detrás de la oreja y aparto la mirada, segura de que el rubor de mis mejillas está delatando cómo me siento ahora mismo.

Comienza a subir a pulso las dos maletas en dirección a la planta superior y me detengo a observar los músculos de sus brazos, tan fuertes y tonificados que, de repente, siento un poco de calor al caminar tras él.

—Sígueme —murmura sin mirarme—. Te enseñaré nuestra habitación.

Nuestra.

No sé si lo ha dicho como un acto reflejo o si realmente vamos a compartir habitación también durante este fin de semana, pero no he podido evitar que me dé un vuelco el estómago ante la idea.

—Pensaba que había dos habitaciones —comento, fingiendo no darle demasiada importancia.

—Sí, pero con una será suficiente para los dos.

—¿También tienes que vigilarme por la noche? Acabas de ponerte muy chulito con eso de que no va a pasarme nada mientras esté contigo.

—Y es por eso que tienes que estar a mi lado, para que pueda asegurarme de que no te pase nada.

—¿Seguro que es por eso? Creo que le has cogido el gusto a eso de dormir juntos —suelto medio en broma cuando entramos en la habitación.

Deja las maletas en el suelo y se acerca a mí con tan solo un par de zancadas.

Me mira a los ojos y me derrite con esa intensidad, con esa oscuridad que se vuelve cegadora a la vez que adictiva. Se aferra a mi cintura y el contacto de sus dedos arde sobre mi piel.

—Puede ser —susurra, muy cerca de mis labios. Tanto, que puedo sentir su aliento contra el mío y nuestras respiraciones completamente compenetradas llenar el aire que nos rodea—. Ya no puedo dormir si no me roncas al oído.

—Yo no ronco —protesto, cruzándome de brazos. Los mismos que descruza para llevarlos hasta su cuello y animarme a rodearlo con ellos.

—Sí que roncas —insiste, con cierta diversión en la mirada—. Y haces sonidos muy tiernos, como los de un animalito.

—¡Oye! —Le doy una pequeña colleja en la nuca y se ríe—. ¡Has sonreído otra vez! Si vuelves a hacerlo, acabaré pensando que te gusto.

—Es que me gustas.

—¿Y me lo dices así, sin más?

Mi respiración se vuelve cada vez más agitada.

—¿Cuántas veces necesitas que lo haga? Me gustas, Gia. Y me muero por besar ahora mismo esa boca tan contestona que tienes.

Se me eriza la piel. Soy consciente de la conexión que tenemos aun sin estar unidos, sin ser uno solo; la siento correr por toda mi piel, erizarme cada vello y cosquillear cada músculo de mi cuerpo.

Doy un paso hacia adelante, quedando completamente pegada a él, aun rodeándole el cuello con mis brazos. Él se aferra a mis caderas y cuela sus manos por el interior de mi blusa, agitándome con el roce directo de sus dedos ardientes contra mi piel. Tras observarnos durante algunos segundos, empieza a acariciarme ejerciendo cada vez más fuerza, pero sin llegar a resultar molesto; todo lo contrario, en realidad me gusta que me toque, que me haga sentir sus manos por todo mi cuerpo. Adoro tenerlo así de cerca y sentir su respiración agitada. Me gustan sus gruñidos y su mal humor. Me encantan sus sonrisas. Y me gusta él, al completo. Y también me muero de ganas de que me bese.

—¿Qué te impide hacerlo? —pregunto con la respiración cada vez más agitada y con mi boca a escasos centímetros de la suya.

—Que tendríamos un problema.

—¿Qué problema?

No puedo dejar de mirarle los labios, y él tampoco aparta sus ojos de los míos, con los iris oscurecidos por el deseo.

—Que no podría parar y que, una vez que te bese, no querrás volver a besar a nadie más.

—Qué creído —digo antes de estampar mi boca contra la suya.

33 | ACERCAMIENTO

Luca

En cuanto su boca roza la mía, me pierdo por completo.

Sus labios son puro fuego, igual que toda ella. Pero no llega a quemar, sino que despierta en mí emociones y sensaciones que llevaba mucho tiempo sin experimentar. Prende un cúmulo de sensaciones en mi pecho que hasta ahora me había negado a admitir que estaban ahí, pero no puedo seguir negándolo más; por su culpa, mi corazón late con mucha más fuerza.

Me besa como si todavía tuviera ganas de seguir discutiendo como hemos hecho hasta ahora, como si quisiera callarme por todas las veces que fui un cretino con ella.

Y yo la dejo ganar. Me dejo besar y morder y respondo de la misma forma, con todas las ganas que llevo reprimiendo desde el maldito día en que la conocí, con ese pañuelo de pirata, con esa sonrisa que alumbra hasta el día más oscuro, esas curvas que me vuelven loco y esa maldita boca contestona que me hace perder la cabeza.

Mis manos sujetan sus caderas con fuerza y me atrevo a introducir mis manos bajo su camiseta, acariciando su espalda y acercándola aún más a mí, si es que es posible. Nuestras bocas se mueven deprisa, como si tuvieran miedo de estar cometiendo un error y que en cualquier momento alguno de los dos se arrepienta de esto. Pero si algo tengo claro es que ya no hay vuelta atrás. Ya

no quiero otros labios que me besen como está haciendo Gia ahora mismo. Con ganas. Con pasión. Con fuerza. Con deseo. Con destreza. Como si nuestras bocas hubieran sido creadas para esto y como si nuestros labios encajaran a la perfección.

Se separa lentamente de mi boca, sin despegar sus pupilas de las mías. Tiene los labios hinchados y está aún más preciosa que hace unos minutos. No sé en qué momento se le ha caído el pañuelo, pero ahora luce la melena toda despeinada y la verdad es que me encanta.

—Si me vuelves a besar así, voy a pensar que te gusto, piratilla.

Nuestras respiraciones siguen entrecortadas. Me detengo unos segundos para recomponerme un poco e intento disimular mi agitación, colocándole de nuevo el pañuelo en la cabeza, tal y como ella suele atarlo cada mañana.

—Es que me gustas.

—Pues entonces bésame otra vez.

—Bésame tú. —Alza ligeramente el mentón.

—¿En serio tienes que ser terca hasta para esto? Vale. Pues voy a besarte hasta que se te quiten las ganas de replicar tanto.

Me mira de forma desafiante y eso me enciende. Está esperando que retroceda, pero no pienso hacerlo. Ya no. Sabía que cuando besara sus labios ya no habría vuelta atrás, y es por eso por lo que he intentado posponerlo el mayor tiempo posible.

La beso.

Sin ningún tipo de titubeo. Chocamos de forma brutal, algo completamente inevitable después de tanta tensión.

Su cuerpo se tensa durante un segundo, como si no esperase que cumpliera con mi promesa tan rápido. Pero me responde con ganas y sus dedos se enredan en mi pelo. Me besa como si quisiera romperme y a la misma vez reconstruir cada uno de los pedazos. Como si quisiera hacerme suyo. Como si quisiera que no volviese a besar a nadie más.

Nos separamos solo lo justo para respirar, con las frentes pegadas y nuestras bocas todavía rozándose.

Su aliento entrecortado y cálido me roza los labios. Y me muero de ganas por besarla otra vez.

Tiene los ojos entrecerrados, las mejillas enrojecidas y los labios aún más hinchados por culpa de mis besos.

Está preciosa.

—¿Se te han quitado ya las ganas de replicar? —murmuro con voz ronca.

Sonríe de lado con un gesto arrogante que me enloquece más de lo que debería.

—No.

—Perfecto —susurro, rozando de nuevo su boca con la mía—. Porque no pienso dejar de besarte.

—No lo hagas. No quiero que pares —jadea, sin apartar sus labios de la piel sensible de mi cuello que mordisquea levemente de forma tentadora.

Recorre mi cuerpo con las manos temblorosas, acariciando la piel de mi espalda por debajo de mi camiseta, y la electricidad que produce en mi interior es suficiente para perder el control.

Profundizo el beso cuando la levanto en brazos y enseguida me rodea con sus piernas, cruzándolas detrás de mi espalda.

Su risa llena la habitación cuando hago chocar nuestros cuerpos contra el lateral de la cama, haciéndonos caer sobre el colchón. El resto del tiempo somos ella y yo, dejando atrás nuestro orgullo y dejándonos amar por el otro, disfrutando de la burbuja en la que estamos absortos, inmunes a cualquiera de los problemas que nos persiguen; intentando llenarnos de algo que nunca va a ser suficiente.

Gia

La ciudad nos recibe con calles estrechas con suelos de piedra, edificios color tierra, balcones cubiertos de flores y un aire medieval lleno de historia y amor en cada rincón que se funden con el aroma de pan recién horneado, café recién molido y chocolate fundido.

Hacemos una parada —según Luca, obligatoria—, en una chocolatería famosa en la ciudad. El local es pequeño y cálido, repleto de estantes de madera oscura y un olor a cacao puro que envuelve el aire que nos rodea.

Pedimos para llevar dos tazas de chocolate y algunos bombones típicos de la zona.

Cuando doy el primer sorbo a mi bebida caliente, noto una gota rebelde deslizarse por la comisura de mis labios. Ante la atenta mirada de Luca, me paso la lengua intentando limpiar cualquier rastro del líquido espeso que hasta hace un segundo manchaba mi cara.

—Todavía tienes un poco por aquí. —Se inclina hacia mí y me señala la zona con el dedo.

Antes de que pueda hacer algo por limpiarme, se acerca a mí, imparable, y me limpia el resto de chocolate con un lametazo rápido que consigue ponerme la piel de gallina y dejarme sin palabras.

—Eres insoportable —consigo decir sin poder evitar una sonrisa tonta cuando me separo de él.

—Y tú sabes increíble —responde, relamiéndose con descaro.

Llenándome de valentía y de ganas de seguirle el juego, mojo un dedo en el chocolate y lo deslizo lentamente por sus labios, manchándolos por completo. Suelta una carcajada, de esas que siempre me provocan cosquillas en el estómago, probablemente sorprendido ante mi atrevimiento, aunque la sonrisa que me dedica me dice que está bastante satisfecho con ello.

—*Sei una selvaggia* —suelta entre risas cuando se da cuenta de que tiene toda la boca manchada.

—Y tú tienes la boca llena de chocolate. —Me encojo ligeramente de hombros antes de acercarme despacio y acortar la poca distancia que nos separa. Le paso la lengua por los labios, degustando el dulce y arrancándole una sonrisa juguetona que termina de encenderme por completo. Pruebo el chocolate de su propia boca cuando empieza a besarme, no con la intensidad de hace unas horas, sino con la dulzura de alguien que quiere saborear lo que tiene entre los labios. Lentamente. Con suavidad.

Salimos del local y, entre risas y roces accidentales, nos perdemos por las callejuelas de la *Piazza IV Novembre*, el corazón de la ciudad.

El tiempo trascurre entre librerías que huelen a papel viejo y panaderías con ese aroma que te invita a perderte dentro de ellas.

Pasamos la tarde descubriendo cada uno de los rincones que esconde esta maravillosa ciudad, compartiendo diferentes anécdotas de nuestra vida mientras Luca intenta enseñarme un poco de la historia de este lugar; aunque, como siempre, se muestra algo reticente a explayarse demasiado sobre su vida personal.

Nuestras manos se rozan durante casi todo el camino y sé que no es fruto de la casualidad, sino que los dos estamos buscando una excusa para tocarnos, aunque ninguno se atreva todavía a dar un paso más allá y entrelazar nuestros dedos.

Llegamos a la *Fontana Maggiore,* una enorme fuente de mármol blanco y rosa, con decenas de pequeñas estatuas esculpidas y relieves que la decoran por completo y le aportan un aire mucho más majestuoso. El agua cae como un murmullo constante que se mezcla con el barullo que hay a nuestro alrededor, una combinación de voces y risas que se entrelazan creando un ambiente mucho más cálido y acogedor. Las luces de los edificios empiezan a encenderse y a teñir la plaza de colores anaranjados que acompañan al tono púrpura del atardecer que comienza a asentarse en el horizonte.

Por un momento, no puedo evitar recordar otra fuente majestuosa que visité hace algunos años en Estambul junto a mi padre. Pienso en la delicada cúpula y en la sensación fría que tuve en las manos al tocar el mármol; es un recuerdo prácticamente etéreo, pero que llega cargado de añoranza y me produce un pequeño pellizco en el corazón.

—Ven, vamos a hacernos una foto —murmuro mientras desbloqueo mi teléfono, intentando volver a centrarme en el presente y dejar los recuerdos atrás.

Le tomo la mano y lo atraigo hasta la fuente, donde, después de poner la cámara en modo *selfie,* le doy un beso en la mejilla justo cuando pulso el botón para hacer la foto, lo que hace que suelte una pequeña carcajada, capturando así el momento exacto en el que sonríe.

—¿Y esto? —Me dedica una sonrisa ladeada.

—Una foto de recuerdo. —Me encojo de hombros, intentando restarle importancia—. Para que no se te olvide que me gustas mucho más cuando sonríes que cuando gruñes.

—Pues a mí me encanta que me gruñas —dice, agarrándome por la cintura antes de darme un beso rápido en los labios.

La música se cuela entre nosotros con el sonido de un saxofón que toca una melodía bastante reconocible para mí desde que vivo en Italia: *Sarà perché ti amo.* La gente aplaude y baila animada mientras un señor sigue dándolo todo con su instrumento, a la espera de que los turistas sean lo suficientemente generosos como para dejar alguna propina en la funda que descansa sobre el suelo frente a él.

Vuelvo a tomarle de la mano y, al contrario de lo que pensaba, no se siente raro, sino natural… como si no fuera la primera vez que nos tocamos de esta forma tan íntima. Me dejo llevar y empiezo a moverme hacia los lados, al ritmo de la instrumental que flota por toda la plaza.

Luca aprieta mis dedos con suavidad y, sin dedicarme nada más que una sonrisa, eleva nuestras manos para hacerme girar sobre mí misma. Doy una vuelta torpe, sin poder dejar de reír cuando siento cómo la falda de mi vestido se mueve ligeramente al ritmo de la brisa. Apoyo mis manos sobre su pecho duro cuando me hace quedar frente a él. Le rodeo el cuello con los brazos mientras me sujeta con firmeza por la cintura, dejando que nuestros cuerpos se balanceen ligeramente hacia los lados, intentando seguir el ritmo de la música.

—No eres tan buena bailarina como pensaba —comenta en tono burlón cuando mis pies se chocan de forma torpe con los suyos, provocando una fuerte carcajada que le nace desde la garganta.

—Eso significa que has pensado en mí bailando —replico en el mismo tono, siguiéndole la corriente con una sonrisa juguetona.

—He pensado en ti de muchas formas, Gia.

Su confesión se queda flotando en el aire mientras el saxofón sigue marcando el ritmo, lento y envolvente, esta vez dejándonos disfrutar de la melodía de una canción que desconozco pero que igualmente me animo a seguir bailando aferrada a él y a la forma en la que sus manos aprietan mis caderas y sus dedos acarician la zona baja de mi espalda, provocándome un cosquilleo por todo el cuerpo.

—Incluso cuando nos llevábamos mal —sigue diciendo, con la voz ronca—, pensaba en ti más de lo que debería.

—¿Incluso cuando me odiabas? —pregunto en tono animado, jugueteando con los mechones de color azabache que caen por su nuca.

—No te odiaba —contraataca con el ceño fruncido—. ¿Por qué dices eso?

—Bueno… —Me muerdo el labio inferior, pensativa—. Digamos que no eras la persona más amable del mundo conmigo. Me lo hiciste pasar un poco mal cuando llegué, y creo que nunca te di motivos para tratarme de una forma tan cortante.

Luca tarda unos cuantos segundos en responder. Cierra los ojos y aprieta su agarre, haciéndome quedar completamente pegada a él, como si necesitara empaparse del silencio y asegurar su contacto antes de continuar hablando.

—Siento mucho si por mi culpa lo pasaste mal. No era mi intención hacerte sentir así. Simplemente… —Suelta un suspiro, dejando salir todo el aire que parece que había estado conteniendo hasta ahora—. Algo en ti me recordaba a una parte de mí que no me gusta, una que quería olvidar.

—Así que tienes más secretos, eh —suelto en tono burlón—. Quizás no olvidas esa parte porque todavía sigue siendo importante para ti.

Apoyo mi mejilla en su pecho, dejándome envolver por los constantes y rápidos latidos de su corazón, mientras él descansa su barbilla en mi cabeza y sigue haciendo que nos movamos hacia los lados con suavidad. Nos mecemos bajo un cielo púrpura que se ve reflejado sobre el agua, tiñéndola de color y magia, haciendo este momento todavía más especial.

34 | SIGAMOS SOÑANDO

Luca

La luz de la mañana se cuela a través de las cortinas, dibujando líneas doradas sobre las sábanas revueltas a nuestros pies. Gia todavía está dormida, así que me permito observarla un rato más antes de despertarla.

Está tumbada boca abajo, con la cara girada hacia un lado y un brazo escondido bajo la almohada que hemos compartido esta noche y con toda la maraña de rizos esparcida por la cama.

Los rayos de sol juguetean con la piel suave de su espalda desnuda, que no tardo demasiado en acariciar con las yemas de mis dedos mientras que mis ojos recorren su silueta sin ningún pudor, como si una parte de mí quisiera memorizar cada parte de ella.

Creo que nunca ha estado tan guapa como lo está ahora mismo, con el gesto relajado y una pequeña sonrisa de satisfacción en el rostro. Con el pelo alocado reflejando cómo ella es en realidad. Con las mejillas algo sonrosadas. Con su cuerpo desnudo junto al mío

Entierra la cabeza en la almohada y suelta una pequeña risita.

—¿Vas a pasarte toda la mañana mirándome?

—¿Algún problema con eso?

—Sí —responde sin mirarme—, que me has despertado. —Suelta un pequeño bostezo—. Ah, y que no llevo ropa.

—¿Y qué? —Me inclino hacia su cuerpo y deposito algunos besos sobre su espalda. Siento cómo empieza a tensarse con cada roce de mis labios en su piel, y su respiración se agita levemente, lo que acaba provocándome una sonrisa.

—Eres peligroso por las mañanas —susurra, todavía adormilada.

Se apoya sobre sus codos, inclinándose ligeramente hacia mí para darme un pequeño beso en los labios; un simple y rápido roce que consigue despertar en mí el deseo que con ella parece nunca terminar de saciarse.

—Tú lo eres incluso dormida, piratilla.

Sonríe con orgullo, como si fuese consciente del efecto que tiene en mí ese gesto.

—Es tu culpa por mirarme así.

—Lo que no es mi culpa es que tú —enfatizo esta última palabra —, estés así —musito, mirándola con descaro, tomándome mi tiempo para apreciar las curvas de su cuerpo como si fuera la primera vez. Está preciosa con el pelo revuelto, la mejilla marcada todavía por las sábanas, los rayos de sol iluminando esos ojos igual de dulces e intensos que el chocolate.

—¿Así cómo? —pregunta, fingiendo una inocencia que sé perfectamente que no tiene.

Me acerco un poco más a su cuerpo, quedando a tan solo unos centímetros de distancia. Jugueteo con uno de los rizos de su cabello que le cae por la espalda, aprovechando para acariciar la piel expuesta.

—Preciosa —susurro contra sus labios antes de besarla.

—¿Incluso con el pelo enredado y hecho un desastre? —Alza una ceja, mirándome divertida.

—Especialmente por eso.

Pone los ojos en blanco y, de pronto, se incorpora sobre la cama para colocarse a horcajadas sobre mi regazo en un rápido movimiento que me pilla completamente desprevenido. Apoya las manos en mi pecho y se inclina hacia mí, dejando sus labios a escasos centímetros de los míos. Su pelo cae hacia delante y en su rostro se dibuja esa expresión juguetona que siempre augura alguna de sus maldades.

Tira de mi labio inferior con los dientes; un simple movimiento que me arranca un jadeo que la hace sonreír, satisfecha, como si disfrutara con la idea de volverme cada vez más loco. Y de nuevo, vuelve a echarse hacia atrás despacio, con los brazos extendidos y las manos apoyadas en mi pecho, justo donde mi corazón late completamente desbocado por ella. Me dedica una sonrisa que termina de encenderme por completo.

—¿Vas a hacer algo más aparte de mirarme? —Enarca una ceja.

Me tomo unos segundos para fingir que estoy pensando una respuesta, acariciando la piel suave de sus muslos mientras ella juguetea con el vello que nace en mi pecho.

—Estoy pensando qué puedo hacer para que cierres esa boquita tan bonita y contestona que tienes, piratilla.

—Más quisieras ser capaz de callarme, capitán.

—¿Eso es un reto? —Ahora soy yo el que eleva ambas cejas, recibiendo una sonrisa ladeada por su parte.

—Depende —responde—. ¿Vas a hacer algo al respecto?

—Te vas a enterar —gruño antes de agarrarla por la cintura y atraerla hacia mí, pegándola por completo a mi cuerpo en un movimiento fugaz. Se le escapa una pequeña risita que se acaba ahogando contra mis labios.

El beso empieza lento, casi burlón, como si todavía estuviésemos jugando a ver quién es capaz de volver antes loco al otro. La aprieto un poco contra mí, saboreando cada uno de sus jadeos y su respiración entrecortada, hasta que el beso pasa de ser una broma juguetona a una promesa de lo que está por ocurrir entre los dos.

***

El calor a esta hora del medio día es prácticamente asfixiante. Por suerte, hemos pasado casi toda la mañana en remojo jugueteando dentro de la piscina. Ahora estamos sentados bajo la sombra de un árbol, con una partida de dominó empezada sobre la mesa, mientras los rayos del sol intentan colarse a través de sus hojas. Cada vez que Gia coloca una ficha, no puedo evitar fijarme en la forma en la que se muerde el labio inferior, nerviosa por hacer una mala jugada.

—Mal jugado —murmuro sonriente, sin dejar de mirarla, y doy una nueva vuelta sobre la mesa a la ficha que tengo preparada desde hace un buen rato, lista para ser colocada y cerrar la jugada, declarándome vencedor una vez más.

—Estás haciendo trampas —se queja, echándose hacia atrás.

—¿Ahora se le llama así a ser increíble en todo lo que hago, incluyendo jugar al dominó? —pregunto de forma irónica.

—No te lo tengas tan creído... —Pone los ojos en blanco—, que solo es colocar fichas.

—Pues mira cómo coloco la ficha ganadora —digo en tono burlón, disfrutando de lo mucho que parece estar enfadándose por haber perdido. Lleva las manos hasta las fichas que reposan sobre la mesa y las revuelve todas, dejándome boquiabierto cuando algunas de ellas caen al suelo por culpa de su arrebato—. ¿Quién es la tramposa ahora? Estaba a punto de ganar.

—Pero no lo has hecho. —Se encoge de hombros y yo no puedo evitar soltar una carcajada.

—No sabía que eras tan competitiva.

—Ya te lo he dicho: hay muchas cosas que no sabes de mí —me recuerda.

Me levanto de la silla, la agarro por la cintura y, antes de que tenga tiempo de escaparse y salir corriendo como sé que tiene planeado hacer, la levanto y la cuelgo sobre un hombro, dejando que patalee todo lo que quiera contra mi pecho antes de lanzarme con ella en brazos a la piscina.

El aire se detiene durante un segundo cuando el agua nos envuelve por completo. Sacamos las cabezas a la superficie entre carcajadas, completamente empapados y brillando bajo los rayos de sol. Tiene el pelo pegado al rostro cuando me empuja suavemente, sin apenas fuerza, riéndose a carcajadas como si nada más importara.

Doy un pequeño chapuzón que acaba salpicando agua por todas partes. No sé por qué, pero no puedo dejar de sonreír. Me encanta esta versión de Gia: alocada y divertida, completamente libre…

dejándose llevar sin preocuparse demasiado por cómo debería comportarse en realidad.

Ojalá la situación en Cortona fuera más sencilla para ella y no tuviera que reprimirse tanto, porque, ahora que está dejándome ver cómo es estar a su lado y disfrutar de ella, no sé si voy a ser capaz de contenerme.

Se acerca y me rodea el cuello con los brazos, dedicándome una de esas miradas que siento que son capaces de descifrarme por completo.

—Me gusta esta Gia —susurro contra sus labios.

—¿Cuál?

—La que se permite ser ella misma.

—¿Crees que en Cortona no soy yo misma? —inquiere, frunciendo ligeramente el ceño.

Niego con la cabeza.

—Te contienes demasiado y mides cada uno de tus movimientos.

—Tú también —replica—. Es la primera vez que te veo disfrutar de verdad y sonreír sin preocuparte de que alguien te vea hacerlo.

—Dicho así, me haces parecer todo un gruñón —replico, y no puedo evitar suspirar.

—Es que lo eres —responde, juguetona, antes de darme un pequeño beso en la punta de la nariz.

Su mirada se ensombrece de un momento a otro.

—No quiero que cambie nada entre nosotros cuando volvamos —me pide en voz baja.

—¿Por qué debería cambiar? —Enarco una ceja.

—Porque ya no estaremos solos y aislados del resto del mundo. Ya no seremos solo Luca y Gia. —Se encoge de hombros—. Y yo no sé qué versión de mí puedo ofrecerte. Estoy algo perdida… y tengo miedo —confiesa, cabizbaja—. También tengo secretos que no he sido capaz de confesar a nadie en voz alta. Pero puedo ofrecerte lo que soy ahora mismo, aunque esté llena de grietas.

—Me gustan tus grietas. Me gusta tu nueva versión. Me gustas tú, Gia. —Acaricio su mejilla con suavidad—. Hacía mucho tiempo que no me permitía sentir nada por nadie, y ahora llegas tú y haces de mi vida un caos. Has roto la armadura que llevaba puesta y todos los muros que había construido para proteger mi corazón.

No sé qué pensar al respecto porque todo es demasiado reciente, pero, después de tantos años, la idea de descubrir y amar a otra persona por completo, no me asusta, sino que me ilusiona.

—¿Qué te pasa, Gia? —pregunto cuando noto su expresión triste, a pesar del momento tan íntimo y vulnerable que estamos viviendo. Agarro su cara con las manos y le levanto el mentón, haciendo que nuestros ojos se encuentren de nuevo.

Inspira hondo y bajo la mirada.

—De verdad que estoy intentando desconectar —empieza a decir, jugueteando con sus dedos sobre mi nuca, provocándome una ráfaga de cosquillas que me dificultan el concentrarme por completo en sus palabras—, pero no puedo evitar pensar en que estoy en peligro, y que en cualquier momento puede pasarme algo.

—No puedo prometerte que el mundo fuera de esta casa sea seguro, pero lo que sí te puedo garantizar es que mientras estés

conmigo, no va a pasarte nada malo. —Acuno sus mejillas con las manos y ella asiente con la cabeza.

—Ojalá todo esto fuera una pesadilla —murmura con los ojos aguados.

—¿También lo nuestro?

—No. —Niega con la cabeza—. Si lo nuestro es parte de un sueño, entonces no quiero despertarme.

Sonrío como un tonto, como siempre hago cuando estoy con ella desde hace tan solo unos días, y como nunca pensé que sería capaz de hacerlo de nuevo.

—Sigamos soñando, entonces —murmuro antes de robarle un beso.

***

La *Piazza IV Novembre* está llena de turistas, luces tenues que comienzan a encenderse mientras el sol cae tras los edificios antiguos y música que nos envuelve en un ritmo suave y acogedor. Esta noche hay un festival de jazz y hemos conseguido un pequeño sitio frente al escenario.

Gia me mira sonriente y yo no puedo evitar hacer lo mismo, contagiándome de su alegría. No deja de hacer fotos a todo lo que nos rodea, mirando maravillada cada esquina como si no hubiéramos estado aquí mismo justo ayer.

Está preciosa.

Lleva un vestido rojo sin mangas, con los hombros al aire y completamente ceñido al cuerpo, marcando de forma sugerente cada una de sus curvas. El color resalta a la perfección su piel

bronceada bajo la luz del atardecer y sonrío cuando compruebo que se ha puesto algún tipo de loción corporal con purpurina que al moverse, hace que brille con el movimiento bajo la luz cálida.

Se ha recogido el cabello en una coleta alta que ha atado con uno de sus pañuelos de pirata, rompiendo un poco con la elegancia del atuendo y aportándole un toque más casual. Se le escapan unos cuantos mechones del recogido, enmarcando su rostro y suavizando cada una de sus facciones.

Lleva otro pañuelo ligero alrededor del cuello, del mismo color que el resto de su atuendo; el mismo que me muero de ganas de quitarle para poder besar la piel de su garganta a mi antojo.

Al contrario que ella, yo voy vestido algo más sencillo, como siempre. Llevo una camisa de lino y unos pantalones del mismo material, cómodos y holgados.

Me giro para mirarla con más atención y la veo moviéndose lentamente, siguiendo el ritmo del saxofón, como si la música la envolviera por completo. Tiene los ojos brillantes y llenos de emoción, y la coleta se le balancea hacia los lados con cada uno de sus movimientos.

—Te gusta, eh —murmuro, acercándome un poco más a ella.

—Me encanta —responde con una sonrisa—. Es distinto a lo que suelo escuchar y el ambiente es completamente diferente al de cualquier concierto o festival en el que he estado.

Su mano acaricia la mía con suavidad, como si estuviera pidiéndome permiso con cada roce de su piel contra la mía, hasta que finalmente acabo entrelazando nuestros dedos y consigo una de sus radiantes sonrisas como respuesta.

—¿Bailamos? —pregunta, señalando con la mirada al resto de parejas que han comenzado a bailar agarrados, siguiendo el ritmo de la música.

—Yo no bailo.

—Mentira —me replica sin dejar de sonreír—. Ayer lo hicimos.

Me arrastra casi sin darme cuenta a la zona en la que están bailando el resto de las parejas. Suelto un bufido al ver la sonrisa triunfante que tiene en el rostro cuando me rodea el cuello con los brazos e intenta que empecemos a movernos.

—Te he dicho que yo no bailo —murmuro, pese a que mi cuerpo le está siguiendo el rollo y se mueve ligeramente.

—Ya, pero a mí me apetece —pronuncia contra mis labios antes de darme un pequeño beso.

—¿Siempre consigues lo que quieres? —pregunto en tono juguetón, acariciando la zona baja de su espalda y sonriendo al notar lo tensa que se pone ante mis caricias.

—No sé, dímelo tú —replica con esa sonrisa juguetona que parece querer retarme.

Me inclino hacia ella, acortando la poca distancia que nos separa, dejando que la brisa de la noche y las luces doradas nos envuelvan mientras los saxofones llenan la plaza con su melodía. Nuestros labios se encuentran en un beso que empieza suave, explorando cada movimiento con total tranquilidad, como si no estuviéramos rodeados de personas y el tiempo se hubiese detenido solo para nosotros. pero que poco a poco se va intensificando, dejándonos llevar por la magia del momento.

—Sí… —gruño casi para mí mismo cuando nos separamos para tomar aire—. Sin duda, siempre consigues lo que quieres.

Se le escapa una carcajada contra mi boca antes de besarme de nuevo.

35 | DISFRUTAR DEL ATARDECER JUNTO A TI

Gia

Hemos presenciado unas vistas panorámicas de Perugia con una copa de vino blanco en la mano desde el *Porta Sole,* el punto más alto de la ciudad. La experiencia ha sido inolvidable y siento que el día ha sido perfecto.

De vuelta a Cortona, la carretera se extiende entre colinas y campos dorados llenos de flores bajo un cielo que comienza a teñirse de color malva.

El aire en el interior del coche es diferente: está cargado de silencios cómodos, de canciones que canto a todo pulmón —haciendo sonreír a mi acompañante—, de roces y caricias accidentales, de miradas cómplices y de recuerdos de uno de los mejores fines de semana que he pasado en mucho tiempo.

Luca conduce con una mano en el volante y con la otra me agarra la pierna con fuerza, cosa que me pone bastante nerviosa, a pesar de lo cerca que hemos estado durante todos estos días.

En una de las curvas, frena el coche y lo estaciona junto a unos árboles; observo mi alrededor y compruebo que estamos rodeados de campo abierto.

—¿Qué pasa? —inquiero, mirando de un lado a otro.

—El cielo está precioso —se limita a responder—. Mira. —Señala el paisaje con la mirada a través del cristal del coche para que yo también pueda apreciarlo—. Además, no quiero que nuestro fin de semana termine todavía.

Se baja de mi camioneta sin decir nada más o esperar una respuesta por mi parte. Me bajo también y lo sigo hasta la parte de atrás, donde lo veo colocar unas sábanas bastante arrugadas en el hueco del amplio maletero.

—Te ayudo a subir —dice antes de alzarme y subirme a la parte de atrás de la camioneta, provocándome un pequeño grito seguido de una carcajada. Enseguida, él sube de un salto y se sienta junto a mí, con las piernas extendidas sobre la tela que ha colocado para no mancharnos.

Me acomodo entre sus piernas con la espalda apoyada en su pecho; su calor y su olor se han vuelto demasiado familiares para mí en estos últimos días, y la verdad es que eso me asusta un poco. Él ha respetado mis tiempos en todo momento, pero todavía no he sido capaz de decirle quién soy, de contarle toda la verdad. Pero eso tiene que cambiar si quiero que esto que acabamos de empezar funcione. Esta noche tenemos una cita en Cortona y he decidido que será el momento perfecto para abrirle mi corazón y confesarle toda la verdad.

Me toma la barbilla con dos de sus dedos y gira levemente mi cabeza hacia él, dejando mis labios más accesibles a los suyos.

—Deja de pensar tanto —murmura antes de darme un pequeño beso.

Sus labios se mueven de forma lenta y tierna a la vez, todo un contraste comparado a la mayoría de nuestros besos hasta ahora. Y me gusta. Me gusta sentir su calidez contra mi boca.

Cuando nos separamos, entrelazo nuestros aún con las respiraciones algo agitadas y las frentes pegadas.

—¿Qué somos? —le pregunto, mordiendo mi labio inferior.

Esboza una pequeña sonrisa ladeada y eleva una ceja.

—¿Qué quieres que seamos?

Todo, es lo que quiero decirle.

Quiero su día a día, pero también cada una de sus noches. Quiero seguir viendo su cara al despertar, escuchar sus gruñidos ante mis tonterías y verlo tratar de forma tan humana y bonita a las personas y a los animales. Quiero sacar su parte tierna, pero también sacarle de quicio sin parar. Y pertenecerle sin dejar de ser mía. Seguir perdiéndome en su mirada con la confianza de que siempre que lo necesite, él estará ahí para encontrarme. Quiero que sus ojos brillen como la luna cada noche al mirarme justo como ahora, y que nunca deje de verme como si fuese un monumento al que admirar.

Pero no quiero sonar demasiado intensa o desesperada por su afecto, teniendo en cuenta el poco tiempo que llevamos dejándonos llevar, así que decido callarme.

Tomo aire mientras miro al horizonte.

—No lo sé, me gusta como estamos ahora —termino diciendo.

Y pese a que quiero más, lo digo de verdad. Me conformaría con tener esto que tenemos ahora para siempre, si con eso me aseguro de que siga existiendo un «nosotros».

Lo observo con atención mientras que él sigue con la mirada perdida en el atardecer, depositando suaves caricias en mi cabeza y jugueteando con los mechones rebeldes de mi cabello.

Delante de nosotros, el cielo parece pintado a mano; un color púrpura se extiende sobre las colinas, mezclándose con pequeños destellos de un naranja suave y algunas motas de tonos rosados que se fusionan con un azul cada vez más intenso.

—¿Sabes una cosa? —comienza a decir, rompiendo el silencio que nos envuelve—. Nunca pensé que hubiese algo más bonito que ver un atardecer, hasta ahora.

—¿Y qué es más bonito? Porque el cielo púrpura de hoy me parece completamente mágico.

—Disfrutar del atardecer junto a ti.

—Jamás me hubiera imaginado que serías tan cursi —digo en tono burlón, aunque por dentro sienta miles de mariposas revoloteando nerviosas por mi estómago.

—No quiero que esto se quede en un fin de semana bonito —continúa diciendo—. Ni que solo haya sido producto de la tensión tan evidente que hay entre nosotros. Quiero sentir que eres solo para mí.

Mi pecho se llena de golpe y mi corazón se agita con fuerza.

—¿Me estás pidiendo tener exclusividad, Luca?

—¿Qué dirías si así fuera? —pregunta cerca de mi boca.

Aunque sus palabras me sorprenden, me hacen dudar y sonreír como una tonta al mismo tiempo. No puedo evitar morderme el labio inferior con cierto nerviosismo mientras intento descifrar

mentalmente cuánto de sus palabras es verdad y qué parte es simplemente un juego.

—Eso depende de lo que estés dispuesto a hacer para ganártelo —digo con un hilo de voz y con el pulso desbocado mientras intento hacerme la interesante, como si el chico de ojos oscuros y mirada fría no me hubiese conquistado ya.

—Te sorprendería saber lo competitivo que puedo llegar a ser yo también, piratilla.

Mi corazón se salta un latido, como cada vez que lo escucho pronunciar con su voz ronca ese apodo tan absurdo y que tanto detestaba, pero que ahora consigue hacer flaquear mis piernas.

—¿Crees que esto… —nos señalo con las manos—, es una locura?

—Sí —responde tajante—. Pero una locura de las que vale la pena vivir.

—Nunca pensé que te abrirías tanto conmigo, que llegaríamos a ser… bueno, no sé, a estar así como estamos ahora —confieso.

—Y yo nunca pensé que me volvería loco por una persona como tú.

—¿Qué tengo de malo? —Me giro un poco hacia él hasta que nuestros ojos vuelven a encontrarse.

—Nada. Precisamente por eso. —Se encoge de hombros con aire despreocupado—. Eres demasiado buena para mí.

—No lo soy, Luca. Yo también tengo mis secretos y he hecho cosas de las que me arrepiento.

—¿Y cuándo tendré el placer de que me las cuentes? —cuestiona, alzando las cejas.

—No quiero que me dejes después de saber cómo soy en realidad. Te he mentido todo este tiempo —consigo decir por fin, sintiendo que me quito un gran peso de encima—. La historia que os conté al llegar… mi pasado… —Trago saliva con dificultad—. Todo es mentira.

El silencio que me dedica a continuación es como un pozo sin fondo. Tan solo me mira y yo lo miro a él, intentando descifrar algún mensaje oculto en sus ojos, alguna respuesta ante la confesión que acabo de hacer, pero no encuentro nada.

La luz dorada del atardecer le dibuja una sombra lineal en su perfil. Es guapísimo y una persona extraordinaria. Solo espero no haber estropeado esto que acabamos de formar.

Solo quiero que me conozca de verdad. Quiero que me vea… y que no salga huyendo de mí como incluso yo misma hice.

—Quiero que me cuentes quién eres en realidad, Gia. —Tensa la mandíbula mientras que trago saliva, algo nerviosa, intentando encontrar las palabras adecuadas.

—Lo haré, te lo prometo —le aseguro, perdiéndome por unos instantes en el color ébano que esconde la intensidad de su mirada —. Esta noche tenemos una cita, ¿no? Te prometo que te lo contaré todo.

36 | SOSPECHAS

Gia

—Oh, mi *piccola* —me recibe Micaelo con los brazos abiertos—. Bienvenida a *la tua casa*. Os hemos echado de menos.

—*Nonno*, ha sido solo un fin de semana.

—Un fin de semana sin ver tu sonrisa y disfrutar de tu alegría, hijo —ironiza su abuelo.

—Veo que estás de buen humor.

—Yo siempre estoy de buen humor, hijo mío. ¡La vida es maravillosa!

Luca y yo nos miramos y negamos con la cabeza; yo con una sonrisa en el rostro y él, con el mismo ceño fruncido de siempre.

—Tengo algo que enseñarte. Dejad vuestras cosas y ven a mi despacho —le indica a mi chico con un gesto de cabeza.

«Mi chico». Qué raro se me hace llamarlo así... No sé si seré capaz de acostumbrarme.

—Está bien —le responde—. Recuerda que tú y yo —me dice en esta ocasión a mí, ante la atenta mirada de Micaelo—, tenemos una cita esta noche. —Alza una ceja y se aproxima a mí lentamente, haciendo que mi cuerpo reaccione solo y tiemble ligeramente al notar el olor de su perfume tan cerca de mi piel—. Mi piratilla —susurra contra mi oído, haciéndome estremecer de pies a cabeza.

Me agarra por la cintura y en un hábil movimiento me acerca a él, uniendo nuestros cuerpos, y me besa de forma rápida en los labios. Un simple roce que consigue erizar la piel de mi espalda y sacarme una sonrisa.

Me guiña un ojo mientras que Micaelo nos observa con el semblante serio y la mandíbula tensa, y juraría que también con una de las venas de su cuello más hinchadas de lo normal, como si estuviera haciendo fuerza interiormente y estuviese a punto de estallar.

—¿Puedo ir a ver a Chanel antes de cambiarme? —le pregunto al dueño del dormitorio en el que sigue viviendo mi gata.

—Claro, ya sabes dónde está.

Me despido de ambos y doy media vuelta, dispuesta a comerme a besos a mi gata en cuanto la vea, aunque soy consciente de que no va a hacerle la misma ilusión que a mí.

La habitación está más o menos igual distribuida que la de Luca, siendo las dos únicas que, en lugar de habitaciones, parecen pequeños apartamentos.

Al entrar, lo primero que veo es el cuarto de baño, que está frente de la puerta. Hay una zona de estar bastante espaciosa con un sofá y dos mesas: una central frente al sofá y otra junto a la zona de la cocina, que, al igual que la de Luca, está integrada en una especie de armario. Al cruzar el diminuto pasillo, encuentro la verdadera habitación, compuesta por una cama cubierta por una colcha *beige* y cojines de colores, dos pequeñas mesas a los lados y dos grandes armarios.

Las paredes también son de color claro y en ellas cuelgan cuadros con paisajes toscanos pintados a mano.

—Hola, mi pequeña. —Me pongo de rodillas en el suelo con la intención de quedar más cerca de la gata y poder acariciarla con tranquilidad—. ¿Me has echado de menos? —Me tomo su ronroneo contra mi mano como un signo de aprobación para que la coja en brazos y la estruje contra mi pecho, llenándola de besos que parecen no gustarle demasiado, porque enseguida empieza a gruñir —. No te hagas la dura, tú también me has echado de menos, ¿a qué sí?

Vuelvo a darle algunos besos por la cabeza y después de ronronear un poco contra mi pecho, se lanza al suelo en un salto rápido, dejándome de nuevo sola y con toda la ropa llena de pelos blancos.

Ahora tendré que echar a lavar este conjunto y darme una buena ducha si no quiero que Luca tenga un ataque de asma por mi culpa.

Estoy a punto de levantarme del suelo cuando veo algo que llama mi atención escondido al otro lado de la cama.

Me levanto y, después de sacudirme un poco los pelos que tengo pegados en la ropa, miro a mi alrededor, asegurándome de que estoy sola en la habitación. Aunque sé que no debería hacerlo, doy algunos pasos hasta cruzar la cama y vuelvo a agacharme, esta vez para coger una caja de la que sobresalen unos papeles.

Son el mismo tipo de papel que el de las cartas que he estado recibiendo estas últimas semanas.

—¿Gia? —La voz de Marietta me pilla de imprevisto y casi acabo tirando la caja al suelo. No he llegado a abrirla, por lo que vuelvo a

colocarla en el mismo sitio en el que estaba escondida bajo la cama. Me levanto y me sacudo un poco la falda ante la atenta mirada de la *nonna*—. ¿Necesitas algo?

—Perdona, no sé si Micaelo te ha avisado… Quizás debería haberte preguntado a ti también, ¡pero se me pasó! —empiezo a hablar de forma rápida y nerviosa—. He venido a ver a Chanel.

—Oh, claro, ¡tu gata! Estoy tan acostumbrada a sus gruñidos ya, que la siento mi mascota. —Suelta una risita.

—¿Te está molestando demasiado? —pregunto, observando al animal.

—¡Para nada! Además, me hace compañía. Micaelo es el que no quería tener mascota. —Hace un gesto con la mano, restándole importancia—. Pero ya está acostumbrándose a ella. —Me dedica una sonrisa ladeada—. ¿Necesitas algo más, cielo?

—Mmm, no, no —titubeo—. Tengo que ir a darme una ducha, he quedado para cenar con Luca.

—Oh, veo que os habéis seguido acercando... ¡Cuánto me alegro! —Da un par de pasos hacia mí y me toma las manos—. Gracias por ver lo bueno que hay en él y por ver más allá de su coraza. Mi niño es un trozo de pan, no los hay tan buenos como él.

—Solo nos estamos conociendo un poco mejor —murmuro, no muy segura de hasta cuánto puedo compartir de mi relación con Luca, o hasta cuánto quiere él que compartamos sin sentirse incómodo. Aunque me acaba de dar un beso frente a Micaelo, así que supongo que no le importará demasiado.

—Eso es lo que se dice siempre cuando una está demasiado enamorada como para admitirlo. —Me guiña un ojo—. Pero, tranquila, no diré nada que pueda incomodaros, si es lo que te preocupa.

Asiento con la cabeza a modo de agradecimiento y ella hace lo mismo, todavía sin soltar mis manos.

—Tienes una habitación preciosa, ¡parece una casa pequeñita! Me encanta cómo la tienes decorada.

—Muchas gracias, cielo.

—¿El *nonno* es tan maniático como Luca para dormir? —Finjo una carcajada cuando Marietta asiente con la cabeza—. ¿En qué lado de la cama duerme?

—Sí, un poco... Son tal para cual. —Se ríe y me señala con la mirada el lado de la cama en el que está escondida la caja que hace unos minutos tuve entre mis manos—. Justo aquí. Y vaya cómo se pone si se te ocurre tocar su lado de la cama o alguna de sus cosas, ¡es todo un maniático del orden!

Se me pone la piel de gallina, pero intento disimularlo con una sonrisa.

—Entonces son tal para cual, sí.

Es lo último que digo antes de salir de la habitación con un nudo en el pecho.

37 | POR LAS PRIMERAS CITAS

Gia

Camino hacia el espejo y vuelvo a echarme otro vistazo comprobando cada detalle y asegurándome de estar impecable, me ajusto por última vez el vestido que he elegido para esta noche: una pieza de seda de color chocolate con unos tirantes finos que descansan sobre mis hombros y que además lleva la espalda al descubierto. La tela se desliza por mi cuerpo hasta la mitad de la pierna con un corte recto que acompaña al balanceo de mis pasos sobre los tacones.

Mordisqueo mi labio inferior, inquieta. No puedo evitarlo, estoy nerviosa. Para mí, lo de esta noche no es una simple cita, sino el final de mis mentiras y el principio de mi nueva realidad junto a Luca, en la que no sé si será capaz de arriesgarse a estar conmigo después de saber quién soy en realidad.

Me apoyo en el lavabo y cierro los ojos durante unos segundos, repitiéndome a mí misma mentalmente que debo ser valiente, y que soy capaz de hacerlo. No puedo seguir escondiéndome. Luca se está esforzando mucho por conocerme mejor y merece saber la verdad. Por eso, a partir de esta noche, ya no habrá más mentiras entre nosotros.

Aplico un poco de perfume en mis muñecas y por detrás del lóbulo de mis orejas, buscando un punto de calor que haga que el aroma sea más intenso y dure más tiempo impregnado en mi piel.

Me veo un poco rara; desde que estoy en Cortona no suelo maquillarme demasiado, y la chica que me devuelve la mirada en el espejo esta noche se parece demasiado a la que un día dejé atrás. Llevo un moño bajo que termina haciéndome cosquillas en la nuca cada vez que me muevo y unas sandalias que taconean con cada paso que doy por la habitación como si fuera parte de una cuenta atrás.

Cojo el bolso que había dejado preparado sobre la cama y antes de salir del dormitorio, vuelvo a intentar cerrar la cremallera del vestido —que he dejado hasta ahora sin subir—, pero es inútil puesto que mis manos torpes no colaboran demasiado.

Camino despacio hacia el salón sintiendo los nervios incrementar con cada paso que doy. Encuentro a Luca apoyado contra la pared con la atención puesta en su teléfono. Está guapísimo con el ceño fruncido, la barba incipiente que comienza a asomar por su rostro y esa camisa blanca de lino que me deja ver parte de su pecho desnudo gracias a los dos botones que ha dejado abiertos, dándole un aspecto más desenfadado.

Carraspeo para llamar su atención y cambio mi peso de un pie al otro, algo nerviosa cuando su mirada me escruta sin reparo, echándome un buen vistazo desde los pies, subiendo lentamente por mi cuerpo hasta llegar a mi rostro que, inevitablemente, siento que se ha sonrojado.

—Necesito tu ayuda —suelto, con la voz más aguda de lo que me gustaría.

Camino unos cuantos pasos más y giro lentamente hasta quedar de espaldas a él, dejando que vea la línea de mi espalda que queda

descubierta.

Se forma un silencio que me hace contener la respiración. Muevo la cabeza y lo observo por encima de mi hombro. Tengo que tragar saliva cuando siento sus ojos recorrer la silueta de mi cuerpo por completo y con cada paso lento que da hacia mí, mi corazón parece saltarse un latido.

—Claro —termina diciendo con voz grave.

El roce de sus dedos acaricia la piel desnuda de mi espalda y un escalofrío me recorre toda la columna cuando siento su aliento cerca de mi cuello. Sus dedos juguetean con la cremallera del vestido, poniéndome cada vez más nerviosa.

Siento que la habitación cada vez es más pequeña y su presencia cada vez más grande. Empieza a faltarme un poco el aire cuando soy consciente de su cercanía justo cuando me invade su olor varonil.

—Ya está —susurra cuando por fin ha terminado de subir la cremallera.

Permanezco inmóvil por un instante, disfrutando del momento y de su proximidad antes de girarme lentamente hasta quedar de nuevo frente a él.

—Estás preciosa —murmura, acariciándome la mejilla con el dorso de su mano.

—Gracias —respondo, dedicándole una sonrisa—. Tú tampoco estás nada mal.

—Es que tengo el uniforme de jubilado en la lavadora.

Suelto una carcajada exagerada.

—¿Acabas de bromear? —Elevo una ceja—. ¿Quién eres y qué has hecho con el Luca que conozco?

—Pero si soy todo un bromista. —Se aferra a mi cintura y me acerca a él.

—En serio, que vuelva el de siempre. —Niego con la cabeza, divertida.

—Es que me has dejado aturdido con lo bien que te queda este vestido. —murmura, y sé que dice la verdad, porque su mirada me está quemando ahora mismo.

—Madre mía, ¡gracioso y romántico! Eso te acaba de sumar dos puntos para la cita de esta noche —le digo en tono burlón, apoyando mis manos en su pecho.

—Tranquila, al final de la noche habrá sido la mejor cita de tu vida. —Su mirada está clavada en mi boca con cada palabra que pronuncia y su aliento mentolado se siente demasiado cerca de mi piel.

—Qué creído. —Pongo los ojos en blanco, fingiendo algo de indignación antes de que nuestros labios se unan en un beso lento y dulce que me deja saborear cada parte de él mientras me aferro a su camisa con fuerza y él, con toda la delicadeza que puede, a mis caderas.

—Me encantaría seguir besándote toda la noche —musita cuando nos separamos, con los ojos llenos de brillo y deseo, antes de humedecerse el labio inferior con la lengua, invitándome a centrarme en el movimiento—, pero tengo una reserva en un restaurante a las nueve, y ya vamos tarde.

—Luca, son las ocho y media.

—Lo que decía; vamos tarde.

Pongo los ojos en blanco.

—¡Para una vez que no tardo tanto y estoy preparada a tiempo!

—Llevo esperándote más de dieciocho minutos, Gia.

—¿Los has contado uno a uno?

—Hasta he llevado un registro en el móvil de todos los minutos que nos has hecho perder.

—Dos bromas seguidas ya es demasiado —insisto, riendo—. Y que sepas que, por culpa de esta boquita hemos perdido cinco minutos. —Apoyo el dedo índice sobre sus labios. No me pasa desapercibida la forma en la que me mira: con un hambre contenida, igual que lo haría un depredador con su presa.

—Y otros cinco más que vamos a perder —gruñe antes de estampar de nuevo su boca contra la mía.

***

La Bucaccia da Romano es todavía más acogedora de lo que parecía en fotos. El restaurante está rodeado de muros de piedra antigua, arcos de ladrillo, vigas oscuras que cruzan el techo y una luz cálida que cae desde unas pequeñas lámparas que cuelgan del techo. El interior huele a barniz, a vino, a pan recién hecho y a hierbas.

Las mesas son de madera y están dispuestas con sencillos manteles de color crema, copas de vino perfectamente alineadas y velas que parpadean suavemente, creando un ambiente mucho más íntimo. Hay varias estanterías repletas de botellas de vino, y detrás

de la barra veo que hay algunos licores que brillan bajo la iluminación dorada del local.

El camarero nos acompaña hasta nuestro sitio, bajo uno de los arcos que además parece estar bastante apartado del resto, lo cual me parece genial, puesto que así tendremos más intimidad y podremos hablar más tranquilos. Al acercarnos, Luca se interpone en mi camino y me aparta la silla antes de que pueda hacerlo yo misma. Es un gesto simple y sencillo —a la vez que atento— y no puedo evitar dedicarle una de mis mejores sonrisas antes de sentarme.

—Qué caballero —murmuro.

—Gracias, es una de mis virtudes —responde antes de rodear la mesa y sentarse frente a mí.

Se remanga la camisa hasta los codos, los cuales termina apoyando sobre la mesa. Me mira con una sonrisa tranquila que me desarma y hace que me olvide de todo lo demás. Incluso de lo que estoy a punto de hacer.

El camarero nos sirve una copa de vino tinto a cada uno mientras deja que revisemos el menú con tranquilidad.

—Por las primeras citas. —Luca me ofrece su copa para chocarla con la mía en un pequeño brindis completamente improvisado.

Después de un buen rato mirando la carta, pedimos una tabla de embutido y quesos de la zona para compartir, que acabamos prácticamente devorando entre intensas miradas, anécdotas divertidas y roces accidentales al coger el pan que duran más de la cuenta.

—Es un sitio precioso. —He empezado a sentirme más nerviosa, ansiosa por soltar la bomba y desaparecer a la misma vez, así que no sé qué otra cosa decir ahora mismo.

—No sabía si te gustaría, es un restaurante bastante tranquilo —responde antes de llevarse la copa a los labios y dar un pequeño sorbo al vino.

—Me gustan los sitios tranquilos. —Cojo un trozo de queso y me lo llevo a la boca, degustando su sabor con calma y disfrutando del contraste con el sabor ácido que el vino ha dejado en mi boca.

—La verdad es que te has adaptado muy bien a Cortona. —Ladea la cabeza—. La primera vez que te vi pensé que no aguantarías aquí ni dos días.

No me quedaba otra opción de todas formas.

—Soy toda una caja de sorpresas —me limito a responder antes de dar un sorbo beber de mi copa.

—Desde luego que sí.

Trago saliva.

Su mirada me resulta más intensa de lo normal, y siento que sus ojos tratan de ver más allá de mi fachada y mis palabras, como si fuera capaz de percibir mi nerviosismo. La verdad es que llevo un rato más callada de lo normal, ya que no dejo de darle vueltas a la forma en la que debería empezar a contarle toda la historia, y cuándo sería un buen momento para hacerlo.

La cena avanza con tranquilidad, compartiendo platos típicos de la zona y hablando de cosas simples pero importantes para conocernos un poco mejor. Le cuesta un poco arrancar, pero termina

contándome cómo fue su infancia, los países que logró visitar cuando era tan solo un niño y algunas trastadas que hizo cuando era un adolescente, aunque esto último me cueste más de imaginar. Yo le cuento algunas cosas sobre mí que son reales, aunque no consigo aprovechar el momento para hablar de lo verdaderamente importante. Cada palabra que suelto me pesa un poco más que la anterior.

Lo escucho mientras me cuenta el motivo por el que decidió hacerse veterinario, apoyando la barbilla en mi mano, sintiendo mi pecho contraerse poco a poco. Luca me gusta mucho y no quiero que esto que hemos empezado se construya a base de mentiras. Sé que puedo confiar en él, y es hora de que le demuestre que también puede confiar en mí.

—Luca… —empiezo a decir, notando cómo la voz me sale más baja y ronca de lo habitual. Carraspeo y me enderezo en el asiento, sintiéndome completamente expuesta frente a él—. Hay algo que necesito decirte.

—Dime.

Justo en este momento, su teléfono móvil empieza a sonar. Lo saca del bolsillo y frunce el ceño cuando comprueba el remitente; lo coloca boca abajo sobre la mesa y vuelve a prestarme toda su atención.

—Quizás deberías atender la llamada —murmuro cuando vuelve a sonar la melodía, intentando alargar un poco más el momento de contarle toda la verdad.

—No me gusta hacerle caso al móvil cuando estoy cenando. Y menos aún si lo estoy haciendo con mi chica.

«Mi chica».

La persona que intenta contactar con Luca vuelve a insistir una vez más, haciendo que agarre el aparato con cierta molestia y descuelgue la llamada.

—¿Qué? —prácticamente suelta con un gruñido.

Mi corazón se acelera cuando le cambia el semblante por completo, pasando de estar enfadado —que es su estado habitual— a fruncir el entrecejo, extrañado por lo que sea que le estén diciendo al otro lado de la línea.

—Sei serio? Non disturbarmi con le tue battute, Micaelo.

Mis cejas se elevan al escuchar ese nombre.

No he dejado de darle vueltas al hecho de haber encontrado bajo la cama de los *nonnos* tantas hojas del mismo papel que las notas que he estado recibiendo como amenaza. Y justo en el lado en el que duerme Micaelo.

¿He hecho bien en confiar en él? Ni siquiera sé quién es este hombre en realidad, ni por qué tiene tanto poder sobre casi todo el mundo. Parecía bastante sorprendido cuando le enseñé las notas y su expresión no me resultó para nada fingida, ya que es una persona muy expresiva y enseguida se le nota qué es lo que está pensando. Además, si quisiera hacerme algo malo, ya lo habría hecho, puesto que ha tenido muchas oportunidades; pero desde que estoy en Cortona, lo único que ha hecho ha sido preocuparse por mí, ayudarme, protegerme y hacer mi estancia mucho más amena con sus bromas.

—Voy para allá —responde Luca, devolviéndome al presente de nuevo. Tiene la mandíbula tensa y los dientes apretados incluso cuando cuelga el teléfono y lo deja caer sobre la mesa. Cierra las manos en puños y aprieta con fuerza.

—¿Estás bien? ¿Ha pasado algo?

No me responde, así que llevo una mano hasta uno de sus puños e intento que la abra, acariciándola con suavidad. Poco a poco su expresión se suaviza, aunque sigue teniendo la respiración acelerada y los ojos más oscuros de lo normal.

—Lo siento mucho, pero tenemos que irnos.

—¿Ha pasado algo malo? —Frunzo el ceño—. ¿Están bien los *nonnos*?

—Sí, están bien —dice sin prestarme demasiada atención, llamando al camarero con la mano—. Eso no es lo que me preocupa ahora mismo.

—¿Y qué es lo que te preocupa? —insisto, en busca de respuestas —. ¿Qué ha pasado?

—Luego te lo cuento, ahora tenemos que irnos. —Se pone de pie, con la mandíbula y los hombros tensos y un semblante bastante serio—. Micaelo está esperándome.

38 | REENCUENTROS

Luca

Una vez en la villa, sigo los pasos tranquilos de Micaelo hasta su despacho mientras me explica algunas novedades sobre el caso de Gia, y cómo todo parece estar bajo control. Sus hombres tienen al chaval que se dedicaba a dejarle las notas y a vigilarla, y están haciéndole entrar en razón, según dice él, para que confiese para quién trabaja. Sé cuál es su manera de hacer «entrar en razón» a alguien, así que no me extrañaría que el tipo suelte todo en breve, en cuanto no pueda soportar más el dolor.

Pero ese no es el motivo por el que ha interrumpido mi cena con Gia.

Micaelo abre la puerta y, como siempre, entra él primero. Me resulta raro el repentino silencio hasta que me quedo paralizado cuando veo un cuerpo ancho y fuerte que me da la espalda. El corazón se me para un instante cuando siento su olor.

Al notar mi presencia en la sala, se gira hasta quedar frente a mí, y entonces lo veo. Después de tantos años separados, veo el rostro de mi hermano; con algunas arrugas más de las que recordaba, una barba mucho más larga y espesa que la última vez que nos vimos, unas ojeras que me cuentan que no está durmiendo demasiado y un cabello que empieza a estar igual de canoso que lo tenía nuestro padre a su edad.

—¿Can? —pregunto, todavía incrédulo, sin dejar de mirarlo de arriba a abajo. Me acerco a él lentamente.

—¿Quién iba a ser si no? —Eleva una ceja y abre los brazos de par en par, invitándome a abrazarlo—. Echaba de menos a mi hermano pequeño —musita con voz ronca mientras me sujeta con fuerza.

Tengo un nudo en el pecho, no puedo evitarlo. Llevo demasiados años sin abrazar a ningún miembro de mi familia y sintiéndome completamente solo. Y, aunque Can es la única persona que sabe que estoy en Italia y con la que he mantenido algo de contacto desde que me fui de Turquía, no nos habíamos visto en mucho tiempo.

Él siguió trabajando para mi padre y ahora es una parte importante del clan que maneja desde Estambul, mientras que yo odiaba ese tipo de vida, esa que convirtió a mi padre en un monstruo. Por eso en cuanto pude, me alejé de todo aquello, aun siendo repudiado por él y por toda mi familia.

—¿Qué haces aquí? —Es lo primero que pregunto cuando nos separamos—. ¿Papá sabe que has venido a verme? ¿Sabe dónde estoy?

Mi hermano y el *nonno* intercambian una extraña mirada. Después de un asentimiento de cabeza por parte de Micaelo, Can me anima a que nos sentemos en el sofá.

—¿Qué ha pasado? —insisto—. ¿Es por mamá? ¿Están todos bien?

—Kerem…

—Me llamo Luca —pronuncio con desdén, cerrando los ojos con fuerza—. Desde que tu padre me exilió, mi nombre es Luca —escupo sin reparo—. Kerem murió hace diez años.

Cierra los ojos y sé que está sopesando sus palabras. No puedo evitarlo, aunque mi voz sea firme, por dentro estoy lleno de nervios, y siento un nudo en la garganta que cada vez me hace más difícil seguir tragando.

—Tengo que contarte algo.

—No quiero saber nada.

—Esto debes saberlo, Kerem… Perdón, Luca —rectifica cuando nota la furia en mi mirada—. Papá fue atacado hace unos meses —me cuenta, como si creyera que realmente me importa—, fue traicionado por Burak Sahín.

—¿Burak? —frunzo el ceño—. ¿Estamos hablando del mismo Burak?

—Sí.

No conozco personalmente a Burak Sahín, pero sé que es uno de los mafiosos más importantes de Turquía junto con mi padre y su red. Ambos son buenos amigos y unieron fuerzas hace muchos años. Mi destino era acabar como ellos y ser como mi hermano, uno más de su manada; pero yo me negué a ese tipo de vida que te acababa convirtiendo en el tipo de monstruo que es mi padre, que tanto daño nos había hecho a mi madre y a nosotros cuando éramos niños.

—Pues es una pena. La vida es así, a veces los amigos te dan la espalda, igual que lo hace la propia familia —respondo como puedo,

sintiendo la mandíbula demasiado tensa.

—Escúchame. —Su voz ahora es mucho más ruda, como cuando hace años tenía que regañarme por alguna travesura; solo que ahora no soy un niño y él ya no es nadie para hablarme en ese tono.

—Relaja el tono —escupo con desdén—. Esto no es Turquía, aquí no eres nadie.

Vuelve a mirar al *nonno* y a mí me empieza a poner de los nervios que ellos sepan algo que yo no y que además tengan tanta complicidad. ¿De dónde ha salido? Hasta donde yo tengo entendido, se conocen, pero no tanto como nos conocemos Micaelo y yo. Can me quitó el cariño de mi padre, pero no hará lo mismo con Micaelo. Y me da igual estar comportándome como un imbécil ahora mismo.

—Papá está grave —murmura—. Está a punto de morir.

Sus palabras me sientan como un jarro de agua helada, y se me paraliza todo el cuerpo. Esperaba cualquier cosa, menos esto. Mi padre siempre ha estado lo suficientemente protegido como para que, a pesar de que pusiera en riesgo su vida una y otra vez, nunca le pasara nada malo. O al menos nada que no se quedara en un susto y algunas muertes en el bando contrario.

Micaelo es un viejo amigo de la familia. Su madre y mi abuelo eran íntimos amigos. Nosotros nunca llegamos a conocernos hasta que llegué a Cortona, y me acogió como uno más, aun sabiendo lo que acababa de pasar y cuál era mi historia, que no tardé demasiado en contarle. A hombres como Micaelo, no se les puede ocultar nada, y es mejor tenerlos de tu lado que en el bando contrario, eso lo tengo muy claro.

—¿Qué ha ocurrido? —pregunto, sentándome al lado de mi hermano en el sofá que ocupa gran parte del despacho del *nonno*.

—Burak quería entregarle al Sultán unos documentos que comprometen a nuestra familia y a la empresa. También a mamá —pronuncia lentamente, sabiendo que esto último captará mi atención por completo—. Papá lo descubrió y quiso matarlo. Al final fue la hija de Burak la que le pegó un tiro en el pecho. —Esto último lo dice más apenado que el resto, aunque el matiz de furia no desaparece.

—¿La hija de Burak no era tu prometida? —pregunto con el ceño fruncido—. O al menos lo era la última vez que hablamos.

—Sí —responde, con la mandíbula tensa—. *Es* mi prometida.

—¿Y dónde está?

—Me dejó —admite a regañadientes—. No era la persona de la que yo creía haberme enamorado. —Su mirada refleja la tristeza contenida, la misma que sé que se niega a demostrar—. Creemos que tiene toda la información, que el maldito de su padre se la entregó antes de verla partir. Es un traidor que quiere acabar con nuestra familia. Se rumorea que tiene un plan para atacarnos.

—Solo quiero que me digas cómo está papá y cuál es la probabilidad de que sobreviva. El resto me da igual. Ya sabes que no soy uno de los vuestros.

—Te necesitamos. —Busca mi mirada; parece bastante inquieto—. Eras el mejor en lo tuyo.

—Ya no soy uno de los vuestros —repito.

—Hazlo por mamá —insiste—. Sabes lo que le puede pasar por culpa de esa gente ahora que papá está enfermo y ella

desprotegida.

—¿Y qué pasa, que tú no eres capaz de proteger a la familia? —le reprocho.

—Kerem, ya sabes cómo funciona esto…

—¡Te he dicho que no me llames así! —exclamo, completamente desesperado con la situación.

—¿Es por esa chica? —escupe con un gesto de desdén.

—¿Qué le has contado? —exijo saber a Micaelo.

—No voy a meterme en asuntos familiares.

—Entonces no sé qué haces aquí escuchando —replico sin pensar.

Es la rabia la que habla por mí, pues sé que no debería hablarle así al *nonno*, pero no puedo evitar hacerlo. Sabe perfectamente que no me gusta contar a cualquier persona detalles de mi vida privada y que no quiero involucrar a Gia con nadie de mi familia.

—No me hables así, *ragazzo ingrato.* —El fuerte golpe que da contra la mesa del escritorio nos sobresalta—. No olvides que esta es mi casa. Puedo estar donde quiera y escuchar cuanto quiera.

—Le he confesado mis planes para llevarte conmigo a Turquía. Papá nos necesita a su lado —insiste mi hermano de nuevo—. Él… Está aguantando… Pero mamá es el siguiente objetivo de toda esa escoria. —Toma una bocanada de aire—. Está esperándote para poder morir en paz, Kerem. Y Micaelo me ha contado que te has enamorado de una chica y que eso dificultará aún más las cosas.

—No quiero que la metas en esto —gruño, tirando un poco del extremo del cuello de mi camisa cuando noto que me empiezo a

agobiar y me falta el aire—. Ella no tiene nada que ver con este mundo.

Me extraño cuando veo el cuerpo de mi hermano tensarse y lo veo fruncir el ceño mirando hacia la puerta del despacho, que hasta ahora no me había dado cuenta de que habíamos dejado entreabierta. Tensa la mandíbula y se le hincha la vena del cuello mientras observa a mi chica parada en el umbral con una mano temblorosa sujetando el pomo.

Pero lo más extraño de todo es que el rostro de Gia refleja un miedo que hasta ahora no había visto en ella, y antes de que pueda decirle que quien está sentado junto a mí es mi hermano y no ninguna persona peligrosa, sale corriendo como si estuviera huyendo.

39 | JAMÁS TE MENTIRÍA

Gia

Siento que el corazón me da un vuelco cuando me agarran por el codo y frenan mis pasos, que hasta ahora eran rápidos y decididos en un intento por huir hacia alguna parte y escapar de mi peor pesadilla.

—¡Gia! —La voz de Luca me acelera aún más las pulsaciones—. ¿Estás bien? —pregunta cuando estamos frente a frente.

Veo que detrás de él se encuentra Can, mi exprometido, y siento terror con tan solo pensar en que le haya podido contar quién soy y lo que hice antes de escapar. Tengo miedo, porque ahora que me ha encontrado, no parará hasta llevarme de vuelta y hacerme pagar por lo que hice.

Sus ojos no me miran con la ilusión y el brillo de antes; ahora se han oscurecido y me escrutan con atención, llenos de rabia y un atisbo de odio que me pone los pelos de punta. Lo veo y pienso que es un monstruo que había estado enmascarado todo este tiempo; alguien que, en lugar de estar muerto como pensaba, ha resurgido de sus cenizas y ha venido a vengarse por mis malas acciones. Can no dejaría pasar algo como esto.

Su mirada fría me recuerda a la de su padre cuando le disparé.

Siento una presión en el pecho y un nudo en la garganta tan fuerte que, creo que en cualquier momento, voy a vomitar.

—¿Estás bien? ¿Qué te pasa? —Los ojos preocupados de Luca atraen mi atención, haciéndome apartar la vista del chico que me fulmina tras él.

Can sigue observándome fijamente y yo no soy capaz de articular palabra, aunque lo intento.

—Yo…

—No tengas miedo —dice antes de envolverme en un abrazo. Su calidez me reconforta levemente, aunque sigo temblando entre sus brazos.

Mis ojos se encuentran con los de Can y, aunque los míos luchan por contener unas lágrimas que amenazan con salir y nublar mi visión, niego con la cabeza y le pido en silencio, con una simple mirada, que no diga nada, aunque sea durante un poco más de tiempo.

—Tranquila —sigue diciendo Luca, acariciándome la espalda con suavidad—. Es solo mi hermano.

El aire se vuelve denso, como si cada partícula fuese capaz de asfixiarme por completo. *Su hermano*. No puede ser. Es imposible.

La sangre resuena en mis oídos como un tambor, las piernas me tiemblan y, aunque abro y cierro la boca un par de veces, no soy capaz de articular palabra alguna.

Una parte de mí quiere salir corriendo, huir como he hecho hasta ahora; pero la otra está completamente congelada, atrapada entre los recuerdos y el terror de no solo ser atrapada, sino también de perder la confianza del hombre del que me he enamorado.

Luca se separa de mí cuando Can se aproxima, y entonces, al verlos tan cerca el uno del otro, siento un pinchazo en el pecho y me pregunto cómo no he podido darme cuenta antes, si son tan parecidos.

Los mismos ojos oscuros, el mismo gesto serio, la mandíbula casi siempre tensa y firme. La barba embelleciendo unos rostros que son bastante similares.

Siento un escalofrío subir de forma lenta por mi espalda, como la punta de un cuchillo afilado que me marca lentamente.

Mi cuerpo quiere retroceder, pero mis pies están clavados en el suelo.

No puedo pensar con claridad, todo me da vueltas.

Can y Luca son hermanos.

Luca es el hijo que Emre exilió hace tantos años, el mismo que para él decía estar muerto. Así que él también me ha mentido: es hijo de uno de los mayores capos de Turquía. Guarda secretos que no es capaz de decir en voz alta, como yo. Su hermano era mi prometido, la persona con la que debía casarme si quería contribuir a un acto de paz entre familias, y más aún después de cómo los traicionó mi padre. No solo he fallado a mi familia al cancelar esta alianza, sino que, además, me he convertido en una traidora junto con mi padre, y eso no sé si tiene perdón entre personas tan peligrosas como lo son las que nos rodean.

Su padre intentó matar al mío y me torturó durante días. Hasta que lo maté.

He provocado una enemistad entre bandos y ahora sé que jamás podré ser feliz ni estar con Luca.

Porque las personas como nosotros le pertenecemos a nuestra familia y a nuestro pasado.

Porque en cuanto sepa quién soy y lo que hice, él también me declarará la guerra.

Porque, aunque me duela, a partir de hoy Luca y yo somos enemigos.

—¿Estás bien? —Acuna mis mejillas y las siento arder ante su roce.

Cuando las yemas de sus dedos limpian las gotas saladas que caen por mi rostro, es cuando me doy cuenta de que, en algún momento, he roto a llorar.

—Tengo que hablar contigo, Luca. —Mi voz suena ronca y casi en un susurro, apenas audible. Sus ojos me escrutan, cargados de preocupación.

—¿Qué pasa? —susurra.

—Hola. —La voz de Can me pone los pelos de punta y hace que me sobresalte.

Luca lo mira de reojo antes de clavarme sus pupilas de nuevo, como si me estuviera observando desde dentro. Siento que sus ojos son capaces de ir más allá, de leer entre líneas y de escuchar cada cosa que no soy capaz de decir.

—Tengo que hablar contigo. Por favor —le ruego, agarrándolo con fuerza de las manos.

Vuelvo a enviarle un mensaje con la mirada a Can, rogándole que se quede callado, que no me descubra ante su hermano. Al menos, no todavía.

—Soy Can, el hermano de Luca —se presenta con un perfecto acento italiano, aunque le conozca a la perfección desde hace tantos años. La única diferencia es que en su mirada ya no hay ni un atisbo del amor que un día me prometió, sino que está llena del rencor que yo misma le he provocado con mi traición.

Me extiende la mano en forma de saludo y, aunque al principio dudo, acabo acercando temblorosa la mía, que no tarda en apretar con fuerza sin apartar su mirada oscura de mi rostro, provocándome un escalofrío por todo el cuerpo.

Siento que me ahogo.

Cierro los ojos y puedo sentir las manos de su padre por mi cuello, intentando ahogarme.

No puedo respirar.

Necesito salir de aquí.

—Eh. —Luca me agarra por el mentón y levanta mi cabeza ligeramente—. ¿Estás bien, piratilla?

La forma en la que me habla y me mira, tan lleno de cariño, me escuece y desgarra en lo más profundo de mi ser.

—Estoy un poco mareada —confieso.

—No tienes buen aspecto. Parece que hayas visto un fantasma —musita Can, que no deja de observarme, lo cual hace que me ponga aún más nerviosa.

Luca no tarda demasiado en fulminarlo con la mirada.

—Iré a por un poco de agua fría —me informa—. Can, ¿puedes acompañarla a la habitación? Es esa de ahí. —La señala con la mirada. Yo siento que me fallan las piernas. Quiero gritar, pero no me sale la voz, así que sigo en silencio.

Se me nubla la vista por culpa de las lágrimas mientras Can me lleva a la habitación, con una tranquilidad que me pone los vellos de punta.

Voy a morir.

Y voy a hacerlo antes de poder confesarle a Luca que no soy una traidora y que estoy enamorada de él.

Can me acorrala contra la puerta de la habitación una vez que estamos dentro y me agarra del brazo con tanta fuerza que suelto un pequeño grito de dolor.

—Suéltame. ¡Me haces daño!

—Así que aquí es donde has estado todo este tiempo, pequeña traidora…

—No me llames así —replico con rabia.

—Traicionasteis a mi padre. Y a mí, Jade, ¡a mí también! —dice, alzando la voz.

—No me llames así. Y no grites, por favor —le pido, tratando de mantener la calma.

—No estás en condiciones de pedirme ningún favor. Veo que no queda ni una pizca de la mujer de la que me enamoré hace años. —

Me mira de arriba a abajo con desdén, ejerciendo cada vez menos fuerza contra mi brazo, pero, aun así, haciéndome daño—. ¿Y se puede saber de qué vas vestida? Pareces una campesina.

—Suéltame —pronuncio de nuevo, aunque mi voz sale mucho más rota de lo que me gustaría.

—¿Sabe tu querido *Luca* que eres la prometida de su hermanito? —Se acerca a mí de forma peligrosa y, aunque intento zafarme de su agarre, me es imposible; es mucho más fuerte que yo.

—Tú y yo ya no estamos prometidos —le recuerdo.

—Eso es lo que querías conseguir al matarme, ¿verdad? —inquiere, alzando las cejas—. ¡Pues mírame! Estoy vivo, y he venido a por lo que es mío.

—Suéltame primero y hablemos. Por favor, Can.

Se aparta de mí y da un par de pasos inquietos, soltando insultos en turco mientras se revuelve el pelo con las manos.

—Sé que estáis buscando un *pendrive* que mi padre os robó. —Mis palabras captan por completo su atención—. Pero no lo tengo. —Suelta un gruñido y vuelve a acercarse a mí de nuevo. La vena que sobresale de su frente cada vez se ve más marcada, como si estuviera a punto de estallar.

—¿Crees que soy imbécil? —Entorna los párpados—. ¿Que siempre podrás hacer conmigo lo que quieras y engañarme una y otra vez? ¡Porque no será así!

—No quería verme involucrada en ninguno de vuestros asuntos nunca más —confieso, negando con la cabeza—. Tenía miedo y solo

quería empezar de cero. Mi padre me dijo que él se encargaría de que aquí estuviese protegida y que nunca me encontraríais.

—¡Pues te mintió a ti también! —ruge, enfadado—. ¡Te entregó al enemigo! ¿No lo entiendes todavía?

—¿Qué estás diciendo? —Doy un paso atrás, confundida.

—Ha sido tu padre quien ha revelado tu localización, Jade —asegura.

—¿Qué? —Frunzo el ceño—. Eso es imposible. Él jamás haría eso, él…

—¡Deja de confiar ciegamente en ese hombre! —grita, dando un golpe en la pared—. Tu padre solo se quiere a sí mismo y ansía cada vez más poder. Le ha dicho que fuiste tú quien nos disparó a mi padre y a mí, y que lo hiciste porque eres una rebelde, un caso perdido, y también que no querías casarte conmigo, lo que rompería la alianza de nuestras familias. Y ya sabes lo que supondría todo eso.

—Mi padre jamás haría algo así —murmuro de nuevo.

—Mírame. —Me agarra la cara con ambas manos—. Sabes que jamás te mentiría.

Se me escapa una lágrima rebelde que no tarda demasiado en recorrer mi mejilla. Él la limpia con suavidad con las yemas de sus ásperos dedos, como tantas otras veces lo ha hecho a lo largo de los años. Cierro los ojos con fuerza y niego con la cabeza. Esto es imposible. Debe ser una de las muchas pesadillas que tengo cada noche, porque esto no puede estar pasando justo ahora.

—Mírame a los ojos y dime si ves en ellos que te miento —sigue diciendo.

Lo peor de todo es que en su mirada veo rencor, rabia contenida y mucho dolor, pero ni una sola pizca de la mentira que tanto deseo que esté pronunciando.

—Mírame tú a mí también —le suplico—. No tengo el *pendrive* que mi padre me dio. Lo tiré en medio de la nada mientras íbamos en el coche, de camino al aeropuerto. No te mentiría con algo así y mucho menos mirándote a los ojos.

—No sería la primera vez que me mintieses mirándome a los ojos —pronuncia con desdén.

—Lo siento. Yo no quería que las cosas sucedieran así.

—Todavía tenemos una oportunidad —dice, asintiendo levemente —. He venido para sacarte de aquí, Jade.

—Ya no soy Jade, Can —le recuerdo, suspirando con pesadez—. Y tú y yo ya no estamos prometidos, tienes que entender eso.

—Entiende tú todo lo que va a suponer en nuestras familias que tú y yo no nos casemos —insiste, mirándome con seriedad—. Estás empezando una guerra que no estás preparada para luchar.

—No pienso volver.

—Lo harás a la fuerza, de una forma o de otra —sentencia con firmeza—. Y tú lo sabes. Te han encontrado y lo peor de todo es que si rompes la alianza, te entregarán al *Sultán*.

—No, eso es imposible —acabo diciendo entre lágrimas.

—Puedo ayudarte —asegura, con los ojos oscuros llenos de brillo —. Sabes que no voy a dejarte en manos de nadie que pueda hacerte daño.

—¡No tengo el maldito *pendrive*! Puedes dejarme en paz e ir a buscarlo a otro sitio.

—¡No me importa! —ruge de vuelta—. ¡No he venido a por el *pendrive*, sino a por ti!

Cierro los ojos y limpio con fuerza las gotas que han mojado mis mejillas.

—No puedo volver.

—Debes hacerlo si no quieres que tus manos se manchen de más sangre, Jade. —Se pasa las manos por el pelo, desesperado—. La única forma de parar esta guerra antes de que comience, es casándote con el hijo del enemigo de tu padre. Tendrás que casarte conmigo si no quieres ver morir a todas las personas que quieres.

—No puedo casarme contigo, Can. —Suelto un sollozo—. ¡Yo no te amo!

—No es el amor lo que está en juego, sino la vida de muchas personas —dice con calma—. En nuestro mundo, no importa lo que tú y yo pensemos al respecto, sino lo que los que están al mando preparen para nosotros. Somos simples peones en su partida.

—Esas personas están en peligro por mi culpa. Yo… simplemente no puedo volver.

—Sí. Todos estamos —pronuncia, enfatizando esta última palabra —, en peligro por culpa de tu padre.

—¿Has sido tú el que ha estado dejando notas todo este tiempo? —pregunto con los párpados entrecerrados, intentando ver más allá de sus ojos oscuros y encontrar por mí misma una respuesta.

—¿Qué notas? —Frunce el entrecejo—. Yo acabo de llegar.

—¡No te creo!

—Ese siempre ha sido nuestro problema. —Extiende los brazos a ambos lados de su cuerpo; cada vez parece estar más enfadado—. Tú nunca has confiado en mí, mientras que yo te he dado el mundo entero con los ojos cerrados sin dudarlo ni un segundo.

—Si las notas no vienen de vuestra parte… —empiezo a decir para mí misma, ignorando sus últimas palabras, que me atraviesan el pecho como un puñal—. Entonces, ¿quién más sabe que estoy aquí?

—Te lo he dicho: tu padre te ha entregado al enemigo.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que quizás, la persona que estaba intentando asustarte esté más cerca de ti de lo que piensas. Y que siempre te has centrado en la persona equivocada.

Ni siquiera me da tiempo a contestar cuando un fuerte estruendo me sobresalta. Un segundo después, todo se vuelve de color negro y solo soy capaz de escuchar el eco de unos gritos que cada vez siento más lejanos.

40 | FUEGO

Luca

Un olor denso y amargo empieza a llenar el aire. Al principio parece una leve sombra negra, casi imperceptible, pero en cuestión de segundos el humo espeso se extiende y todo se empieza a llenar de un olor a madera quemada inconfundible.

Entonces, estalla el caos.

—¡Fuego! —gritan desde el interior de una de las habitaciones.

Se escuchan sillas caer de forma estruendosa, vasos y platos de cristal romperse en mil pedazos y enseguida comienzan a salir decenas de huéspedes que hasta ahora disfrutaban de una cena en el restaurante y otros muchos de sus habitaciones. Gritos y llantos. Pasos rápidos y apresurados.

La alarma de incendio irrumpe con un sonido estridente que me atraviesa los oídos. Todo se llena de un humo cada vez más oscuro y espeso. El olor tan fuerte llega a mis pulmones y tengo que cubrirme la boca y toser mientras observo mi alrededor, preocupado, en busca de los míos y de una respuesta.

Necesito ir a por Gia.

El calor aumenta con rapidez mientras las llamas trepan por las paredes, y el eco de los gritos y súplicas cada vez es más lejano. Me da un vuelco al corazón cuando escucho un disparo a lo lejos.

Micaelo aparece tosiendo segundos después, cuando ya apenas quedan huéspedes y cada vez hay más humo. Deberíamos salir, pero no sé qué me está pasando; toso con fuerza cuando el aire contaminado llena mis pulmones.

Mi mirada vuelve a cruzarse con la de Micaelo durante un segundo, antes de ver a unos hombres vestidos de negro cargando unas pistolas.

No dice nada, pero sus ojos, me lo dicen todo: estamos en peligro.

—Tú —le dice uno de los hombres al n*onno,* gesticulando con la cabeza—. Y tú —se dirige a mí—. Los dos fuera. Ya.

—¿Qué está pasando, Micaelo? ¿Qué es todo esto?

—¡Una emboscada! Saca tu arma, hijo. Es hora de pelear —pronuncia antes de sacar su pistola, la misma que llevaba escondida todo este tiempo en la cintura de los pantalones, cubierta con la tela de su camisa.

—Viejo, vete de aquí ya si no quieres salir tú también volando por los aires. —Uno de los hombres agarra a Micaelo del cuello y lo pega a su cuerpo, quedando su espalda pegada al pecho del hombre, mientras lo apunta con la pistola en la sien.

—Amigo, suelta el arma antes de que tengas que arrepentirte —murmuro dando algunos pasos hacia el hombre.

—He dicho que salgáis. O por las buenas… —sonríe de forma maliciosa—, o por las malas.

—No sé qué pretendes hacer, pero no voy a irme de aquí sin Gia y sin la *nonna* — sentencio sin dudar—. Déjame ir a buscarlas y a

asegurarme de que están a salvo, y luego hablemos las cosas con tranquilidad.

—¿Por casualidad estás buscando a la chillona de piernas bonitas y a la abuela? —interviene otro de los hombres.

Cierro los puños y los aprieto con fuerza, intentando localizar la máxima rabia posible en este gesto.

—Luca. —La voz de Micaelo suena como un eco firme en la sala antes de volver a toser con fuerza—. Haz lo que te dice y vámonos de aquí, solo así podremos salvarlas.

—Oh… *il tuo amore*… —pronuncia de forma burlona el hombre que está apuntando la sien de Micaelo—. No te preocupes, las cuidaremos.

Micaelo echa hacia atrás su cabeza en un rápido movimiento, golpeando la nariz del tipo que lo sujeta y haciéndolo retroceder un par de pasos por culpa del impacto, logrando así escapar de su agarre.

—¡Luca! Haz algo, ya. —El *nonno* apunta con su pistola a uno de los hombres que hay detrás de mí, y sé que está esperando que yo también actúe, que logre salvarnos a todos.

Pero prometí no volver a usar un arma.

Prometí jamás matar a nadie de nuevo.

Prometí no convertirme en uno de ellos.

Prometí no volver a ser parte de la mafia.

Pero todo esto lo prometió el Luca indefenso que huyó de su destino.

Y hoy… Hoy no puedo permitirme ser Luca.

Hoy debo ser de nuevo Kerem.

Respiro hondo y saco mi pistola para justo después apuntar al hombre que tengo frente a mí.

—Espera, no empieces a jugar tan rápido —me dice con una sonrisa vacilante, acercándose un par de pasos a mí—. Primero lee esta nota. —Alzo una ceja—. Son órdenes del *Sultán* para ti.

—¿Para mí?

Mi mirada se dirige a Micaelo que, sin soltar el arma que sujeta en su mano asiente con la cabeza, gesto más que suficiente para indicarme que lea la nota.

Abro con rapidez el sobre y, mientras intento que no se note que por dentro todo mi cuerpo está temblando, saco el papel de su interior, encontrándome con una letra pulcra y un mensaje escrito en mi idioma materno, el turco.

Gia mató a tu padre y ahora tú eres su heredero.

Si no quieres perder a tu madre en la guerra que se avecina, debes regresar a Turquía.

Pero, primero, quiero demostrar tu lealtad: exijo una vida a cambio de otra.

Mata a Gia.

41 | UNA DECISIÓN

Gia

La primera bocanada de aire que entra en mis pulmones después de haber perdido el conocimiento sabe a humo y a madera quemada. Siento la garganta y los ojos ardiendo y la visión de lo que queda de las llamas me llega de forma borrosa.

Intento moverme dando un par de patadas al aire, pero no puedo, me es imposible. Estoy atada de pies y manos como en mis pesadillas.

Veo a la *nonna* y siento una pizca de alivio en el pecho.

—¡Marietta! —la llamo—. ¿Qué ha pasado? ¿Dónde están todos? ¿Puedes soltarme?

—No te preocupes, cielo, ya estoy aquí. —Me sonríe con su dulzura de siempre y por unos instantes, tranquiliza las lágrimas que corren sin cesar por mi rostro.

—¿Qué ha pasado? —Pregunto cuando se para detrás de mí y toca la cuerda con la que están atadas mis muñecas.

—Alguien ha quemado la villa. —Echa un vistazo a nuestro alrededor—. Esto es todo lo que queda de tantos años de duro trabajo.

Todo está calcinado. No queda ni un atisbo de la villa elegante que un día fue, la misma que parecía un castillo medieval, a la que los *nonnos* le dedicaron tantas horas y tanto esfuerzo para que

saliera adelante, con la que dieron a comer a decenas de empleados y a miles de turistas que disfrutaron de las vistas de toda la ciudad desde su estancia aquí.

—¿Dónde está Luca? —pregunto nerviosa—. ¿Y el *nonno*?

—Tranquila, están bien —me asegura.

Cuando siento que por fin va a desatar mis muñecas, aprieta el nudo con mucha más fuerza, haciéndome soltar un pequeño grito por culpa de la fricción de la cuerda sobre mi piel.

Trato de girarme para buscar su mirada.

—¿Qué haces Marietta?

—Cállate, *pezzo di scoria* —escupe con furia—. Quédate bien calladita si no quieres que esto sea peor para ti.

—¿Marietta? —Su mirada dulce ahora se ha oscurecido tanto que siento un pequeño escalofrío cuando clava sus ojos en los míos—. ¿Se puede saber qué haces? ¡Suéltame! —Me muevo pataleando, intentando desatar mis manos y lograr escapar de este agarre—. ¡Micaelo! ¡Luca! —grito con tanta fuerza que siento mis cuerdas vocales desgarrarse.

—Volvemos al principio, *benim prensesim.* —La voz de Can me produce escalofríos—. ¿Necesitas mi ayuda? —Alza una ceja, como si todo esto le resultara divertido.

—¿Qué quieres, Can? —espeto con rabia—. Suéltame ahora mismo.

—Recuperar lo que es mío y salvar a mi familia.

—Ya te he dicho que no tengo ningún *pendrive* —repito por tercera o cuarta vez ya.

—Y yo que el maldito *pendrive* me importa lo más mínimo —escupe con desdén—. He venido a por ti y no pienso irme de aquí si no es contigo.

—No te pertenezco.

—Eso díselo a nuestras familias, no a mí.

—Marietta, tú…

—Yo estoy deseando verte sufrir.

Mis ojos se abren de par en par ante su confesión.

—¿Eres tú la persona que estaba detrás de todas las amenazas?

—Te dije que nadie es quien dice ser y no me hiciste caso, *ragazza*.

—No… No lo entiendo, ¿qué sabes sobre mí?

Marietta y Can se miran y, solo con eso, parecen entenderse.

—Aunque mi marido intentó mantenerme al margen —comienza a decir—, lo sé todo sobre ti desde el principio. Conozco a tu familia desde mucho antes de que tú nacieras, niña.

—¿Quién eres en realidad?

—A partir de hoy, tu peor pesadilla.

Trago saliva y niego con la cabeza, sintiendo mis ojos empezar a aguarse. Esto no puede estar pasando realmente, tiene que ser una pesadilla.

—¿Por qué? —exijo saber—. ¿Qué he hecho yo?

—Existir. ¡No deberías haber nacido! —grita con rabia.

La miro sin entender nada, pero con los ojos llenos de lágrimas, mientras intento hacer fricción con mis muñecas para soltar la cuerda con la que están atadas, intentando que ninguno de los dos se dé cuenta.

—Tu madre me quitó lo que más he querido y he deseado durante toda mi vida.

—¿El qué?

—El amor de Micaelo.

—No entiendo nada... Micaelo te ama profundamente. ¿Qué pinta mi madre en todo esto? ¿Por qué me odias?

—Es cierto que es más tonta de lo que pensábamos —le dice a Can antes de volver a mirarme con los ojos cargados de oscuridad—. Tu madre fue el primer amor de Micaelo. Y por muchos años que hemos pasado juntos y por mucho amor que me ha demostrado en todo este tiempo, jamás he conseguido acercarme ni un poco a lo que sintió por Ayla ni a lo que ella le dio.

—¿Micaelo y mi madre? —Niego con la cabeza—. Eso es imposible, el único hombre con el que estuvo ella fue mi padre.

—Eso es lo que él te hizo creer, más que nada para autoconvencerse a sí mismo de otra realidad; una muy diferente a lo que pasó.

—¿Qué? —pregunto insólita.

—Micaelo es tu verdadero padre —sisea, con los ojos llenos de una rabia que jamás pensé que podría encontrar en su mirada—. Ayla le dio lo que más deseaba: un descendiente, el fruto de su amor. Burak los separó de forma cruel —continúa contando —.

Micaelo prefirió tener poder a criarte, por eso nos casamos. Y Burak te ha convertido en su rehén, aunque él prefiere decir que has sido lo único que le quedó de su querido y obsesivo amor por Ayla, y que te ha cuidado todos estos años, cuando realmente ha estado siguiendo las órdenes del *Sultán*, que nunca había querido que murieras... Hasta ahora.

—Estás mintiendo —la acuso entre lágrimas, sintiendo mi corazón hacerse pedazos.

—Burak fue quien dio el chivatazo de tu localización —me repite Can y, maldita sea, sé que me está diciendo la verdad, pero no puede ser posible. Tiene que haber una explicación lógica en todo esto—. El *Sultán* ha hablado, y quiere una vida. —Carraspea—. Una vida, a cambio de otra.

—Por favor, déjame ir.

—El *Sultán* ha sido claro: una vida, a cambio de otra vida —repite mi exprometido.

—¿En serio? —protesto, tirando con fuerza de las cuerdas—. ¿Y no vas a hacer nada para ayudarme?

—Claro que sí —afirma—. Te dije que había venido a salvarte. Nos casaremos y así salvaré tu vida y la de nuestras familias.

—¿Y cuál es la otra vida que hay que entregar?

—La de Luca.

—El *Sultán* lo ha decidido: uno de los dos debe morir —murmura Can.

Lanza un trozo de papel sobre la mesa de madera que hay junto a mí y no tardo demasiado en leer el mensaje que hay escrito sobre

él, con una letra pulcra y perfectamente cuidada.

Una vida a cambio de otra.

Mata a Luca.

42 | TODOS LOS ATARDECERES

Luca

Empujo la puerta con el pie y entro en la habitación, dando pasos firmes y decididos hacia mi objetivo. Todo está en silencio y, mientras me acerco hacia ella, me pregunto si será capaz de oír mi respiración acelerada y los latidos desbocados de mi corazón en medio de esta aparente calma que inunda la sala.

Trago saliva y entrecierro los ojos cuando la miro fijamente, esperando algún tipo de sorpresa en su rostro. Pero el que acaba sorprendido soy yo cuando veo que sujeta una pistola con una de sus manos.

Mi arma pesa como si sujetara una maldita roca y siento una punzada en el corazón cuando veo lágrimas recorrer el rostro de Gia. Aun así, intento no mostrar que mis dedos están temblorosos. La miro a los ojos fijamente, ignorando que ella también me está apuntándome con su pistola.

—No solo me clavas un puñal en la espalda con tu traición sino que, ¿ahora también vas a apuntarme directo al corazón? —pregunto fingiendo una tranquilidad que ahora mismo no siento. Pero me niego a volver a mostrarme débil ante ella.

—No quise mentirte —dice casi en un susurro.

—¿Y tampoco quieres matarme? —pregunto alzando cada vez más la voz—. ¿Por eso me estás apuntando con una maldita pistola?

—No quiero hacerlo… Yo… Te quiero.

Cierro los ojos con fuerza. Sus palabras duelen como una estocada en el corazón y siento que no me llega el oxígeno suficiente como para seguir respirando.

—La tarde en que Chanel se cayó del árbol y vi tu vulnerabilidad... —Empiezo a dar pasos lentos hacia su dirección, pero ninguno de los dos baja el arma—. La primera vez que cenamos junto a mis amigos y pude ver lo divertida y carismática que eres. El momento en que te enseñé mi lugar especial y pasó de ser algo mío a ser nuestro. La tarde en la que pude ver la ciudad de Cortona brillar a través de tu mirada ilusionada. Lo trabajadora que fuiste en el aniversario de los *nonnos* y lo bien que trataste a cada uno de los invitados, aún sin conocerlos de nada.

Doy un par de pasos más.

—El día que compartimos confesiones y le abrimos el corazón al otro. O cuando dejamos la estupidez atrás y empezamos a coquetear sin darnos cuenta. —Trago saliva con dificultad—. La noche en la que Milán te trajo flores, sin saber que tus favoritas son los girasoles. —Doy un último paso hasta quedar frente a ella, a escasos centímetros de distancia. La mano con la que sujeta la pistola que le han entregado, cada vez tiembla más, mientras que yo sujeto mi arma con firmeza. En estos momentos, soy Kerem, y no puedo permitirme sentir y mucho menos fallar—. Nuestra pequeña escapada, en la que nos llenamos de besos y caricias. Cuando bailamos abrazados en medio de la calle bajo el cielo púrpura de Perugia. Esta misma tarde, perdidos en medio de la carretera, tirados en la parte de atrás de tu camioneta y disfrutando del paisaje dorado que había a nuestro alrededor.

—¿Qué es todo eso? —pregunta con la voz temblorosa y los ojos llenos de lágrimas.

—Son todos los atardeceres en los que me enamoré de ti.

—Luca, yo…

—Setenta y seis días, Gia —la interrumpo—. Me bastaron setenta y seis atardeceres para amarte y solo una noche para odiarte.

Ninguno de los dos dice nada más, aunque tampoco bajamos las armas. Todo está en silencio, hasta que el eco de un disparo resuena por toda la sala calcinada, acabando con todo lo que hasta ahora habíamos formado.

EPÍLOGO

Luca

Cargo mi arma de nuevo y observo todos los cadáveres que hay por el suelo. Guardo mi pistola y sigo al hombre que va a llevarme a mi nuevo destino, o al que siempre lo fue y no quise admitirlo.

Me subo al coche y solo entonces, cuando estoy solo, me permito sacar el dolor que llevo dentro y llorar. Los guardias me miran desde fuera, pero saben que no pueden entrar, que deben dejarme desahogarme solo, que es lo que necesito y lo que mi padre les ordenaría hacer.

Llevo años escapando de un apellido que me perseguirá toda la vida, a menos que llegue hasta la persona que tiene más poder y logre destruir todo el imperio que dirige, todo lo que mueve sin que ni siquiera sepamos quién es en realidad, más allá de una mala persona con sed de venganza que quiere arruinarnos la vida a todos.

Duele saber todo lo que sé sobre Gia gracias a Micaelo. Duele su engaño. Duele haber sido solo un juguete, una distracción, un paso más para llegar hasta su objetivo. Pero lo que más me duele, es no poder dejar de amarla a pesar de todo el daño que me ha hecho.

Ahora sé quién es en realidad… y, aun así, aquí estoy, a punto de arruinar mi vida y la de todo el que me rodea. Por ella. Porque, a partir de hoy, Gia y yo somos enemigos.

A pesar de eso, daría todo por ella. Traicionar a los míos. Matar una y otra vez. Destruirme a mí mismo. Romper con todos mis valores y principios. Hacer todo aquello que un día dije que no haría. Tomar mi lugar en la familia. Ser el Kerem que todos esperan que sea.

Convertirme en el *nuevo Sultán* si quiero acabar con esta guerra que tan solo acaba de empezar.

GLOSARIO

Piccola - Pequeña
Benvenuta alla mia amata Italia - Bienvenida a mi querida Italia
Giardino al tramonto - Jardín al atardecer
Portero equipaje - Facchino
Hijo mío - Mio figlio
Nonno - Abuelo
Nonna - Abuela
Arriverderci - Hasta luego
Ciao - Hola/Adiós
Maledizione - Maldición
Gatto pazzo - Gato loco
Meraviglioso - Maravilloso
Ragazza - Chica
Amico - Amigo
Benvenuta a casa tua, bellissima - Bienvenida a tu casa, hermosa
Ragazzone - Niño grande
Oggi é di malumore - Hoy está de mal humor
Dolcezza - Cariño
Buonasera - Buenas noches
Fiori di Adela - Flores de Adela
Ma che follia - Pero qué locura
Sciocchezze - Tonterías
Mio figlio - Hijo mío
Pizza quattro stagioni - Pizza cuatro estaciones
Tutto benne? - ¿Todo bien?

Buona notte, ragazzo - Buenas noches, chico
Ragazzina viziata - Chica mimada
Brontolone - Gruñón
Belva - Bestia
Piccola bugiarda - Pequeña mentirosa
Sei una selvaggia - Eres una salvaje
La tua casa - Tu casa
Sul serio? Non disturbarmi con le tue battute - ¿Hablas en serio? No me molestes con tus bromas
Ragazzo ingrato - Chico desagradecido
Il tuo amore - Tu amor
Pezzo di scoria - Pedazo de escoria

TURCO

Melegim - Mi ángel
Askim - Mi amor
Benim prensesim - Mi princesa

AGRADECIMIENTOS

No me creo que esté escribiendo los agradecimientos de mi cuarto libro. Todo este tiempo compartido está siendo una locura. Sigo esperando que seas de esas personas que se saltan los agradecimientos, pero si no es así… gracias.

A mi familia, por estar siempre ahí y apoyarme en todo. En especial, gracias a mis padres, los nonnos, por motivarme a seguir con esta historia cuando sentía que las fuerzas me fallaban y por quererme de forma tan incondicional.

A mis lectoras betas, por ayudarme tanto con vuestras sugerencias y por sacarme una sonrisa con cada una de vuestras reacciones.

A mis chicas de Bookstagram, que son las mejores del mundo mundial (ellas saben quiénes son). Gracias por todo el apoyo y por acompañarme en cada una de las locuras que se me ocurren. A mis súper nenas, por estar ahí siempre.

A Cristina y Marina, por confiar en mí y por ayudarme a sacar adelante este libro cuando todo parecía ir en contra. Sin vosotras, esto no habría sido posible. A Mirian, por darle vida a mis personajes con su arte.

A mis compañeras de escritura, por soportar mis bloqueos, por vuestras palabras de ánimo y por ser una fuente constante de inspiración.

Por supuesto, a todas las personas que habéis confiado en mí desde mi primer libro, sin conocerme de nada… GRACIAS. Gracias por leerme y recibir mis historias con tanto amor. Por cada reseña y cada mensaje bonito que me motiva a seguir adelante cuando mi cabeza me grita que haga todo lo contrario. Gracias por vuestro apoyo y por todo el cariño que me dais; a las que lleváis conmigo desde el principio y a las que acabáis de llegar… espero que os quedéis, porque aún me quedan muchas historias por contar.

Espero seguir escribiendo agradecimientos durante muchísimo tiempo y, sobre todo, que seas tú la persona que los lea al otro lado del papel.

Gracias infinitas.

P.D. ¡Aún hay más! Si te has quedado con el corazón en un puño, recuerda que la historia de Gia y Luca no termina aquí. Su viaje continúa en el desenlace de esta bilogía, donde todas las piezas terminarán de encajar.

Me ayudarías muchísimo dejando una reseña en Amazon, Goodreads y en tus redes sociales. Tu recomendación es el motor que me permite llegar a nuevas lectoras. <3

Nos leemos pronto :)

LIBROS DE ESTE AUTOR

La Chica Que Amaba Con El Corazón Roto

¿Puede el amor ser más fuerte que el dolor y ayudar a reconstruir un corazón roto?

SERIE BOISSIEU #1

El Chico Que Abrazó Mis Cicatrices

Dos amigos con algo en común: ninguno se atreve a reconocer lo que siente realmente por el otro.

Porque del caos, a veces, nacen cosas preciosas.

Tan solo necesitan un espacio donde brillar.

SERIE BOISSIEU #2

El Día Que El Invierno Dejó De Doler

Tu nuevo winter cozy romance favorito <3

Vermmatt Villey #1

No olvides dejar tu reseña en Amazon, Goodreads y en tus redes sociales. Tu recomendación es el motor que me permite llegar a nuevas lectoras <3